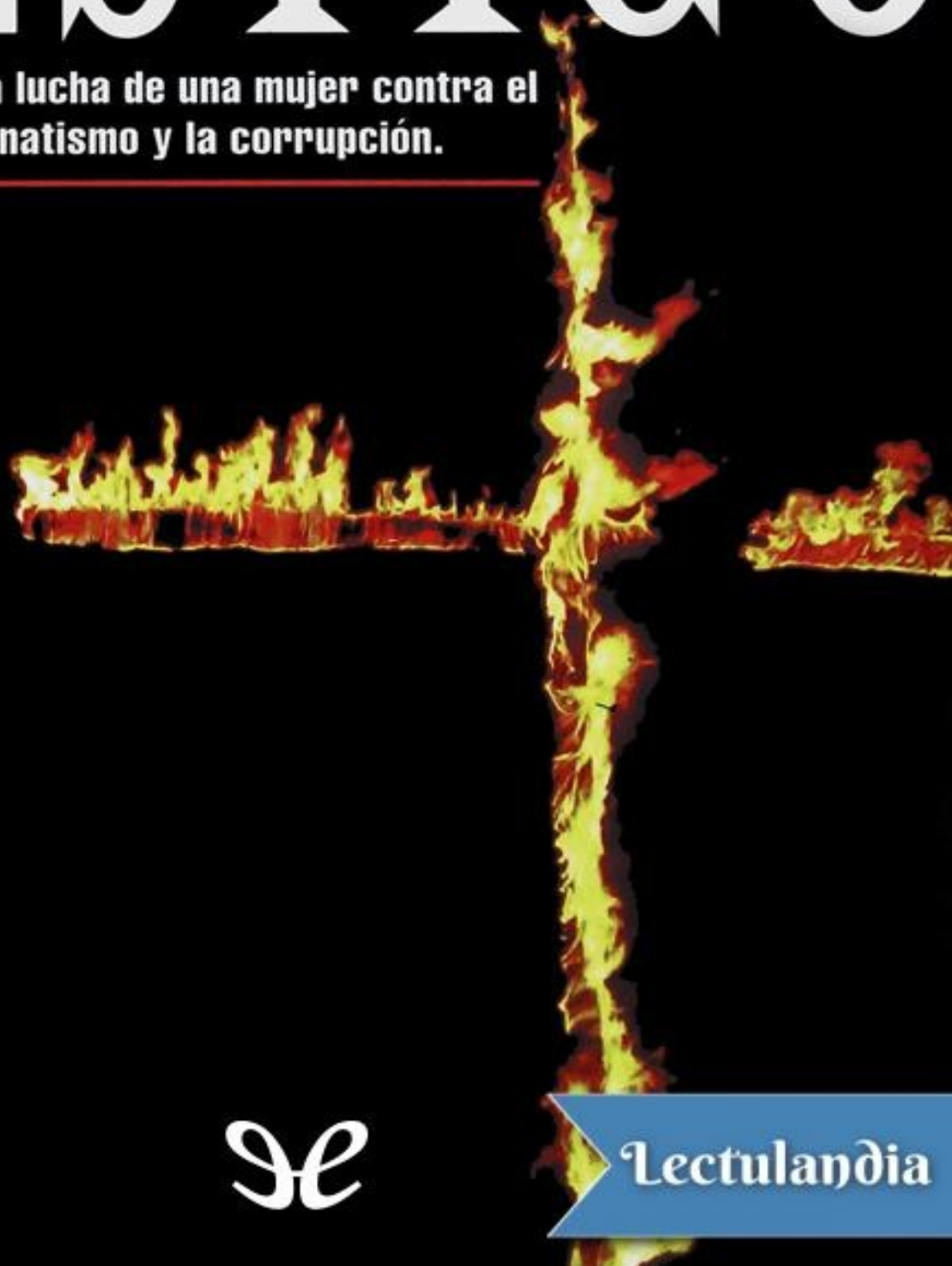


SANDRA BROWN

TESTIGO

La lucha de una mujer contra el
fanatismo y la corrupción.



Lectulandia

Tras sufrir un accidente automovilístico, Kendall Deaton logra rescatar a su hijo del amasijo de hierros y escalar el barranco por el que se han precipitado. Al llegar al hospital, no se atreve a revelar su propia identidad ni la del conductor herido; se limita a decir que se trata de su marido y, en cuanto puede, comienza a planear la huida.

La pesadilla de Kendall comenzó en una pequeña localidad de Carolina del Sur, adonde llegó dispuesta a convertirse en la mejor abogada de oficio del condado. Enseguida se enamoró de un rico y atractivo joven de la localidad, y a los pocos meses de noviazgo se celebró una boda digna de un cuento de hadas. Pero jamás imaginó que se vería envuelta en una aterradora trama de odio y fanatismo.

Lectulandia

Sandra Brown

Testigo

ePub r1.0

Titivillus 01.06.2019

Título original: *The Witness*
Sandra Brown, 1995
Traducción: Anna Plata

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

No me arrees con los impíos,
ni con los agentes del mal,
que hablan de paz a sus vecinos,
mas la maldad está en su corazón.

Salmo 28,3

Prólogo

La boquita de la criatura mamaba del pecho de su madre.

—Parece un bebé realmente feliz —observó la enfermera—. De alguna manera, una nota si un bebé está satisfecho o no. Y yo diría que este lo está.

Kendall a duras penas logró esbozar una débil sonrisa. Le costaba articular pensamientos coherentes y más aún mantener una conversación. Su mente seguía tratando de asimilar el hecho de que ella y su hijito hubieran salido indemnes del accidente.

En la sala de observación del pabellón de urgencias del hospital, una delgada cortina amarilla separaba a los pacientes del pasillo, proporcionándoles un mínimo de intimidad. Junto a los armaritos metálicos blancos con vendajes, jeringuillas y tablillas había un lavamanos de acero inoxidable. Kendall estaba sentada sobre una camilla acolchada colocada en el centro del cubículo, acunando a su hijito.

—¿Qué tiempo tiene? —preguntó la enfermera.

—Tres meses.

—¿Sólo tres meses? ¡Qué hermosura!

—Está muy sano.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Kevin.

La enfermera les dedicó una sonrisa antes de sacudir la cabeza con expresión de asombro y admiración.

—Ha sido un milagro que pudieran salir de ese amasijo de hierros. Ha debido de ser horrible para usted, cielo. Se habrá llevado un susto de muerte, ¿verdad?

El accidente había ocurrido demasiado deprisa como para poder reparar en el miedo. El automóvil ya estaba prácticamente encima del árbol caído cuando este se hizo visible a través del aguacero. A pesar de que quien ocupaba el asiento delantero había lanzado un grito de advertencia y de que el conductor había girado bruscamente el volante y pisado a fondo el pedal del freno, había sido demasiado tarde.

En cuanto los neumáticos derraparon sobre la calzada mojada, el vehículo inició un giro de ciento ochenta grados que lo lanzó en dirección al arcén estrecho y blando que formaba una barrera a todas luces inadecuada. A partir de ahí, no fue más que una cuestión de física y de gravedad.

Kendall recordó los ruidos producidos por el deslizamiento vertiginoso del automóvil sobre la escarpada ladera del frondoso barranco. Las ramas de los árboles habían raspado la pintura de la carrocería, arrancado los topes de caucho y desgajado los tapacubos de los neumáticos. Las lunas de las ventanillas se habían hecho añicos y el chasis del vehículo había chocado brutalmente contra rocas y tocones en su descenso. Y por extraño que pareciera, ninguno de los ocupantes del coche había pronunciado palabra. Kendall supuso que la resignación los había enmudecido.

Aunque estaba preparada para la inevitable colisión final, el impacto del automóvil al estrellarse contra el gigantesco pino que obstaculizaba el camino había sido impresionante.

Las ruedas traseras se habían alzado del suelo por la fuerza de la inercia, y al caer de nuevo sobre el terreno, el coche se había desplomado con el ruido sordo, sólido y torpe de un búfalo herido de muerte. A continuación había parecido emitir un jadeante estertor mortal.

En el asiento trasero, sujeta por el cinturón de seguridad, Kendall había sobrevivido. Y a pesar de que el automóvil había quedado suspendido en posición precaria sobre la abrupta ladera, logró salir de entre el amasijo de hierros con Kevin entre los brazos.

—El terreno es muy accidentado en esa zona —comentó la enfermera—. ¿Cómo demonios logró subir por ese barranco?

No había sido fácil.

Si bien Kendall intuyó que la ascensión hasta la carretera sería ardua, subestimó el esfuerzo físico que le exigiría. Por añadidura, el hecho de tener que proteger a Kevin mientras subía incrementó todavía más la dificultad.

Y si el terreno no era fácil, las condiciones meteorológicas resultaron absolutamente hostiles. El suelo era una mezcla pastosa de lodo y mantillo, cubierta por una enmarañada capa de maleza salpicada de rocas que sobresalían. La intensa lluvia, barrida por el viento, caía casi en horizontal y al cabo de pocos minutos Kendall estaba calada hasta los huesos.

Los músculos de los brazos, de las piernas y de la espalda comenzaron a acusar el esfuerzo y el cansancio cuando apenas llevaba cubierto un tercio del trayecto. Las partes desprotegidas de su piel habían sufrido desgarrones, arañazos, cortes y magulladuras. En varias ocasiones pensó que era un intento

vano y deseó darse por vencida, detenerse y dormir hasta que los elementos acabaran con sus vidas.

Sin embargo, su instinto de supervivencia era más fuerte que aquella tentación adormecedora, de modo que siguió adelante. Asiéndose a las lianas y apoyándose en las rocas resbaladizas, logró auparse hasta alcanzar por fin la carretera, donde empezó a caminar en busca de ayuda.

Se hallaba ya a punto de comenzar a delirar cuando divisó dos faros de coche a través de la cortina de lluvia. El alivio y el agotamiento se apoderaron de ella, y en lugar de correr hacia el automóvil, se dejó caer de rodillas sobre la línea central de la estrecha carretera rural y esperó a que el vehículo se aproximara.

Su salvadora, una mujer parlanchina que iba camino de misa a última hora de la tarde de aquel miércoles, la condujo hasta la casa más cercana e informó del accidente a las autoridades. Más tarde, cuando Kendall se enteró de que sólo había caminado un kilómetro y medio desde el lugar del accidente, se quedó asombrada: le habían parecido diez.

A ella y a su hijito los transportaron en ambulancia hasta el hospital local más próximo, donde fueron sometidos a un reconocimiento exhaustivo. Kevin se hallaba ileso. Cuando el coche había comenzado a despeñarse, estaba mamando. Movida por su instinto, Kendall lo había aferrado contra su pecho y se había inclinado hacia adelante antes de que el cinturón de seguridad quedara trabado. Su cuerpo lo había protegido.

Los numerosos cortes y rasguños de Kendall eran dolorosos pero superficiales. Le habían extraído una a una las esquirlas de cristal clavadas en sus brazos; un proceso incómodo y laborioso, aunque insignificante en comparación con las lesiones que podría haber sufrido. Le curaron las heridas con un antiséptico, y ella declinó tomar un calmante porque daba el pecho a su hijo.

Además, ahora que los habían rescatado y habían recibido tratamiento médico, tenía que ingeniarse el modo de escabullirse. Sedada, sería incapaz de pensar con lucidez. Necesitaba mantener las ideas claras a fin de planear otra desaparición.

—¿Le parece bien que dejemos entrar al ayudante del *sheriff*?

—¿El ayudante del *sheriff*? —repitió Kendall. La pregunta de la enfermera la sacó repentinamente de sus cavilaciones.

—Lleva esperando desde que la ingresaron para que usted le explique cómo ocurrió todo. Tiene que solucionar el papeleo oficial.

—Ah, claro. Dígale que pase.

Tras haberse saciado de mamar, Kevin dormía ya plácidamente. Kendall se cubrió de nuevo con la bata del hospital que le habían proporcionado tras despojarse de su ropa mojada, sucia y ensangrentada y haber tomado una ducha caliente.

A una señal de la enfermera, el representante local de la ley apartó la cortinilla y saludó con un gesto de cabeza.

—¿Cómo se encuentra, señora? ¿Todos bien? —Se desprendió cortésmente de su sombrero y la miró con preocupación.

—Estamos bien, creo. —Kendall carraspeó y procuró repetir la frase con mayor convicción—. Estamos bien.

—Pues ya pueden dar gracias al cielo de estar vivos y de una sola pieza, señora.

—Tiene usted razón.

—Es fácil imaginarse lo que ocurrió, con ese árbol atravesado en la carretera. Debió de derribarlo un rayo. Estaba quebrado limpiamente, a ras de suelo. Ya llevamos varios días de tormenta por aquí. Parece como si nunca fuese a dejar de llover. Toda la región está quedando inundada. No me extraña que el barranco de Bingham se tragara su coche sin dejar ni rastro.

El torrente descendía a menos de diez metros delante del automóvil siniestrado. Tras salir del amasijo de hierros, Kendall se había agachado en el barro y se había quedado mirando la riada con una mezcla de fascinación y miedo. Las aguas enlodadas se encrespaban muy por encima de su cauce normal, cargadas de toda suerte de detritos y enroscándose con furia en torno a los árboles que flanqueaban sus habitualmente plácidas riberas.

Se estremeció al pensar en lo que les habría sucedido si el coche se hubiera deslizado unos cuantos metros más allá tras colisionar contra el árbol. Había contemplado con horror cómo el automóvil descendía lentamente por la pendiente hasta ser devorado por las aguas enfurecidas.

El vehículo se había mantenido a flote durante unos momentos, bamboleándose hasta el centro de la veloz corriente antes de zambullirse en picado. En cuestión de segundos había desaparecido bajo las agitadas aguas. Salvo las marcas producidas por el impacto en el tronco del pino caído y los profundos surcos paralelos de los neumáticos, el accidente no había dejado rastro alguno en el paisaje.

—Es un milagro que pudieran salir todos a tiempo y que no se ahogaran al hundirse el coche —estaba diciendo el ayudante del *sheriff*.

—No conseguimos salir todos —le corrigió Kendall con la voz ronca de emoción—. La pasajera que viajaba en el asiento del copiloto se hundió con

el coche.

Ante la mención de una víctima mortal, el interrogatorio dejó de ser repentinamente algo rutinario.

—¿Cómo dice? ¿Una pasajera? —exclamó el ayudante del *sheriff* con el entrecejo fruncido.

Como si se contemplara a sí misma, Kendall vio su rostro contraerse al echarse a llorar, una reacción retardada al trauma sufrido.

—Lo siento —musitó.

La enfermera le tendió una caja de pañuelos de papel y le dio unas palmaditas en el hombro.

—No pasa nada, cielo. Después del valor que demostró, ya puede desahogarse y llorar cuanto le venga en gana.

—No sabía que hubiera nadie más en el coche, excepto usted, su hijo y el conductor —afirmó el ayudante del *sheriff* con voz queda, en deferencia a su estado emocional.

Kendall se sonó.

—Iba en el asiento delantero y ya estaba muerta cuando el coche cayó en el torrente. Probablemente murió en el acto en el momento del impacto.

Tras asegurarse de que Kevin estaba ileso y al advertir la rapidez con la que crecía el torrente, Kendall se había aproximado atemorizada al lado del vehículo correspondiente al copiloto, prácticamente convencida de lo que encontraría. Ese lateral se había llevado la peor parte de la colisión. La puerta estaba hendida hacia dentro y la ventanilla se había hecho añicos.

Con un simple vistazo, Kendall advirtió que la mujer estaba muerta. Los huesos faciales destrozados y los tejidos maltrechos habían vuelto irreconocibles sus agradables facciones. Tenía el salpicadero y algunas partes del motor clavados en el tórax. La cabeza colgaba contra el reposacabezas en un ángulo extraño.

Sin prestar atención a la sangre y a las espeluznantes heridas, Kendall había introducido la mano y presionado con los dedos contra el cuello de la mujer, cerca de la carótida. No le encontró pulso.

—Pensé que debía tratar de salvar a los demás —le explicó al ayudante del *sheriff* tras describir la escena—. Ojalá hubiera podido sacarla a ella también, pero como sabía que ya estaba muerta...

—Dadas las circunstancias, hizo usted lo correcto, señora. Salvó a los vivos. Nadie puede culparla por la decisión que tomó. —Asintió con la cabeza mirando al bebé dormido—. Hizo muchísimo más de lo que

cualquiera podría pedirle. ¿Cómo se las arregló para sacar al conductor del vehículo?

Después de determinar que la ocupante estaba muerta, Kendall había dejado a Kevin en el suelo y le había cubierto la cara con un extremo de su mantita. Aunque estaría incómodo, de momento no correría peligro. A continuación se había acercado dando traspiés al otro lado del coche. El conductor tenía la cabeza inclinada sobre el volante. Haciendo de tripas corazón, Kendall le había llamado por su nombre y le había tocado el hombro. Recordó que le había sacudido levemente y que se había asustado cuando esto le hizo desplomarse de espaldas contra el asiento. Ella había retrocedido al ver un hilo de sangre deslizarse desde la comisura de sus labios entreabiertos. Tenía un corte profundo en la sien derecha; por lo demás, su rostro seguía intacto. Sus ojos estaban cerrados, pero en ese momento ella no tenía la certeza de que estuviera muerto. Introdujo la mano y la colocó sobre su pecho.

El corazón le seguía latiendo.

Entonces, el coche se había movido de improviso sobre el terreno desnivelado y se había deslizado varios metros por la pendiente, arrastrando consigo a Kendall, que aún tenía el brazo dentro y estuvo a punto de dislocárselo.

A pesar de que el automóvil se había detenido en posición inestable, ella había sabido que sólo era cuestión de tiempo antes de que fuese engullido finalmente por la riada, que ya alcanzaba los neumáticos. La tierra empapada estaba cediendo bajo el peso del vehículo. No había habido tiempo para plantearse la situación, ni sopesar cuidadosamente sus opciones, ni pensar lo mucho que deseaba librarse de él.

Kendall tenía suficientes razones para temerle y despreciarle, pero no le deseaba la muerte. Una vida, cualquier vida, merecía ser salvada.

Así pues, sacudida por una descarga de adrenalina, apartó el lodo con sus propias manos y tiró de las firmes plantas trepadoras que le impedían abrir la puerta del conductor.

Cuando por fin consiguió abrirla, el torso del hombre se desplomó en los brazos de Kendall, con la cabeza ensangrentada sobre su hombro. Bajo el peso muerto del conductor, cayó de rodillas.

Lo aferró por el pecho con ambos brazos y tiró de él para sacarlo de debajo del volante. Fue una tarea ardua. En varias ocasiones perdió el equilibrio en el lodo resbaladizo y cayó de espaldas. Pero cada vez volvía a ponerse en pie con dificultad, hincaba los talones y hacía un esfuerzo enorme

por arrastrarlo fuera del amasijo de hierros. Sus talones apenas habían salido por la puerta cuando el coche se desprendió brusca y súbitamente de su débil punto de anclaje y se deslizó en la riada.

Kendall relató lo sucedido, omitiendo lo que pensaba. Cuando finalizó, el ayudante del *sheriff* estaba prácticamente en posición de firme, como si estuviera a punto de hacerle un saludo militar.

—Señora, probablemente le concedan una medalla o algo por el estilo —le dijo.

—Lo dudo mucho —murmuró ella.

El hombre sacó un pequeño cuaderno de espiral y un bolígrafo del bolsillo de la camisa.

—¿Nombre?

En un intento de ganar tiempo, Kendall fingió no entenderle.

—¿Cómo dice?

—¿Cuál es su nombre?

El personal del pequeño hospital había tenido la amabilidad de ingresarlos sin atosigarla antes con impresos y formularios. Ese tipo de proceder, confiado e informal, hubiera sido impensable en un hospital de una gran ciudad, pero en la Georgia rural, la compasión prevalecía sobre los trámites y las tarjetas de seguros médicos.

Ahora, sin embargo, Kendall se enfrentaba a la dura realidad de su situación, y no estaba preparada para afrontarla. Aún no había decidido qué hacer, hasta dónde contar ni adónde ir.

No tenía reparo alguno en distorsionar la verdad. Durante toda su vida lo había hecho en numerosas ocasiones, ampliamente y con todo lujo de detalles. No obstante, mentir a la policía era un asunto muy serio. Nunca había llegado a ese extremo.

Inclinó la cabeza y se masajeó las sienes mientras reconsideraba pedir un analgésico para su punzante dolor de cabeza.

—¿Mi nombre? —repitió procurando ganar tiempo y rogando que se le ocurriese de pronto alguna idea brillante—. ¿O el nombre de la mujer que murió?

—Empecemos por el suyo.

Contuvo la respiración un instante y entonces dijo con voz suave:

—Kendall.

—¿Se deletrea ka, e, ene, de, a, ele, ele? —le preguntó el ayudante del *sheriff* mientras escribía en su libreta.

Ella asintió con la cabeza.

—Bien, señora Kendall. ¿También se apellidaba así la difunta?

—No, Kendall es...

Pero antes de que pudiera sacar al policía de su error, el médico de guardia descorrió la cortina y entró con aire resuelto.

El corazón de Kendall le dio un vuelco.

—¿Cómo está él? —preguntó con voz entrecortada.

—Vivo, gracias a usted —respondió el médico con una sonrisa.

—¿Ha recuperado el conocimiento? ¿Ha dicho algo? ¿Qué le ha contado?

—¿Quiere echarle un vistazo usted misma?

—Yo... supongo que sí.

—Oiga, doctor, espere un momento. Tengo que hacerle algunas preguntas —se quejó el ayudante del *sheriff*—. Queda mucho papeleo importante, ya sabe.

—¿Eso no puede esperar? Está inquieta y no puedo suministrarle ningún tranquilizante porque está amamantando.

El ayudante del *sheriff* miró de reojo al bebé y luego el pecho de Kendall. El rostro se le enrojó hasta adquirir el color de un tomate maduro.

—Bueno, supongo que puede esperar un rato. Pero hay que hacerlo.

—Claro, claro —dijo el médico.

La enfermera cogió a Kevin de los brazos de Kendall. Seguía dormido.

—Buscaré una cuna en la maternidad para esta preciosidad. No se preocupe por él. Usted vaya con el doctor.

El ayudante del *sheriff* toqueteaba el ala de su sombrero mientras cambiaba el peso de pierna.

—Estaré sentado ahí fuera, señora. Y cuando esté lista para, ya sabe, continuar...

—¿Por qué no se va a tomar un café? —le sugirió el doctor procurando aplacarle.

El médico era joven y desenvuelto y, a juicio de Kendall, muy engreído. Ella dudaba que aún se hubiera secado la tinta de su título de medicina, pero era evidente que él disfrutaba imponiendo su limitada autoridad. Sin volver la vista siquiera hacia el agente, la condujo pasillo abajo.

—Tiene fractura de tibia, o lo que es lo mismo, se ha roto la espinilla —explicó—. No ha habido dislocación, así que no requerirá intervención quirúrgica, ni férula, etcétera. En ese sentido, ha tenido muchísima suerte. Tal como usted describió que había quedado el coche...

—El capó parecía un acordeón. Ha sido un milagro que el volante no le aplastara el pecho.

—Cierto. Temía que sufriera fractura de costillas, hemorragia interna, o tuviera órganos dañados, pero no es así. Sus constantes vitales se han estabilizado. Esas son las buenas noticias. Sin embargo, ha recibido un buen golpe en la cabeza. La radiografía sólo muestra una pequeña fisura en el cráneo, pero tuve que darle varias decenas de puntos para cerrar la herida. Ahora mismo no queda muy favorecido que digamos, pero con el tiempo le crecerá el pelo y le cubrirá la cicatriz. No estropeará demasiado su atractivo —dijo sonriéndole.

—Sangró mucho.

—Le hemos hecho una transfusión de sangre por si acaso. Ha sufrido una conmoción cerebral, pero si guarda reposo unos cuantos días, se pondrá bien. En cuanto a la pierna rota, deberá utilizar muletas al menos durante un mes. No le quedará otro remedio que descansar y hacer el vago si desea recuperarse. Ya hemos llegado —dijo conduciéndola hacia una habitación—. Tan sólo hace unos minutos que ha recuperado el conocimiento, así que aún está grogui.

El médico entró delante de ella en la estancia débilmente iluminada. Kendall titubeó en el umbral y contempló la estancia. En una de las paredes había un cuadro espantoso de Jesucristo ascendiendo en las nubes, y en la de enfrente colgaba un póster de prevención del sida. Era una habitación semiprivada con dos camas, pero él era el único paciente.

Tenía escayolada la parte inferior de la pierna, apoyada en alto sobre una almohada. Le habían puesto una bata que sólo le llegaba hasta la mitad de los muslos. Fuertes y bronceados en contraste con las sábanas blancas, desentonaban en el ambiente de un hospital.

Una enfermera estaba tomándole la tensión arterial. Bajo el ancho vendaje de gasa que le envolvía la cabeza, sus cejas oscuras resaltaban en la frente arrugada. Tenía el pelo enmarañado y apelmazado por la sangre seca y la solución antiséptica. Sus brazos estaban cubiertos de numerosos moretones amarillentos. Los rasgos de su rostro estaban deformados por la hinchazón, las contusiones y magulladuras, pero era reconocible por el hoyuelo de la barbilla y la dura inclinación de la boca, de la que sobresalía un termómetro.

El médico se acercó con aire eficiente a la cabecera de la cama y consultó la tensión que la enfermera había anotado en el gráfico del paciente.

—Mejora por momentos —afirmó. También murmuró un comentario de aprobación cuando la enfermera le mostró la temperatura corporal.

Aunque Kendall seguía vacilante en la puerta, los ojos del paciente se clavaron en ella desde las ensombrecidas profundidades de sus cuencas, que

estaban hundidas y oscuras por la pérdida de sangre y el dolor. Pero su mirada inmutable seguía siendo tan penetrante como siempre.

La primera vez que ella le había mirado directamente a los ojos, había percibido y respetado su aguda perspicacia. Incluso le había causado cierto temor. Y todavía continuaba sucediéndole. Parecía poseer una capacidad asombrosa para ver directamente en su interior de un modo que la llenaba de desasosiego.

Él la había calado desde su primer encuentro. Sabía distinguir a una mentirosa en cuanto la veía.

Kendall deseó que la habilidad que él poseía para leer sus pensamientos le sirviese en ese momento para que supiera lo mucho que sentía que hubiera resultado herido. De no haber sido por ella, el accidente jamás se habría producido. A pesar de que era él quien conducía, ella era la responsable del dolor físico y del malestar que él padecía. Al comprenderlo, sintió un gran remordimiento. Era la última persona a quien él querría tener junto a su cama en el hospital.

Malinterpretando el motivo de su vacilación, la enfermera sonrió y le indicó con un gesto que se acercara.

—Está presentable. Ya puede usted pasar.

Pugnando contra su aprensión, Kendall entró en la habitación y le dirigió una sonrisa titubeante al enfermo.

—Hola. ¿Cómo te encuentras?

Él se la quedó mirando fijamente unos momentos. Por fin alzó los ojos hacia el médico, luego a la enfermera y después volvió a mirar a Kendall. Entonces, con voz débil y ronca, preguntó:

—¿Quién eres?

El médico se inclinó sobre su paciente.

—¿Quiere decir que no la reconoce?

—No. ¿Debería? ¿Dónde estoy? ¿Quién soy?

El médico le miró boquiabierto. La enfermera se quedó atónita, con el tubo del esfigmomanómetro colgándole en la mano. Kendall parecía anonadada, aunque al mismo tiempo experimentó un torbellino de sentimientos encontrados. Su mente comenzó a trabajar a toda prisa para asimilar aquel giro inesperado de la situación y pensar en cómo podría utilizarlo en su provecho.

El médico fue el primero en reaccionar. Adoptando un tono de voz animoso que se contradecía con su débil sonrisa, afirmó:

—Vaya, parece que la conmoción cerebral ha dejado amnésico a nuestro paciente. Ocurre a menudo. Es algo pasajero, estoy seguro. No hay por qué preocuparse. Dentro de un par de días se reirá de ello. —Se volvió hacia Kendall—. Por ahora, usted es nuestra única fuente de información. Creo que será mejor que nos diga, y le diga a él, quién es.

Kendall tardó tanto en contestar que el momento se tornó tenso. El médico y la enfermera la miraron con gesto expectante. El hombre que yacía en la cama parecía interesado y a la vez receloso de oír su respuesta. Entornó los ojos con expresión desconfiada, pero Kendall advirtió que, milagrosamente, realmente no recordada nada. *¡Nada!*

Aquello era un regalo inesperado e increíblemente generoso que le brindaba el destino. Era una oportunidad casi demasiado perfecta, realmente abrumadora, demasiado complicada para aprovecharla sin disponer del tiempo necesario para prepararse. No obstante, de una cosa podía estar segura: sería una estúpida si no se aferraba a ella.

—Es mi marido —declaró con una calma notable.

Capítulo 1

—Por la autoridad que me ha conferido Dios todopoderoso y el Estado de Carolina del Sur, yo os declaro marido y mujer. Matthew, puedes besar a la novia.

Los invitados a la boda aplaudieron mientras Matt Burnwood rodeaba a Kendall Deaton con sus brazos, y rompieron a reír cuando el beso del novio se prolongó más de lo que correspondía a una casta prueba de afecto. Se resistía a detenerse.

—Por desgracia, eso tendrá que esperar —le susurró Kendall.

Matt le dirigió una mirada afligida, pero dado su talante conciliador, se volvió hacia los varios centenares de invitados que se habían ataviado con sus mejores galas para asistir a la ceremonia.

—Damas y caballeros —dijo el pastor—, permítanme presentarles, por primera vez, al señor y la señora Burnwood. Cogidos del brazo, Kendall y Matt se dirigieron hacia sus sonrientes invitados. El padre de Matt estaba sentado solo en la primera fila. Se puso en pie y abrió los brazos mirando a Kendall.

—Bienvenida a nuestra familia, Kendall —dijo abrazándola—. Dios te ha enviado. Necesitábamos una mujer entre nosotros. Si Laurelann estuviera viva, estoy seguro de que te querría tanto como yo.

Kendall besó la mejilla rubicunda de Gibb Burnwood.

—Gracias, Gibb. Eres muy amable.

Laurelann Burnwood había fallecido cuando Matt era un chiquillo, pero él y Gibb hablaban de su muerte como si fuese algo reciente. El viudo tenía muy buena planta, con su pelo blanco cortado al rape y su alta y esbelta figura. Muchas viudas y divorciadas habían puesto sus ojos en Gibb, pero sus sentimientos no habían sido correspondidos. Él había tenido un único y verdadero amor, decía a menudo, y no buscaba otro.

Matt puso un brazo alrededor de los amplios hombros de su padre y el otro sobre Kendall.

—Nos necesitábamos. Ahora somos una familia completa —dijo.

—Es una lástima que no haya podido estar aquí la abuela —comentó Kendall con tristeza.

Matt le sonrió comprensivamente.

—Ojalá se hubiera sentido con fuerzas de hacer el viaje desde Tennessee.

—Habría sido demasiado duro para ella. Pero está con nosotros en espíritu.

—No nos pongamos demasiado sensibleros —interrumpió Gibb—. Esta gente ha venido a comer, beber y pasarlo bien. Es vuestro día, así que disfrutadlo.

Gibb no había reparado en gastos a fin de asegurarse de que la boda fuera recordada y recibiera todo tipo de comentarios elogiosos durante años. Kendall se había escandalizado por tamaño derroche. Poco después de aceptar la proposición de matrimonio de Matt, ella había sugerido que celebraran la boda en la intimidad, quizás en el despacho de un pastor.

Gibb se había negado en redondo.

Se saltó la costumbre de que la familia de la novia costeara la boda e insistió en hacerse cargo él. Kendall puso reparos, pero Gibb, con su personalidad encantadora y aplastante, había echado por tierra todas sus objeciones.

—No te lo tomes a mal —le había dicho Matt al comentarle ella la consternación que le producían los elaborados planes de Gibb—. Papá quiere organizar una fiesta por todo lo alto, lo nunca visto en Prosper. Y ya que ni tú ni tu abuela podéis permitirlo, está encantado de costearlo él. Después de todo soy su único hijo. Este será un acontecimiento irrepetible en su vida, así que démosle ese gusto y dejémosle hacer.

Kendall tardó poco en dejarse absorber por la excitación de los preparativos. Eligió su traje de novia, pero Gibb asumió el control de todo lo demás, si bien tuvo la deferencia de consultarle todas las decisiones importantes antes de tomarlas.

Su atención al más mínimo detalle tuvo unos resultados excelentes, pues el día de la boda su casa y el jardín tenían un aspecto espectacular. Matt y ella se juraron fidelidad bajo un arco enrejado engalanado de gardenias, azucenas y rosas blancas. En una gran carpa había un bufet con un extenso surtido de manjares pensado para satisfacer los paladares más exigentes.

El pastel de boda era una escultura impresionante compuesta de varios pisos. El glaseado cremoso estaba decorado con racimos de capullos de rosas frescas. También había una tarta de chocolate para el novio, con un baño de caramelo de dulce de leche vertido sobre fresas del tamaño de una pelota de

tenis. Las enormes botellas de champán se enfriaban en las cubiteras. Los invitados parecían dispuestos a que no quedara ni una gota.

A pesar de tanta sofisticación, la recepción era una auténtica fiesta familiar. Los niños jugaban bajo la sombra de los árboles frondosos. Después de que la novia y el novio iniciaron el baile con un vals nupcial, otras parejas se sumaron a ellos en la pista hasta que todos se pusieron a bailar.

Fue una boda de cuento de hadas. Con ogro incluido.

Desconocedora de las amenazas que la rodeaban, a Kendall le resultaba difícil imaginarse mayor felicidad. Matt la tenía abrazada y la hacía girar sobre la pista de baile. Con su esbelta figura y su altura, parecía hecho para vestir esmoquin con la mayor naturalidad. Era increíblemente apuesto. Sus rasgos armoniosos y su cabello liso le daban el porte aristocrático de un gran señor.

«Tienes ese aire elegante y distante... Como Gatsby», le había dicho Kendall una vez en son de broma.

Habría deseado prolongar el vals con Matt durante horas, pero los invitados aguardaban impacientes su turno para bailar con la novia. Entre ellos estaba el juez H. W. Fargo. Kendall protestó por lo bajo cuando Matt la cedió al juez, que demostró tener tan poca gracia en la pista de baile como en la sala del tribunal.

—Albergaba mis dudas respecto a usted —comentó el juez Fargo mientras la hacía voltear con tanta brusquedad que estuvo a punto de desnucarla—. Cuando me enteré de que iban a contratar a una mujer para ocupar el puesto de abogado de oficio del condado, tuve serias dudas de que estuviera a la altura del cargo.

—¿De veras? —dijo ella con voz calmada.

Fargo no sólo era un bailarín pésimo y un juez deplorable, sino que además era un machista redomado, pensó Kendall. Desde su primera comparecencia en la sala del tribunal, el juez no había hecho el menor esfuerzo por ocultar sus «dudas».

—¿Por qué recelaba, juez? —le preguntó esforzándose por no torcer su sonrisa amistosa.

—Prosper es una población conservadora —dijo él con vehemencia—. Y a mucha honra. Aquí la gente ha venido haciendo las cosas del mismo modo desde hace generaciones. No nos gustan los cambios y menos cuando nos vemos forzados a aceptarlos. Y una abogada es toda una novedad.

—Opina que las mujeres deben permanecer en casa para cocinar, limpiar y ocuparse de los hijos, ¿no es eso? ¿Que no deben tener aspiraciones profesionales?

El juez carraspeó antes de contestar.

—Yo no lo expresaría de esa manera.

—No, claro que no.

Una afirmación tan franca como aquella podría costarle votos. Todo cuanto decía en público pasaba por el tamiz de la autocensura. El juez H. W. Fargo era un político consumado. Ojalá fuese tan eficaz como juez.

—Lo que quiero decir es que Prosper es una localidad decente. Aquí no existen los problemas que padecen otras ciudades. Extirpamos de raíz las influencias perniciosas. Lo que pretendemos, y me refiero a mí y a los demás cargos oficiales, es mantener bien altos nuestros valores morales.

—¿Cree que soy una influencia perniciosa, juez?

—En absoluto, en absoluto.

—Mi trabajo consiste en proporcionar asesoramiento legal a aquellos que carecen de recursos para contratar a un abogado particular. La Constitución garantiza el derecho a una defensa legal a todos los ciudadanos estadounidenses.

—Ya sé lo que garantiza la Constitución —replicó irritado el juez.

Kendall sonrió para quitar hierro a su leve pulla.

—A veces tengo que recordármelo a mí misma. Mi profesión me obliga a estar en contacto directo con ciertos elementos de la sociedad que todos deseáramos que no existieran. Pero mientras haya delincuentes, necesitarán a alguien que los defienda ante los tribunales. Y por muy indeseable que sea mi cliente, procuro poner toda mi capacidad profesional en defender su causa.

—Nadie está poniendo en tela de juicio su capacidad. A pesar de que estuvo implicada en aquel feo asunto, en Tennessee... —dejó la frase inacabada y le dirigió una sonrisa afectada—. Pero bueno, ¿para qué recordar aquello hoy?

En efecto, ¿para qué? Aquel recordatorio de sus apuros pasados había sido intencionado. A Kendall la molestó que Fargo la considerara tan estúpida como para creer que su comentario había sido una simple metedura de pata.

—Está haciendo un excelente trabajo, excelente —prosiguió el juez en tono zalamero—. Debo admitir que me costó lo mío habituarme a ver a una mujer rebatiéndome cuestiones legales. —Emitió una risotada que sonó como un ladrido—. A decir verdad, hasta que se presentó a la entrevista para el puesto, creíamos que estábamos contratando a un hombre.

—Mi nombre puede dar lugar a confusiones.

La junta directiva del Colegio de Abogados del condado de Prosper había decidido crear un puesto de abogado de oficio para evitar que sus miembros tuvieran que asumir la defensa de indigentes. Incluso rotando el reparto de los casos, podían resultar muy costosos por el tiempo invertido y la consiguiente disminución de ingresos.

La junta quedó estupefacta al ver llegar a Kendall con zapatos de tacón de aguja y vestido en lugar de traje y corbata. Su currículum era tan impresionante que habían respondido de inmediato a su solicitud y casi estaban dispuestos a contratarla sin haberla visto previamente. La entrevista debería haber sido una mera formalidad.

Pero, por el contrario, la pusieron en la picota. Consciente de que iba a topar contra la clásica mentalidad conservadora sureña, Kendall había preparado con esmero su discurso de presentación, enfocado a combatir los prejuicios de sus entrevistadores y disipar sus incertidumbres, aunque evitando ofenderlos.

Necesitaba de modo apremiante aquel empleo. Estaba cualificada para realizarlo y, dado que su futuro dependía de que lo obtuviera, utilizó todos los recursos de los que disponía.

Era obvio que la entrevista había ido bien, pues la junta le ofreció el puesto. Aquel único punto negro que empañaba su trayectoria profesional tuvo mucho menos peso en el momento de la decisión final que su sexo. O quizá pensaron que, justamente porque pertenecía al género femenino, debían ser más tolerantes. Había cometido un desliz, pero era perdonable porque, al fin y al cabo, no era más que una mujer.

A Kendall la traía sin cuidado lo que pensarán o las razones por las que habían tomado aquella decisión. En los ocho meses que llevaba en Prosper había demostrado sus aptitudes. Había trabajado con ahínco para ganarse el respeto de sus colegas y el de la ciudadanía. Los escépticos se habían visto obligados a reconocer que estaban equivocados.

Incluso el editor del periódico local, quien al enterarse de su nombramiento había escrito un editorial preguntándose si una mujer estaría capacitada para un trabajo tan difícil, había cambiado radicalmente de opinión.

El editor en cuestión se acercó a ella por detrás en aquel instante, le enlazó el talle con los brazos y la besó en la nuca.

—Juez, tiene usted monopolizada a la chica más guapa de la fiesta desde hace demasiado rato.

—Sí, señor, así habla un novio —musitó riendo Fargo.

—Gracias por rescatarme —dijo Kendall suspirando mientras Matt la alejaba de allí bailando. Apoyó la mejilla contra la solapa de su esmoquin y cerró los ojos—. Bastante duro me resulta tener que lidiar con ese mostrenco reaccionario vestido con toga en los tribunales. Bailar con él el día de mi boda excede con creces la llamada del deber.

—Sé amable, anda —la reprendió Matt.

—Lo he sido. Es más, he estado tan encantadora que casi me han entrado ganas de vomitar.

—El juez puede ser un pesado, pero es un viejo amigo de papá.

Matt tenía razón. Además, no estaba dispuesta a darle al juez Fargo la satisfacción de aguarle el día de su boda. Alzó la cabeza y sonrió a Matt.

—Te quiero. ¿Cuánto tiempo hacía que no te lo decía?

—Muchísimo. Por lo menos diez minutos.

De pronto, una voz estentórea interrumpió sus arrumacos.

—Nena, ¡menudo fiestón!

Kendall se giró y vio a su dama de honor pasar bailando el *two step* con el farmacéutico local. El hombrecillo, enclenque y apocado, parecía apabullado de encontrarse entre los brazos de una mujer tan vivaracha y abundantemente dotada por la naturaleza como aquella.

—Hola, Ricki Sue —la saludó Kendall—. ¿Lo estás pasando bien?

El elaborado peinado en forma de colmena de Ricki Sue Robb oscilaba al compás de la música. Por encima del escote de su vestido azul cielo, el rostro le brillaba de sudor. A Kendall le había costado lo suyo encontrar un vestido que favoreciera a su dama de honor. El cutis de Ricki Sue era una mezcla desigual de tez cetrina y pecas rojizas. Pese a tener el pelo pelirrojo, no sólo no trataba de disimular esa llamativa característica distintiva, sino que prefería lucir los peinados más alambicados que se le ocurrían: eran auténticas maravillas de ingeniería, dignas de estudio arquitectónico.

El amplio hueco que separaba sus dientes frontales estaba constantemente a la vista, pues siempre sonreía. Sus labios carnosos brillaban pintados de un rojo rabioso, una elección desafortunada dado el color de su pelo.

—Me dijiste que tu marido estaba como un tren, pero no me contaste que además estaba forrado —vociferó.

Kendall advirtió que Matt se envaraba, molesto. Sin embargo, Ricki Sue no tenía la más mínima intención de ofenderlo, sino que, por el contrario, creía haberle hecho un cumplido. Pero en Prosper no se acostumbraba a hablar de riqueza personal entre gente educada. O al menos, en voz alta.

—Sería un gesto de cortesía por tu parte que la invitaras a bailar, Matt — dijo Kendall cuando Ricki Sue y el aturdido farmacéutico se alejaron y ya no podían oírla.

—Me da miedo que me pisotee —repuso este haciendo una mueca.

—Matt, por favor.

—Lo siento.

—¿De veras? Anoche, durante la cena de ensayo, vi claramente que nada más conocer a Ricki Sue le tomaste antipatía. Espero que ella no se diese cuenta, pero yo, desde luego, sí lo advertí.

—Es que no es en absoluto como me la describiste.

—Te dije que era mi mejor amiga. Con esa descripción debería haberte bastado.

Como la precaria salud de su abuela le había impedido asistir a la boda, Ricki Sue era la única invitada de Kendall. Aunque sólo fuese por esa razón, había confiado en que Matt haría un esfuerzo por mostrarse amistoso y cordial con ella. Pero por desgracia, la conversación bulliciosa de Ricki Sue había repelido a Matt y a Gibb. Los incomodaba su risa espontánea y chabacana, que parecía brotar de sus impresionantes senos.

—Reconozco que Ricki Sue no es una refinada dama sureña.

Matt se rio burlonamente ante aquel eufemismo.

—Es basta y vulgar, Kendall. Esperaba que fuese como tú. Femenina, con buenos modales y bella.

—Es muy bella por dentro.

Ricki Sue era la recepcionista de Bristol y Mathers, el bufete de abogados donde Kendall había trabajado anteriormente. Cuando se conocieron, Kendall había sido incapaz de ver más allá del descarado de la pelirroja. Sin embargo, poco a poco aprendió a conocer y a querer a la mujer sensible que se ocultaba detrás de aquella llamativa fachada. Ricki Sue era una persona sencilla, práctica, tolerante y digna de confianza. Sobre todo, digna de confianza.

—Estoy convencido de que tiene cualidades admirables —concedió Matt a regañadientes—. Y quizá no puede evitar ser gorda. Pero es que la encuentro tan avasalladora...

Kendall hizo una mueca de disgusto al oírle pronunciar la palabra «gorda», cuando podría haber empleado otros adjetivos. Mejor todavía, podría haberse ahorrado utilizar uno tan despectivo.

—Si quisieras darle una oportunidad.

Matt posó el índice sobre los labios de Kendall.

—¿Vamos a reñir en mitad de nuestro banquete de boda, ante todos nuestros invitados, por algo tan insignificante?

Kendall podría haber argumentado que la grosería con la que trataba a su amiga no era insignificante, pero él tenía razón al decir que no era el momento más adecuado para discutir. Además, algunos de los amigos de Matt tampoco la entusiasmaban.

—De acuerdo, te concedo una tregua —accedió Kendall—. Pero si tuviera ganas de pelea, podría preguntarte por todas las mujeres de por aquí que me han fulminado con la mirada. Si las miradas mataran, ya habría muerto al menos una docena de veces.

—¿Quién? ¿Dónde? —Matt giró la cabeza a ambos lados, como si buscara a las damas con el corazón destrozado.

—Ni se te ocurra —gruñó ella aferrándolo posesivamente por las solapas—. Pero, sólo por curiosidad, ¿cuántos corazones has partido al casarte conmigo?

—¿Qué importancia tiene eso?

—En serio, Matt.

—¿En serio? —Compuso un semblante grave—. Pues en serio, yo era uno de los pocos solteros entre la pubertad y la senilidad que quedaban en Prosper. Así que si ves algunas caras largas entre las presentes, ya sabes a qué se debe. Ahora las solteras maduras de por aquí tienen mayores posibilidades de que las parta un rayo que de casarse.

El frívolo comentario de Matt logró su propósito, pues Kendall se echó a reír.

—Bien, en cualquier caso, me alegro de que aguardaras a que yo llegara para decidirte por el matrimonio.

Matt dejó de bailar, la atrajo hacia sí, le inclinó con suavidad la cabeza hacia atrás y la besó en los labios.

—Yo también me alegro.

No resultaba fácil pasar desapercibida vestida con traje de novia y velo, pero al cabo de media hora Kendall logró escabullirse sin llamar la atención y entrar en la casa.

No le gustaba la casa de Gibb, sobre todo el amplio salón, cuyas paredes revestidas de paneles de madera oscura proporcionaban un telón de fondo apropiado para sus trofeos de caza y de pesca.

Para la vista poco apreciativa de Kendall, un pez montado sobre una placa de nogal parecía tan patético como cualquier otro. Las miradas vacías de los ciervos, alces, jabalíes y demás piezas de caza mayor le producían compasión y repugnancia. Mientras cruzaba el salón, lanzó una mirada cautelosa a la cabeza de un feroz rorcual, conservado para la eternidad mostrando los colmillos.

La caza y la pesca eran el sustento de Gibb. Su tienda de artículos de deporte y caza estaba situada en la calle principal del pueblo. En aquella zona montañosa de Blue Ridge, al noroeste de Carolina del Sur, Gibb dirigía un negocio próspero y contaba con una clientela fiel a la que cuidaba con esmero. Los asiduos recorrían kilómetros para gastarse el dinero en su establecimiento.

Y la verdad es que era bueno en lo suyo. Cazadores y pescadores ilusionados valoraban su opinión y sacaban gustosos sus tarjetas de crédito para adquirir cualquier artilugio, mira telescópica, cebo o señuelo que él les sugería. A menudo volvían con las piezas cobradas, incluso arrastraban reses muertas hasta el interior de la tienda, para recrearse con su habilidad en el manejo del rifle, las trampas o las cañas y los carretes.

Gibb se mostraba generoso con los elogios y no se atribuía el mérito de sus consejos. Era admirado como aficionado a la vida al aire libre y como persona. Quienes no podían afirmar pertenecer a su círculo de amistades sin duda habrían querido hacerlo.

Cuando Kendall llegó a la puerta del baño que Gibb utilizaba de aseo, la encontró cerrada. Dio unos golpecitos.

—Enseguida salgo.

—¿Ricki Sue?

—¿Eres tú, cariño?

Ricki Sue abrió la puerta. Estaba limpiándose el escote con una toalla humedecida.

—Estoy sudando como una cerda. Pasa.

Kendall se recogió la cola del vestido y el velo, entró en el pequeño aseo y cerró la puerta. Pese a la falta de espacio, agradeció aquel momento de tranquilidad a solas con su amiga.

—¿Qué tal la habitación de tu motel? —le preguntó. Los moteles escaseaban en Prosper. Kendall había reservado la mejor habitación disponible para Ricki Sue, pero tenía pocas comodidades.

—Las he visto peores. Y también he follado en sitios peores —repuso guiñándole un ojo—. Por cierto, ¿ese magnífico semental que te has

agenciado es tan bueno como parece?

—Ya sabes que no me gusta hablar de cosas tan personales —replicó Kendall con una sonrisa remilgada.

—Pues tú te lo pierdes, porque contarlo es casi lo más divertido.

En Bristol y Mathers, Ricki Sue había cautivado a los abogados y demás empleados con el relato de sus proezas sexuales. Todas las mañanas, junto a la máquina de café, solía añadir un nuevo episodio al culebrón constante que era su vida. Algunas de sus aventuras sonaban demasiado inverosímiles, pero por increíbles que parecieran, todas eran ciertas.

—Me preocupas, Ricki Sue. Es peligroso tener muchos amantes.

—Soy cuidadosa. Siempre lo he sido.

—No lo dudo, pero...

—Oye, cariño, no me sermonees. Hago cuanto puedo con los medios de los que dispongo. Cuando se tiene un físico como el mío, hay que contentarse con lo que los hombres estén dispuestos a dar. Está claro que ninguno va a caer rendido a mis pies con esta pinta —dijo extendiendo los brazos en cruz—. Así que en lugar de quedarme con el corazón destrozado una y otra vez, o de limitarme a esperar y acabar siendo una solterona amargada, hace años decidí que sería *acomodaticia*. Les doy lo que ellos quieren, y te aseguro que tengo verdadero talento para eso. Cuando las luces están apagadas y sin ropa encima, les da igual si pareces una princesa de cuento de hadas o un jabalí verrugoso, mientras tengas un recoveco acogedor y cálido en el que la puedan meter. En la oscuridad todos los gatos son pardos, nena.

—Qué filosofía tan triste y sórdida.

—Pues a mí me sirve.

—Pero ¿cómo sabes que el día menos pensado no se presentará el hombre de tu vida?

La risotada de Ricki Sue sonó como una sirena de alarma.

—Tengo más probabilidades de que me toque la lotería —respondió. Entonces su sonrisa se desvaneció y pareció ensimismarse—. No me malinterpretes. Cambiaría mi vida por la tuya en menos que canta un gallo. Me encantaría tener un buen marido y un montón de hijos revoltosos. Pero como eso es prácticamente imposible, me niego a renunciar a la parte divertida del asunto, por eso aprovecho todo el afecto que puedo conseguir. Ya sé que la gente comenta a mis espaldas que me dejo utilizar por los hombres. Pero la verdad es que soy yo quien los utilizo. Porque por desgracia... —Hizo una pausa para observar a Kendall de arriba abajo con una mirada de envidia sana—. Todas las mujeres no están creadas de la

misma forma. Con un buen tinte de alheña parezco una morsa, y en cambio tú eres... bueno, tú.

—No te desmerezcas de ese modo. Además, creía que me querías por mi inteligencia —bromeó Kendall.

—Oh, eres tan lista que a veces me das miedo, francamente. Y tienes más agallas que nadie que haya conocido jamás, y te aseguro que he conocido a tipos bastante duros. —Abandonó el tono de broma y miró a Kendall con solemnidad—. Me alegra que las cosas te hayan salido bien aquí, cielo. Corriste un gran riesgo. Todavía lo corres.

—Hasta cierto punto, sí —convino Kendall—. Pero no estoy preocupada. Ha pasado demasiado tiempo. Si aquello hubiese tenido que descubrirse, ya habría sucedido.

—No sé —dijo Ricki Sue en tono dubitativo—. Sigo opinando que estás loca de remate por seguir adelante con esto. Y si volviera a repetirse, volvería a desaconsejártelo. ¿Lo sabe Matt?

Kendall negó con la cabeza.

—¿No deberías contárselo?

—¿Por qué razón?

—Porque es tu marido, ¡no te fastidia!

—Exacto. ¿Acaso cambiarían sus sentimientos hacia mí?

Ricki Sue reflexionó un momento.

—¿Y qué opina tu abuela?

—Lo mismo que tú —reconoció Kendall a regañadientes—. Me insistió en que se lo contara.

Elvie Hancock era la única pariente a la que Kendall recordaba, pues se había quedado huérfana a los cinco años. Había criado a Kendall con mano firme pero llena de ternura. En casi todos los asuntos de importancia, Kendall estaba de acuerdo con ella. Se fiaba de los instintos de aquella mujer y valoraba la sabiduría de su avanzada edad.

Pero en cuanto a la necesidad de ser absolutamente honesta con Matt, tenían opiniones divergentes. Kendall estaba convencida de que su modo de proceder era el más acertado.

—La abuela y tú debéis confiar en mí en esto, Ricki Sue —dijo con voz queda.

—Vale, cariño. Pero si de pronto te sale un esqueleto del armario y te muerde el trasero, no digas que no te advertí.

Riéndose al imaginar la escena, Kendall se inclinó hacia Ricki Sue y la abrazó.

—Te echo de menos. Prométeme que vendrás a verme a menudo.

Ricki Sue dobló la toalla con más esmero del necesario.

—No creo que sea una buena idea.

La sonrisa de Kendall se desvaneció.

—¿Por qué no?

—Porque tu marido y su padre han dejado bien claro los sentimientos que les inspiro. No, no te disculpes —se apresuró a decir Ricki Sue al advertir que Kendall hacía ademán de protestar—. Me importa un rábano lo que piensen de mí. Me recuerdan demasiado a mis padres, con sus aires de superioridad moral, como para que me importe su opinión. Oh, mierda. No pretendía menospreciarlos, es que... —Sus ojos, muy maquillados, imploraron la comprensión de Kendall—. No quiero causarte ningún problema.

Kendall sabía exactamente lo que su amiga estaba tratando de expresar y aquel sentimiento no hizo más que acrecentar su afecto por ella.

—Os añoro a ti y a la abuela más de lo que imaginaba, Ricki Sue. Tennessee me parece muy lejano. Necesito una amiga.

—Búscate una.

—Lo he intentado, pero hasta ahora no he tenido éxito. Las mujeres de aquí son corteses, pero distantes. Quizá sientan antipatía por mí por haber aparecido de pronto y haberles robado a Matt. O tal vez las intimide mi carrera profesional. Sus vidas parecen girar en torno a objetivos distintos de los míos. En cualquier caso, nadie podría reemplazarte como mi mejor amiga. Por favor, no me des de lado.

—No te doy de lado, válgame Dios. Recuerda que yo tampoco ando muy sobrada de amigas. Pero seamos prácticas. —Cogió a Kendall por los hombros—. Aparte de mí, el único vínculo que te queda en Sheridan es tu abuela. Cuando ella muera, da definitivamente la espalda a ese lugar, Kendall. Corta todas las amarras, incluyéndome a mí. No tientes a la suerte.

Kendall asintió con expresión pensativa, reconociendo el mérito de los consejos de su amiga.

—La abuela ya no vivirá mucho más, Ricky Sue. Ojalá se hubiera mudado aquí, pero no consintió en dejar su casa. Esta separación me parte el alma. Ya sabes lo importante que ella es para mí.

—Y viceversa. Te quiere muchísimo y siempre ha deseado lo mejor para ti. Si eres feliz, ella morirá feliz.

Kendall sabía que Ricki Sue tenía razón. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Cuídala por mí, Ricki Sue.

—La llamo todos los días y voy a verla al menos un par de veces por semana, tal como te prometí. —Tomó la mano de Kendall y le dio un apretón tranquilizador—. Y ahora me gustaría volver a la fiesta, a esos deliciosos manjares y al champán. A lo mejor consigo echarme otro baile con ese boticario. Es mono, ¿no te parece?

—Está casado.

—¿Y qué? Precisamente ellos suelen ser los más desesperados por recibir los famosos cuidados amorosos de Ricki Sue —dijo palmeándose sus grandes pechos.

—¡Debería darte vergüenza!

—Lo siento, pero esa palabra no forma parte de mi vocabulario. —Riéndose por lo bajo, apartó a Kendall a un lado y abrió la puerta—. Me voy. Aunque daría lo que fuera por ver cómo te lo montas.

—¿Cómo me monto el qué?

—Lo de mear vestida con un traje de novia.

Capítulo 2

—¿Desea algo más, señorita?

La pregunta sacó bruscamente a Kendall de su ensoñación acerca de su boda. Recordaba hasta el más mínimo detalle de aquel día, pero se sentía ajena por completo a él, como si le hubiera sucedido a otra persona, o en otra vida.

—Nada más, gracias —respondió al empleado.

Pese al mal tiempo, los almacenes Wal-Mart estaban atestados de clientes. Los pasillos se hallaban abarrotados de carritos repletos de toda suerte de artículos, desde patines hasta rodillos de amasar.

—Son ciento cuarenta y dos con setenta y siete. ¿En efectivo, cheque o tarjeta?

—En efectivo.

El joven apenas se había fijado en ella. No era más que uno de los cientos de clientes que aquel día pasarían por su caja. Si le preguntaran más tarde, no la recordaría, no podría describirla. El anonimato era lo que Kendall buscaba.

La noche anterior, cuando por fin se había tendido en la cama del hospital Stephenville Community, la había invadido una sensación de cansancio como no recordaba haber experimentado en toda su vida. Le dolía todo el cuerpo a causa del accidente. El esfuerzo agotador de salir del barranco le había producido cortes y magulladuras que sentía con más intensidad a medida que transcurrían las horas. Había deseado desesperadamente sumirse en la inconsciencia del sueño, pero había permanecido desvelada durante toda la noche.

¿Quién eres? ¿Quién soy?

Es mi marido.

Las palabras habían resonado sin cesar en su mente. Con la cabeza sobre la almohada y los ojos clavados en el techo, se había preguntado una y otra vez si el hecho de haberlas pronunciado resultaría un acierto o una majadería. Ya era demasiado tarde para echarse atrás y, además, aunque hubiera podido no lo habría hecho.

La amnesia que él padecía era meramente temporal. Así que mientras siguiera atrapado en el olvido, Kendall debía aprovechar al máximo la situación. Confiaba en que le daría tiempo de poner a salvo a Kevin y a sí misma. Al fin y al cabo, salvar a Kevin era el objetivo que había guiado todas sus acciones hasta el momento. Por proteger al bebé valía la pena correr cualquier riesgo, incluso uno tan peligroso.

Al enterarse de que sufría amnesia, el paciente había armado un gran revuelo. Su recuperación exigiría reposo y sosiego, le había dicho el doctor. Tendría que tomárselo con calma si quería que su pierna sanara, de modo que ¿por qué no disfrutar de aquellas inesperadas y obligadas vacaciones? Cuanto más se esforzara por recuperar la memoria, más escurridiza se volvería. Una mente sometida a presión podía mostrarse obstinadamente esquiva, por lo que el médico le aconsejaba sin cesar que se relajara.

Pero no se había relajado; ni siquiera cuando el doctor sugirió a Kendall que llevara a Kevin a su habitación. Ver al bebé no hizo más que aumentar su agitación, que no disminuyó hasta que la enfermera se llevó a Kevin.

El médico, mucho más contenido y sin el brío que había mostrado antes, había intentado tranquilizar a Kendall.

—Recomiendo que le dejemos descansar toda la noche y que no le molestemos más. La amnesia es engañosa. Cuando se despierte mañana por la mañana, lo más probable es que lo recuerde todo.

Al amanecer, Kendall se puso un uniforme que le prestó una de las enfermeras y, presa de ansiedad, se dirigió de nuevo a su habitación. Pero no había recuperado la memoria durante la noche.

Cuando entró, él se cubrió en un pudoroso ademán instintivo hasta la cintura con la sábana. La enfermera acababa de lavarlo, lo cual le había resultado obviamente embarazoso. Salió con todos los útiles de aseo y los dejó a solas.

Kendall estaba incómoda.

—Seguro que te sientes mejor tras el baño.

—Un poco. Pero lo he pasado fatal.

—En general, los hombres sois unos pacientes pésimos. —Le dirigió una sonrisa vacilante y se acercó más—. ¿Hay algo que pueda hacer para que estés más a gusto?

—No, estoy bien. ¿Y tú? ¿Tú y el niño?

—Milagrosamente, Kevin y yo salimos ilesos.

—Estupendo —repuso él asintiendo con la cabeza.

Kendall advirtió que incluso aquella escueta conversación lo agotaba.

—Tengo que hacer unas cuantas gestiones, pero si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamar a las enfermeras. Parecen competentes.

Él asintió de nuevo, esta vez en silencio.

Kendall se disponía a irse pero de pronto, como si se le hubiera ocurrido en el último momento, se volvió, se inclinó sobre él y le dio un beso en la frente. Los ojos del hombre, que estaban cerrados, se abrieron de repente. El impacto de aquella mirada redujo la voz de Kendall a un susurro.

—Que descanses. Vendré a verte más tarde.

Salió apresuradamente de la habitación y se acercó a una enfermera.

—Necesito ir a comprar un par de cosas —le dijo—. ¿Podría pedir un taxi?

Riendo, la enfermera le tendió un juego de llaves.

—Aquí no hay taxis, cielo. Mi coche es suyo hasta que finalice mi turno, es decir, a las tres de la tarde. Llévese también mi gabardina.

—Muchísimas gracias. —La sorprendió aquella generosidad inesperada—. A Kevin le hacen falta algunas cosas y yo no puedo seguir vestida de enfermera.

La enfermera le indicó la forma de llegar a los almacenes Wal-Mart y añadió en tono indeciso:

—Perdone si le parezco una entrometida, cielo, pero si todas sus pertenencias, incluida la documentación, se le fueron río abajo en el coche, ¿cómo va a arreglárselas para pagar lo que compre?

—Por suerte, tenía algo de dinero en un bolsillo con cremallera de la chaqueta —respondió Kendall a la enfermera, que se habría quedado lívida de haber sabido la cantidad de dinero que llevaba encima. Era más que «dinero para gastos». Había ahorrado mucho, en previsión de una catástrofe como aquella. Ella y Kevin podrían sobrevivir una larga temporada con lo que tenía—. Está húmedo, pero sirve. Con lo que tengo podré comprar algunas cosas para Kevin y para mí, y encontrar un lugar donde alojarnos.

—En este pueblo de mala muerte sólo hay un motel cochambroso. No se gaste el dinero allí. Mientras necesite una cama, puede quedarse aquí, en el hospital.

—Es usted muy amable.

—Faltaría más. Además, cuando su marido recupere la memoria, supongo que querrá estar aquí, de día o de noche. —Tocó el brazo de Kendall en un ademán de consuelo—. Esto es demasiado para usted sola. ¿Está segura de que no tiene ningún pariente a quien pueda telefonar para que venga a echarle una mano?

—Nadie. Apenas tenemos familia. Por cierto, quería agradecerle a usted y al resto del personal que no le hayan dicho nada a mi marido sobre la víctima mortal. Bastante confuso y preocupado está ya. Me parece absurdo darle más disgustos.

El ayudante del *sheriff* también se había mostrado de acuerdo en que informar al amnésico de aquel fallecimiento era, por el momento, innecesario. Esa mañana se había vuelto a presentar en el hospital para poner al corriente a Kendall de los últimos intentos de recuperar el automóvil. Un par de buzos habían rastreado el cauce del río, le había dicho, pero no habían logrado encontrarlo. Por lo visto, la corriente debía de haberlo arrastrado río abajo, lejos del lugar del accidente.

Sacudiendo la cabeza con pesar, el policía había añadido que era imposible saber cuándo y dónde darían con él. «El barranco de Bingham discurre en su mayor parte por zonas de muy difícil acceso —le había dicho—. La tierra está demasiado saturada de agua como para que podamos hacer venir la maquinaria necesaria para rastrear debidamente el cauce. Y puesto que se prevén más lluvias, lo más probable es que no podamos salir en busca de los restos del coche hasta pasados unos cuantos días».

Unos cuantos días.

No disponían de una identificación acreditada. Por el momento, el automóvil y todo lo que contenía estaba ilocalizable. Nadie sabía dónde estaban. El conductor padecía amnesia. Y ella tenía tiempo.

Si conservaba la calma y actuaba con inteligencia, podría escapar y sacarles ventaja. Si no lo lograba, las consecuencias serían terribles. Pero ¿desde cuándo las posibles consecuencias le habían impedido actuar? Cuando se trasladó a Prosper estaba realmente desesperada.

Y todavía lo estaba más cuando huyó de ahí.

—¿Señorita?

Kendall se sobresaltó.

—Perdone. ¿Decía?

—¿Es todo? —El empleado de los almacenes Wal-Mart la miraba con extrañeza. Lo último que quería Kendall era llamar su atención y que recordara a aquella mujer vestida de enfermera, con aspecto aturdido y desorientado.

—Ah, sí. Gracias.

Recogió las compras apresuradamente y se dirigió hacia la salida, donde se agolpaban los clientes, reacios a abandonar los almacenes.

Kendall no vaciló. Agachó la cabeza y salió corriendo bajo el aguacero. Condujo en el automóvil prestado hasta la gasolinera más cercana y compró el periódico local. Lo hojeó con rapidez y acto seguido se encaminó hacia el teléfono público instalado en la pared exterior de uno de los laterales del edificio.

—Hola. Le llamo por su anuncio en el periódico. ¿El coche sigue en venta?

—¿O sea, que sus heridas no revisten gravedad?

—Fractura de la tibia derecha y un corte profundo en la cabeza. Eso es todo.

Kendall había abordado al médico en uno de los pasillos del hospital. Vestía ropa de calle y se había rociado con colonia suficiente para perfumar a un pelotón. Era obvio que tenía prisa por terminar el turno y entregarse a los planes que tuviera para aquella noche de sábado, pero Kendall necesitaba conocer algunas respuestas. Al ver la mirada firme con la que Kendall exigía más información, el médico exhaló un profundo suspiro.

—Ninguna de esas lesiones se soluciona en un abrir y cerrar de ojos, pero no son graves. Si su marido no se apoya en la pierna, se restablecerá en unas seis semanas. Hoy ya, le hemos levantado para que probara a andar con muletas. No ganará ninguna competición atlética, pero podrá desplazarse. En cuanto al corte de la cabeza, se le podrán quitar los puntos dentro de unos siete o diez días. La herida estará aún tierna durante un tiempo y le quedará cicatriz, pero nada grotesco. Seguirá siendo apuesto.

—Eso ya me lo ha dicho antes —le interrumpió Kendall ignorando su sonrisita maliciosa—. Lo que más me preocupa es su amnesia.

—No es una cosa extraordinaria que la sufra. Recuerde que ha recibido un golpe en la cabeza que le ha producido una conmoción.

—Pero habitualmente lo único que se olvida son los minutos que preceden a la conmoción y los hechos inmediatamente posteriores, ¿no es así?

—«Habitualmente» es un término que no se suele emplear en medicina.

—Pero es más inusual la pérdida total de la memoria, ¿verdad?

—Más inusual, sí —admitió con sequedad el médico.

Aquella misma tarde, Kendall se había documentado sobre todas las modalidades de la amnesia en los manuales de la limitada biblioteca del hospital. Lo que había leído coincidía con las afirmaciones del médico. Aun

así, no estaba satisfecha. Debía contemplar todas las posibilidades, por muy improbables que fuesen.

—¿Y qué me dice de la amnesia anterógrada?

—No llame al mal tiempo.

—Le ruego que me conteste.

El médico se cruzó de brazos y adoptó una postura que parecía decir «acabemos cuanto antes». Haciendo caso omiso de su impaciencia, Kendall prosiguió:

—Si lo he entendido bien, en el caso de que se produjese una amnesia anterógrada, mi marido sería incapaz de almacenar información en su memoria. Es decir, que aunque recordase lo que sucedió antes del accidente, quizá no se acuerde jamás de lo ocurrido entre la pérdida de memoria y el momento en que la recupere, con lo cual ese período de tiempo quedaría borrado de su mente para siempre.

—A grandes rasgos, lo que dice es correcto. Pero le repito que no debería preocuparse por eso hasta que ocurra. Y no creo que vaya a ocurrir.

—Pero *podría* suceder.

—En efecto. Aunque tendría que ser más optimista, ¿de acuerdo?

—¿Haría falta otro impacto en la cabeza para que recuperara la memoria?

—Eso sólo pasa en las películas —repuso el médico con sarcasmo—. En general, no suele darse de un modo tan dramático. Su memoria podría volver gradualmente, a retazos. O podría recobrarla por completo y de golpe.

—O no recuperarla jamás.

—Eso es bastante improbable. A no ser que exista una razón por la que su marido desee conservar su memoria permanentemente bloqueada. —El médico se interrumpió y enarcó las cejas con expresión interrogativa.

Kendall ignoró aquel ademán mal disimulado de curiosidad, pero se dio cuenta de que acababa de brindarle una oportunidad para ahondar en aquella dirección y teorizar al respecto.

—Verá, su subconsciente podría estar utilizando la contusión de la cabeza como una excusa válida para olvidar algo que no desea recordar, algo que le resulta difícil o incluso imposible soportar. —Le dirigió una mirada penetrante—. ¿Existe alguna razón por la que su marido quiera, subconscientemente, permanecer protegido por la amnesia?

—¿Está usted autorizado para ejercer la psicología, doctor? —Su voz siguió sonando engañosamente dulce, pero sus ojos revelaban la verdadera opinión que aquella pregunta le merecía. El médico se sonrojó de indignación—. Porque si no es así, ¿no deberíamos consultar a un especialista? ¿Quizás

un neurólogo de un hospital más grande? —añadió antes de que pudiera replicar.

—Ya lo he hecho.

—¿Ah, sí? —Aquella noticia la dejó algo sorprendida.

—Telefoneé a un hospital de Atlanta —afirmó el médico—. Hablé con el jefe de Neurología, le envié por fax el historial clínico y el resultado de las pruebas efectuadas a su marido, y le describí su estado general y sus reflejos. Le dije que la exploración no indica hemorragia cerebral. Le expliqué que el paciente no muestra señales de parálisis o entumecimiento en las extremidades, ni alteración del habla, visión borrosa, ni ninguna incapacidad mental. O sea, ninguno de los síntomas que delatan daños cerebrales graves. El neurólogo me dijo que a él le parecía que el paciente había recibido un golpe en la sesera que le había fundido un fusible de su memoria. Su pronóstico fue exactamente igual que el mío —concluyó con satisfacción.

Kendall se sintió aliviada al oírle decir aquello. Tenía intención de utilizar la amnesia del paciente en su favor, pero no deseaba que sufriera daños cerebrales irreversibles.

Y en cuanto a cuándo recuperaría la memoria, eso seguía siendo una enorme incógnita. Podía ocurrir en cualquier momento o al cabo de un año. ¿De cuánto tiempo disponía? Debía presuponer que era limitado y obrar en consecuencia.

Sonrió al médico.

—Le agradezco que se haya tomado la molestia de responder a mis preguntas. Lamento haberle entretenido. ¿Tiene una cita esta noche?

Ahora que ya había averiguado lo que necesitaba saber, pretendía distraerlo. La mejor forma de lograrlo era dirigirse a su ego y hacer que el tema de la conversación se centrara en él. A menudo empleaba una táctica similar con los jurados para desviar su atención de pruebas perjudiciales para su cliente.

—Cena y baile en la posada del Alce —repuso él.

—Parece divertido. No quiero entretenerle más.

El médico le dio las buenas noches y se dirigió a la salida principal del edificio. Kendall aguardó a perderlo de vista antes de entrar con sigilo en la habitación del paciente. Titubeó una vez que estuvo dentro.

Sobre la cabecera de la cama había una lámpara de luz mortecina cuya pantalla metálica estaba enfocada hacia el techo, de modo que apenas se veía el rostro del paciente. Kendall no pudo distinguir que tenía los ojos abiertos, así que se sobresaltó cuando le oyó decir:

—Estoy despierto y me gustaría hablar contigo.

Capítulo 3

Las suelas de sus playeras nuevas chirriaron sobre el suelo de linóleo al acercarse a la cama. El hombre yacía absolutamente inmóvil, silencioso y alerta, siguiéndola con la mirada.

—Creía que dormías —dijo ella—. Kevin está durmiendo, así que he pensado que era un buen momento para venir a ver cómo te encuentras. Me han dicho que has comido algo ligero para cenar. Tener apetito es un signo alentador, ¿no? —A continuación alzó los brazos a ambos lados y realizó una elegante pirueta—. ¿Te gusta mi conjunto nuevo? Despampanante, ¿verdad? Es el último grito.

Al advertir que no respondía a su alegre parloteo, Kendall bajó los brazos y abandonó su sonrisa fingida. De haber estado en su situación, le habría sentado fatal que alguien tratara de animarla con banalidades y bromitas estúpidas. Aquel hombre sufría, humillado por su impotencia y dependencia. Probablemente también estaría un poco asustado ante la idea de que no recuperara nunca más la memoria, o de lo que podría descubrir acerca de sí mismo si la recobraba.

—Siento que te haya sucedido esto —dijo Kendall con sinceridad—. Debe de ser absolutamente aterrador no recordar quién eres ni de dónde procedes, cómo eres, a qué te dedicas, qué piensas y sientes. —Hizo una pausa para dar mayor énfasis a lo que dijo a continuación—. Pero seguro que recuperarás la memoria.

El hombre se llevó la mano a la frente y se presionó una sien con el pulgar y la otra con el dedo corazón, como si se estrujara el cráneo para extraer información de él.

—No consigo recordar nada en absoluto. —Bajó la mano y miró con expresión de desaliento a Kendall—. ¿Dónde estamos exactamente?

—El pueblo se llama Stephenville. Está en Georgia.

Él repitió los nombres, como si tratara de que evocaran algo en su memoria.

—¿Vivimos en Georgia?

Kendall negó con la cabeza.

—Estábamos de paso, camino de Carolina del Sur.

—Conducía yo —dijo él—. Para evitar chocar contra un árbol caído que bloqueaba la carretera debí de pegar un frenazo. La calzada estaba resbaladiza. Nuestro coche dio un viraje brusco y se salió de la carretera, se despeñó por un barranco, se empotró contra un árbol y luego desapareció en la riada.

A Kendall se le secó la boca.

—¿Recuerdas todo eso?

—No, no lo recuerdo. Eso es lo que me ha contado el ayudante del *sheriff*.

—¿El ayudante del *sheriff*?

Él percibió al instante la alarma que había en su voz y la miró con curiosidad.

—Sí. Ha venido esta tarde. Se ha presentado y me ha hecho unas cuantas preguntas.

—¿Por qué?

—Supongo que porque quería respuestas.

—Ya le he dado respuestas.

Tras un largo silencio, durante el cual la observó con expresión pensativa, dijo con voz queda:

—Por lo visto, debe de creer que le has mentado.

—¡No es cierto!

—¡Ay! —Con una mueca de dolor, el hombre volvió a llevarse la mano a la cabeza.

Kendall se arrepintió de inmediato.

—Lo siento. No quería gritar. ¿Te duele? ¿Quieres que llame a la enfermera?

—No —repuso él cerrando los ojos con fuerza y emitiendo un profundo suspiro—. Ya se me pasará.

Pesarosa por aquel arrebató irreflexivo, Kendall le sirvió agua de la jarra de plástico deseando complacerlo. Deslizó la mano entre la almohada y su nuca y lo incorporó con cuidado. Mientras le sostenía el vaso, él sorbió varias veces de la pajita flexible.

—¿Basta? —le preguntó ella al ver que echaba la cabeza hacia atrás.

Él asintió.

Kendall lo recostó suavemente y depositó el vaso sobre la mesilla de ruedas que había junto a la cama.

—Gracias —dijo él con otro suspiro—. Este dolor de cabeza es una pesadilla.

—Mejorará dentro de un par de días.

—Claro —respondió él poco convencido.

—Ya sé que duele, pero puedes dar gracias de que no haya habido lesiones graves. El doctor ha consultado a un neurólogo de Atlanta.

—He oído vuestra conversación.

—Pues en ese caso deberías tranquilizarte. Podrías recuperar la memoria en cualquier momento.

—O podría tardar, cosa que al parecer tú preferirías.

Kendall no se esperaba aquel comentario y se quedó atónita durante unos instantes.

—No entiendo qué... ¿A qué te refieres?

—¿Acaso no desearías que recuperase la memoria más bien tarde que temprano?

—¿Por qué?

—No tengo la menor idea.

Kendall creyó más oportuno permanecer callada.

Al cabo de un momento, él señaló con la barbilla hacia el pasillo donde ella había comentado su estado de salud con el médico.

—Te has estado documentando acerca de la amnesia —afirmó—. Por lo que he oído, daba la impresión de que querías despejar dudas, aclarar todas las posibilidades. Y me preguntaba qué razón te inducía a ello.

—Quería averiguar con qué te... con qué nos enfrentamos. ¿No te parece normal?

—No lo sé. ¿Lo es?

—Para mí sí, desde luego. Me gusta saber con exactitud a qué atenerme en todo momento. Prefiero estar preparada por si sucede lo peor, así no me disgusta tanto si ocurre. Supongo que esto se debe al hecho de que me quedé huérfana de muy pequeña. Nunca he logrado superar del todo el miedo a lo inesperado.

De pronto, al darse cuenta de que estaba contándole demasiado, se calló.

—¿Por qué te detienes? —le preguntó él—. Estaba poniéndose interesante.

—No quiero abrumarte con más datos. —Kendall esbozó una mueca, confiando en que lo tomara como una broma y que diera por concluida la conversación—. ¿Te duele la pierna?

—No mucho. Pero es un maldito engorro. Lo que de verdad me duele son los golpes y las magulladuras.

Tenía el brazo derecho cruzado sobre el regazo. La piel estaba cubierta de moratones desde la muñeca hasta el bíceps, que se curvaba en la amplia manga de la bata del hospital.

—Este parece especialmente doloroso. —Kendall rozó el oscuro cardenal y luego dejó la mano posada sobre su brazo musculoso. De alguna forma, parecía esencial que ella le tocara.

Él bajó la vista hasta su mano izquierda y clavó la mirada en el anillo de boda que llevaba en el dedo corazón. Y aquella mirada la hizo aún más consciente del calor que, a través de las yemas de sus dedos, transmitía su piel a la de ella. No debería estar tocándolo. Desde luego, no debería experimentar ninguna sensación. Sin embargo, no lograba apartar la mano.

El hombre giró levemente la cabeza para contemplarla. Sobrevino un silencio denso mientras estudiaba metódica y detenidamente sus facciones. Sus ojos, rodeados por surcos oscuros, recorrieron el rostro de Kendall, que acaparó su atención durante lo que pareció una eternidad. Ella contuvo la respiración. A continuación él paseó la mirada por las suaves ondas naturales de su cabello castaño claro, hasta los hombros.

—¿Algún atisbo de reconocimiento? —le preguntó Kendall con el corazón en un puño.

Los ojos del hombre volvieron a posarse en los suyos, y Kendall se preguntó si recordaría que los tenía de un tono gris inusual; unos ojos llamativos para la mayoría de la gente y desconcertantes para los testigos que mentían. Cuando su mirada descendió hasta la boca de Kendall, esta sintió un brinco en el estómago, como si hubiera subido en un ascensor muy veloz. O para ser más exactos, como si la hubieran pillado haciendo algo prohibido.

Hizo ademán de retirar la mano, pero él la retuvo rápidamente y la aferró con fuerza. Examinó la estrecha sortija de oro que llevaba, dándole vueltas.

—No es un anillo de boda muy lujoso que digamos.

Desde luego. Lo había comprado en los almacenes Wal-Mart ese mismo día.

—Es lo que deseaba —repuso Kendall.

—¿No podía permitirme uno mejor?

—El dinero era lo de menos.

El hombre siguió girando la alianza.

—No recuerdo habértelo colocado en el dedo —dijo mirándola a los ojos—. No te recuerdo. ¿Estás segura de que estamos casados?

Kendall emitió una risita forzada.

—Es algo que no olvidaría.

—No, pero podrías estar mintiendo.

El corazón de Kendall se aceleró. Incluso aquejado de amnesia, su capacidad para descubrirla permanecía intacta.

—¿Y por qué iba a mentir?

—No lo sé. ¿Por qué, en efecto?

—Esto es ridículo. —De nuevo, Kendall trató de retirar la mano, pero él siguió reteniéndola con fuerza.

—Me cuesta mucho creerlo.

—¿El qué?

—Tú. El niño. Todo. —Parecía enojado.

—¿Por qué dudas de mí?

—Porque no logro recordarte.

—¡Pero si no recuerdas nada!

—Algunas cosas no se olvidan —replicó alzando la voz—, y estoy seguro de que dormir contigo sería una de ellas.

De pronto se encendió la luz del techo.

—¿Ocurre algo?

—¡Apague esa maldita luz! —gritó él llevándose la mano a los ojos para protegérselos.

—Apáguela —ordenó Kendall a la enfermera—. ¿No ve que la luz le molesta y empeora su dolor de cabeza?

La enfermera obedeció. Nadie dijo nada durante unos instantes. Las últimas palabras que el hombre había pronunciado seguían resonando en la mente de Kendall, quien, incapaz de enfrentarse a su mirada, se dirigió a la enfermera.

—Siento haber sido tan brusca y haber alterado a su paciente. Esta dichosa pérdida de memoria es una dura prueba para ambos.

—En ese caso será mejor dejarlo descansar. El doctor ha dicho que no había que presionarlo para que recordase. —Blandió una bandeja sobre la que traía una jeringa—. Venía a ponerle su inyección de la noche.

Cuando se volvió hacia él, Kendall compuso un remedo de sonrisa.

—Cuanto más intentes forzar tu memoria, más se resistirá. Que duermas bien. Hasta mañana —dijo. Le tocó fugazmente el hombro y se fue antes de que su talento para detectar la verdad descubriera la mentira en sus ojos.

Aguardó tres largas horas antes de ponerse en marcha.

Kevin dormía plácidamente en la cuna, tendido boca abajo con las rodillas dobladas bajo el pecho. De vez en cuando emitía un suave resuello infantil. Ella ya se había acostumbrado a aquellos sonidos.

Estaba demasiado tensa para dormir o para tumbarse siquiera en la cama del hospital. Si el cansancio físico acababa venciendo su desvelo mental y, por casualidad, se durmiera, perdería su oportunidad.

Miró el reloj de pulsera por enésima vez. Las doce y cuarenta y cinco. Decidió esperar un cuarto de hora más. Y no porque estuviera sujeta a un horario rígido. Estaba acostumbrada a ir improvisando en función de los acontecimientos. Pero cuanto más lejos estuviera de Stephenville antes del amanecer, mejor.

Se acercó de puntillas a la ventana, entreabrió en silencio la persiana y miró a través del cristal empañado. La lluvia seguía cayendo incesantemente. Sería molesto para conducir, pero el mal tiempo había sido su salvación, ya que de lo contrario no habrían tomado un desvío y no habría ocurrido el accidente. Y de no haber sido por el accidente, ya habrían regresado a Prosper. El tiempo había resultado ser su aliado, de modo que no iba a maldecirlo ahora.

Desde la ventana veía el coche donde lo había dejado estacionado: al otro lado de la calle, a media manzana, en el aparcamiento de una lavandería que estaba abierta las veinticuatro horas del día.

—Los neumáticos aún aguantarán varios miles de kilómetros —le había dicho el propietario dando un puntapié a la rueda frontal izquierda—. De aspecto no es ninguna maravilla, pero funciona bien.

Kendall no disponía de tiempo para andarse con exigencias. Además, era el único coche en venta por un particular que había encontrado en la sección de anuncios clasificados del periódico de Stephenville.

—Le pagaré mil dólares.

—El precio son mil doscientos.

—Mil. —Kendall sacó diez billetes de cien dólares de su bolsillo y se los tendió.

El propietario lanzó un escupitajo de tabaco de mascar, se rascó las patillas con aire pensativo mientras observaba el dinero y finalmente tomó una decisión.

—Espere aquí. No tardo nada. Voy por los papeles.

Kendall condujo de vuelta al hospital en el coche de la enfermera y pidió al hombre que la siguiera en el suyo hasta la lavandería.

—De momento lo aparcaré aquí —dijo mientras él le entregaba dos juegos de llaves del automóvil—. Mi marido y yo pasaremos a recogerlo más tarde. Ahora, si quiere, le llevo de nuevo a su casa. Perdona las molestias.

Cualquier molestia que pudiera haberle causado quedaba paliada por los mil dólares que llevaba en el bolsillo. Naturalmente, mostró curiosidad por saber su nombre, dónde vivía, cómo se ganaba la vida su esposo. La acribilló a preguntas. Y Kendall, en tono cortés y desenvuelto, le mintió.

«Eres una embustera nata —le había dicho Ricki Sue en una ocasión—. Por eso eres tan buena abogada».

Kendall sonrió con nostalgia al recordarlo. Estaban preparando galletas de chocolate en la cocina de la abuela. Se acordaba de sus rostros y de sus voces con tanta claridad como si estuvieran en la habitación del hospital con ella en aquel instante.

El comentario de Ricki Sue había pretendido ser una reprimenda, pero Kendall se lo había tomado como un cumplido.

—Cuidado, Ricki Sue. Ese tipo de comentarios no hace más que alentarla —había dicho la abuela—. Y Dios sabe que no necesita que la alienten a contar trolas.

—¡Yo no cuento trolas! —había protestado Kendall.

—Esa es la peor de todas. —Su abuela la había reprendido agitando una cuchara de madera cubierta de masa—. De pequeña, ¿cuántas veces me llamaron de la escuela para aclarar las historias rocambolescas que les contabas a tus compañeros de clase? Siempre estaba inventándose cuentos chinos —le había explicado a Ricki Sue en un aparte.

—A veces reinventaba la verdad para hacerla más interesante —había replicado Kendall en tono altivo—. Pero yo a eso no lo llamaría contar trolas.

—Yo tampoco —había afirmado Ricki Sue con desenfado mientras se metía un puñado de trocitos de chocolate en la boca—. Se le llama mentir.

Al pensar en las dos mujeres a las que tanto añoraba se le formó un nudo de emoción en la garganta. Si ahora se sumía en los recuerdos, la congoja la paralizaría. Y debía actuar antes de que fuese demasiado tarde. Antes de que el hombre que parecía leer sus pensamientos recuperase la memoria. Miró el reloj. La una de la madrugada. Era hora de irse.

Se acercó silenciosamente a la puerta, la abrió y miró con cautela a ambos lados del pasillo. Había dos enfermeras de guardia. Una de ellas estaba enfrascada leyendo una novela y la otra hablaba por teléfono.

A última hora de la tarde, Kendall había logrado salir a hurtadillas del hospital y guardar sus escasas pertenencias en el coche, de modo que ahora

sólo tenía que llevarse a su hijo.

Volvió junto a la cuna, deslizó sus manos bajo el estómago del bebé y le dio la vuelta. El niño hizo un mohín pero no se despertó, ni siquiera cuando lo sacó de la cuna y lo meció en sus brazos.

—Eres un niño muy bueno —le susurró—. Sabes que mamá te quiere, ¿verdad? Y que haría lo que fuese, *lo que fuese*, para protegerte.

Salió con cuidado de la habitación. Tras haber permanecido varias horas en la oscuridad, el pasillo le pareció exageradamente iluminado, por lo que necesitó varios valiosos segundos para que sus ojos se habituaran a la luz.

Si lograba llegar al cruce de pasillos sin ser descubierta, estaría a salvo. Pero para ello debía recorrer una distancia de unos diez metros. Por si acaso una de las enfermeras alcanzaba a verla pasar, había preparado una excusa: Kevin tenía gases y estaba inquieto. Había decidido pasearlo un poco en brazos para que se tranquilizara.

La creerían sin dudarlo, pero sus planes quedarían desbaratados. Tendría que volver a intentarlo al día siguiente por la noche. Cada hora contaba; y mañana podía ser demasiado tarde. Necesitaba desaparecer aquella misma noche.

Se concentró en mantener un paso rápido y silencioso. Sin apartar los ojos de las enfermeras, calculó el trecho que distaba hasta la esquina. ¿Cuánto más? ¿Tres metros? ¿Cinco?

Kevin eructó.

A oídos de Kendall, sonó como un cañonazo. Se detuvo en seco, con el corazón latiéndole alocadamente contra las costillas. Pero al parecer nadie más había oído el eructo. La enfermera que leía seguía absorta en su novela y la otra continuaba al teléfono, explayándose con creciente y palpable entusiasmo en su conversación.

—Así que le dije que si de todas formas él iba a la bolera tres noches por semana, ¿qué le importaba si yo hacía algún turno de noche? Y va y me dice: «Eso es diferente». Y yo le digo: «Tienes razón, porque por ir a la bolera no te pagan una mierda».

Kendall no esperó a enterarse del desenlace de la disputa doméstica. En cuanto llegó a la esquina, se internó en el otro pasillo. ¡Lo había conseguido!

Apoyando la espalda contra la pared, cerró los ojos, respiró hondo y contó lentamente hasta treinta. Cuando tuvo la certeza de que las enfermeras no se habían percatado de su presencia, abrió los ojos.

Él, sin embargo, sí se había percatado.

Capítulo 4

Le tapó la boca a Kendall con la mano, aunque no hubiera sido necesario, ya que se quedó demasiado atónita como para poder gritar. Y de todas formas, no lo habría hecho. Su huida de Prosper había acontecido en circunstancias mucho más aterradoras que aquella, y tampoco había gritado entonces.

No obstante, se llevó un susto de muerte. Era como si de repente aquel hombre hubiera salido literalmente de la pared. ¿Cómo había logrado acercarse a escasos centímetros sin que ella lo advirtiera?

A juzgar por lo debilitado que estaba, no debería haber resultado intimidador. Se apoyaba pesadamente sobre un par de muletas. Tenía la tez cenicienta y los labios blanquecinos. Saltaba a la vista que sufría fuertes dolores.

Sin embargo, sus ojos no mostraban el menor indicio de debilidad, sino que parecían fulminarla desde las cuencas hundidas. Kendall sintió que el corazón le daba un vuelco.

Sacudió la cabeza con firmeza, tratando de darle a entender que no emitiría sonido alguno que los delatara. Poco a poco, él bajó la mano.

La enfermera parlanchina había proseguido su letanía de quejas sin el menor desmayo y su compañera no había levantado la vista de la novela que leía. Nada parecía indicar que se hubieran percatado de que uno de sus pacientes había abandonado la cama.

El hombre llevaba unos pantalones verdes de quirófano. Había rasgado la pernera derecha para que le cupiera la pierna escayolada, y la tela estaba tan hecha jirones que parecía desgarrada a dentelladas. A Kendall no le habría extrañado en él. Estaba demacrado, pero tenía la mandíbula contraída en un gesto de determinación. Habría hecho lo que fuese con tal de levantarse de la cama y vestirse.

Kendall le hizo una seña para que la siguiera en dirección a su habitación. Pese a dirigirle una mirada desconfiada, no la detuvo cuando empezó a avanzar de puntillas por el pasillo. Tal como había dicho el doctor, se

manejaba bastante bien con las muletas, cuyas conteras de goma no producían el menor ruido al golpear el suelo embaldosado.

Pasaron frente a la habitación hasta entonces ocupada por él y continuaron hasta llegar al final del pasillo, donde había una puerta de salida. Un rótulo de letras rojas situado sobre la palanca de seguridad advertía que aquella puerta sólo debía utilizarse en caso de emergencia y que si se abría sonaría una alarma.

Kendall alargó la mano hacia la palanca. Con un movimiento rápido, el hombre alzó la muleta derecha horizontalmente y la colocó frente a ella, a la altura del pecho.

Kendall frunció el entrecejo y vocalizó en silencio:

—No pasa nada. Confía en mí.

—Ni hablar —respondió él, gesticulando para que le leyera los labios.

Tras discutir silenciosamente con él mediante imperiosos movimientos de manos y gestos exagerados, Kendall logró por fin convencerlo de que no sucedería nada si abría la puerta. Él le dirigió una mirada dura y amenazadora, pero acto seguido bajó la muleta.

Kendall presionó la palanca, que cedió con un clic metálico, sin que se activase ninguna alarma. Se apoyó en la puerta, empujó y la abrió. Se detuvo un instante a escuchar, pero el único sonido que la acogió fue el de la copiosa lluvia cayendo en los charcos formados en el césped ralo del patio y sobre el camino de cemento que conducía a la calle.

Kendall sostuvo la puerta abierta mientras él salía cojeando y no la soltó hasta oír de nuevo el clic que indicaba que había vuelto a quedar bien cerrada. Sólo entonces habló, y lo hizo en susurros.

—Vas a quedar calado hasta los huesos —le dijo.

—No me derretiré.

—¿Por qué no esperas aquí y...?

—Ni lo sueñes.

—¿De verdad crees que sería capaz de largarme y dejarte aquí tirado?

—Ahórratelo, ¿quieres? —replicó él, mirándola con cara de pocos amigos —. Vámonos.

—Como quieras. Por aquí.

—Ya lo sé. Es el Cougar azul marino aparcado frente a la lavandería.

Echó a andar por la acera sin que pareciera importarle la lluvia. Kendall estrechó a Kevin contra su pecho, se aseguró de que la mantita le cubriera el

rostro y siguió al hombre.

Tiritaba de frío, de dolor y de debilidad cuando llegaron al Cougar. Kendall le abrió a toda prisa la puerta antes de correr a la del conductor. En una segunda visita a los almacenes Wal-Mart había comprado una sillita de niño para el coche. Colocó a Kevin en ella y sustituyó la manta de franela húmeda por una seca. El bebé hizo un mohín con los labios como si quisiera mamar, pero no se despertó. Aún faltaba un par de horas hasta la siguiente toma. Kendall había planeado su escapada teniendo en cuenta los horarios del niño.

Se deslizó detrás del volante, se abrochó el cinturón de seguridad y metió la llave en el contacto. El coche se puso en marcha al instante.

—Has hecho una buena compra. Te he visto desde la ventana de mi habitación —explicó él cuando Kendall lo miró con extrañeza—. ¿Quién era el viejales con mono? ¿Un amigo tuyo?

—No. Había puesto un anuncio.

—Ya imaginé algo parecido. ¿Y cómo sabías que la alarma no se dispararía cuando abrieses esa puerta?

—El encargado del servicio de mantenimiento salió por ella esta mañana. Y luego, más tarde, he probado yo misma. Decidí correr el riesgo de que estuviera conectada a un temporizador.

—Pero ya habías pensado en una explicación lógica por si la alarma se activaba, ¿verdad? ¿No eres la que siempre está preparada por si sucede lo peor?

—No hace falta que te pongas desagradable.

—¿Por qué no? ¿Por qué habría de mostrarme agradable con una mujer que afirma ser mi esposa pero que me abandona?

—No tenía intención de irme sin ti. Iba camino de tu habitación cuando...

—Mira —la interrumpió, en un tono de voz tan seco y áspero como un papel de lija—, te largabas en mitad de la noche y no tenías la más mínima intención de llevarme contigo. Tú lo sabes y yo lo sé. —Hizo una pausa—. Me duele demasiado la cabeza para discutir, así que límitate a...

Se quedó sin aliento. El torso se le dobló hacia delante, agotado por el esfuerzo de hablar tan seguido. Con un débil gesto de mano le indicó que se pusiera en marcha.

—¿Tienes frío? —le preguntó Kendall.

—No.

—Estás empapado.

—Pero no tengo frío.

—Muy bien.

Stephensville no tenía un centro comercial propiamente dicho, a no ser por unos cuantos establecimientos y un banco en las cuatro esquinas del cruce principal. Todos los edificios estaban a oscuras, salvo la oficina del *sheriff*. Para evitar pasar por delante, Kendall giró una manzana antes.

—¿Ya sabes adónde vas? —preguntó él.

—¿Por qué no intentas dormir un poco?

—Porque no me fío de ti. Si me quedo dormido, eres capaz de tirarme por la borda en el primer descampado que encuentres.

—Si te quisiera muerto, no te habría sacado a rastras de entre los restos del coche. Podría haber dejado que te murieras entonces.

El hombre se sumió en un silencio hosco que se prolongó durante varios kilómetros. Kendall creyó que había seguido su consejo y estaba echando una cabezada, pero cuando se volvió hacia él, vio que la escrutaba con la atención de un francotirador con el blanco en la mira de su arma.

—¿Me sacaste del coche?

—Sí.

—¿Por qué?

—Bueno —dijo Kendall con una risa ahogada—, parecía lo más humanitario que podía hacer.

—¿Y por qué me salvaste la vida si luego querías dejarme abandonado en un hospital de mala muerte para que me las arreglara como pudiera cuando no tengo absolutamente nada?

—No iba a abandonarte.

—Eso es mentira.

—Después de nuestra conversación de anoche en tu habitación —repuso Kendall tras exhalar un suspiro de hastío—, me di cuenta de que a ti tampoco te inspiraba mucha confianza el médico. Así que me pareció mejor llevarte a otro hospital para que nos dieran una segunda opinión. Quería evitar perder tiempo con todo el papeleo y, además, no quería ofenderlos. Han sido muy generosos y amables con Kevin y conmigo, y por eso pensé que sería preferible sacarte a escondidas.

—¿Y si me hubieran dado un sedante?

—Tanto mejor. Así no habrías rechistado. —Lo miró de soslayo y le preguntó—: ¿No te puso la inyección la enfermera cuando me fui de tu habitación?

—Lo intentó. Pero insistí en que prefería una píldora, y no me la tragué. A mí también me gusta estar preparado. Mi intuición me decía que podrías hacer

algo así. Y si lo hacías, quería estar despierto.

—¿Robaste la ropa del armario de suministros? —preguntó Kendall echando un vistazo a la tela verde mojada que se le pegaba a la piel.

—Siempre es mejor que andar por ahí con el culo al aire, ¿no te parece? ¿Vamos hacia Carolina del Sur?

—No; de hecho, hacia Tennessee.

—¿A qué viene el cambio de planes? ¿Qué hay en Tennessee?

—Si te lo dijera, no me creerías, así que ¿por qué no esperas y ya lo verás por ti mismo?

—¿Qué hemos hecho?

—¿Cómo dices?

—Debemos estar huyendo. ¿Qué delito hemos cometido?

—¿Qué demonios te hace pensar semejante disparate?

—Tiene más sentido que la sarta de sandeces que pretendes que me trague.

—¿Qué es lo que no te crees?

—Nada. Para empezar, que seamos una pareja casada con un hijo. Ni lo de que tuvieras la intención de llevarme contigo al largarte del hospital. No me creo una sola palabra. Eres una embustera redomada. No lo niegues, ni me preguntes cómo lo sé. Lo sé y punto. Te lo vas inventando sobre la marcha.

—Eso no es verdad —objetó.

Su protesta nacía tanto de la inquietud como de la afrenta. La intuición de aquel hombre, en la que él parecía confiar por completo, era extremadamente aguda. A excepción de su abuela, nadie había sido capaz de penetrar jamás en su interior y leer sus pensamientos con tanta lucidez. En otras circunstancias, Kendall habría admirado semejante percepción, pero en aquel momento sabía que podría resultarle letal.

Debía interpretar el difícil papel de esposa cariñosa sin despertar más sospechas en él. Al fin y al cabo, aquella situación era provisional. Sin duda podría parecer convincente durante un poco más de tiempo.

Ambos guardaron silencio. Los únicos sonidos que se oían en el automóvil eran el rumor hipnótico de los neumáticos sobre la calzada mojada y la rápida cadencia de los limpiaparabrisas.

Kendall envidió el plácido sueño de Kevin, libre de toda responsabilidad. Habría dado cualquier cosa con tal de poder descansar, de cerrar los ojos y dejar que el sueño la venciera. Pero de momento ni siquiera podía pensar en ello. No respiraría tranquila hasta que se hallara bien lejos del inquisitivo *sheriff* de Stephenville, por lo que hizo acopio de su energía decreciente,

aferró el volante con más fuerza y aceleró hasta alcanzar una velocidad dentro del límite legal y prudente.

Se sentía como si estuviera perdido en un túnel oscuro e interminable, oyendo acercarse una locomotora. No podía verla, ni correr más deprisa para esquivarla. Lo único que podía hacer era prepararse para el impacto. El pánico a lo inevitable era lo peor. Habría preferido que lo arrollara al instante y acabar de una vez, pues el rugido constante que le retumbaba en la cabeza parecía a punto de hacerle saltar los globos oculares del cráneo.

Le dolía todo el cuerpo. Notaba los miembros agarrotados y doloridos, pero antes de intentarlo siquiera, ya sabía que sería incapaz de estirarse. Tenía el trasero entumecido de estar sentado tanto rato en la misma posición y le había cogido tortícolis por haber dormido con la cabeza ladeada. Su ropa estaba mojada. Tenía hambre y ganas de orinar.

Pero lo peor de todo era que había vuelto a tener aquel sueño.

Atrapado en la pesadilla, no podía huir del llanto del bebé, que le había parecido todavía más nítido y cercano que de costumbre, y lo había sacado del sueño profundo. Ahora, su mente consciente pugnaba por despertarlo del todo, pero se resistió. Aunque detestaba aquella pesadilla recurrente, casi la prefería al estado de plena consciencia.

¿Por qué?

Entonces lo recordó.

Recordó que no podía recordar.

Sufría amnesia, que debía de estar causada por alguna debilidad que albergaba en su interior. Incluso aquel sabihondo con estetoscopio se había dado cuenta de aquella rareza psicológica.

El hecho de pensar que era responsable de su intolerable enfermedad le llenaba de frustración y de ira. Seguro que lograría recordar si realmente lo intentaba.

Se asomó a los oscuros recovecos de su mente, esforzándose por vislumbrar un atisbo de luz, algo que le aportara siquiera una partícula infinitesimal de información sobre sí mismo.

Pero no había absolutamente nada. Ni el más mínimo resquicio. Su vida antes de despertarse en el hospital era tan densa y carente de luz como un agujero negro.

A fin de escapar de las acuciantes preguntas para las que carecía de respuestas, abrió los ojos. Era de día, pero el sol no brillaba. Las gotas de

lluvia caían contra el parabrisas y luego se unían para formar sinuosos hilos de agua que se deslizaban cristal abajo.

Tenía la cabeza apoyada en la ventanilla. El vidrio estaba agradablemente fresco. Temía moverse, pero lo hizo, alzando la cabeza con ademán vacilante. El dolor de cabeza no era tan punzante como la noche anterior, pero seguía siendo de campeonato.

—Buenos días.

Se volvió hacia Kendall al oír su voz. Y lo que vio lo dejó aterrado.

Capítulo 5

Kendall estaba dando de mamar al niño.

Había echado el asiento hacia atrás para estar más cómoda. No se había peinado desde que la lluvia la había mojado la noche anterior, así que el cabello se le había secado formando un enredo dorado. Debajo de sus ojos aparecían profundas ojeras de cansancio e iba desarreglada, pero su expresión era de tal sosiego que irradiaba belleza.

Kendall repitió su saludo. Tratando desesperadamente de mantener los ojos apartados de ella, y sin conseguirlo, murmuró una respuesta.

No podía decirse que estuviera exhibiéndose. Se había cubierto el hombro con una mantita que le tapaba el pecho, de manera que no quedaba a la vista ni un milímetro de carne. No se veía nada del niño, tan sólo un leve movimiento bajo la manta. En ese momento Kendall le pareció la viva imagen de la dicha maternal.

¿Por qué razón de pronto se sentía cubierto de un sudor frío? ¿Qué demonios le sucedía?

Le entraron ganas de vomitar. Se le aceleró el corazón y sintió claustrofobia.

A la vez repelido y fascinado, deseaba alejarse de ella y del niño cuanto antes, y sin embargo no podía dejar de mirarlos. El aura de paz que la envolvía —una paz que estaba convencido de no haber experimentado jamás— ejercía sobre él un efecto magnético. La sosegada dicha de su expresión le era ajena y se le antojó extraña. Era natural que se sintiera atraído.

O quizá, pensó sintiendo repugnancia de sí mismo, se había quedado paralizado por pura lascivia, lo que lo convertía en un psicópata pervertido obsesionado con las madres lactantes.

Cerró los ojos y se pellizcó la parte superior de la nariz con tanta fuerza que se le saltaron las lágrimas. Después de todo quizá no había sobrevivido al accidente. Quizás había muerto y el hospital había sido su purgatorio, una especie de apeadero previo antes de ser arrojado a su destino final.

Porque aquello tenía que ser el infierno.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Kendall.

Antes de poder hablar, tuvo que tragar una bocanada de saliva agria.

—Imagina todas las resacas habidas en la historia y multiplícalas por diez —repuso.

—Lamento haberte despertado. Dormías profundamente cuando le he cambiado el pañal.

—Por cierto...

—Ahí.

Miró a través de la ventanilla surcada de gotas de lluvia hacia el lugar donde ella había señalado con un ademán de cabeza. Se habían detenido en un área de descanso de la carretera y el único vehículo aparcado era el suyo. El terreno del merendero estaba cubierto de maleza y el óxido había corroído las papeleras metálicas, rebosantes de basura empapada. Toda la zona parecía abandonada.

—Me temo que los servicios no están muy limpios —dijo Kendall—. Al menos, los de señoras no lo estaban. Me ha dado mucho asco, pero no tenía otra opción.

—Tampoco la tengo yo —repuso él alargando la mano hacia la manilla para abrir la puerta—. ¿Seguirás aquí cuando salga?

Kendall ignoró la pulla.

—Si puedes esperar a que Kevin termine, te echaré una mano.

El puño del niño, que asomaba por debajo de la manta, se aferraba a la blusa de su madre. La mano de dedos diminutos se abría y se cerraba, se abría y se cerraba.

—Da igual, gracias —contestó él con brusquedad—. Puedo apañármelas yo solo.

Pocos metros separaban el automóvil del edificio de hormigón. Utilizó el sucio urinario y luego se acercó al lavabo, de cuyo grifo goteaba un agua herrumbrosa. Se lavó las manos. No había nada con qué secárselas, pero tanto daba, después de todo se le volverían a mojar al regresar al coche. Tampoco había ningún espejo, lo cual también le traía sin cuidado. Debía de tener el aspecto de un desafortunado superviviente de una larga y terrible guerra. Al menos, así era como se sentía.

Cuando volvió al coche, el niño ya estaba instalado otra vez en su sillita.

—Hay un pueblo a unos diez kilómetros de aquí —le dijo Kendall mientras arrancaba—. He pensado que podríamos parar a tomar un café y aprovechar para telefonar al neurólogo más cercano.

El trayecto al aseo le había consumido las escasas fuerzas que le quedaban.

—Lo del café me parece una idea excelente —repuso tratando de ocultarle a Kendall su debilidad—. Pero no pienso ir a otro médico.

Asombrada, lo miró con sus ojos grises desmesuradamente abiertos. Unos ojos del color de la niebla, en la que él podría extraviarse si perdía la cabeza.

—No hay ninguna razón para ir a ver a otro médico —añadió.

—Pero ¿te has vuelto loco? Si estás hecho un desastre.

—Tengo una conmoción cerebral. Siempre y cuando no haga nada extenuante durante los próximos días, me recuperaré. En cuanto a la pierna, sólo es cuestión de tiempo. Así que ¿para qué consultar a otro médico y gastar dinero en balde para oír lo que ya sabemos?

—Pero sufres dolores constantes. Por lo menos necesitas que te receten calmantes.

—Tomaré aspirinas.

—¿Qué me dices de la amnesia? Deberías consultar a un especialista.

—Y mientras estoy consultando a ese especialista, tú te largarás.

—No lo haré.

—Mira, no sé quién eres ni cuál es tu historia real, pero hasta que lo averigüe no voy a perderte de vista. No pienso darte otra oportunidad para que me abandones. —Señaló el volante con la barbilla—. Vámonos. Necesito ese café.

El siguiente pueblo era una pequeña comunidad agrícola, prácticamente una copia de Stephenville. Kendall redujo la velocidad al llegar a la calle principal.

—Aparca ahí —dijo él señalando una cafetería encajonada entre una mercería y la estafeta de correos. Varias furgonetas estaban estacionadas junto al desmoronado bordillo de la acera. Al parecer, aquel debía de ser el bar donde los lugareños se reunían de buena mañana para tomar un café y charlar, incluso los domingos lluviosos.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Kendall.

—Sí.

—Iré a comprar algo para que no tengas que moverte del coche —le dijo—. Vigila al niño.

El niño. Dirigió una mirada angustiada al asiento trasero. Afortunadamente dormía. Mientras siguiera haciéndolo, todo iría bien.

Pero ¿y si no era así? ¿Y si se despertaba y empezaba a llorar? La mera idea le provocó una aguda sensación de ansiedad, aunque no acertó a entender

por qué.

No respiró tranquilo hasta que vio salir a Kendall del bar, al cabo de varios minutos, con dos vasos de plástico y una bolsa de papel blanca. Levantó la tapa del vaso que Kendall le tendió y el delicioso aroma de café recién hecho inundó el interior del automóvil.

—Hummm. —Bebió un sorbo, hizo una mueca y luego la miró con extrañeza—. ¿Por qué no le has puesto azúcar?

Kendall contuvo el aliento; sus labios permanecieron entreabiertos pero se quedó sin habla. Mantuvo sus ojos fijos en los del hombre y, pasado un momento, se relajó, frunció el entrecejo y ladeó la cabeza con una expresión reprobadora.

—¿Desde cuándo te tomas el café con azúcar? —le preguntó.

Sin dejar de mirarla fijamente, bebió otro sorbo de café. Le había tendido lo que le parecía una hábil trampa, pero era demasiado inteligente para caer en ella.

—Eres muy lista —reconoció él con admiración, a su pesar.

—No sé a qué te refieres.

El hombre resopló con escepticismo y cogió la bolsa de papel.

—¿Qué hay para desayunar?

Engulló dos empanadas de salchicha de cerdo antes de advertir que ella había sacado la carne de los suyos.

—¿Has envenenado la salchicha o qué?

—Por favor... —gimió ella.

—Entonces ¿qué tiene de malo?

—Nada, supongo —dijo Kendall dando un mordisco a la empanada—. Es que ya no como carne de cerdo.

—¿Ya no? O sea, que antes sí la comías. ¿Y a qué se debe que dejaras de comer cerdo?

—¿No tenemos temas más urgentes de los que hablar? —Se lamió la punta de los dedos para limpiárselas de migas—. Deberías recapacitar seriamente y dejar que te llevara a un médico.

—No. No —repitió con énfasis al ver que Kendall hacía ademán de replicar—. Lo único que necesito es ropa seca y aspirinas.

—Vale. Tú mismo. Al fin y al cabo, es tu cabeza.

—Me gustaría saber mi nombre.

—¿Cómo? —Kendall se quedó inmóvil, mirándolo con expresión atemorizada, sin pestañear.

—En el hospital todos se cuidaron mucho de no dirigirse a mí por mi nombre —afirmó él—. Incluso cuando me interrogó el ayudante del *sheriff*, evitó pronunciar mi nombre.

—Órdenes del médico. No quería crearte más confusión.

—¿Cómo me llamo?

—John.

—John —repitió él, como ensayando. No le sonó extraño. Pero tampoco se reconoció en él—. ¿Y tú?

—Kendall.

Aquellos nombres no le sugerían nada. Nada de nada. Le dirigió una mirada recelosa.

—¿Te recuerdan algo? —inquirió ella en un tono de voz que se le antojó casi demasiado inocente.

—No. Porque estoy prácticamente convencido de que estás mintiendo.

Kendall puso el coche en marcha sin molestarse siquiera en contestar. Condujo durante una hora, hasta llegar a una localidad con un supermercado que abría los domingos.

—Dime qué te hace falta —dijo Kendall después de aparcar el coche.

Anotó los artículos de aseo a medida que él se los iba enumerando.

—Y ropa —añadió al final.

—¿Algo en especial?

—Simplemente ropa. Ah, y un periódico, por favor.

—¿Un periódico? —Kendall titubeó un instante. Luego asintió y se dispuso a abrir la puerta—. Quizá tarde un rato. Yo también tengo que hacer unas cuantas compras.

—¿Y cómo vas a pagar? —le preguntó él antes de que bajara del coche.

—En efectivo.

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo he ganado trabajando —respondió ella con sequedad mientras abría la puerta.

—Espera —dijo—. Necesitarás saber mi talla.

Kendall alargó la mano y le apretó la rodilla con suavidad.

—No seas bobo. Ya sé la talla que usas.

Aquel gesto de familiaridad, propio de una esposa, le produjo una descarga eléctrica.

Mientras la observaba dirigirse a la entrada de la tienda, pensó por enésima vez: «¿Quién es esta mujer y qué relación tiene conmigo?».

Cinco minutos más tarde, el niño comenzó a gimotear. Al principio no hizo caso de su llanto, pero cuando se intensificó se dio la vuelta y miró al bebé, que aparentemente no tenía ninguna razón para llorar.

Trató de ignorarlo, pero los alaridos no hicieron más que aumentar de volumen hasta hacerse insoportables. Empezó a ponerse nervioso y comenzó a sudar. Estaba sofocado de calor, pero no se atrevió a bajar la ventanilla porque el llanto del niño habría llamado la atención.

«¡Por el amor de Dios! ¿Dónde se habrá metido? ¿Por qué tarda tanto?».

Kendall oyó los lloros de su hijo mucho antes de llegar al coche. Echó a correr y casi arrancó la portezuela de los goznes al abrirla.

—¿Qué le sucede a Kevin? ¿Qué ha pasado?

Arrojó las bolsas con las compras en el regazo del hombre y echó el respaldo de su asiento hacia delante. Unos segundos más tarde tenía al bebé en brazos y lo arrullaba.

—¿Por qué no has hecho nada? —le increpó—. ¿Por qué lo has dejado llorar de esa forma?

—No sabía qué hacer. No sé nada de niños.

—Pues deberías, ¿no te parece? —le espetó. Abrazó al niño con más fuerza y lo meció sobre su hombro mientras le daba palmaditas en la espalda—. Ya está, cariño mío. Vamos, tranquilo. Mamá ya está contigo. —Sin dejar de acunarlo, se lo colocó entre el brazo izquierdo y el pecho y se levantó el faldón de la camisa.

El hombre vislumbró un seno henchido de leche y un pezón protuberante durante una fracción de segundo, antes de que desapareciera en la boca del niño.

Al advertir que seguía observando boquiabierto al niño mientras mamaba, Kendall le lanzó una mirada desafiante.

—¿Ocurre algo? —le preguntó.

Ocurría algo, desde luego, pero no tenía ni la más remota idea de qué podía ser. Volvió la cabeza y miró por la ventanilla. Si ella realmente era su esposa, tal como aseguraba, ¿por qué había experimentado un sentimiento de culpabilidad al verle el pecho? Si era la madre de su hijo, ¿por qué le provocaba tanto desasosiego todo lo relacionado con la maternidad?

¡Dios santo! ¿Qué clase de hombre era?

Aquellas preguntas inquietantes le agudizaron el punzante dolor de cabeza. Cerró los ojos y trató de abstraerse del cúmulo de estímulos contradictorios que le llegaban del otro lado del vehículo.

Capítulo 6

Fingió estar dormitando incluso después de reemprender el camino. Kendall condujo en silencio y ni siquiera le consultó antes de volver a detenerse. Mientras ella llenaba el depósito de gasolina, fue al baño. Esta vez había espejo y, tal como imaginaba, tenía un aspecto espantoso. Pensó en afeitarse, pero decidió no hacerlo. No mejoraría gran cosa. Además, no estaba dispuesto a darle tiempo para poder largarse sin él.

Al salir del aseo vio que tres adolescentes la estaban molestando. La habían arrinconado junto a la máquina de las bebidas y no la dejaban pasar. Kendall tenía ambas manos ocupadas con latas de refrescos y bocadillos.

—No es divertido, chicos —decía ella con tono irritado tratando de esquivar al más alto de ellos.

—Pues a mí sí me parece divertido —replicó este—. ¿No te parece divertido, Joe?

—Cantidad de divertido —respondió Joe esbozando una sonrisa estúpida.

—Sólo queremos ser simpáticos —dijo el tercero.

—Venga, dinos cómo te llamas, rubia.

—No eres de por aquí, ¿verdad, guapa?

—No —repuso gélidamente Kendall—. Y a juzgar por lo que he visto, me alegro de no serlo. Bueno, vais a dejarme pasar o...

—¿O qué? —preguntó Joe acercando su cara con expresión burlona al rostro de Kendall.

—O te suelto una patada de narices.

De las cuatro personas que volvieron la cabeza, Kendall fue, con mucho, la más sorprendida. Ignorando a los chicos que los separaban, le rogó:

—No hagas nada, por favor. Ya me ocupo yo de ellos.

—Sí —intervino uno de los chicos—. Ya se ocupa ella de nosotros —dijo llevándose la mano a la bragueta—. Apuesto a que lo hace de coña.

A Joe y al otro muchacho les pareció la mar de ingenioso el doble sentido de las palabras de su amigo y se carcajearon.

—Pero si casi no te tienes en pie —se burló con desdén uno de ellos.

—Sí. ¿Eso te lo ha hecho ella? —terció otro.

—¿Tú nos vas a hacer daño? Lo dudo.

—¿Y con qué pierna nos vas a dar una patada, tullido? —se mofó Joe.

Las risotadas se interrumpieron bruscamente cuando el hombre alzó la muleta derecha y le asestó un golpe a Joe en las espinillas. Se le doblaron las rodillas y, lanzando un alarido, cayó al suelo. Los otros dos palidecieron.

—Apartaos de su camino —les ordenó con calma.

Se alejaron de Kendall. Joe siguió retorciéndose en el suelo, aullando y aferrándose las espinillas doloridas. Kendall lo rodeó y echó a andar con rapidez hacia el coche.

—Os sugiero que aprendáis algo de modales, muchachos —dijo él antes de reunirse con Kendall en el coche.

Ella arrancó a toda prisa. El hombre se sentía mejor ahora que sabía que no era del todo inútil. Así que se quedó estupefacto cuando Kendall emprendió su ataque verbal contra él.

—Ha sido genial. Absolutamente genial. Muchísimas gracias. Era justo lo que necesitaba: un caballero armado con muletas que me salve de unos mocosos inofensivos. Podía haberlo solucionado yo. ¡Pero no, tenías que entremeterte y darles algo que recordar!

—¿Estás enfadada?

—Sí, estoy enfadada. ¿Por qué te has metido? ¿Por qué no te limitas a ocuparte de tus asuntos?

—Oye, cuando tres hombres acosan sexualmente a mi mujer, sí es asunto mío. ¿O no?

El arrebató colérico de Kendall se desvaneció por completo. Parecía nerviosa e irritada consigo misma por haber perdido los estribos.

—Querías evitar una escena, ¿verdad? —prosiguió él—. No quieres que nadie nos recuerde por si alguien viene a hacer preguntas. Supongo que hice bien en no deshacerme de esto —dijo mostrándole la ropa de quirófano que había llevado hasta entonces—. Así no he dejado ninguna pista.

Kendall no mordió el anzuelo. Mantuvo la mirada fija en la carretera, aunque suspiró y se echó el cabello hacia atrás.

—Lo siento. Gracias por salir en mi defensa. ¿Te va bien la ropa?

—Sí —respondió él bajando la vista para mirar su camiseta y sus bermudas nuevas. En aquel momento cayó en la cuenta de que, efectivamente, Kendall sabía su talla.

Iban por una estrecha carretera estatal que discurría entre bosques frondosos. Los campos inundados y los puentes sobre ríos crecidos le recordaron el accidente.

Su amnesia constituía la mejor baza de Kendall, pues lo mantenía en la oscuridad. Su única fuente de información radicaba en lo que ella le decía. Podía contarle lo que se le antojara, y él no tenía otra elección que aceptarlo porque no podía discutirle nada. No tenía posibilidad alguna de descubrir la verdad.

—Has olvidado comprarme el periódico —comentó—. ¿Ha sido un descuido?

—No, es que ya no quedaban. He mirado en varias máquinas expendedoras, pero se habían agotado.

Por una vez, quizás estuviera diciendo la verdad, pensó él. Las máquinas expendedoras de la gasolinera también estaban vacías. Se había tomado la molestia de comprobarlo. Esperaba que un titular o incluso un artículo breve pudiera despertar su memoria.

Por otro lado, le espantaba la posibilidad de leer algo acerca de un personaje infame y darse cuenta de que era él. ¿Habría estado mezclado en alguna actividad criminal antes del accidente?

El instinto le decía que su autoridad estaba siendo cuestionada. Pero ¿qué autoridad? ¿La profesional? ¿La marital? Eso era imposible, porque en ningún momento había creído que fuesen un matrimonio. Si se hubiera acostado con ella, lo sabría. De alguna forma lo sabría.

Ningún hombre en su sano juicio podría olvidar aquellos pechos bien proporcionados y eróticos. La forma de su trasero tampoco le había pasado desapercibida. Tenía unos ojos impresionantes y una melena que parecía indomable al despertarse.

No era guapa en el sentido clásico de la palabra, pero incluso postrado en la cama del hospital había reparado en la voluptuosidad de su boca, de labios carnosos y sensuales. Era una mujer por la que uno pagaría gustoso mil dólares con tal de pasar la noche con ella.

Poco antes, al observarla lamerse las puntas de los dedos llenas de migas, se había convencido de lo acertado de su autodiagnóstico. Por muy enfermo que estuviese, su dolencia no llegaba a tales extremos.

Las sensaciones que le suscitaba la presencia de Kendall eran inequívocamente masculinas, reflejos condicionados. Había respondido de la misma forma que lo haría cualquier hombre heterosexual a aquellos

estímulos. Tenía la certeza de que sus reacciones ante ella no se debían a que la reconociese ni a que le resultase familiar.

Inquieto por el rumbo que habían tomado sus pensamientos, encendió la radio con la esperanza de sintonizar algún noticiario.

—No funciona —le dijo Kendall.

—Qué oportuno para ti —afirmó él—. ¿Cuánto falta para llegar? ¿Y adónde demonios vamos? Y no te atrevas a decirme que a Tennessee.

Kendall no lo hizo.

—Vamos a casa de la abuela —le dijo.

—A casa de la abuela —repitió él en tono cáustico.

—Eso es.

—¿De tu abuela o de la mía? ¿Tengo abuela?

Le vino a la mente una imagen estereotipada: cabello canoso pulcramente recogido en un moño, sonrisa benévola, advertencias de mantener la chaqueta abrochada incluso cuando la temperatura exterior alcanza los veinticinco grados, alguien que olía a jabón de lavanda y a especias. Podía visualizar la figura de una abuela, pero no lograba imaginarse recibiendo los mimos de alguien así. Ni de los de nadie, en realidad.

—Es mi abuela —afirmó Kendall.

—¿La has avisado de nuestra llegada?

—No estará. —Su voz adoptó un tono apagado—. Murió hace cuatro meses, apenas unas semanas antes de que naciera Kevin.

—¿Estabas con ella? —preguntó él tras asimilar la información.

—No. Yo estaba... fuera. Ni siquiera pude asistir al funeral porque me faltaba muy poco para dar a luz.

—¿Os llevabais bien?

—Más que bien. Nuestra relación era extraordinaria. —Alentada por el interés tan evidente que mostraba él, prosiguió—: Mis padres murieron en un accidente de coche cuando yo tenía cinco años. La abuela pasó a ser mi tutora. Mi abuelo ya había muerto, de modo que sólo quedábamos ella y yo. Se creó un vínculo muy fuerte entre nosotras.

—¿Llegué a conocerla? ¿He estado antes en su casa?

Ella negó con la cabeza.

—¿Cuánto falta?

Kendall suspiró e hizo un movimiento rotatorio con la cabeza para desentumecerse.

—Por favor, deja de repetir una y otra vez la misma pregunta. Eso no nos hará llegar antes. Me gustaría estar allí antes de que oscurezca. Si te

durmieras, el tiempo se te pasaría mucho más rápidamente.

Había tomado tres aspirinas, que habían aliviado su dolor de cabeza y atenuado el agarrotamiento de sus músculos, pero aun así se sentía como si lo hubieran apaleado. Con la intención de descansar los ojos unos momentos, se recostó contra el reposacabezas.

Varias horas después, al despertarse, vio que estaba anocheciendo y que habían llegado a su destino.

La casa estaba situada al final de un sendero bordeado de vides y madreselvas. La lluvia había amainado, de modo que mientras se acercaban a la casa Kendall bajó la ventanilla y aspiró a pleno pulmón el aire impregnado de fragancias mezcladas, los suaves aromas del verano. Los recuerdos de su niñez la embargaron y la añoranza de su abuela le atenazó el corazón.

Bajo los árboles del bosque que rodeaban la casa reinaba ya la oscuridad. Las luciérnagas titilaban desde las frondosas sombras. Casi esperó oír la voz de su abuela llamándola para que contemplase aquella galaxia de gusanos de luz.

La casa era una construcción de madera con un techo de varias alas que se extendía sobre un amplio porche. Le habría venido bien una mano de pintura y el patio estaba un poco descuidado, pero por lo demás todo seguía igual que desde su última visita.

Salvo que su abuela ya no estaba allí y no volvería a estarlo nunca.

La grava crujió bajo los neumáticos al detenerse el coche. El hombre se despertó, bostezó, se desperezó y entornó los ojos para ver en la creciente oscuridad del anochecer.

Kendall abrió su puerta y bajó del coche. De momento optó por dejar a Kevin en el asiento, pues seguía durmiendo. Subió la escalera principal con paso ágil y se puso de puntillas para alcanzar la llave, que siempre había estado guardada sobre la jamba de la puerta.

La encontró y la introdujo en la cerradura. La puerta se abrió. Alargó la mano hacia el interruptor de la pared confiando en que hubiese electricidad. Cuando las luces se encendieron, dejó escapar un suspiro de alivio. Ricki Sue había continuado pagando las facturas.

Recorrió las diversas habitaciones con rapidez. Los muebles estaban cubiertos con sábanas y la casa olía a humedad por estar deshabitada, pero enseguida la haría habitable, al menos durante el tiempo en que Kevin y ella permanecieran allí.

Volvió a la sala de estar. El hombre la había seguido hasta el interior y la esperaba de pie, apoyado en las muletas, observando aquel entorno desconocido.

—¿Te gusta?

Por toda respuesta, él se encogió de hombros en un ademán ambiguo.

—Ya sé que ahora no parece nada del otro mundo, pero la arreglaré — dijo Kendall.

Aquella afirmación le evocó un recuerdo tan nítido que la dejó estupefacta. Casi palabra por palabra, acababa de repetir una afirmación que había hecho en su noche de bodas.

Capítulo 7

Matt abrió de par en par la puerta principal.

—¡Qué boda tan estupenda! Me duelen los músculos de la cara de tanto sonreír —dijo. Al advertir que Kendall no lo había seguido hasta el interior de la casa, volvió la cabeza y la miró con curiosidad—. ¿Qué ocurre?

—Te pareceré una romántica, pero siempre he soñado que mi esposo me tomaría en brazos para cruzar el umbral.

—*Eres* una romántica. —Matt sonrió al tiempo que la levantaba en brazos—. Pero esa es una de las muchas cosas que me encantan de ti.

La llevó adentro en volandas. Kendall colocó una mano detrás del cuello de Matt, lo atrajo hacia ella y le dio un largo beso cargado de significado, un beso que sabía que recordaría el resto de su vida: su primer beso en su primera casa.

Gibb les había regalado la casa como obsequio de boda; totalmente amueblada, sin hipoteca y con todos los gastos pagados. A Kendall la había asombrado su generosidad, pero Gibb, en consonancia con su carácter, había atajado sus efusivos agradecimientos. A fuerza de insistir, Gibb había conseguido que el constructor se comprometiera a tenerla finalizada el día de la boda, y no había aceptado excusas. Estaba concluida y lista para vivir en ella desde hacía tres días.

Matt depositó suavemente a Kendall en el amplio vestíbulo.

—¿Te importa que nos deshagamos de esto? —le preguntó, tocando el velo nupcial.

—En absoluto.

Con ayuda de Kendall, le quitó el velo de la cabeza y entonces, estrechándola entre sus brazos con un ademán posesivo que la hizo estremecerse, volvió a besarla. Cuando finalmente la soltó, Kendall estaba sin aliento y aturdida de felicidad.

Extendió los brazos en cruz y dio una vuelta completa sobre sí misma mientras contemplaba la belleza de su nuevo hogar, desde la claraboya del techo hasta la madera vetada del suelo.

Era una casa de madera integrada en su entorno, concebida para armonizar con la rusticidad de la zona, con las montañas Blue Ridge al fondo. El interior tenía un aire actual, aunque era cálido y acogedor. Las habitaciones eran espaciaosas y alegres. Olía a madera nueva y a pintura fresca.

Aquel momento revestía especial trascendencia para Kendall. Aquel sería su hogar, y esperaba que lo fuera para el resto de su vida. Allí crecerían sus hijos. Matt y ella vivirían y envejecerían juntos en aquella casa, un privilegio elemental que sus padres no habían podido disfrutar. Quería que su felicidad fuese tan desbordante que la resarciera de haberlos perdido a tan tierna edad.

—Me encanta —dijo abrazándose.

Matt se había quitado el esmoquin y estaba de pie, con las manos en los bolsillos, observando los enseres de la casa. Los muebles aún tenían las etiquetas de fábrica. Las habitaciones estaban sin decorar.

—Queda un poco desangelada, ¿verdad?

—Porque todavía no es un hogar —repuso Kendall—. Ya le daremos nuestro toque personal y la convertiremos en algo más que una simple casa. Ya sé que ahora no parece nada del otro mundo, pero la arreglaré. Estoy impaciente por empezar.

Entusiasmada por sus propias palabras, posó las manos sobre los pliegues de la camisa de Matt y se apoyó en él.

—Oh, Matt, me encanta mi vida aquí —musitó. Él le rodeó la cintura con sus brazos.

—Yo tampoco estoy nada mal —respondió en tono de broma, y le dio un beso fugaz—. Pero me muero de hambre. Papá ha dicho que habría comida en la nevera.

La soltó y se dirigió a la cocina. Kendall entró cuando él sacaba una botella de champán del inmenso frigorífico.

—Yo la descorcharé y serviré. Tú lee la tarjeta. Caramba, papá no bromeaba cuando dijo que habría comida. La mayoría de los supermercados no tienen tantas existencias.

Lanzó la tarjeta sobre la mesa de la cocina. Kendall la cogió y leyó en voz alta: «Estoy orgulloso de vosotros dos. Con todo mi cariño, papá. P. D.: Copas frías en el congelador».

Matt se echó a reír.

—Piensa en todo, ¿verdad?

—Si hubiéramos querido ir de viaje de novios a Marte, creo que habría intentado arreglarlo. —Matt dejó de forcejear con el corcho y la miró con tristeza—. Lo siento mucho, Kendall. ¡Qué desgraciada coincidencia!

—Lo comprendo —repuso ella con voz suave.

El redactor jefe de Matt había fallecido recientemente de forma inesperada. El señor Gregory había dejado un vacío personal y profesional en la vida de Matt. Aún no había encontrado a la persona adecuada para ocupar su puesto, y hasta que no diera con ella no podía ausentarse del periódico, ni siquiera para disfrutar de su luna de miel. Naturalmente, Kendall entendía la situación.

Aun así, no podía quejarse por verse privada de su viaje de novios, pues todo lo demás le había ido a pedir de boca. Su esposo era la encarnación de todos sus sueños. Su suegro era un hombre extremadamente generoso, y no sólo en el plano material. Gibb la había acogido en su familia sin la más mínima reserva o recelo. Durante años había tenido a Matt para él sólo. Y ahora que debía compartirlo, lo hacía de muy buen grado.

Charlaron sobre la ceremonia y el banquete mientras saboreaban el champán y preparaban sándwiches de jamón. Matt estaba hambriento, pero Kendall seguía demasiado excitada para probar bocado. Estaba mordisqueando un trocito de pan y mirando por la ventana cuando dijo:

—Quiero ajardinar sólo la mitad del terreno y dejar salvaje la parte trasera, tal como está ahora. Me gustaría poner comederos para pájaros en los árboles. Ya verás, dentro de nada conseguiré domesticar a las ardillas. Espero que también vengan mapaches.

—Lo dejan todo hecho un asco.

—Los nuestros no. Serán limpios porque los alimentaré con regularidad y no tendrán que andar escarbando en busca de comida. Ah, y ciervos —prosiguió sin dejarse desanimar por el gruñido que soltó Matt—. Tal vez incluso consigamos que se acerquen ciervos a la casa.

—Kendall, si tenemos ciervos en nuestro terreno, nuestros amigos se presentarán aquí para cazarlos el primer día que se abra la veda.

—¡Oh, no digas eso! Y ni se te ocurra colgar una de esas cabezas disecadas en la pared.

—No entiendo tu aversión a la caza. Es un deporte que a mi padre y a mí nos gusta mucho, y no somos los únicos.

—Bueno, pues yo no entiendo que alguien pueda disfrutar matando animales inocentes.

—Eres una blandengue.

—Supongo que sí. —Sonrió con nostalgia—. Un verano, la abuela y yo le salvamos la vida a un cervatillo. Lo encontramos cerca de una cascada a la que nos encantaba ir. En realidad no es más que un pequeño salto de agua,

pero de niña me parecía impresionante. También había un monumento en memoria a los caídos confederados. Solía jugar sobre aquel cañón oxidado siempre que íbamos a merendar allí, es decir, al menos una vez por semana.

»El caso es que encontramos al cervatillo en el bosque. Tenía una pierna rota. Lo cogimos entre las dos y lo llevamos hasta el coche y luego a casa. Le entablillamos la pierna y lo cuidamos hasta que se recuperó y pudo volver al bosque.

—Donde sería una presa excelente para la siguiente temporada de caza.

—¡Matt!

—Lo siento. —Alargó la mano por encima de la mesa y le acarició la mejilla—. ¿Qué puedo hacer para que me perdones?

Kendall atrapó su mano, le besó la palma y le mordió suavemente la parte carnosa del pulgar.

—Llévame a la cama —susurró con voz seductora.

El embozo de la cama ya estaba echado hacia atrás. Sobre las mesillas de noche y el tocador había jarrones con flores. Obra de Gibb, sin duda. Pero ni siquiera el hecho de saber que su suegro había invadido la intimidad del dormitorio disminuyó el deseo de Kendall.

Frente a frente, mientras se desnudaban el uno al otro y reían al intentar desabrochar torpemente los innumerables botones del vestido de novia, sin apenas poder contener su impaciencia, lo cual no hacía más que acrecentar su deseo, Kendall se alegró de que aquella fuese la primera vez que estaban juntos.

Matt no se había acostado con ella mientras habían sido novios. Tal grado de abstinencia merecía casi un gran titular en los periódicos. Hoy en día, ¿cuántas parejas esperaban hasta la noche de bodas para hacer el amor? Era una costumbre en peligro de extinción. Kendall no era virgen y él tampoco; pero Matt había sido un pretendiente muy caballeroso que, al parecer, se regía por un código de honor que le prohibía acostarse con la que sería su esposa, elevando a Kendall por encima de todas las demás mujeres con las que había salido hasta entonces.

Era una tradición anticuada que iba emparejada con la injusticia de no medir por el mismo rasero a ambos sexos y con la doble moral hipócrita a la que habían sido sometidas las mujeres durante siglos. Pero en cierto modo, aquel dominio de sí mismo le había parecido a Kendall el colmo de la ternura y del romanticismo.

Muchas veces, al darle las buenas noches ante la puerta de su apartamento, enardecida de deseo y frustrada, Kendall había anhelado que

Matt adoptara una postura menos intransigente al respecto. Incluso le había animado a hacerlo. Pero él había seguido en sus trece.

Ahora, mientras sentía las manos de Matt recorriendo su piel, explorando ávidamente su cuerpo, pensó que aguardar hasta aquel momento, en que sus ropas de boda se amontonaban en el suelo y la desnudez de ambos les resultaba tan novedosa como su condición de marido y mujer, tenía un valor muy preciso.

—Vas a ser exactamente la esposa que deseaba —murmuró Matt besándole los pechos—. Lo sé.

—Te prometo que lo seré.

Durante varios segundos después de despertarse, Kendall no acertó a recordar por qué se sentía tan eufórica. Cuando miró a su alrededor a través de los párpados entrecerrados, sonrió complacida. Estuvo a punto de ronronear de satisfacción.

Aquella era la mañana posterior a su noche de bodas y se sentía la mujer más afortunada del mundo. Su marido era un amante tierno y considerado. Habían hecho el amor hasta que, exhaustos, se habían dormido.

Matt era habitualmente madrugador. Sin embargo, el rayo de sol que se colaba por la ventana indicaba que hacía un buen rato que había amanecido. La idea de que lo habría dejado agotado la noche anterior le hizo esbozar una sonrisa pícara.

Se dio la vuelta con cuidado para no despertarlo. Quería observarlo detenidamente durante unos momentos sin que él lo advirtiese. Dormía boca arriba, con los labios ligeramente entreabiertos, y su torso subía y bajaba rítmicamente. La sábana le cubría hasta la cintura.

Los recuerdos del placer compartido la noche anterior reavivaron su pasión. El deseo serpenteó y la recorrió entera, estremeciéndola y entrecortándole la respiración, y volvió a sentir aquella embriagadora oleada de punzadas en la parte inferior del cuerpo. Anoche, Matt la había tratado como a una esposa amada y respetada. Aquella mañana quería ser tratada como una mujer.

—Buenos días —susurró tras deslizar la mano bajo la sábana.

Matt soltó un gruñido.

Kendall cerró la mano en torno a su pene flácido.

—He dicho buenos días.

Él sonrió, murmuró algo ininteligible y abrió los ojos.

—Kendall.

—Vaya, gracias por acordarte. Pareces sorprendido.

—Lo estoy. Suelo despertarme con el despertador.

—Pues ya puedes ir tirando el despertador y empezar a acostumbrarte a esto.

—¿Todas las mañanas?

—¿Por qué no? ¿Acaso tenemos que racionarlo? —Lo masajeó al tiempo que le mordisqueaba, descendiendo por el centro del pecho y luego del estómago.

—Kendall...

Ella apartó la sábana y le dio un mordisco debajo del ombligo.

—Kendall, es papá.

—¿Mmmm?

—Papá. —Matt la empujó a un lado, se levantó de la cama y se acercó a la ventana—. Acaba de detener su furgoneta en el camino de la entrada.

Sacada bruscamente de su arrobamiento sexual, Kendall apenas había reaccionado cuando oyó que llamaban a la puerta de la casa. Matt cogió unos tejanos de la cómoda y, mientras se los ponía, le dijo:

—Será mejor que te levantes y te vistas.

Estupefacta, se incorporó y lo miró salir del dormitorio.

—Ya voy, papá —gritó desde el pasillo. A continuación Kendall lo oyó abrir la puerta—. Buenos días.

—¿Os molesto?

—Por supuesto que no. Iba a preparar café ahora mismo. Pasa.

Se dirigieron a la cocina. Kendall escuchó sus voces hasta que ya no pudo distinguir lo que decían. Entonces alzó las rodillas y apoyó la cabeza sobre ellas, tratando de disipar su consternación y su desilusión.

Cuando se hizo obvio que Matt no tenía intención de volver a la cama, se levantó y se duchó.

Diez minutos más tarde, se reunió con ellos en la cocina. Gibb estaba dando la vuelta al beicon en la sartén.

—¡Ah, aquí llega la novia! —canturreó al verla. Rodeó la mesa para darle un abrazo afectuoso. Luego, apartándola un poco, la miró a los ojos—. No te molesta que haya venido y os prepare el desayuno, ¿verdad?

¿Estaba de broma? Pues claro que la molestaba. Si no iba a tener más luna de miel que aquella, al menos quería disfrutarla a solas con Matt.

Pero Gibb sonreía con tanta candidez que Kendall no se atrevió a decirle la verdad.

—Por supuesto que no, Gibb —respondió con una sonrisa forzada.

Se liberó del abrazo y se acercó a la cafetera. Al parecer, no había logrado disimular su rencor, pues a su saludo poco entusiasta siguió un silencio incómodo.

—Puede que no haya sido una buena idea —dijo Gibb desanudándose el delantal.

—No seas bobo, papá —objetó Matt—. La mañana no es el mejor momento de Kendall. Ya me ha advertido que no le haga caso si está gruñona. ¿Verdad, cariño?

Kendall esbozó una sonrisa de disculpa.

—Me temo que es un defecto que he de reconocer, Gibb. Suelo estar de un humor de perros cuando me levanto.

—Pues espero que tengas un hambre canina. —Gibb se anudó de nuevo el delantal y volvió a la sartén que chisporroteaba en el fuego—. ¿Te gustan los gofres? Preparo yo mismo la masa y le añado un ingrediente secreto.

—¿Cuál?

—Supongo que ahora que eres de la familia puedo decírtelo —respondió él guiñándole un ojo—. Vainilla —susurró—. Añade una cucharadita de vainilla a la masa. Cambia por completo.

—Gracias por el truco.

Matt se levantó y ofreció su silla a Kendall.

—Señora Burnwood, tome asiento, por favor —le dijo besándole la mano con un ademán galante—. Permítanos que le sirvamos.

Kendall se sentó y sólo entonces se fijó en los paquetes envueltos en papel de regalo que había sobre la mesa.

—¿Más regalos? Es imposible. Ya hemos recibido muchísimos.

—Los ha traído papá.

—Los han dejado en mi casa. ¿Por qué no los abris mientras termino de preparar el desayuno?

Kendall y Matt se repartieron los paquetes y comenzaron a desenvolverlos. Había una fuente Waterford para pasteles, un par de candelabros de plata y una bandeja lacada. Matt le tendió el último regalo.

—Haz los honores.

—Roscoe Calloway lo ha hecho llegar esta mañana —les informó Gibb.

—¡Oh, qué detalle! —exclamó Kendall.

Roscoe era el conserje del juzgado. Hacía treinta años que era una institución allí. Desde que Kendall ocupó el puesto de abogada de oficio

habían trabado amistad. Abrió el paquete y encontró en su interior un marco para fotografía.

—«Con nuestros mejores deseos» —leyó la tarjeta—. Está firmado por Roscoe y Henrietta Calloway. —Su sonrisa se transformó en una expresión de desconcierto—. Ahora que lo pienso, no recuerdo haberlos visto en la boda. ¿Por qué no habrán podido venir?

—Te aconsejé que no los invitaras —le recordó con suavidad Matt.

—Pero lo hice porque quería que vinieran —insistió ella—. Roscoe es muy amable conmigo. Siempre me deja una rosa recién cortada sobre mi escritorio, o tiene detalles de ese tipo. No sabes cuánto se alegró cuando nos prometimos. Habla muy bien de ti, Matt. Y también de ti, Gibb.

—Roscoe es de los buenos.

Gibb se apartó del hornillo y le llevó el plato. El gofre era perfecto: espeso y dorado, con una pizca de mantequilla derritiéndose en el centro.

Pero el comentario de Gibb le había quitado el apetito.

—¿«De los buenos»? —repitió Kendall, con la esperanza de que no se refiriera a lo que temía.

—Roscoe sabía que él y su esposa estarían, bueno, fuera de lugar en vuestra boda —explicó su suegro.

Kendall miró a su marido, quien asintió con expresión solemne.

—Habrían sido los únicos negros allí, Kendall —afirmó.

—Estoy seguro de que Roscoe agradeció tu invitación, aunque era consciente de que no debía presentarse. Él sabe de sobra cuál es su sitio, aunque tú lo desconozcas. —Gibb le dio un apretón cariñoso en el hombro mientras añadía—: Pero ya aprenderás.

Capítulo 8

Tras conducir durante horas, Kendall apenas podía tenerse en pie. Pero antes de pensar siquiera en dormir debía hacer varias cosas, y la primera era improvisar una cuna para que Kevin pasara la noche.

En un armario trastero encontró un viejo parque plegable que en otro tiempo había servido de lecho a una perra labrador parturienta. Los productos de limpieza estaban en la estantería donde la abuela los había guardado siempre. Fregó a fondo el parque hasta asegurarse de que estaba lo bastante limpio como para que Kevin durmiera en él.

—¿Hay algo de comer?

El hombre se apoyaba pesadamente sobre sus muletas, visiblemente exhausto. En cuanto llegaron, Kendall le había sugerido que se acostara, pero él se había negado. En lugar de ello, la había seguido por toda la casa como un sabueso.

—Me estás sacando de quicio —le había espetado al darse la vuelta y descubrirlo tan cerca de ella que estuvo a punto de tropezar con él—. Si no quieres tumbarte en la cama, al menos siéntate en alguna parte y deja de seguirme de habitación en habitación.

—Para que puedas escabullirte por la puerta trasera, ¿no?

Kendall había suspirado, exasperada.

—Aunque esa fuese mi intención, que no lo es, no me quedan fuerzas para conducir ni un kilómetro más. Relájate, ¿quieres?

No se había relajado por completo, pero había atenuado su acecho hasta cierto punto.

—Veré qué puedo encontrar para comer —dijo.

En la despensa no había gran cosa: una lata de judías y un tarro de melocotones.

—No es lo que se dice alta cocina —afirmó, refiriéndose a la comida.

—No te preocupes —repuso él—. Dadas las circunstancias, más vale esto que nada.

—Mañana iré a comprar. Para entonces ya estará fría la nevera.

Se repartieron las provisiones y se sentaron a comer. Kendall también había sacado un paquete de galletas saladas que había comprado en la máquina expendedora, justo antes del altercado con los adolescentes. La intromisión de su acompañante había hecho memorable el incidente, sobre todo para el muchacho, que al día siguiente se levantaría con las espinillas cubiertas de moretones.

Aunque estaba molesta por lo sucedido, por otra parte su valor la había sorprendido y halagado. Era evidente que su tendencia protectora estaba profundamente enraizada y no se había volatilizado como su memoria. Kendall le había reprochado que saliera en su defensa, pero en su fuero interno tenía que admitir que había sido bastante emocionante.

Incluso maltrecho y magullado, la había defendido con arrojo. A Kendall se le antojó admirable tanta fuerza de voluntad. Y lo que más la había impresionado era el ímpetu con que había reaccionado al sentir que su territorio había sido invadido.

Kendall no era en absoluto partidaria del machismo. Es más, en general le disgustaba profundamente. Así que casi se avergonzaba de su satisfacción al ser rescatada por aquel hombre, cuyo vigor físico resultaba tan atractivo como su fuerza interior.

—No recuerdo si eres buena cocinera —quiso saber.

La pregunta la sacó de sus inquietantes cavilaciones.

—No soy nada del otro mundo, pero no moriremos de hambre.

—Lo dices como si tuvieras pensado pasar aquí una buena temporada.

—Creo que deberíamos quedarnos hasta que recobres la memoria. Es un lugar tranquilo, un buen sitio para reponerse.

—¿Y qué hay de mi trabajo?

Kendall se puso en pie y empezó a apilar los platos sucios a toda prisa. Los llevó al fregadero, pero cuando volvió a por el resto, la asustó al aferrarla con fuerza por la cinturilla de los tejanos y retenerla. Kendall notó los nudillos hincados en su estómago y le pareció una sensación no del todo desagradable.

—Tenía un buen empleo, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿A qué me dedicaba?

—Si te lo dijera, te subirías por las paredes. Eres un número uno, de esos que se consideran imprescindibles. Querrías volver al trabajo inmediatamente, lo cual es imposible, por supuesto. Créeme, tu empleo seguirá esperándote

cuando te restablezcas. Ya he avisado a todas las personas que tenían que saberlo. Y están de acuerdo.

—¿Cuándo les has avisado? El teléfono de aquí está desconectado.

Eso significaba que lo había comprobado. Antes del accidente no era precisamente un lerdo. ¿Por qué había presupuesto que la amnesia entorpecería su perspicacia?

—Llamé cuando estabas en el hospital —dijo Kendall tratando de disimular su desasosiego.

—¿Y cómo explicas que nadie telefonara o enviara una tarjeta? Me parece muy extraño. Es más, francamente me resulta inverosímil.

—El doctor recomendó que no vieras a nadie. Dijo que, puesto que no lograbas recordar nada, las visitas lo único que conseguirían sería aumentar tu frustración, ya que no reconocerías siquiera a tu mejor amigo. Por otra parte no nos quedamos allí el tiempo suficiente para recibir correo.

Él siguió observándola con un escepticismo patente.

—Ya está todo arreglado. Te lo prometo —insistió Kendall—. Tu carrera no corre peligro.

—Así que es una carrera, no un mero empleo.

—Sí, podríamos decirlo así.

—Dame una pista. ¿Médico, abogado, jefe indio?

—¿Recuerdas esa copla infantil?

La mueca socarrona se desvaneció.

—Eso parece —murmuró él—. ¿Cómo es posible que recuerde esa cancioncilla de la niñez y en cambio no me acuerde de ti? —añadió bajando la mirada al pecho de Kendall.

Nerviosa por aquel contacto directo, Kendall le sacó la mano de la cinturilla de sus tejanos.

—Oigo a Kevin.

Kendall se sintió aliviada de que el llanto del niño en la otra habitación pusiera fin al interrogatorio. La curiosidad que él mostraba era natural, pero cuanto menos hablaran de sus vidas antes del accidente, más segura estaría. Una palabra aparentemente inofensiva o casual podría devolverle la memoria.

La interrupción también puso punto final a aquel momento de turbadora intimidad que produjo en ella un desasosiego mayor del que estaba dispuesta a admitir. Debía seguir haciéndole creer que era su mujer, pero sin traspasar ciertos límites.

Después de amamantar a Kevin, lo bañó y luego lo arrulló en la mecedora del salón con las nanas que su abuela le había cantado a ella.

Él se sentó en el sofá del otro lado de la habitación, con la pierna escayolada apoyada en un taburete. La lámpara de la mesilla formaba profundas sombras bajo sus cejas, oscureciéndole los ojos, aunque Kendall no necesitó verlos para saber que estaban clavados en ella, tan fijos y penetrantes como los de un halcón.

—¿Y mi familia? —preguntó de golpe.

—Tu madre murió hace muchos años.

—Supongo que no puedo lamentar la muerte de alguien a quien ni siquiera recuerdo. ¿Tengo hermanos o hermanas?

Kendall negó con la cabeza.

—¿Y mi padre? ¿También ha muerto?

—No, pero estáis peleados.

—¿Por qué razón?

—Incluso antes de que sucediera todo esto, te molestaba hablar del tema. No creo que sea buena idea hacerlo ahora.

—Pero ¿sabe lo del accidente?

—Pensé que no querrías que le telefonara para decírselo, así que no lo hice.

—¿Tan distanciados estamos? ¿No le importa a mi padre si estoy vivo o muerto?

—A él sí le importaría, pero tú no querrías que él supiera lo del accidente. Perdona, tengo que acostar a Kevin.

Trató de que no pareciera que se iba por huir de él.

Había colocado el parque en el dormitorio más pequeño de los dos que tenía la casa. Depositó a su hijo en él con suavidad. El niño encogió inmediatamente las rodillas debajo del pecho y empinó el culete en el aire.

—¿Cómo puede dormir así?

Kendall no advirtió que la había seguido hasta que oyó su voz justo detrás del hombro.

—Muchos bebés duermen en esa posición.

—Parece incómoda.

—Imagino que hay que tener tres meses para que resulte cómoda.

—¿Tuviste un buen embarazo?

—Pasé algunas dificultades los primeros meses. Pero a partir de ahí fue mejor.

—¿Qué clase de dificultades?

—Las de costumbre: náuseas por la mañana, cansancio, depresión.

—¿Por qué estabas deprimida?

—En realidad no era una depresión propiamente dicha. Simplemente estaba muy llorona.

—¿Y por qué estabas llorona?

—Por favor. Estoy agotada. ¿No puede esperar este interrogatorio?

Kendall hizo ademán de rodearlo, pero él levantó la muleta y le bloqueó el paso.

—¿Sabes una cosa? —espetó encolerizada—. Empiezo a estar hasta las narices de que utilices esa maldita muleta como si fuese una barrera de peaje.

—Pues yo estoy hasta las narices de tus evasivas. Contéstame: ¿por qué estabas deprimida y llorabas tanto? ¿Acaso no deseabas estar embarazada?

Kendall carecía de la energía suficiente para seguir enfadada. Su ira se evaporó y repuso en tono cansado:

—Los cambios hormonales durante el primer trimestre del embarazo suelen provocar ganas de llorar. Y sí, deseaba enormemente tener a Kevin.

—¿Y yo?

Sus miradas se cruzaron durante unos segundos y luego, con mucha calma, Kendall apartó la muleta.

—Voy a darme un baño.

Apagó la luz. Pero nada más apagarla, los faros de un coche trazaron un arco en la fachada de la casa e iluminaron directamente el dormitorio.

—¡Oh, Dios mío! —Kendall giró en redondo y, pegándose a la pared, se dirigió a toda prisa hacia la ventana. El corazón le latía desbocado. Vio con espanto que el coche se detenía.

A continuación permaneció parado al final del sendero, con los faros enfocados, como reflectores, hacia la fachada de la casa. La niebla y la lluvia le conferían el aspecto de un leviatán de aspecto monstruoso y amenazador, acompañado por el siniestro rugido del motor. Kendall oyó el golpeteo de las muletas detrás de ella.

—¡Que no te vean! —exclamó—. Apártate de la ventana.

Él se detuvo de inmediato. Ninguno de los dos se movió. Kendall contuvo el aliento hasta que el coche dio marcha atrás por el sendero y se alejó. Podría haberse desmayado de alivio. Cuando pudo articular palabra, su voz adoptó un tono forzado de ligereza.

—Supongo que se han equivocado al girar.

Al darse la vuelta vio al hombre de pie en el umbral, su perfil oscuro recortado contra la luz del pasillo. Su figura le pareció enorme e imponente. Cuando pasó a su lado, él encendió la luz del techo con un gesto rápido y la cogió por la barbilla para mirarla de cerca.

—¿Qué demonios ocurre?

—Nada.

—¿Nada? Estás pálida y casi te has desmayado al ver ese coche. ¿Qué pasa? ¿Quién nos persigue? ¿Quién te persigue a ti?

—Simplemente no esperaba ninguna visita, nada más —repuso Kendall.

—Y un cuerno. Puede que haya perdido la memoria, pero no soy imbécil, así que no me trates como si lo fuese. —Sin dejar de sujetarle la barbilla, se la levantó para obligarla a mirarle a los ojos—. Estás huyendo porque tu vida corre peligro, ¿verdad? ¿De quién huyes? ¿Alguien trata de hacerte daño? ¿A tu hijo? —Dirigió la mirada al parque, donde Kevin dormía—. ¿A nuestro hijo?

—Nadie nos hará daño mientras continuemos juntos —afirmó Kendall, y lo decía de veras. De alguna manera sabía que aunque él no confiaba en ella, y pese a su inexplicable aversión hacia Kevin, lucharía hasta morir por protegerlos. Esa certeza haría que le resultase más difícil abandonarlo.

Kendall sabía muy bien que no debía depender de nadie para que la protegiera. Podía arreglárselas sola. De hecho, lo *había* hecho durante mucho tiempo. Aun así, se sentía más segura en compañía de aquel hombre, aunque teniendo en cuenta su estado físico, probablemente era una falsa sensación de seguridad que le supondría un alto precio, y que incluso podría tener consecuencias fatales.

—Estaré en el cuarto de baño. Avísame si Kevin se despierta —dijo apartándose de él. Esta vez no la retuvo.

Llenó hasta el borde la bañera con patas en forma de garras y se sumergió en el agua caliente y relajante. Cuando volvió a la sala de estar al cabo de un cuarto de hora, sólo llevaba una toalla que le cubría desde el pecho hasta medio muslo. Tenía el cabello mojado y peinado hacia atrás, y se notaba que se había restregado la cara hasta dejarla limpia.

Él estaba asomado a la puerta principal de la casa, de espaldas a ella, contemplando ensimismado la oscuridad y la lluvia incesante. Al oír las pisadas de sus pies descalzos, se giró.

—Ya he salido —afirmó ella, por decir algo.

—Espera —dijo él al ver que se dirigía al dormitorio. Cruzó la habitación cojeando y no se detuvo hasta estar a escasos centímetros de ella.

Cuando alzó la mano hacia el pecho de Kendall, esta hizo ademán de apartarse. Él enarcó una ceja, con expresión burlona, titubeó un instante y luego tocó su piel húmeda.

—¿Te duele?

Kendall no entendió a qué se refería hasta que siguió su mirada y vio el enorme hematoma que le cruzaba el pecho en diagonal desde la base del cuello.

—Me lo hizo el cinturón de seguridad —explicó—. No tiene un aspecto muy favorecedor, ¿verdad? Aunque mi aspecto sería bastante menos favorecedor si no hubiera llevado abrochado el cinturón de seguridad.

—Sí, entonces estarías hecha una facha, como yo —observó él esbozando una fugaz sonrisa compungida.

—No tienes tan mal aspecto. —Sus miradas se encontraron y por un instante se quedaron mirando. Kendall tenía la boca seca y trató de tragar saliva—. Lo que quiero decir es que la hinchazón de la cara te ha bajado bastante.

Él asintió con aire ausente, pues volvió a concentrar su atención en el hematoma que le cruzaba el pecho.

—¿Hasta dónde llega? —le preguntó.

Sintió cómo una oleada de calor le recorría el vientre y los senos. Estaba turbada y, siendo su esposa, no debía estarlo. Sin dejar de mirarle a los ojos, Kendall se llevó las manos a la toalla y la desanudó lentamente. Con un extremo en cada mano, la apartó y extendió los brazos a ambos lados del cuerpo, mostrándole una visión completa.

Jamás se había sentido tan desnuda, tan vulnerable. Él paseó la mirada por su figura, no sólo siguiendo el rastro del vívido hematoma, sino contemplando cada centímetro de piel, cada contorno y curva. Kendall aguantó su mirada escrutadora hasta que ya no pudo más, pero cuando hizo ademán de volver a ceñirse la toalla, él la detuvo.

—¿Qué es esto? —preguntó tocándola en la parte baja del tronco.

Nada más rozarla, ella dio un respingo, pues el contacto de su mano le provocó una reacción inmediata. Se estremeció, pero no se apartó mientras él pasaba suavemente la yema del dedo índice sobre la delgada cicatriz rosada que atravesaba lateralmente su vello púbico. La recorrió en toda su longitud, e incluso entonces dejó la mano posada.

—Es la cicatriz de la cesárea —dijo ella con voz entrecortada.

—Hummm. ¿Por qué estás temblando?

—Porque todavía está muy sensible. Y más aún después del accidente.

En efecto, el cinturón de seguridad le había producido otro gran hematoma que se extendía desde un extremo a otro de la pelvis. Él deslizó los dedos sobre ella. Kendall se echó hacia atrás y se cubrió bruscamente con la toalla, apretándosela contra el pecho. Él apartó la mano de debajo. Kendall

sintió el impulso de salir corriendo, pero se dijo que debía comportarse como una esposa.

—La bañera es bastante honda —dijo—. Aunque no tuvieras la pierna enyesada, te resultaría incómodo meterte y luego salir. En vez de tomar un baño quizá sea mejor que dejes que yo te lave con la esponja.

Él lo pensó un momento y a continuación sacudió la cabeza con brusquedad.

—Gracias, pero puedo apañármelas.

—¿Estás seguro?

Bajó los ojos, miró de soslayo el cuerpo de Kendall y apartó rápidamente la mirada.

—Sí, estoy seguro.

Pasó junto a ella ruidosamente, entró en el cuarto de baño y cerró la puerta a sus espaldas.

Kendall se apoyó en la jamba de la puerta. Transcurrieron varios minutos hasta que recobró la calma. Esto iba a ser mucho más difícil de lo que había imaginado. Él era demasiado perspicaz y ella demasiado buena mintiendo, tan buena incluso que había comenzado a creer sus propias mentiras. Lo que en un principio había sido su único medio de huir se le había vuelto en contra y ahora la tenía atrapada. Debía escapar de él.

Pero primero tenía que pasar la noche.

En uno de los cajones de la cómoda del dormitorio encontró un camisón de verano, que ella misma había dejado allí en una visita anterior. Hizo la cama para él y justo cuando acababa de mullir las almohadas oyó abrirse la puerta del cuarto de baño. El hombre avanzó lentamente por el pasillo.

Sólo llevaba unos calzoncillos cortos que le había comprado aquella mañana. Tenía el pelo del pecho mojado. Oía a jabón, pasta dentífrica y enjuague bucal. Se sentó con cuidado en la cama, y cada ademán que hacía denotaba su fatiga. Sus movimientos eran los propios de un hombre treinta años mayor que él. Su tez tenía un tono grisáceo y enfermizo.

—Recuéstate —le dijo Kendall con dulzura—. Te colocaré una almohada debajo de la pierna.

Mientras lo ayudaba a tumbarse, él exhaló un largo suspiro de alivio y cerró los ojos. Su aspecto seguía siendo lastimoso. Kendall casi se había habituado a los hematomas y las abrasiones, a sus ojos hundidos y su rostro demacrado. Pero aquellas señales de su sufrimiento se le hicieron patentes en ese instante y sintió una punzada de compasión.

—¿Has tomado una aspirina? —le preguntó mientras apagaba la lámpara de la mesilla de noche para que no le diera la luz en los ojos.

—Varias.

—Espero que te ayuden a dormir cómodamente.

—Estaré bien.

—Pues entonces, hasta mañana. Buenas noches.

El hombre abrió los ojos de repente.

—¿Adónde vas?

Ella señaló hacia la puerta.

—Dormiré en el sofá de la sala de estar. Podría golpearte en la pierna sin querer durante la noche.

Él le dirigió una mirada larga y penetrante.

—Pero si estás dispuesto a correr ese riesgo —se oyó decir Kendall—, preferiría dormir contigo, por supuesto.

Sin más discusión, él se corrió hacia un lado de la cama y le hizo sitio. El esfuerzo le costó trabajo. Respiraba con breves jadeos y tenía la piel sudorosa cuando Kendall se acostó junto a él.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupada.

—Sí. Estoy agotado.

—Que descanses —susurró Kendall, y acto seguido se inclinó sobre él y le dio un suave y casto beso en la mejilla. Más que tranquilizarle, el beso pareció enardecerle.

—Seguro que puedes hacerlo mejor que eso.

Con un ademán brusco, la cogió por la nuca, la atrajo hacia él y la sostuvo mientras la besaba en la boca. Aquel no fue un beso suave ni casto. Usó la lengua de un modo audaz, erótico, experimentado y posesivo.

Además, sabía exactamente lo que hacía, pues aunque Kendall pugnaba por resistirse a ellas, una espiral de sensaciones deliciosas le embargaron los sentidos y la dejaron aturdida. Y no sólo a ella. Cuando él puso fin al beso, siguió sujetándola por la cabeza y escrutó en la profundidad de sus ojos. Kendall percibió una mirada de agitación, indecisión y confusión en su rostro.

—Caray —murmuró él.

La soltó de repente, como si ella estuviera demasiado ardiente para tocarla. Cerró los ojos y se quedó dormido al instante. O al menos fingió estarlo.

Kendall yacía a su lado, con el cuerpo rígido, temerosa de moverse, casi sin atreverse a respirar por miedo a romper no sabía bien qué delicado equilibrio.

Cielos, ¿en qué embrollo se había metido? Al principio, la idea de asegurar que él era su marido le había parecido un plan ingenioso y sin mayores complicaciones. Había funcionado de maravilla en el hospital. Pero no había tenido en cuenta que él se comportaría como un esposo que hace vida conyugal y como tal esperara que ella le correspondiese como era debido. Sin duda tendría que haberlo previsto. Era un varón heterosexual y ella afirmaba ser su esposa. Dada la situación que la propia Kendall había inventado, la verdad era que él asimilaba su papel de un modo más normal que ella.

Para mayor consternación de Kendall, reconoció para sus adentros que la idea de ser su esposa no le resultaba del todo desagradable. El rostro y el cuerpo de aquel hombre habían sufrido evidentes daños físicos, pero aun así estaba segura de que si entraba en una habitación repleta de mujeres causaría un gran revuelo entre ellas. Mostraba una actitud distante que de alguna manera ejercía un efecto magnético. Tenía una personalidad austera, era parco en palabras y, como había evidenciado el incidente con los tres adolescentes aquella misma tarde, poseía una extraordinaria y justificada confianza en sí mismo. No iría buscando problemas, pero si se los encontraba, sabía manejarlos.

El hoyuelo de su barbilla era decididamente sexi. Cualquiera mujer se sentiría atraída por él.

Antes de declarar que era su esposo, Kendall no había contemplado siquiera la posibilidad de que llegaran a atraerse. Por consiguiente, su estrategia había fracasado y le había salido el tiro por la culata. Ella misma se había atrapado en una situación explosiva tan peligrosa como un campo de minas. Un paso en falso y sería su ruina.

Estuvo tentada de coger a Kevin y huir precipitadamente en el coche antes de que la situación empeorara, antes de que se descubriera no queriendo marcharse.

Pero su cuerpo necesitaba descansar. No tenía energías para levantarse de la cama. Además, ¿a qué otro lugar podría ir que fuese tan seguro como aquel?

Transcurrió un largo rato hasta que logró conciliar el sueño, tumbada junto a él, saboreando aún su beso y temiendo que al despertarse a la mañana siguiente él hubiera recuperado la memoria, en cuyo caso todos sus esfuerzos habrían sido en vano.

Capítulo 9

El aterrizaje del helicóptero causó un revuelo considerable en Stephenville.

El hecho de que luciese el distintivo del FBI suscitó aún mayor curiosidad. No había ocurrido nada tan emocionante en la pequeña localidad de Georgia desde que un gánster de poca monta se había refugiado en casa de su novia, un burdel situado en las afueras del pueblo, y había entablado un encarnizado tiroteo mortal con los agentes federales. Sólo los ancianos lo recordaban.

El agente especial Jim Pepperdyne no prestó atención a los transeúntes que le miraban boquiabiertos mientras se apeaba del helicóptero que acababa de aterrizar en el recinto de la escuela de enseñanza media. Seguido por un grupo de agentes subalternos, que tuvieron que apretar el paso para no quedarse rezagados, atravesó el patio, recorrió la acera a zancadas, cruzó la calle y entró en el hospital donde los individuos que buscaba habían sido vistos por última vez.

A los empleados, previamente interrogados con detenimiento por otros agentes, se les había informado de que el gran jefe ya venía de camino. Estaban reunidos en la sala de espera cuando Pepperdyne entró con aire resuelto.

Tras varias horas de interrogatorios extenuantes, el equipo de agentes que le había precedido en su llegada no había averiguado nada relevante. No había logrado descubrir ni una sola pista que esclareciese lo que les había ocurrido al hombre, a la mujer y a su hijo. Habían desaparecido sin dejar ni rastro. Parecía como si la tierra se los hubiera tragado.

Jim Pepperdyne no creía en el hombre del saco. Ni en alienígenas que apresaban rehenes y se los llevaban de paseo en sus naves espaciales. En lo que sí creía era en el ingenio malvado del hombre. Su experiencia como agente se lo había demostrado una y otra vez.

El hombre de mediana edad que se acercaba al personal del hospital distaba mucho de tener un físico que impusiera. Empezaba a tener una barriga considerable y el pelo comenzaba a ralearle a un ritmo que le irritaba. Aun

así, tenía un aire autoritario que infundía respeto a todo aquel que se cruzaba con él.

El personal médico estaba siendo el blanco de su mirada escrutadora y casi despectiva. Pepperdyne adoptó aquella táctica intimidatoria, si bien su enojo y preocupación eran reales, y continuarían siéndolo hasta que averiguara el paradero de las tres personas que se le habían escapado a él y a todas las demás fuerzas de seguridad de varios estados.

Llevaban desaparecidos treinta y seis horas —treinta y seis horas frenéticas para Pepperdyne— cuando un agente de la oficina del *sheriff* de aquel pueblo apartado había relacionado a las personas descritas en el boletín de búsqueda con un accidente automovilístico ocurrido recientemente en su condado.

Hasta que recibió aquella llamada, Pepperdyne no había oído hablar de Stephenville, pero a partir de aquel momento se convirtió de inmediato en el centro geográfico de su mundo. Envío un primer equipo de agentes, que le telefonaron más tarde para informarle de que las descripciones de las personas desaparecidas coincidían con las de las víctimas del accidente.

Posteriormente se habían enviado más agentes con objeto de interrogar a todo aquel que hubiera tenido contacto con los tres desaparecidos. Hasta el momento, los interrogatorios no habían dado el menor resultado. El coche siniestrado había sido localizado río abajo, a casi cinco kilómetros del lugar del accidente. La víctima mortal había sido identificada, y Pepperdyne aguardaba el informe oficial del forense acerca de la causa de la muerte.

Ahora Pepperdyne miraba al grupo en silencio, con los pies ligeramente separados y firmemente plantados en el suelo. No perdió tiempo en presentarse.

—¿Quién estaba de guardia la noche en que los trajeron aquí? —Varias manos se alzaron. Señaló a una enfermera—. ¿Qué ocurrió? Cuéntemelo todo.

La mujer le hizo un relato conciso pero detallado.

—Ella y el niño se encontraban bien. Estaba algo alterada, pero sin heridas graves. Su marido necesitaba atención inmediata. —Hizo un ademán con la cabeza señalando hacia los otros agentes—. Ya se lo hemos contado a ellos una decena de veces.

Pepperdyne ignoró su queja y continuó preguntando.

—¿Él estaba consciente?

—No.

—¿Dijo algo? ¿Murmuró algo?

—No.

—¿Iba armado?

La enfermera negó con la cabeza.

—¿Está segura?

—Tuve que cortarle la ropa para desvestirlo —repuso con frialdad—. No llevaba pistola.

—¿Y algún documento que acreditara su identidad?

—No. Ella nos dijo luego que toda la documentación se había hundido con el coche.

—¿Al decir «ella» se refiere a...?

—La señora Kendall.

Pepperdyne se giró hacia uno de los agentes, que se encogió de hombros como queriendo decir «ya se lo he dicho». Obviamente indignado, Pepperdyne se volvió hacia la enfermera.

—Su apellido es Burnwood. Se llama Kendall *Burnwood*. ¿Mencionó alguna vez este apellido?

—No. Anotó John y Mary Kendall en los impresos de ingreso —contestó la enfermera.

—Sí, ya he visto los impresos. —Otro de los agentes se acercó con los papeles y se los entregó a Pepperdyne. Este los agitó ante el grupo allí reunido—. Ella no dejó ningún espacio en blanco, pero todos los datos son falsos. Nombres, direcciones, números de teléfono, número de la cartilla de la Seguridad Social... todo mentira, todo inventado. ¿A ninguno de ustedes les pareció extraño que llevara dinero en efectivo y que en cambio no tuviera ni un solo documento de identidad?

A modo de respuesta, no obtuvo más que silencio y miradas a la defensiva. Finalmente, otra enfermera se decidió a hablar.

—No me importa cómo se llame esa mujer. Es una persona encantadora y muy honrada. Podría haberse ido tranquilamente sin pagarnos ni un centavo. No tenía por qué dejar ese dinero en su habitación, pero lo hizo, y lo depositó donde sabía que lo encontraríamos. Le aseguro que la cantidad cubría con creces el importe de la factura. Es una madre estupenda y estaba muy preocupada por la pérdida de memoria de su marido.

—La razón por la que está preocupada por su pérdida de memoria es porque teme que la recupere —replicó Pepperdyne, volviéndose hacia el médico—. ¿Cuándo ocurrirá eso?

—Bueno, podría suceder en cualquier momento. O quizá nunca.

—Buena respuesta —rezongó furioso el agente especial—. ¿Corre peligro a causa de la conmoción?

—No, si se lo toma con calma, como le aconsejé.

—¿Qué me dice de su pierna?

—Era una fractura limpia. Debería estar completamente restablecido en un par de meses.

La actitud displicente del médico hizo que se le disparase la tensión arterial a Pepperdyne.

—¿Dejó usted salir de aquí tan campante a un hombre que había sufrido una lesión cerebral y rotura de tibia?

—No teníamos manera de saber que ella iba a sacarlo a escondidas y escabullirse del hospital en plena noche.

—¿Ese comportamiento es normal? ¿Sus pacientes se escabullen con frecuencia, doctor? ¿No le pareció sospechoso? Cuando descubrió usted la desaparición a la mañana siguiente, ¿por qué no se lo comunicó inmediatamente al *sheriff*?

—Les había interrogado en varias ocasiones y parecía satisfecho con la versión que le dieron. No les había puesto bajo arresto ni nada por el estilo. ¿Qué han hecho, a todo esto? ¿Cómo es que tiene el pueblo entero plagado de agentes buscándolos?

—Esa información es confidencial —replicó Pepperdyne de modo cortante.

Si los medios de comunicación metían las narices en aquel caso, las cosas podrían complicarse de mala manera. Quería que esas personas se sintieran intimidadas hasta el punto de que le suministraran cualquier información que supieran, pero no tan intrigadas como para que se diesen cuenta de que estaban ante una historia de alcance nacional por la que cualquier director de informativos estaría dispuesto a dar un riñón. Hasta el momento había logrado mantener en secreto el asunto de la desaparición. Cuanto más tiempo pudiera ganar antes de que fuese de dominio público, mejor.

—¿Cómo salieron del pueblo? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

Estaba casi seguro de que ya no se encontraban en Stephenville. Tras ver la localidad desde el aire, Pepperdyne dudaba de que la señora Burnwood — pese a su astucia e ingenio— pudiera ocultarse allí con un amnésico y un bebé por mucho tiempo. Apenas había lugares donde esconderse. Además, sus agentes habían distribuido fotos de ellos por todo el pueblo. Nadie los había visto.

—¿Alguna idea acerca de cómo se fueron? ¿Alguno de ustedes vio a la señora Burnwood conducir un coche?

—Yo le presté el mío —dijo una de las enfermeras—. Pero sólo por unas horas. Fue a los almacenes Wal-Mart a comprar algo de ropa para ella y el niño.

—¿Comprobó el kilometraje después?

—¿El kilometraje? —repitió la mujer como si fuese un concepto desconocido para ella.

Otro callejón sin salida. Ya habían consultado los archivos policiales por si se había producido algún robo de vehículo. Hacía dos años que no se había presentado ninguna denuncia. Sólo había un taller en Stephenville que vendiera coches de segunda mano. Aunque había varios oxidándose en el solar, no se había vendido ninguno en los últimos seis meses.

—No hay servicio de autobuses para salir de aquí, ni aeropuerto ni barcos ni trenes de pasajeros. ¿Cómo demonios se fueron? —La voz estentórea de Pepperdyne hizo retemblar los vidrios de las ventanas, pero no obtuvo respuesta, ni siquiera una sugerencia. Con un suspiro de derrota, dijo—: Gracias por su tiempo, señoras y señores.

Mientras se dirigían hacia el helicóptero que les aguardaba, uno de sus hombres le preguntó:

—Dígame, señor, ¿cómo salieron de aquí?

Pepperdyne se agachó bajo las hélices que giraban a toda velocidad y gritó furibundo:

—Hemos eliminado todas las demás posibilidades, ¡así que supongo que les crecieron unas malditas alas y se fueron volando!

Capítulo 10

—¿Cómo se llama? ¿Perdón? ¿Ha dicho «Crook»^[1]? ¿Se escribe tal como suena? —Sosteniendo el auricular entre el hombro y la mejilla, Kendall anotó el nombre en un bloc de notas—. ¿Lo han cogido in fraganti? Ajá. Pues qué bien —murmuró.

Alguien llamó a la puerta de su despacho. Cuando levantó la vista y vio a Matt le hizo señas para que pasara.

—¿Vengo en mal momento? —preguntó gesticulando para que le leyera los labios.

Kendall torció el gesto y le hizo una mueca por hacerle una pregunta tan tonta. Continuó hablando por teléfono.

—De acuerdo. En cuanto acabe aquí bajaré y hablaré con él. Ahora mismo tengo una visita. Hasta luego. —Colgó el auricular y se pasó los dedos por el cabello. Entonces dirigió una sonrisa a su esposo al tiempo que le decía —: Pareces medio cuerdo. Espero que lo estés, porque todas las demás personas con las que me he visto hoy están fuera de control.

Matt se rio ante el comentario de su esposa mientras se sentaba en el filo de la mesa.

—Es el fútbol. El partido de vuelta se juega este viernes por la noche. Eso vuelve un poco locos a todos los de por aquí.

—¿Un poco locos? Querrás decir que se suben por las paredes, que están como cabras. Totalmente pirados.

—¿Intuyo que ahora vas a decir «por ejemplo»?

—Veamos. Ha habido una discusión a grito pelado entre dos vecinos en el vestíbulo. El pastor alemán de uno de ellos utilizó el patio del otro para hacer sus necesidades minutos antes de que empezara su celebración particular. Cuando la pirámide de animadoras se vino abajo... Bueno, puedes hacerte una idea de la escenita. No ha sido agradable. Lo ha demandado. Luego, un presunto atracador a mano armada pendiente de juicio me ha preguntado si podría sacarle de la cárcel el tiempo suficiente para asistir al partido. Es su décimo encuentro con sus antiguos compañeros de curso.

—Te lo dije —afirmó Matt riéndose.

—Lo siguiente no guarda ninguna relación con el fútbol, sino con nuestro estimado fiscal. Estamos discutiendo la admisibilidad de que añada a la acusación que formulará contra mi cliente sus antecedentes penales por una agresión que cometió tiempo atrás. No te imaginas cómo se ha puesto. Le he dicho a Dabney que es un linchador. Él me ha tildado de liberal, defensora de pleitos perdidos, rojilla y norteña. A continuación ha colgado y ahora se niega a contestar mis llamadas.

Matt había escuchado con gesto de comprensión.

—Dabney suele enfurruñarse, pero sus enfados son pasajeros.

Kendall y el fiscal Dabney Gorn se enzarzaban con regularidad. El conflicto entre ambos era inherente al puesto que ocupaba cada cual. En opinión de Kendall, si el fiscal del condado no estaba disgustado con ella, es que no estaba haciendo bien su trabajo.

Pero Gorn se tomaba a menudo las discrepancias profesionales como una cuestión personal, lo cual hacía las cosas doblemente difíciles para ella pues era una figura venerada en Prosper. Había sido el único candidato al cargo en las últimas cuatro elecciones y había ganado por mayoría aplastante en las tres anteriores. El señor Gorn era un prestigioso dirigente de la comunidad, un símbolo de la ley y el orden público, defensor de la verdad, la justicia y el estilo de vida americano. Por consiguiente, cualquiera que osara hacerle frente era considerado automáticamente el malo... o la mala.

Además, era amigo íntimo de los Burnwood. Cuando Kendall se refería a él en presencia de Matt o de Gibb, elegía cuidadosamente sus palabras. Esa era la razón por la que no le dijo a Matt que consideraba a Dabney Gorn un pedante y un manipulador interesado de la ley, más preocupado por mantenerse en el cargo que por servir a la justicia.

Junto con el juez Fargo, cuyos puntos de vista desgraciadamente reflejaban los de Gorn, el fiscal era un enemigo temible. Puesto que no quería parecer una quisquillosa con manía persecutoria, Kendall también se guardó aquella opinión.

—En resumen, ha sido un día de perros —concluyó. Juntó las manos y las puso en el borde de la mesa, dedicando toda su atención a su esposo—. ¿Qué puedo hacer por ti, señor Apuesto Editor?

—Para empezar, darme un beso.

—Creo que podré hacerlo.

Ambos se inclinaron sobre la mesa y se besaron. Al separarse de él, Kendall se relamió los labios.

—Gracias, lo necesitaba.

—Es la temporada de fútbol —repitió Matt—. Has de comprender que eso altera a la gente.

—¿Se armaba tanto alboroto cuando tú jugabas?

—¿Lo preguntas en serio? Por lo que a papá respecta, el fútbol es casi tan importante como la caza. Me enseñó a lanzar pases al mismo tiempo que a manejar el rifle.

Gibb había obsequiado a Kendall con el relato pormenorizado de las hazañas de Matt en el campo de fútbol. Al narrárselas, sus ojos brillaban como los de un nuevo converso en un acto evangélico. Kendall dudaba que Gibb hubiera mostrado el mismo entusiasmo si Matt hubiese decidido tocar la flauta en la banda de música del instituto.

Su suegro despreciaba todo aquello que no consideraba propio de machos. Participar en cualquier actividad artística estaba estrictamente reservado para «las damas» y «maricones», apelativo que abarcaba a cualquier hombre que le gustara la música clásica, el *ballet* o el teatro. Algunos de sus comentarios homofóbicos eran tan ridículos que a Kendall le entraban ganas de echarse a reír. O a temblar.

En ocasiones, sus opiniones ultraconservadoras la sacaban de quicio y sentía deseos de gritar. La abuela de Kendall la había educado en la creencia de que se debía tolerar y respetar a las demás personas y sus excentricidades. Las diferencias entre la gente incluso podían ser interesantes y estimulantes.

Las ideas liberales de Elvie Hancock no siempre habían gozado de popularidad en Sheridan. No obstante, se había mantenido fiel a ellas y se las había inculcado a su nieta. Kendall suponía que esa era una de las razones por las que había decidido ser abogada de oficio, defensora de los desamparados. Eso, junto con las injusticias que había presenciado en los prestigiosos pasillos de Bristol y Mathers.

—¿Con quién hablabas por teléfono? —le preguntó Matt—. ¿O no puedes decírmelo?

—¿Extraoficialmente?

—Por supuesto.

—Han pillado a un muchacho robando en una tienda esta tarde. No te lo pierdas: se apellida Crook.

—¿El menor de ellos? ¿Billy Joe?

—¿Lo conoces? —preguntó sorprendida.

—Conozco a la familia. Los gemelos, Henry y Luther, son un año mayor que yo. Hay un puñado de hermanos y hermanas entre ellos y Billy Joe. Su

padre llevaba el depósito de chatarra que está en las afueras del pueblo. Ya sabes, donde está esa montaña enorme de metal oxidado.

Kendall asintió con la cabeza, pues conocía el solar horroroso al que se refería.

—Has dicho «llevaba», en pasado.

—Murió hace un par de años. La señora Crook está pasando las de Caín intentando mantener el negocio a flote.

—¿Por qué?

—El viejo Crook a veces no esperaba a tener desguaces de coches siniestrados para abastecerse de existencias. Los clientes a menudo le compraban las mismas piezas que se les había robado recientemente de sus vehículos. La opinión general era que el viejo llevaba el negocio como un truhán y que enviaba a sus hijos a robar para él.

—¿Y la señora Crook está tratando de sacar adelante el negocio de forma honrada y legal?

—Quizá, pero lo dudo. Probablemente sea falta de inteligencia, no convicción moral, lo que la impide prosperar.

—Hummm. ¿Así que lo que quieres decir es que Billy Joe descende de una larga genealogía de «sinvergüenzas»?

—Oh, eres una comedianta.

—No tanto. Gracias por ponerme en antecedentes sobre la familia Crook, pero me temo que no podemos ahondar más en esta conversación sin infringir la ética profesional.

—Comprendo.

Matt nunca la presionaba para obtener más información de la que estaba dispuesta a revelar para no violar la confidencialidad entre abogado y cliente. Dado que él editaba el periódico local y escribía un editorial bisemanal, Kendall debía tener sumo cuidado de no discutir los casos con él. No porque no confiara en su integridad, sino a fin de proteger la suya propia.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó ella.

—Quería decirte que no iré a cenar esta noche.

—¡Oh, Matt!

Él levantó las manos en ademán de acallar sus protestas.

—Lo siento. No puedo librarme del compromiso.

—Es la segunda vez en cuatro días. ¿De qué se trata esta vez?

—Leonard Wiley nos invitó a papá y a mí a ir a cazar mapaches esta noche. Tiene un perro nuevo del que está muy orgulloso y quiere mostrarnos lo bueno que es. Papá aceptó en mi nombre.

—Dile que no puedes ir esta noche, que ya teníamos planes.

—Pero no los teníamos.

—Pues dile que me prometiste que nos quedaríamos en casa y vegetaríamos delante del televisor.

—No te lo prometí.

—¡Él no lo sabrá!

—Pero yo sí.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó Kendall—. ¿Nunca has dicho una mentira?

—A mi padre, no.

—En ese caso cuéntale la verdad. Dile que tengo el síndrome premenstrual, que estoy hecha una energúmena por la cantidad de noches que pasas fuera de casa y que amenazo con castrarte si me dejas sola esta noche.

Se levantó de la silla y se acercó a él blandiendo un abrecartas.

Matt retrocedió riendo y esquivó a Kendall, que hizo un ademán juguetón de asestarle una puñalada en la entrepierna.

—Sabía que te disgustarías.

—No estoy disgustada. Estoy cabreada.

La sonrisa de Matt se desvaneció.

—¿Es necesario ese tipo de lenguaje? —espetó.

Su reprobación no hizo más que enfurecerla.

—No, no es necesario, Matt. Pero al menos así me siento mucho mejor, maldita sea. Apenas llevamos casados tres meses y mi marido prefiere pasar la noche con perros cazadores de mapaches en vez de conmigo. Me parece que eso me da derecho a decir una ordinariez.

Le dio la espalda a Matt y se acercó a la librería, atestada con sus libros de leyes y volúmenes sobre Carolina del Sur y la legislación federal. En una de las estanterías estaba el marco que Roscoe les había regalado. Kendall había decidido colocar una fotografía de la boda y llevárselo al despacho, donde el conserje lo vería cada vez que entrara a limpiar.

Cuando Roscoe había visto por primera vez su regalo expuesto en un lugar tan destacado, su escuálido pecho se había hinchado de orgullo. Su sonrisa radiante bien valió la reprimenda que Kendall había recibido por invitarlo a la boda en contra de los deseos de Gibb y Matt.

—No alcanzo a comprender qué tiene de importante un nuevo perro de caza.

—No es importante para mí —repuso Matt con paciencia—. Pero sí lo es para Leonard. No puedo herir sus sentimientos.

—Pero puedes herir los míos —replicó Kendall volviéndose hacia él.

—No es mi intención.

—Pues eso es lo que estás haciendo.

—Lo que estoy haciendo es tratar de complacer a todo el mundo —dijo él con voz tensa—. Y francamente, empiezo a hartarme.

Por lo visto aquel tema le carcomía últimamente. Sin darse cuenta, Kendall lo había puesto sobre el tapete en la discusión y ahora él tenía mucho que decir.

—No sé qué es peor, Kendall, si la mirada dolida que recibo de ti cuando no hago lo que deseas o las tomaduras de pelo de mis amigos cuando cedo a tu voluntad.

Sus palabras la hirieron como un aguijonazo.

—Ya que el matrimonio te ha puesto tantas trabas con tus amistades, quizá tendrías que haberlo pensado dos veces antes de casarte.

—Quería casarme. Quería casarme *contigo*. Pero debes comprender que...

—Que les pertenecías a ellos antes que a mí. Sobre todo a Gibb.

Matt se acercó a ella y la cogió por los hombros.

—En efecto, así era. Yo era lo único que le quedó cuando mamá murió. Hemos vivido los dos solos casi treinta años. Ahora que me he ido de casa, se encuentra solo.

—¿Solo? —repitió Kendall con incredulidad—. Sin tener que esforzarme mucho, podría mencionar a una docena de mujeres que están coladitas por él y se disputan su compañía. Si Gibb aceptara todas las invitaciones que le hacen, cenaría fuera todas las noches del año. Tiene más amigos de los que le da tiempo a ver. ¿Por qué siempre tienes que ser el encargado de que esté entretenido?

—Porque es mi padre y lo quiero. Él me quiere. Y también te quiere a ti —añadió con énfasis—. ¿Podrías decirme sinceramente una sola cosa desagradable o despectiva que él te haya hecho o dicho? ¿Acaso no se ha desvivido para que te sientas a gusto?

Kendall bajó la mirada y respiró hondo.

—Sí, Matt, es cierto. Pero...

Él puso un dedo en sus labios.

—No discutamos, Kendall. No lo soporto.

Y ella no aguantaba que Matt siempre lograra exponer su punto de vista y aducir razones en su defensa, y acto seguido tratara de hacer las paces con ella sin darle oportunidad de ofrecer las suyas. Pero todo estudiante de Derecho conocía la importancia de saber elegir sus argumentos. Este era uno en el que

podía ceder. Al fin y al cabo, el que Matt saliera esa noche no era tan grave puesto que ella no había hecho planes concretos.

No obstante, las veladas preferidas de Kendall eran, precisamente, aquellas en las que no tenían ningún compromiso social. Se quedaban juntos en casa, viendo un programa de televisión y compartiendo un cuenco de palomitas de maíz. O haciendo el amor. Se sentía excluida cuando él salía con sus amigos, sobre todo porque no podía participar en sus actividades al aire libre y ni siquiera les veía el sentido.

Pero era preferible quedarse sola antes que verse obligada a pasar la velada con las esposas de sus amigos cuando estos salían.

Había tratado de cultivar amistades, pero sus intentos habían cosechado escasos éxitos. Sin que Kendall lo pretendiera, el hecho de que su profesión fuese tan importante para ella distanciaba a las otras mujeres. Por añadidura, había *algo* indefinible que la hacía sentirse apartada. No acertaba a saber exactamente qué era, pero lo percibía con fuerza. Quizá la tildaran de paranoica, pero en cierto modo tenía la sensación de que todos los demás estaban al corriente de un secreto del que ella estaba excluida. Suponía que su sensación de desarraigo se debía a que ella, a diferencia de la mayoría, no tenía raíces profundas en la comunidad.

Fuera como fuese, el resultado final era que no había logrado integrarse. Quizás estaba descargando su sensación de fracaso en Matt, tal vez estaba sacando las cosas de quicio porque él tenía tantos amigos y ella, en cambio, ninguno. Quizá la incomodaba el no haber sido aceptada aún en aquellos círculos sociales tan herméticos, y por eso se estaba volviendo celosa y posesiva con Matt, a quien todos adoraban.

En todo caso, personificaba un estereotipo patético: una recién casada celosa y resentida por las actividades de su marido fuera del matrimonio.

—Espero que ese maldito perro no encuentre ni un solo mapache —dijo enfurruñada.

Interpretando sus palabras como la bandera blanca en señal de claudicación, que era lo que pretendían ser, Matt le besó suavemente la punta de la nariz.

—No creo que volvamos muy tarde, pero no me esperes levantada.

—Te esperaré levantada —dijo ella. Matt volvió a besarla y se dirigió a la puerta—. Ten mucho cuidado con los rifles y demás chismes —añadió mientras salía.

—Siempre lo tengo.

Después de marcharse Matt, Kendall permaneció sentada ante la mesa durante largo rato repasando mentalmente todo cuanto se habían dicho. Matt había hecho varias observaciones acertadas. Concretamente, Kendall lo había colocado en la posición insostenible de tener que elegir entre su padre y ella, dos personas a las que quería y deseaba complacer. Eso era un error.

Nunca podría abrir una brecha entre Matt y su padre, ni deseaba hacerlo. A Kendall la encantaba la idea de formar parte de su familia. En lugar de quejarse de que realizasen actividades que la excluían, debería cultivar alguna afición y participar a su manera. Matt y Gibb se alegrarían muchísimo, sobre todo Gibb, quien a menudo comentaba que le gustaría que Kendall aceptase plenamente su mundo.

Tras tomar esa determinación, Kendall se sintió mucho mejor. Si no le gustaba la situación actual, en su mano estaba cambiarla. Estaba dispuesta a hacer lo que fuese necesario.

Porque ella no quería un buen matrimonio sin más. Quería uno estupendo.

Billy Joe Crook era alto y desgarbado, de figura enjuta, sin diferencias apreciables entre el ancho de sus hombros, cintura y caderas. Sus pronunciados huesos se marcaban bajo la ropa. El único modo de que el cabello claro y greñado no le tapara los ojos consistía en sacudir la cabeza para apartárselo, y hacía aquel ademán a intervalos tan breves que parecía un tic nervioso.

—Según el informe de la policía, en el momento de ser detenido llevaba usted los *compact disc* dentro de la camisa.

El muchacho aspiró ruidosamente para despejarse la nariz y tragó saliva.

—Pensaba pagarlos.

—¿Fuera de la tienda?

—Iba al coche a coger dinero cuando ese gilipollas me agarró por detrás y empezó a registrarme como si yo fuese un criminal.

—Ya —dijo Kendall, en absoluto impresionada por su declaración de inocencia—. ¿Le han pillado alguna otra vez robando en una tienda?

El muchacho clavó en ella sus ojos incoloros y la miró con intención de desconcertarla. Pese a lo escalofriante de aquella mirada, Kendall no se dejó intimidar. Billy Joe finalmente apartó la vista, la levantó hacia el techo, luego miró por encima del hombro al guardia apostado en la puerta y, por último, eligió varios puntos en la habitación en los que fijar su atención antes de volver a posar sus fríos ojos en ella.

—No —respondió.

—No me mienta, Billy Joe —le advirtió Kendall—. Si lo hace, acabaré sabiéndolo. Por muy desagradable que sea la verdad, prefiero que me la diga usted antes que enterarme por la oficina del señor Gorn. ¿Ha sido detenido alguna vez con anterioridad?

—No me detuvieron.

—Pero ¿sí hubo algún incidente?

—¿Hace un par de años? ¿En el Piggly Wiggly? —dijo él esbozando una sonrisa desdeñosa y haciendo un ademán que daba a entender que aquello no tuvo mayor importancia.

Kendall se cruzó de brazos y cambió de postura mientras Billy Joe se decidía a hablar.

—Verás... la cajera dijo que yo había intentado robar un cómic. —Encogió sus hombros huesudos en un gesto de indiferencia—. La muy zorra mentía.

—¿No cogió usted ese cómic?

—Lo cogí del estante, claro. Pero sólo me lo llevaba para leerlo mientras estaba en el váter. Esa zorra me armó un escándalo de mil demonios y avisó al encargado. Él me ordenó que saliese de la tienda y me dijo que no volviese nunca. ¡Como si me importara un carajo! Esa sería la última vez que me verían como cliente, y así se lo dije.

—Estoy segura de que eso les partió el corazón.

—¡Oye, zorra! ¿De parte de quién estás? —gritó echándose hacia delante en la silla—. Además, ¿cómo es que me han enviado una tía como abogada?

Kendall dio un brinco y se puso en pie con tanta brusquedad que la silla se volcó y cayó al suelo con estrépito. El guardia apostado en la puerta se acercó rápidamente, pero ella lo atajó con la mano y sacudió la cabeza para que se detuviera. El policía obedeció y se mantuvo a distancia, aunque parecía dispuesto a abalanzarse sobre Billy Joe si surgía la necesidad.

Kendall fulminó con la mirada a su insolente cliente y su voz adoptó un tono amenazante.

—Si alguna vez vuelve a decirme eso, le partiré sus asquerosos dientes y se los haré tragar. ¿Me ha entendido? Y si estuviera en su lugar, preferiría una abogada. Es usted tan repulsivo. ¿Por qué cree que iba a querer sentarse una mujer a su lado en la sala de un tribunal y defenderle, a no ser que estuviese absolutamente convencida de que se le ha acusado injustamente?

Kendall dio a Billy Joe tiempo para reflexionar. Él se removió en el asiento y se mordisqueó la uña del dedo índice, de la que apenas quedaba

nada. Pese a todo su descaro, ahora percibió en él un asomo de inquietud.

—Vale, vale —dijo al fin—. No hace falta que te cabrees. No lo he dicho con mala intención.

—Y tanto que sí. —Kendall enderezó la silla con calma y se sentó—. Me tiene sin cuidado lo que piense de mí, señor Crook. Me pagan para defenderle. El que lo haga mejor o peor depende de mí. Sea cual sea la sentencia que dicte el tribunal, seguiré cobrando mi sueldo cada viernes. ¿Entendido?

Lo entendió. Echó un poco hacia atrás la cabeza para apartarse el pelo y dijo con voz apagada:

—No quiero ir a la cárcel.

—De acuerdo. Veamos qué opciones tenemos.

—¿Declararse culpable? ¿Quiere que reconozca que lo hizo? ¡Usted ha perdido la puta chaveta, señora!

La grosería parecía ser un rasgo común de la familia Crook, al igual que el pelo de color paja sucia y los ojos prácticamente incoloros. Los hermanos mayores de Billy Joe eran altos y huesudos, si bien la desgarrada flacura de los gemelos no era tan pronunciada como la de él. La madurez había suavizado algo las angulosidades.

Henry y Luther Crook abordaron a Kendall cuando se disponía a salir del juzgado. Al igual que Billy Joe, ellos también demostraron su desacuerdo con el hecho de que una mujer representase a su hermano menor. Kendall ignoró sus objeciones y les explicó la línea de defensa que le había aconsejado a su cliente.

—No he perdido la chaveta —dijo sin alterarse—. Creo que Billy Joe debería declararse culpable.

—Declararse culpable —repitió Henry con sorna—. Menuda abogada es usted. Pues ya puede olvidarse. Nos buscaremos a otro. Alguien que sepa lo que hace.

—Como quieran. Estaré encantada de cederle el caso a la persona que contraten, o a quien designe el tribunal. Pero mi trabajo consiste precisamente en ocuparme con prontitud de este tipo de casos. Quizá pasen semanas hasta que otro abogado pueda hacerse cargo. ¿Cuánto quieren que tarde en resolverse?

Luther y Henry se quedaron pensativos unos momentos. Henry miró con desánimo a Luther y dijo:

—A mamá la está matando tener a su pequeño en la cárcel.

—Escúchenme y luego decidan —sugirió Kendall—. Billy Joe sólo tiene dieciséis años. Es menor y este es su primer delito. Podemos olvidarnos del incidente del Piggly Wiggly. No lo detuvieron ni presentaron cargos contra él, y aunque hubiera sido así, sería inadmisibile.

—¿Qué?

—Cierra el pico y déjala hablar —espetó Henry dándole un codazo a Luther en el costado.

Puesto que saltaba a la vista que Henry era el más inteligente de los dos, lo cual no era decir mucho, Kendall dirigió el resto de sus comentarios a él.

—Creo que si Billy Joe comparece ante el juez de menores y admite haber cometido un *error*, es decir, salir de la tienda con los *compact disc* sin haberlos pagado, pese a que tenía intención de hacerlo, probablemente reciba una reprimenda y se le conceda la libertad condicional a prueba.

—¿Eso qué significa?

—Que no irá a la cárcel ni se le enviará a Columbia para ser sometido a A&E.

El programa de Acogida y Evaluación consistía en internar a los delincuentes menores de edad en un centro de rehabilitación por un período de cuarenta y cinco días, durante los cuales eran sometidos a un seguimiento riguroso por parte del Departamento de justicia juvenil. Transcurrido dicho plazo, el juez encargado del caso dictaba la sentencia definitiva basándose en esa evaluación y en la recomendación del departamento.

—¿Qué significa eso de la libertad condicional a prueba?

—Significa que Billy Joe no puede cometer otro *error* en un período determinado de tiempo, pongamos un año. Estará bajo la supervisión estricta de un agente de libertad vigilada. Por la cuenta que le trae, más le valdrá no meterse en líos durante el tiempo que dure la libertad condicional.

—¿Y qué pasará si lo hace?

—Si se mete en líos, la habrá fastidiado.

Henry se rascó el sobaco con aire distraído mientras rumiaba.

—¿Cuál es la otra opción?

—La otra posibilidad es que se declare inocente. Sería procesado, lo cual podría suponer unas condiciones más duras de libertad condicional o bien un A&E. Personalmente, en este caso concreto creo que el juez reaccionaría favorablemente a una declaración de arrepentimiento por parte del acusado.

Kendall se encontró con sendas miradas de perplejidad, así que probó de nuevo.

—O sea, es más probable que el juez falle a favor de Billy Joe si afirma arrepentirse de lo que hizo y promete no volver a hacerlo. Además, he de decirles que la idea de la libertad condicional a prueba le pareció bien a su hermano. Me juró que si se libraba de esta, no se metería en más líos. Eso es todo. ¿Qué deciden?

Los gemelos se apartaron y consultaron entre sí en voz baja.

—Vale, aceptamos —dijo Henry hablando en nombre de los dos cuando volvieron a su lado—. Estamos de acuerdo con eso que ha dicho.

—Estupendo. Pero quiero que quede claro que al declararse culpable, Billy Joe reconoce haber cometido un delito. Tendrá antecedentes penales. Y no hay ninguna garantía de que su declaración de culpabilidad ablande el corazón del juez. No deja de ser una apuesta arriesgada y podría salirnos el tiro por la culata. No obstante, en mi opinión, me parece bastante segura.

Los gemelos asintieron con enérgicos movimientos de cabeza al tiempo que comentaban cuánto se alegraría su madre al saber que el pequeño Billy Joe no iría a la cárcel.

—Claro que en cuanto salga, mamá le va a dar una buena zorra en el trasero por haberle dado este disgusto.

La madre también debía de ser de armas tomar, pensó Kendall.

—Sugiero que le compren un traje nuevo a Billy Joe para su comparecencia ante el tribunal —les aconsejó—. Y artículos de aseo. —Para expresarlo en términos que pudieran entender mejor, añadió—: Quiero que tenga un aspecto tan elegante como si fuese un novio a punto de casarse.

—Hablando de bodas, usted es la mujer de Matt Burnwood, ¿verdad? —dijo Luther.

—En efecto.

—El bueno de Matt se ha casado con una chica de ciudad.

—No exactamente —repuso Kendall mientras salían por la puerta—. Me crié en el este de Tennessee, en Sheridan, un pueblecito aún más pequeño que Prosper.

—Pero actúa como las de ciudad —afirmó Luther—. Y también viste como ellas —comentó, observando su traje sastre—. Es curioso que Matt se haya casado con usted. Siempre pensé que él...

De nuevo recibió otro codazo de su hermano, aunque esta vez se lo propinó en el estómago.

—Luther siempre habla más de la cuenta —se disculpó Henry—. Ahora tenemos que irnos a casa y darle las buenas noticias a mamá.

Empujó a su hermano en dirección a un coche abollado y cochambroso estacionado frente a un parquímetro.

Kendall suspiró de alivio al ver cómo se alejaban. Su presencia le había hecho sentir la necesidad de darse un baño.

—Atún rebajado, tres latas por un dólar.

El mendigo sentado en los peldaños del juzgado era una figura familiar. Leía en voz alta la última edición del periódico de Matt. Aunque sus mejillas y su mentón estaban cubiertos con una desaliñada barba entrecana, no era un hombre de edad avanzada. Probablemente no sería mucho mayor que Matt.

—Buenas tardes, Bama —le saludó Kendall esbozando una sonrisa.

—Buenas, abogada.

—¿Cómo estás?

—No puedo quejarme.

Roscoe le había contado la historia de aquel hombre.

«Apareció un buen día, un par de meses antes de que viniera usted aquí. Se hace llamar Bama, por Alabama, ya sabe. Se sienta en la escalera de los juzgados todos los días, llueva o truene, haga frío o calor, y lee el periódico de cabo a rabo. Es un tipo agradable. No molesta a nadie. Al menos, no mucho. Han intentado echarlo varias veces, pero siempre acaba volviendo al día siguiente. Es una verdadera lástima malgastar así una vida, ¿no le parece?». El conserje había sacudido la cabeza en alusión a los desconocidos infortunios por los que Bama se veía obligado a vivir de limosnas y a sufrir el desdén de la sociedad.

Kendall sacó un billete de un dólar de su bolso y lo deslizó en el bolsillo superior de la mugrienta americana de *tweed* del hombre.

—Cómprate un poco de ese atún, Bama.

—Muchísimas gracias, abogada.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

El día había sido largo. Cada minuto de la jornada había dejado su marca en Kendall, como los azotes de un látigo. Trató de esperar levantada a Matt, tal como había prometido, pero le fue entrando tanto sueño que a medianoche finalmente se dio por vencida y se acostó.

Capítulo 11

—¡Su señoría!

—¡Silencio! —El juez H. W. Fargo dio unos golpes con el mazo—. Si la letrada no puede controlar los arrebatos de su cliente y de esas personas del público, la apercibiré por desacato.

—Con la venia de su señoría, si me concede la palabra —gritó Kendall desde la mesa de la defensa al tiempo que trataba de contener a Billy Joe Crook. Este había comenzado a proferir una sarta de improperios al oír el fallo del juez.

—Su cliente se ha declarado culpable y he dictado orden de que sea trasladado a Columbia para ser sometido a A&E. ¿Qué más nos queda por tratar?

—Le ruego que disculpe el arrebato de mi cliente, señoría. Pero dadas las circunstancias, creo que su indignación está justificada.

Fargo se inclinó hacia delante y sonrió, pero su expresión era desagradable.

—¿Eso cree?

—Sí, señoría.

—*Señoría* de mierda —espetó Billy Joe con desdén—. Es usted un mierda, juez. Y ella también. Y todos los que están en esta puñetera sala.

Kendall apretó los dedos en torno al escuálido brazo de Billy Joe con tanta fuerza que este gritó.

—Siéntese y mantenga su sucia boca cerrada. Déjeme hablar a mí.

—¿Por qué? —replicó soltándose con brusquedad—. Hice lo que me dijo y por hacerle caso voy a ir a la cárcel. Total, eso es igual que la cárcel. ¡Ningún loquero me va a evaluar!

El cabello, que se había peinado pulcramente hacia atrás con gomina para su comparecencia ante el tribunal, empezaba a caerle sobre la cara, y sacudió la cabeza para apartárselo de los ojos. Lanzó una mirada iracunda a Kendall, que se la devolvió sin pestañear. Billy Joe fue el primero en ceder.

—Mierda —dijo dejándose caer en la silla—. Me escaparé, joder, eso es lo que haré. Ya lo veréis.

Al otro lado de la barandilla, Henry y Luther emitían gruñidos como furibundos perros de caza sujetos a una correa a punto de romperse mientras la señora Crook mascullaba imprecaciones. Kendall se sentía atrapada en una pesadilla.

Por el rabillo del ojo vio que el fiscal Dabney Gorn le sonreía satisfecho desde la mesa de la acusación, disfrutando no sólo de su derrota, sino también de su incapacidad para controlar a su cliente.

Dado lo insignificante del caso, ¿por qué Gorn no lo había delegado en uno de sus ayudantes? Rara vez asistía personalmente a las vistas. Solía dar las instrucciones pertinentes desde su despacho y pasar la mayor parte de la jornada laboral en la cafetería situada al otro lado de la calle, bebiendo té helado y charlando con quien se presentara.

Al dirigirse de nuevo al juez, Kendall sintió que las miradas de todos los presentes en la sala estaban puestas en ella, incluida la de Matt. Había acudido para darle ánimos. Ojalá no lo hubiera hecho, pensó.

—Señoría, ordenar un A&E en este caso es ridículo. El importe de los artículos sustraídos es menor de cien dólares. ¿En qué se basa para...?

—En que su cliente es un ladrón, señorita. Lo ha reconocido. Si lo desea, puedo pedirle al secretario que lea ese fragmento del acta.

—Gracias, señoría, pero no será necesario. Sé que mi defendido se ha declarado culpable. El señor Crook reconoce haber cometido un desliz, pero no admitimos que el móvil fuese el robo, como insinúa su señoría. Este es el primer delito de mi cliente.

—Del que se tiene constancia oficial —matizó Fargo en tono irónico.

—Que debería ser el único factor a tener en cuenta —replicó Kendall—. ¿Acaso debemos suponer que este tribunal está predispuesto en contra de mi cliente?

Fargo enrojeció.

—Usted no debe suponer nada acerca de este tribunal. —Agitó el mazo en señal de severa advertencia—. Está pisando un terreno muy peligroso, abogada. ¿Eso es todo?

—No, señoría, no es todo. Solicito que conste en acta lo injusta que me parece esta resolución. Billy Joe Crook se ha mostrado arrepentido de sus actos y, puesto que este es su primer delito, considero que un período de libertad condicional a prueba estaría mucho más acorde con los criterios establecidos que habitualmente se aplican.

—Bien, pues yo intento mejorar los criterios establecidos. Decreto el internamiento de su cliente en un centro tutelar para menores en prisión preventiva, bajo la custodia del Departamento de justicia juvenil. Este tribunal dictará sentencia basándose en el informe de dicho departamento. —Dejó caer el mazo—. Caso visto para sentencia.

Cuando los alguaciles se acercaron a Billy Joe para esposarlo, este opuso tal resistencia que se vieron obligados a tratar de reducirlo. Aquello bastó para que sus hermanos salieran disparados en su ayuda. Ambos saltaron por encima de la barandilla.

Kendall se interpuso en su camino, con la esperanza de tranquilizarlos y así dar tiempo a los alguaciles de que le colocaran las esposas a Billy Joe.

—¡Por favor, Luther, Henry! ¡Así no ayudáis!

Pero no escuchaban ni estaban dispuestos a que les impidiera pasar. Uno de ellos la apartó de un empujón. Kendall cayó de espaldas, golpeándose la cadera con el canto de la mesa. Mientras se ponía en pie vio que sacaban a Billy Joe a rastras, entre gritos y patadas, por la puerta lateral. Luther y Henry les pisaban los talones.

De repente, alguien pasó corriendo junto a ella. Era Matt. Alcanzó a los gemelos antes de que llegaran a la puerta. Agarró a Luther por detrás y lo estampó contra la pared. Cuando Henry hizo ademán de acudir en defensa de su hermano, Matt adoptó una posición de ataque. Su expresión era tan intimidatoria que sofocó de inmediato el ímpetu de Henry.

—Ya habéis oído la resolución del juez —dijo Matt—. Caso visto para sentencia. Billy Joe va camino de la cárcel.

—Gracias a *ella*. —Luther fulminó a Kendall con una mirada asesina—. No tenemos nada contra ti, Matt. Esto va con tu mujer. Ha metido a nuestro hermano pequeño en la cárcel.

—Vuestro hermano pequeño se metió él solito en la cárcel al robar esos *compact disc*. Aparte de eso, si vuelves a tocar a mi esposa, te corto el pescuezo.

—Matt, por favor.

Kendall se acercó cojeando.

El altercado había atraído a un enjambre de curiosos. Las puertas estaban abarrotadas de funcionarios del juzgado que habían salido de sus despachos para ver a qué se debía tanto alboroto. Kendall no quería que el público presenciase aquel espectáculo bochornoso para ella. Si corría la voz de que su marido había acudido en su auxilio, su credibilidad quedaría seriamente dañada y haría peligrar el respeto que tantos esfuerzos le había costado

granjearse. Quienes afirmaban que una mujer no podía encargarse de un trabajo duro como aquel tendrían un argumento de peso para respaldar su teoría.

Kendall le tocó el brazo a Matt y lo miró con expresión suplicante.

—Este es mi terreno. Deja que libere mis propias batallas. —Advirtió que sus palabras no agradaron a Matt y que estaba a punto de protestar—. He de ocuparme yo misma de esto, Matt. Por favor.

Matt lanzó una silenciosa mirada de advertencia a los hermanos Crook y se hizo a un lado. Kendall se dirigió a ellos.

—Si recuerdan nuestra conversación, les advertí que la declaración de culpabilidad comportaba algunos riesgos. —Sacudió la cabeza con expresión pesada y añadió—: Créanme, estoy tan indignada y decepcionada como ustedes.

—Y una mierda.

Kendall se volvió al oír otra voz a sus espaldas, tan suave y delicada como un estropajo metálico.

A diferencia de sus delgados hijos, la señora Crook era una mujer corpulenta, cuya voluminosa figura tenía más músculo que grasa. Llevaba un vestido estampado de algodón raído y nada favorecedor, y unas zapatillas de velvetón en sus pies anchos y de dedos nudosos. Las penalidades habían surcado profundas líneas en su rostro de tez curtida. Un sinfín de arrugas partía de sus labios delgados, como si los hubiese mantenido apretados desde hacía varias décadas.

—Lo siento mucho, señora Crook —dijo Kendall—. Las cosas no han ido como yo preveía.

—Gracias a usted van a encerrar a mi pequeño.

—Es temporal. Billy Joe no ha estado metido en líos serios con anterioridad. Lo más probable es que el dictamen que emitan recomiende que se le otorgue la libertad condicional. Y aunque el juez no está obligado a seguir la recomendación, estoy segura de que lo hará.

—¿Igual de segura que estaba sobre lo que ocurriría hoy? —preguntó con sorna. Entornó los ojos y la miró con rencor—. Le aseguro que se arrepentirá de haberse cruzado en nuestro camino.

Miró por encima del hombro de Kendall e hizo una seña a sus hijos. Estos se acercaron obedientemente hasta situarse cada uno a un lado de su madre y entonces, sin pronunciar palabra, los tres se alejaron por el pasillo central hacia la salida. Los curiosos iban apartándose para dejarlos pasar.

Apesadumbrada, Kendall los siguió con la mirada, consciente de que se había creado enemigos esa mañana. La gente como los Crook rara vez olvidaban las afrentas.

Y nunca perdonaban.

Faltaban veinte minutos para que cerrase la tienda de artículos deportivos y de caza Burnwood cuando Dabney Gorn entró con aire despreocupado. Gibb alzó levemente el mentón a modo de saludo, pero continuó atendiendo al pescador al que estaba vendiendo un cebo artificial.

Tras marcar en la caja registradora la suma correspondiente a la jugosa venta que acababa de realizar, Gibb acompañó a su cliente hasta la puerta, cerró con llave y colocó el letrero de «cerrado» en el cristal. Recorrió la tienda apagando luces a su paso mientras se dirigía a la habitación trasera, donde su visitante se había puesto cómodo.

El fiscal estaba hojeando un catálogo de armas de fuego al tiempo que lanzaba escupitajos de tabaco en un bidón de café de diez litros dejado allí expresamente con ese propósito.

—Ese tipo hablaba por los codos. Menuda lata te ha dado, ¿eh?

—Ha valido la pena. Se ha gastado una buena cantidad. —Gibb se sentó en el confortable y viejo sillón situado frente al otro donde Gorn estaba repantigado. Desenroscó el tapón de un refresco dietético—. ¿Quieres?

—Ya me he tomado uno, gracias. —Gorn eructó, volvió a escupir y se echó hacia delante, frotándose lentamente las palmas de las manos—. Gibb, ¿te has enterado de lo ocurrido esta tarde en el juzgado?

—Matt me ha telefoneado, estaba muy disgustado. Y con razón, si es verdad que mi nuera se ha enfrentado con todo el mundo por ese muchacho de los Crook.

El fiscal le relató a Gibb con pelos y señales el incidente.

—Comprendo que ella es de tu familia ahora —dijo con expresión preocupada—, pero de eso hace relativamente poco. Por otra parte, tú y yo nos conocemos desde siempre.

Los dos hombres reconocieron en silencio el vínculo especial que los unía. Era mucho más fuerte que los lazos de sangre y más duradero que la vida misma.

—¿Qué te preocupa, Dabney? Sabes que puedes hablar sin reparos.

—Esa chica me preocupa —repuso.

A Gibb también, pero no quería admitirlo sin escuchar antes lo que Gorn tenía que decirle. Un buen dirigente conoce la importancia de saber reservarse su opinión hasta haber oído la de los demás.

—¿Y cómo es eso, Dabney?

—¿Tú crees que ella llegará a ser de los nuestros alguna vez, Gibb? ¿*Realmente* de los nuestros? —Gorn se removió y se sentó en el borde del mullido asiento, como si quisiera asegurarse la confidencialidad—. Prosper necesitaba un abogado de oficio que... compartiera nuestras ideas, por decirlo de alguna forma —prosiguió—. Todos nos imaginábamos que sería pan comido con alguien tan insignificante como ella. Tras ese asunto de Tennessee, no esperábamos que tuviera conciencia precisamente. Si haces memoria, recordarás que esa es la razón principal por la que se la contrató. —Lanzó otro escupitajo al bidón de café y se limpió la boca con el dorso de la mano—. No contábamos con que fuese tan dura de manejar, ni tan fiel a sus convicciones. Y también es más escrupulosa de lo que calculábamos. Se nos opone con más frecuencia de la que nos gustaría. Algunos de nosotros empezamos a pensar que cometimos un error.

La estricta adhesión de Kendall a elevados principios morales también había sorprendido a Gibb. Por no hablar de su terquedad. Se había figurado que la muchacha sería mucho más flexible y, desde luego, muchísimo menos desenvuelta. Estaba convencido de que, poco a poco, ella acabaría cediendo. Sólo que llevaría más tiempo del que habían previsto. Eso fue lo que le dijo a Gorn.

Pero las dudas de su viejo amigo no se disiparon.

—Ella no encaja con las demás mujeres.

—Aún no, pero encajará. Deja que Matt y yo nos ocupemos de ella. Hace apenas unos días Matt me dijo que se siente un poco excluida. Quizá la solución a este problema consista en empezar a incluirla más.

Dabney Gorn mostró su asombro.

—¿Crees que eso es prudente?

—Tranquilo —dijo Gibb riendo suavemente—. No soy idiota. No la incluiremos en nada importante hasta que tengamos la certeza de que está totalmente de acuerdo con nosotros.

—¿Y de verdad crees que llegará a estarlo?

—Sí —repuso Gibb sin dudar—. Todavía está empapada de esa bazofia liberal en la que la educaron. Su abuela no podrá vivir eternamente. Una vez que haya muerto, su influencia sobre Kendall irá desapareciendo.

—¿Y si no es así?

—Será así —replicó Gibb con brusquedad. Entonces, suavizando su tono con una amplia sonrisa, añadió—: Pero estas transiciones no se pueden precipitar, Dabney. Debemos actuar lentamente. No podemos aturdir a la chica con todo de golpe y porrazo. Es demasiado reacia. —Cerró el puño y sus ojos brillaron en la habitación de luz menguante—. Pero piensa en lo útil que nos resultará cuando sea nuestra por completo. Déjalo en mis manos. Sé exactamente cómo manejarla. —Se puso en pie e hizo levantarse a su amigo—. De hecho, si no te vas de aquí, llegaré tarde. Me ha invitado a cenar.

Ya en la puerta, Gorn se volvió hacia él, aún con expresión preocupada, pero por otro motivo bien distinto.

—Espero que no hayas malinterpretado lo que te he dicho, Gibb. Yo... bueno, todos los hermanos... confiamos en ti. Siempre lo hemos hecho.

—Entonces los hermanos no tienen de qué preocuparse, ¿verdad?

—Ha sido un gesto muy caballeroso, Matt, pero tenía que ocuparme yo misma.

Kendall alargó el brazo por encima de la mesa del comedor y le cogió la mano, y se la apretó con firmeza.

Él no correspondió a su sonrisa conciliadora.

—Me has hecho quedar como un pelele delante de todo el mundo.

—¡Oh, por favor!

—Bueno, ¿no lo has hecho? Me has humillado públicamente.

Kendall se volvió hacia Gibb y dijo a la defensiva:

—La cosa no ha sido en absoluto así.

—Parece que habéis montado un buen numerito.

—No ha sido ni la mitad de espectacular de como Matt lo pinta.

—Pues a Dabney sí se lo ha parecido.

—¿Dabney? ¿Has hablado con él sobre esto?

Gibb asintió con la cabeza.

—Ha venido a la tienda a última hora de la tarde y me ha contado su versión.

—En la que sin duda me habrá descrito como la mala de la película.

Kendall echó la silla hacia atrás con ademán airado y se levantó de la mesa.

Había invitado a cenar a Gibb con la esperanza de apaciguar a Matt, mortalmente herido en su orgullo porque ella no le había dejado defenderla. Pero, por el contrario, había propiciado una situación en la que llevaba las de

perder. Estaba en desventaja. Gibb no había hecho ningún comentario crítico, pero Kendall advirtió la reprobación silenciosa en su semblante.

—Si Matt no se hubiera liado a puñetazos con los Crook, estoy segura de que no se habría liado ni de lejos un espectáculo. —Dirigiéndose a su marido, añadió—: No pretendía ponerte en evidencia, Matt, tan sólo intentaba evitar un desastre.

Él continuó poniendo mala cara.

—No puedo decir que me haya alegrado saber que mi hijo y mi nuera estaban mezclándose con escoria blanca como los Crook, sea cual sea el motivo —intervino Gibb.

—Son amigos de Kendall, no míos —rezongó Matt.

Kendall se apoyó en el aparador y contó lentamente hasta diez. Cuando estuvo lo bastante calmada para hablar, dijo:

—No son mis *amigos*, Matt. Billy Joe era mi cliente. Según la Constitución de Estados Unidos, todo ciudadano, incluido Billy Joe, tiene derecho a asistencia letrada. Si no me equivoco, Prosper aún se atiene a la Constitución. De acuerdo, reconozco que mis clientes rara vez son la flor y nata de la sociedad.

—Bueno, pues no me gusta. Te codeas con delincuentes todos los santos días.

—¡Hago mi trabajo!

Gibb intercedió.

—Creo que el problema principal aquí estriba en que hay un conflicto de lealtades. Kendall, tú te pusiste de parte de los Crook y en contra de tu propio marido, y todo el mundo lo presencié.

Kendall lo miró boquiabierta, sin dar crédito a lo que oía. Le costaba creer que hablara en serio, aunque era obvio que sí lo hacía.

—Estáis sacando totalmente de quicio las cosas. Los dos —puntualizó.

—Probablemente tengas razón —repuso Gibb en tono conciliador—. Me gustaría evitar que este tipo de malentendidos volviera a surgir. Y creo que se me ha ocurrido una manera. Por favor —dijo indicando con un gesto a Kendall que se sentara.

Esta tomó asiento de mala gana. Al igual que Matt, Gibb nunca la dejaba exponer su punto de vista, sino que lo rechazaba de plano.

—Hace tiempo que le doy vueltas a una idea —prosiguió Gibb—. Ahora parece un momento excelente para exponerla. Kendall, ¿alguna vez te has planteado volver a la práctica privada de la abogacía?

—No.

—Quizá deberías.

—No quiero incorporarme a otro bufete competitivo, de rivalidad implacable, donde se dedica tanta o más energía a ascender como a ejercer la abogacía.

—¿Y si no fuese de una rivalidad implacable? ¿Y si no hubiese competitividad alguna? ¿Qué te parecería si yo te ayudara a establecerte por tu cuenta y tuvieras tu propio despacho? Yo me haría cargo de todos los gastos hasta que comenzara a funcionar bien.

Kendall no se esperaba aquello y durante un momento se quedó demasiado asombrada para hablar. Sabía que debía declinar su ofrecimiento con cortesía y diplomacia, y cuando pudo, le dijo:

—Es una oferta extremadamente generosa, Gibb. Te lo agradezco. Pero nunca podría devolverte el dinero. Jamás llegaría a tener suficientes clientes para ganarme la vida.

—Tengo absoluta confianza en ti.

—No me falta confianza en mí misma, sino en la gente de este lugar. Yo no describiría la actitud de los habitantes de Prosper como progresista, ¿verdad que no? —preguntó con una sonrisa compungida—. Los Crook no habrían permitido que yo representara a Billy Joe si hubieran tenido otra elección. ¿Quién de aquí me contrataría precisamente a mí, *una mujer*, y me confiaría sus problemas legales?

—No te haría falta tener una clientela muy numerosa —arguyó Gibb.

Por primera vez en la velada, Matt se mostró animado.

—Es verdad, cariño. Nosotros podríamos proporcionarte algunos clientes para el negocio.

—No es eso lo que quiero, Matt. Me convertiría en el hazmerreír... la nuera de Gibb, la mujercita de Matt, arreglándose todas las mañanas y jugando a ser abogada —dijo Kendall negando con la cabeza con firmeza—. Gracias, pero no.

—La decisión es tuya, por supuesto —afirmó Gibb con un suspiro de desilusión—. Pero pienso que trabajar como abogada de oficio es desperdiciar tu talento.

No tenía idea de lo ofensivo que ese comentario resultaba para Kendall.

—¿Desperdiciarlo, Gibb? Yo no lo creo. Sabes, el sexismo y el espíritu competitivo de Bristol y Mathers sólo fueron en parte la razón que me impulsó a querer dejar el bufete.

»Hasta ahora, sólo les había contado esto a Ricki Sue y a mi abuela, pero os lo explicaré porque quizás os ayude a comprender los motivos que me

llevaron a abandonar la práctica privada de mi profesión y a querer trabajar como abogada de oficio. —Kendall se levantó y comenzó a pasear por la estancia mientras hablaba—. Una mujer se presentó en las oficinas de Bristol y Mathers y me pidió que la ayudara. Tenía el sida. Su marido le había contagiado el virus, y luego la abandonó a ella y a sus tres hijos. El estado de salud de la mujer comenzó a deteriorarse. Cuando ya no pudo continuar trabajando para mantener a sus hijos, el Estado se hizo cargo de ellos y los ingresó en centros de acogida.

»Al cabo de seis meses estaba desesperada por verlos, pero sus reiteradas peticiones fueron denegadas. Presa de la desesperación, entró armada con un revólver en las dependencias oficiales y exigió ver a sus hijos. La detuvieron. El revólver ni siquiera estaba cargado, pero eso se consideró un mero detalle técnico.

»Reunió el importe de la fianza y fue puesta en libertad. Descontenta con el abogado defensor al que se le asignó su caso, acudió a mí. Enseguida me hice cargo de su difícil situación. En efecto, había cometido un delito, pero las circunstancias atenuantes eran razones de peso. A mi entender, la ley y la justicia estaban en conflicto en este caso. Me hallaba ante una mujer que lo único que deseaba era ver a sus hijos por última vez antes de morir. Acepté defenderla.

Kendall respiró hondo para contener la ira que crecía en su interior cada vez que recordaba el día que la llamaron a la sala de reuniones de los socios del bufete.

—Estaban horrorizados. La mujer había sido detenida en el lugar del delito. ¿Cómo podía albergar la menor esperanza de lograr la absolución de la acusada? Y por otro lado, ¿acaso el bufete realmente quería tener relación alguna con una enferma de sida? La respuesta implícita a esa pregunta era un no rotundo.

»Además, y este era el factor realmente decisivo, no había dinero de por medio. La mujer tenía recursos limitados, y la tarifa por hora del bufete era muy elevada. ¿Cómo iban a obtener ganancias Bristol y Mathers si se mostraban dispuestos a encargarse de casos por caridad? Si el bufete aceptaba un caso como ese, se correría la voz y sus abogados se verían asediados por un sinnúmero de aprovechados. Así pues, se me ordenó taxativamente que abandonara el caso.

»Si hubiera tenido agallas, habría dimitido en ese mismo instante. Pero necesitaba el empleo, y Bristol y Mathers era el bufete de abogados más prestigioso de Sheridan. De modo que continué allí hasta que me enteré de

que había una oferta de empleo en Carolina del Sur. Pensé que aquí podría trabajar al servicio de la justicia sin preocuparme por cuántas ganancias podría costarle a mi empresa. Me encanta el Derecho. Y aún confío en la creencia anticuada y pasada de moda de que la ley se estableció para el pueblo, no para los abogados.

»Por cierto, la mujer falleció antes de que se celebrase su juicio. Murió sin poder ver a sus hijos. Cada vez que pierdo un caso, me lo tomo como algo personal. Es como si hubiese vuelto a fallarle a ella.

Tras un momento de silencio, Gibb dijo con voz suave:

—Es una historia conmovedora, Kendall. Pero no debes pensar que has fracasado porque H. W. haya resuelto enviar a Billy Joe a Columbia.

—Dadas las circunstancias, era innecesario. El delito que cometió no justifica la resolución.

—Bueno, no soy más que un simple vendedor de artículos de caza. Sería una osadía por mi parte pretender conocer las razones que llevaron a H. W. a tomar esa decisión —dijo Gibb—. Él es humano, igual que el resto de nosotros. Es natural que te sientas decepcionada, pero su resolución no pone en entredicho tus aptitudes. Lo hiciste lo mejor que pudiste. Eso es todo cuanto se espera de ti.

Kendall necesitaba oír esas palabras de aliento.

—Gracias por el apoyo, Gibb.

—Papá es un genio cuando se trata de analizar las cosas desde una perspectiva objetiva. Siempre acierta.

Kendall se acercó a Matt por detrás y le puso las manos en los hombros.

—Necesito un amigo. ¿Seguimos siendo amigos? —le preguntó.

—¿Tú qué crees? —repuso Matt echando la cabeza hacia atrás.

Kendall se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Gracias por acudir en mi auxilio. He visto un aspecto gallardo e intrépido de ti que desconocía hasta ahora. Perdóname si te he dado la impresión de no apreciar tu gesto heroico.

—Estás perdonada. —Se besaron y Matt le cogió las manos, las cruzó sobre su pecho y las mantuvo así—. Papá, ¿le contamos la sorpresa que le tenemos preparada para el fin de semana?

—¿Sorpresa? —preguntó ilusionada.

Había sido un día espantoso; el de mañana no sería mucho mejor, pues la noticia de su derrota se habría difundido. Todos hablarían de ello. Bama, el mendigo, ya se había enterado cuando Kendall salió del juzgado aquella tarde.

«Mala suerte, abogada —le había dicho—. La próxima vez ganará». El ademán de aliento que le dirigió levantando el pulgar no había conseguido animarla. En realidad, la indigencia de Bama aún la había deprimido más.

En su fuero interno, Kendall sabía que había hecho su trabajo lo mejor que había podido. No obstante, no encajaba bien las derrotas. Perder siempre le hacía sentir que decepcionaba a quienes habían depositado su confianza en ella: a sus clientes, a sus familias, a su propia abuela e incluso a sus difuntos padres.

Hoy había sufrido una amarga derrota, pero eso quedaba ya atrás. Apuntaría el caso Crook en el haber de su experiencia y esperaría con ilusión el siguiente. Se esforzaría más. Trabajaría con más ahínco. Estaba resuelta a tener éxito.

Llena de determinación, comenzó a sentirse más animada. La idea de un fin de semana de relax parecía maravillosa.

—¿Qué habéis planeado entre los dos? —les preguntó.

—Matt me ha dicho que has estado acosándolo para que te deje acompañarnos en una de nuestras excursiones al aire libre.

—Yo no emplearía la palabra *acosar* —repuso ella en tono de voz tímido y a la vez coqueto.

—¿Qué te parece «dar la tabarra», «atosigar» u «hostigar»?

En son de broma, Kendall le propinó a Matt un puñetazo en la barriga, y este lanzó un gruñido exagerado de dolor.

Complacido al ver que se había restablecido la armonía familiar, Gibb les sonrió con indulgencia.

—¿Quieres oírlo o no? —le preguntó.

Kendall adoptó una expresión seria.

—Quiero oírlo —respondió.

—El próximo sábado habrá luna llena.

Kendall imaginó una cena íntima a la luz de las velas en un hotelito acogedor en las montañas, o un paseo en barca por un lago bañado por la luz de la luna.

—La luna llena en noviembre sólo puede significar una cosa —dijo Matt acrecentando aún más sus esperanzas.

—¿Qué? —preguntó ansiosa.

—La matanza del cerdo.

Capítulo 12

Gibb llegó al rayar el alba impaciente por partir. Hizo salir apresuradamente a Kendall al gélido aire matinal. El aliento de los tres formaba nubes de vaho mientras caminaban hacia la furgoneta de Gibb y se montaban en la cabina. Pese a su abrigo, Kendall tiritaba y se metió las manos enguantadas bajo las axilas intentando calentárselas.

Matt la abrazó con fuerza.

—¿Tienes frío?

—Un poco. Pero ya entraré en calor.

Ella había pedido participar, había querido que la incluyeran. No pensaba ser una quejica.

—Antes de que se inventara la refrigeración, había que esperar a que la temperatura fuese casi de bajo cero para poder hacer la matanza del cerdo —le dijo Gibb mientras conducía la furgoneta calle abajo—. De lo contrario, la carne podía echarse a perder.

—Eso tiene sentido.

—De ahí que la matanza sea una tradición otoñal. Engordamos los cerdos durante todo el verano a base de maíz.

—¿Engordamos?

—Bueno, no lo hacemos nosotros mismos —explicó Matt—. Tenemos a un granjero que los cría para nosotros.

—Entiendo.

—El jamón que tomamos la noche de nuestra boda era de uno de nuestros cerdos —afirmó Matt con orgullo.

Kendall esbozó una sonrisa forzada.

—No me di cuenta de que me había comido a un amigo de la familia.

Los dos hombres se echaron a reír.

—¿Pensabas que la carne ya viene en esas bandejas envasadas al vacío que compras en la tienda? —dijo Matt.

—Prefiero pensar que es así.

—¿Estás segura de que no eres una chica de ciudad?

Sus palabras le hicieron recordar lo que los Crook habían dicho de ella, y entonces no pudo evitar pensar que Billy Joe sería trasladado a Columbia ese mismo día. Ya era un muchacho problemático, insolente y cargado de resentimiento como para que encima hubiese dejado bien claro delante del juez que se opondría a someterse al análisis de un siquiatra. En su caso, Kendall se temía que el dictamen de ME sería perjudicial. De repente la asaltó una premonición de fatalidad.

Matt la abrazó con más fuerza, creyendo que su estremecimiento se debía a las bajas temperaturas.

El claro en el bosque estaba en una zona recóndita y frondosa, y sólo se podía acceder a él adentrándose por un angosto y accidentado sendero de tierra alejado de la carretera principal. Cuando llegaron ya se habían reunido allí varias docenas de familias.

Reinaba un ambiente festivo. El aire frío y vigorizante olía a humo de leña, que se elevaba desde numerosas fogatas sobre las que hervían enormes calderos de hierro fundido llenos de agua.

Los niños jugaban a perseguirse entre los árboles. Los adolescentes, estridentes y escandalosos, se habían juntado y pasaban el rato en la parte trasera de una furgoneta.

Los Burnwood fueron recibidos con gritos de bienvenida mientras se apeaban de la furgoneta de Gibb. Alguien puso bruscamente una taza de café en la mano a Kendall. Bebió a sorbos, reconfortada por el líquido caliente, y estaba a punto de dar las gracias cuando vio los cuerpos de los cerdos muertos.

Cada cerdo colgaba boca abajo por los tendones, bien visibles, de las patas traseras, atravesadas por una barra delgada. La varilla estaba suspendida entre dos palos ahorquillados.

Había tantos que no alcanzaba a contarlos. Ni podía apartar los ojos de aquella grotesca visión.

—¿Kendall? ¿Cariño?

Hablando con evidente preocupación, Matt le tocó la mejilla y le giró el rostro hacia él. Se había puesto unos guantes negros de goma, que tenían un tacto frío y extraño al rozar su piel. También se había colocado un mono, un delantal largo de hule y unas botas de goma que le llegaban hasta las rodillas.

Apenas había hierba en el suelo bajo sus botas. Incluso donde crecía escasamente, estaba pisoteada. La tierra, al igual que el mono que vestía su

marido, tenía un color herrumbroso.

Kendall señaló las manchas y preguntó con un hilo de voz:

—¿Eso es sangre?

—Aquí es donde solemos venir a hacer la matanza.

Kendall tragó saliva con dificultad.

—Estás pálida, cielo. ¿Te encuentras bien?

—Un poco mareada.

—¿Puedo hacerme ilusiones y creer que tienes náuseas matinales?

—Por desgracia, no —repuso con tristeza.

La desilusión de Matt era equiparable a la de ella. Deseoso de tener un hijo, Matt le había prometido toda la ayuda que pudiera necesitar en lo referente a servicio doméstico y niñeras, si bien Kendall confiaba en poder compatibilizar sin problemas su trabajo y la maternidad.

No utilizaba ningún método anticonceptivo, pero, para desilusión de ambos, sus ciclos menstruales seguían sucediéndose con la misma regularidad que las fases lunares.

Los pensamientos acerca de la luna la devolvieron bruscamente al presente.

—No me imaginaba que parecerían tan indefensos y... desnudos —concluyó sin convicción señalando los cadáveres de los cerdos.

—Al principio no son así —dijo Matt tratando inútilmente de disimular lo graciosa que le parecía su observación—. Los traen aquí y los matan, normalmente de un tiro en la cabeza. Luego les perforan la yugular y los desangran. Entonces se remoja la piel con agua muy caliente y se les raspa el pelo con un cuchillo. Todo este proceso es bastante entretenido, así que pagamos a los montañeses para que nos lo hagan. Por hacer el trabajo sucio se llevan unos cuantos dólares, más los restos, los chicharrones y las cabezas.

—¿Las cabezas? —A Kendall le flaquearon las rodillas.

—Las cuecen y hacen un fiambre adobado que se llama queso de cerdo.

—¡Matt!

Kendall y Matt se giraron y vieron a Gibb junto a dos de los animales muertos. Vestido como su hijo, le hacía señas para que se acercara.

—Ya voy, papá. —Matt miró con inquietud a Kendall—. ¿Seguro que te encuentras bien?

—Estoy bien. Es que nunca había visto...

—Kendall, no entiendo por qué te impresiona tanto. Hasta a los niños pequeños les encanta.

—Oh, es muy interesante —se apresuró a decir. Matt y Gibb habían pensado que aquel espectáculo le gustaría, No quería parecerles una ingrata —. Supongo que hace falta algo de tiempo para acostumbrarse.

—¡Matthew!

—Ahora mismo voy, papá.

Matt le dio un beso rápido y se dirigió a toda prisa hacia su padre. Kendall entreabrió la boca y respiró hondo para contener las náuseas. El aire de las montañas era menos denso que el de la ciudad. Necesitaba un poco de oxígeno. No era más que eso.

Matt se volvió a mirarla. Kendall tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para agitar la mano alegremente y dirigirle un débil remedo de sonrisa en señal de ánimo. Vio que Gibb le tendía un cuchillo de hoja larga y ancha. Mientras Gibb sujetaba uno de los animales muertos, Matt clavó la hoja del cuchillo en el pescuezo del cerdo y comenzó a cercenar los músculos y los tejidos alrededor del cuello hasta llegar al espinazo. Entonces, tras devolverle el cuchillo a su padre, agarró el testuz con ambas manos y lo retorció con un movimiento brutal.

Cuando la cabeza se desprendió, Kendall se desmayó.

Kendall percibió las miradas socarronas de todos los feligreses mientras avanzaba por el pasillo hasta el banco de la tercera fila, lugar que ocupaba todos los domingos por la mañana al asistir al oficio religioso en compañía de Matt y Gibb.

En cuanto tomó asiento, abrió el libro de rezos y simuló enfrascarse en la lectura para evitar el bochorno de tener que enfrentarse a las miradas altivas de los hombres y los ojos desdeñosos de las mujeres, todos ellos convencidos sin duda de que era una estúpida melindrosa.

Sintió deseos de gritarles: «¡Es la primera vez en la vida que me desmayo!».

No lo hizo, por supuesto, pero no logró ocultar su nerviosismo a Matt, que se inclinó hacia ella y le susurró:

—Relájate, Kendall.

—No puedo. Todo el mundo sabe lo de ayer por la mañana.

Para mayor humillación, había recobrado el conocimiento en la parte trasera de la furgoneta de Gibb, rodeada de un grupo numeroso de personas que se agolpaban a su alrededor dándole palmaditas en las mejillas, frotándole las muñecas y comentando su fragilidad.

—Estás paranoica —dijo Matt—. Aunque haya corrido la voz de que te desmayaste, ¿qué más da?

—¡Estoy avergonzada!

—Pues no tienes por qué estarlo. Fue una reacción muy femenina ante una experiencia nueva. Además, me dio la oportunidad de redimirme. Demostre ser tu héroe llevándote en brazos a la furgoneta y cuidando de ti. Además, desvalida estás realmente preciosa —añadió con una sonrisa.

Kendall podría haber replicado que el adjetivo *preciosa* no inspiraba mucha confianza tratándose de la defensora de oficio, pero no quería discutir. La expresión afectuosa de Matt le recordó el día de su boda y una cálida sensación de dicha se apoderó de ella. Tomó a Matt del brazo mientras el pastor rogaba a los fieles que se pusieran en pie para la invocación.

Al finalizar los himnos, los anuncios y el ofertorio, los feligreses se sentaron a escuchar el sermón. Kendall había tratado de excusarse de asistir al oficio aquella mañana, y sólo en parte porque suponía que todos los habitantes del lugar estarían enterados del embarazoso incidente ocurrido el día anterior. Aunque los Burnwood eran miembros de aquella iglesia protestante independiente desde hacía años, a Kendall nunca le apetecía acudir al oficio religioso, pues la desagradaba sobremanera el pastor.

El hermano Bob Whitaker era un caballero muy amable y un pastor bondadoso y atento con su amplio rebaño de feligreses... hasta que subía al púlpito. Allí se metamorfoseaba en un ampuloso predicador delirante de sermones acerca del fuego eterno y los tormentos del infierno. Aunque ni siquiera eso molestaba excesivamente a Kendall. Los telepredicadores evangelistas casi habían habituado al público a las advertencias apocalípticas contra el pecado.

Lo que realmente no soportaba era el mensaje constante del pastor referido a la ira divina y al castigo implacable. Citaba aquello de «ojo por ojo» tan a menudo que Kendall se preguntaba si sería el único fragmento de las Escrituras que había conservado en la memoria. Apenas hablaba de la misericordia y la gracia; y en cambio tenía mucho que decir sobre la venganza y la expiación. Describía a Dios como un vengador sediento de sangre y no como el creador del amor y el perdón.

Aunque estaba allí por ruego de Matt, él no podía obligarla a escuchar. Ahora que el hermano Bob se había enfrascado en su diatriba contra el pecado, Kendall desconectó y se sumió en sus propios pensamientos.

Estaba planificando mentalmente la semana cuando su mirada se cruzó con la de una mujer sentada al otro lado del pasillo, una fila más atrás. Era

realmente despampanante. Kendall se figuró que el hombre sentado junto a ella era su marido, pero él —y en realidad *todo el mundo*— parecía desdibujarse gradualmente en un segundo plano borroso.

No se trataba de una belleza clásica, pero era indudablemente llamativa. Su cabello castaño cobrizo, que llevaba cardado en la parte superior de la cabeza, le caía en suaves ondas por debajo de los hombros. Sus ojos, nariz y boca eran grandes, de facciones armoniosas que formaban un rostro provocador, aunque algo hosco.

Pero más allá de su aspecto atractivo, lo que retuvo la atención de Kendall fue la mirada furiosa con que la mujer la contemplaba fijamente. Para poder verla, Kendall había tenido que girar la cabeza en un ángulo forzado. Diríase que no se había fijado en aquella joven por casualidad, sino que había sentido el impulso de darse la vuelta atraída por la fuerza magnética de su mirada torva.

Matt le dio un leve codazo.

—¿Qué miras?

—Nada, nada —contestó Kendall volviendo la cabeza rápidamente.

Matt le cogió la mano y la sostuvo durante el resto del oficio. Kendall deseaba girarse para ver si la mujer seguía observándola, pero, por alguna razón, la atemorizaba mirar.

Tras la bendición, mientras recorrían el pasillo en dirección a la salida, Kendall la divisó entre la gente.

—Matt, ¿quién es esa mujer? —le preguntó señalando hacia ella con un ademán de barbilla—. La del vestido verde.

Antes de poder responderle, alguien lo distrajo.

—¿Qué tal, Matt? —El director de la escuela se les acercó y le dio la mano a Matt. Miró a Kendall y le guiñó el ojo—. ¿Habéis desayunado todos jamón esta mañana? —dijo echándose a reír—. ¿Y si venís a cenar a casa una noche la semana que viene? Mi mujer y yo os asaremos unas costillas de cerdo.

Matt y Gibb la habían advertido que tendría que soportar, quizá durante años, un sinfín de tomaduras de pelo por haberse desmayado en la matanza del cerdo. Era el tipo de incidente que siempre saldría a relucir en momentos de broma.

En el exterior, al menos la mitad de los feligreses permanecía allí charlando. Kendall fue abordada por una mujer cuya hija tenía intención de

estudiar la carrera de Derecho. Le pidieron consejo acerca de la universidad que consideraba más idónea. Mientras contestaba a sus preguntas, Kendall buscaba con la mirada a la mujer vestida de verde.

Se fijó en que Gibb y Matt se habían sumado a un grupo de hombres a quienes, en su mayoría, conocía personalmente o al menos de nombre. Se habían apartado del resto de feligreses, probablemente, para poder fumar, dedujo Kendall al ver que varios de ellos se habían encendido un pitillo.

—No sé si podríamos permitirnos pagar la matrícula de una universidad de otro estado —dijo la mujer en respuesta a algunas de las recomendaciones de Kendall—. Supongo que podría.

—Perdone que la interrumpa —se excusó Kendall—. ¿Ve a esa pareja que está subiendo al coche aparcado al otro lado de la calle? Ella lleva un vestido verde. ¿La conoce?

La mujer se protegió los ojos con la mano y miró hacia donde Kendall señalaba.

—Ah, son el señor y la señora Lynam —repuso con desdén—. Desgraciadamente no asisten al oficio religioso con demasiada regularidad. Y si quiere saber mi opinión, buena falta les haría venir aquí todos los domingos.

A Kendall no le interesaban los chismorreos. Sólo quería saber si el nombre de la mujer le sonaba de algo, y la verdad era que no. Sin embargo, por el modo en que había mirado a Kendall saltaba a la vista que le tenía antipatía. Pero ¿por qué?

—Discúlpeme de nuevo —dijo Kendall—. Por casualidad, ¿no será la señora Lynam pariente de los Crook?

—¡No, por el amor de Dios! ¿Qué le ha hecho pensar semejante disparate?

Afortunadamente, Matt escogió aquel momento para reunirse con ella.

—Hola, señora Gardner, Amy —saludó—. ¿Estás lista, cariño? Papá nos invita a almorzar en el club de campo. Si no nos damos prisa, los baptistas se quedarán con las mejores mesas. ¿No es cierto, señoras?

Tras obsequiar a la mujer y su hija con una sonrisa encantadora, tomó a Kendall del brazo y se despidió.

Mientras se dirigían hacia el aparcamiento, Kendall señaló al grupo de hombres del que Gibb se estaba alejando en ese preciso instante.

—Parece una conferencia de alto nivel. ¿De qué hablabais?

—¿Por qué lo preguntas? —espetó Matt.

Ella había formulado la pregunta en un tono inofensivo, casi de broma, por lo que la desconcertó que reaccionara poniéndose a la defensiva.

—Por nada en especial, Matt. Mera curiosidad.

La expresión tensa de Matt se distendió en una sonrisa.

—Diáconos. Se ha convocado una reunión especial de diáconos para revisar el presupuesto de la iglesia mañana por la noche.

—Ya.

—No pongas mala cara, por favor.

—No lo haré. La verdad es que tengo un montón de papeleo atrasado, así que aprovecharé para trabajar mientras estás fuera.

Últimamente se estaba esforzando mucho por no quejarse cuando Matt salía de noche. Y él, por su parte, cuando tenía que salir, procuraba regresar a casa pronto y se mostraba especialmente cariñoso con ella.

Matt la besó agradeciéndole su comprensión.

Aún estaban haciéndose arrumacos cuando Gibb se acercó a ellos con su Biblia bajo el brazo.

—Si seguís así, vendrá el *sheriff* a arrestaros por indecencia.

Estaba de buen humor y bromeaba. Sonrió mientras se acomodaba en el asiento trasero del automóvil.

—Vámonos. El sermón ha sido largo y mis tripas no han dejado de sonar en todo el rato —dijo.

Matt se sentó al volante y puso el coche en marcha.

—Hay noticias de Billy Joe Crook, ¿no, papá?

Kendall se puso alerta de inmediato.

—¿Qué noticias?

—Ha sufrido un accidente cuando lo trasladaban a Columbia —le dijo Gibb desde el asiento trasero.

—¿Un accidente? ¿Qué tipo de accidente? ¿Se encuentra bien? —preguntó volviéndose hacia él.

—No, Kendall. Me temo que no.

Luther mordisqueó un trozo de cutícula suelta y dirigió una mirada inquisitiva y a la vez desconcertante a su hermano gemelo. A modo de respuesta, Henry se encogió de hombros en un ademán que expresaba su propia perplejidad.

Estaban tensos y tenían los nervios de punta. No sabían qué pensar de la situación ni qué hacer.

Nunca habían visto a su madre tan quieta y callada. Llevaba así desde el día anterior por la tarde, cuando les habían telefoneado desde la cárcel para informarles del accidente de Billy Joe.

Henry había contestado al teléfono. Escuchó horrorizado y con creciente indignación a medida que la versión oficial de lo sucedido sonaba a través del aparato.

—¿Podemos verle?

—Aún no —le dijeron—. Volveremos a llamarles.

Tras colgar, había hecho salir a Luther de la casa para contarle lo que le había ocurrido a su hermano menor. Luther había soltado una sarta interminable de palabrotas, había hundido la hoja de una hacha en la pared exterior de la casa y a continuación había pronunciado las palabras que Henry más temía oír: «Tenemos que decírselo a mamá».

Luther había dicho «tenemos que», pero Henry sabía que en realidad quería decir «tienes que».

No había tiempo para llamar a una de sus hermanas para que se lo dijeran ellas. Vivían demasiado lejos. Además, no harían más que vociferar y armar jaleo, lo cual no mejoraría la situación.

Él era el hijo mayor, el hombre de la casa, de manera que la responsabilidad recaía sobre él. Luther y él volvieron adentro con paso cansino y le comunicó las malas noticias a su madre.

Pero ella no había reaccionado como se esperaban. No se había puesto hecha un basilisco, no había comenzado a chillar ni a dar alaridos ni a romper cosas. Ni siquiera había echado un trago, ni uno sólo. Por el contrario, se dejó caer en su mecedora y miró fijamente por la ventana. Y allí permanecía sentada, casi veinticuatro horas después.

Era como si se hubiera petrificado, y eso comenzaba a crisparle los nervios a Henry. Habría preferido que armara un escándalo en vez de quedarse ahí sentada, quieta como una estatua, sin mover más que los ojos cuando parpadeaba. Casi deseó que estallara en uno de sus arrebatos de cólera. Al menos por experiencia sabría qué hacer.

Los funcionarios habían telefoneado hacía una hora para decirles que podrían ver a Billy Joe a las cinco. Lo tendrían listo para entonces, habían afirmado. Eso ponía a Henry en un dilema: debía ocuparse de su hermano pequeño, pero no podía dejar sola a su madre. Y Luther se había negado a quedarse con ella.

«¿Yo solo? —La voz de Luther se había tornado repentinamente temblorosa y aguda por el miedo cuando Henry se lo había sugerido—. ¡Ni

hablar! Me da canguelo verla así, sentada y con esa mirada de ida. Yo creo que se le ha ido la olla, eso es lo que creo. Esto le ha hecho perder la chaveta. De todas formas, no pienso quedarme con ella yo solo».

Henry aún no había solucionado el problema, y el tiempo se le acababa. Si no llegaba a la hora señalada, quizá no podría ver a Billy Joe antes de que...

—¡Henry!

Este se llevó un susto de muerte.

—Estoy aquí, mamá.

Entró y cruzó la habitación tan aprisa para acercarse a la mecedora que tropezó con sus propios pies, torpes y grandes. Cuando se detuvo ante su madre, esta fijó la vista en él y Henry advirtió al instante que Luther se había equivocado. No se había vuelto loca.

—Vuestro padre se revolverá en la tumba si les permitimos que esto quede así —afirmó ella.

—Así se habla. —Con expresión de alivio, Luther se arrodilló junto a la mecedora—. ¡No, señor! De ninguna manera. No les permitiremos que esto quede así.

Su madre echó el brazo hacia atrás y le atizó un guantazo en la cabeza.

—No me he vuelto loca. Que sea la última vez que te oiga decir algo así.

Las lágrimas asomaron a los ojos incoloros de Luther. Se masajeó la oreja. El oído probablemente seguiría zumbándole al cabo de un año por esas mismas fechas.

—No, mamá. Digo, sí, mamá —balbució.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Henry.

Mientras ella les explicaba el plan que había ideado, Henry comprendió que eso era lo que había estado tramando durante todo el tiempo que había pasado mirando fijamente por la ventana de aquel modo tan extraño.

Capítulo 13

—El café huele de maravilla.

Kendall estaba tan absorta en sus pensamientos que no le oyó entrar en la cocina. Al oír su voz se dio la vuelta. Estaba apoyado sobre sus muletas en el umbral de la puerta, vestido pero sin afeitarse. Pese a ir desarreglado, tenía aspecto de haber descansado. Su rostro había recuperado algo de color y las oscuras ojeras habían disminuido de manera considerable.

—Buenos días —dijo Kendall limpiándose con nerviosismo las palmas de las manos en la parte trasera de los pantalones cortos—. Estaba a punto de ir a ver qué tal estabas. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, aunque aún no estoy en plena forma.

—Espero que Kevin no te haya despertado.

—No. Sigue dormido en esa cosa cuadrada.

—En el parque. Siéntate, te prepararé el desayuno. ¿Qué te apetece? ¿Tortitas de harina? ¿Huevos? ¿Torrijas? Hago de todo excepto gofres.

—¿Qué tienes en contra de los gofres?

—Nada, es que no tenemos molde para hacerlos.

—Ah. ¿De dónde ha salido la comida? ¿La han traído las hadas durante la noche?

—He ido a comprar esta mañana.

Pareció sorprendido.

—No te he oído salir.

—Esa era mi intención.

—¿A qué distancia está el pueblo más cercano?

—No muy lejos.

—¿Por casualidad se te ha ocurrido comprar algún periódico?

—Está en la mesilla de la sala de estar.

—Gracias.

Kendall preparó los huevos con beicon que le pidió. Él tomó el desayuno rápidamente, y sólo dejó una loncha de beicon.

—¿La quieres?

—Recuerda que no como carne de cerdo.

—¿Sigues con esa historia?

—No tengo ninguna *historia*.

—Pues yo creo que sí. Lo que pasa es que aún no sé de qué va. ¿Por qué no te has largado esta mañana, cuando has tenido la oportunidad?

En efecto, ¿por qué? No hacía más que formularse esa pregunta desde que había regresado. Tenía intención de irse definitivamente cuando había salido a hurtadillas de la casa al amanecer, pero cuanto más se alejaba, más culpable se sentía.

Recordó cada una de las veces que él había gemido de dolor a lo largo de la noche. Apenas podía andar, y su conmoción seguía siendo motivo de preocupación. Ella sería incapaz de abandonar a un animal que estuviera tan malherido como lo estaba él. De igual manera que no había podido abandonarlo a su suerte en el lugar del accidente, tampoco podía hacerlo ahora.

Ese sentido de la responsabilidad hacia él era mortificante. Suponía un lastre peligroso para lo que ella tenía que hacer. Pero sabía que no podría liberarse de esa atadura hasta que su estado de salud mejorase y pudiese valerse por sí mismo.

También se le había ocurrido que quizás estaría más segura allí que circulando por la carretera. Al ir al pueblo por la mañana, se había sentido expuesta, vulnerable. Si huía, ¿adónde iría? No tenía un destino concreto en mente... sólo escapar. Hasta el momento lo había logrado. Mientras que él no representase una amenaza real para sus planes, ¿por qué tentar su suerte yéndose antes de que fuese absolutamente necesario?

Kendall se dijo que esos razonamientos tal vez fuesen meras racionalizaciones porque amaba aquella casa. Allí se sentía a salvo y en realidad no deseaba marcharse.

—Te prometo que no te dejaré en el estado en que estás —aseguró ella.

—Lo cual significa que te irás en cuanto mi estado mejore.

—Yo no he dicho eso.

—Bueno, es que todo cuanto dices es tan puñeteramente ambiguo que intento rellenar los espacios en blanco.

—Se rellenarán solos cuando tu mente esté preparada. La hipótesis del doctor era que quizás estés bloqueando tu memoria subconscientemente. Es decir, que no quieres recordar.

Él sostuvo la taza de café con ambas manos y la miró a los ojos.

—¿Está en lo cierto, Kendall?

Aquella era la primera vez que la llamaba por su nombre. Oírsele pronunciar la turbó y por un momento perdió el hilo de sus pensamientos.

—¿Está en lo cierto? —repitió ella—. Sólo tú puedes responder a eso.

—Si no puedo recordar nada, ¿cómo demonios voy a saber qué es lo que quiero olvidar? —Soltó una palabrota al tiempo que se pasaba los dedos por el cabello con gesto exasperado, pero no se acordaba de los puntos de la cabeza, y al hacer el ademán tiró de ellos—. ¡Ay!

—¡Cuidado! Ven, deja que te mire. —Kendall se acercó a él y le apartó las manos. Levantó el vendaje y examinó la herida—. No hay señales de infección. Los puntos están intactos. Por lo que veo, no te has hecho daño.

—Empieza a picar —dijo él con irritación.

—Eso significa que la herida está cicatrizando.

—Supongo que sí —murmuró. Ella seguía de pie frente a él. Levantó la vista y la miró—. ¿De dónde has sacado el dinero para comprar comida?

—Ya te lo dije, yo...

—Lo ganaste trabajando. Ya lo sé. ¿Haciendo qué?

Kendall vaciló, sopesando los pros y los contras de decírselo, y finalmente se decidió, pues sabía que no dejaría de incordiarla hasta que se lo dijera.

—Soy abogada.

Él emitió una risotada breve y desagradable.

—Tus mentiras son cada vez más rebuscadas.

—Soy abogada de oficio.

Siguió mirándola con incredulidad.

—Es la verdad —insistió ella.

—Cuéntame.

—¿Qué quieres saber?

—¿Eras buena? Apuesto a que sí. Con lo bien que mientes...

—Eso mismo decía Ricki Sue —repuso Kendall, sonriendo.

—¿Quién es?

—Mi mejor amiga.

—Hummm. —Con aire distraído, mordisqueó la última loncha de beicon—. ¿Cómo de buena abogada defensora eras?

Kendall se entretuvo sirviéndose una taza de café antes de coger una silla y sentarse al otro lado de la mesa.

—Yo diría que era algo más que competente. Al menos merecía un sobresaliente por el esfuerzo de llegar a ser una buena abogada. Las personas que me contrataron pensaban que corrían un gran riesgo al confiarle el puesto a una mujer. Por consiguiente, tenía que demostrar mi valía. En términos

generales, la proporción entre casos ganados y perdidos era aceptable. Naturalmente, no los ganaba todos.

Él hizo un gesto de interés que la animó a proseguir.

—Perdí un caso que supuso para mí una derrota especialmente amarga. Al principio parecía un caso rutinario, pero acabó siendo... bastante terrible.

—¿Qué ocurrió?

—Aconsejé a un chico de dieciséis años que se pusiera a merced del tribunal declarándose culpable de un cargo de hurto. Dado que era su primer delito, supuse que el juez sería benevolente. Pero en vez de ello, utilizó al muchacho para humillarme.

Con voz apagada, Kendall le relató lo sucedido en la sala del tribunal.

—Hay algo más, ¿verdad?

—Durante el traslado a Columbia sufrió un accidente espantoso. Iba esposado, ya sabes, y cuando hicieron un alto en el camino para descansar, no sé bien cómo ocurrió pero las esposas se le engancharon en algo y su brazo...

—Kendall se detuvo y tragó saliva—. El brazo derecho quedó cercenado por el hombro, literalmente arrancado de cuajo, como si le hubieran desmembrado y descuartizado. Entró en estado de *shock* y estuvo a punto de morir desangrado. Lograron salvarle la vida, pero nunca se recuperará del todo, ni física ni psicológicamente.

Aquel domingo por la mañana, cuando Kendall se enteró del accidente, un sentimiento de consternación, culpa e indignación se abatió sobre ella. Y todavía continuaba atormentándola. Billy Joe no era ningún ángel, desde luego, pero el accidente había destruido toda posibilidad de que llegase a ser un ciudadano respetuoso con la ley y un miembro activo de la sociedad. Lisiado y amargado, achacaría al mundo la responsabilidad de sus desgracias. Sobre todo culparía a su abogada defensora.

Su familia lo había hecho, desde luego.

—Menudo accidente —musitó él. Había permanecido en silencio, dándole tiempo a Kendall a reflexionar sobre el inquietante incidente y sus repercusiones.

¿Sería prudente continuar aquella conversación?, se preguntó ella. ¿Estaría contándole demasiado? Sin embargo, era un alivio poder compartir con él las dudas que la habían abrumado durante meses.

—Tengo mi propia teoría al respecto —dijo al fin.

—¿En qué consiste?

—En que no fue un accidente.

—Interesante —observó él echándose hacia delante—. ¿Hiciste que alguien comprobara lo sucedido?

—En aquel entonces no se me ocurrió.

—¿Escuchaste la versión del muchacho?

—Lo intenté. Fui a verle al hospital, pero me dijeron que aún estaba recuperándose y que no podía recibir visitas.

—¿Eso no despertó tus sospechas?

—Debería, pero en ese momento me pareció razonable. Estuvo en estado crítico durante semanas. Entonces, antes de pedirlo siquiera, me enviaron una copia del informe del accidente. Era una explicación detallada de lo sucedido. Todo parecía oficial y en regla. Hasta mucho después no se me ocurrió que el supuesto «accidente» podría haber estado preparado. Billy Joe fue una víctima escogida.

Kendall se pasó las manos por el cabello. Siempre que recordaba su propia ingenuidad se acongojaba.

—Cuando caí en la cuenta de que lo habían escogido para castigarlo, era demasiado tarde para hacer nada al respecto. Yo ya había... —dejó la frase inacabada antes de revelar demasiado.

—¿Ya habías qué?

—Nada.

—¿Qué?

—Me parece que oigo llorar a Kevin.

Se puso en pie de un salto.

—No puedes escabullirte tan fácilmente. No está llorando. Siéntate.

—No soy un perro. No me siento porque tú me lo ordenes.

—¿Por qué no quieres acabar de contármelo?

—Porque yo... yo...

—¿Qué, Kendall? ¿De qué huyes? ¿De mí?

—No —repuso con voz áspera.

—Nunca lo reconocerás, pero tenías intención de marcharte de ese hospital sin mí. Si no te hubiese pillado cuando salías a hurtadillas, te habrías largado, esfumado, estarías en paradero desconocido. No te molestes en negarlo, porque sé que tengo razón.

»Luego me traes a un sitio donde no hay teléfono, ni televisor, ni una radio que funcione. Así es —dijo él al ver su expresión de sorpresa—. He probado con la radio que escondiste en el armario. ¿La rompiste adrede?

—Sabía que estaba averiada, por eso la guardé.

Saltaba a la vista que no la creía.

—No tenemos comunicación alguna con el mundo exterior. No hay vecinos en los alrededores, al menos que yo pueda ver. Nos has aislado deliberadamente.

»Hay algo que no me dices. Hay *muchas cosas* que no me dices... sobre mi pasado, el tuyo, nuestro matrimonio, si es que realmente estamos casados. —Se apoyó en la mesa para incorporarse—. Estoy inmerso en un mar de confusiones y tú eres mi único vínculo con lo que fuese mi vida antes del accidente. Ayúdame a salir a flote. Explícame, dime lo que quiero saber antes de que enloquezca. Por favor.

Kendall aferró el respaldo de la silla con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

—De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

—Para empezar, ¿qué hice para que te cabrearas conmigo?

—¿Quién ha dicho que esté cabreada?

—Es fácil deducirlo. Cuando se te presentó la ocasión, inesperada pero oportuna, de plantarme, la aprovechaste y casi te saliste con la tuya. En segundo lugar, afirmas que estamos casados, pero por lo que he observado todo me lleva a pensar que no lo estamos.

—¿Qué te hace creer eso?

—Te he visto desnuda, te he tocado desnuda. Pero siempre que estamos cerca no tengo una sensación de... de familiaridad entre nosotros.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es demasiado excitante.

Kendall cambió el peso de pierna con desasosiego.

—Quizá te lo parezca. Pero sólo porque no recuerdas haber estado cerca de mí.

—Entonces ¿cuál es tu excusa?

Ella bajó la mirada hasta la protuberancia blanca que formaban sus nudillos, sin poder decir nada.

—Has estado acostada a mi lado toda la noche —prosiguió él—, pero has tenido mucho cuidado de no tocarme, ni tan sólo accidentalmente. Estaba lo bastante inquieto y despierto como para darme cuenta de que incluso evitabas rozarme.

—No es verdad. Nos dimos un beso de buenas noches.

—Fui yo quien te besó. Y estoy convencido de que no te había besado antes.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque no lo recuerdo.

Kendall se rio suavemente.

—Eso sólo significa que mis besos no son inolvidables.

—Qué va. Todo lo contrario.

La sosegada aspereza de su voz hizo que Kendall levantara la vista y le mirara a los ojos. Se ruborizó, como si de la penetrante mirada de él emanase calor. Como no se le ocurría ninguna réplica ingeniosa, optó por guardar un prudente silencio.

—En el supuesto caso de que te creyera y fuese verdad que estamos casados, ¿estábamos distanciados cuando ocurrió el accidente? —prosiguió él.

—Nunca dije eso.

—No hacía falta. ¿Qué causó nuestra desavenencia matrimonial? ¿Me molestaba que dedicaras tiempo a ejercer tu profesión?

—No excesivamente.

—¿Nos aveníamos?

—Nos llevábamos bastante bien.

—¿Discutimos por el niño? De vez en cuando me vienen imágenes fugaces de discusiones acerca de tener hijos.

Kendall no supo cómo reaccionar, pues aquello la cogió desprevenida.

—¿De veras? —preguntó sorprendida.

—Dime, ¿yo quería tener hijos?

—Por supuesto.

Se masajeó la frente con aire perplejo y preocupado.

—Pues yo creo que no —musitó.

—¡Es terrible que digas eso!

—Estoy siendo brutalmente sincero. Al menos uno de los dos lo es. —Le dirigió en silencio una mirada suplicante, a la espera de una explicación veraz. Pero Kendall, a la defensiva, mantuvo una expresión distante—. ¿Nos peleamos por dinero? —insistió.

—No.

—¿Por el sexo?

Ella apartó los ojos y negó con la cabeza.

—Por sexo —concluyó él en vista de la reacción de Kendall.

—No teníamos problemas en ese aspecto de nuestra relación.

—En ese caso, ven aquí.

—¿Para qué?

—Ven aquí.

Pese a que repitió la orden en voz baja, no por ello resultaba menos imperiosa.

Si Kendall no cedía, él podría interpretar su terquedad como una señal de cobardía. Y aunque en parte era verdad, no podía dejarle saber que le temía. Así pues, dio la vuelta a la mesa y se colocó directamente frente a él.

—¿Esto es una prueba?

—En cierto modo —respondió él.

Le puso la mano en el pecho y apretó suavemente. Ella contuvo la respiración.

—Suspendida —susurró él.

A Kendall le resultaba tan difícil mantenerse firme en ese momento como la noche anterior cuando la había tocado, pero sabía que debía hacerlo, pues de lo contrario arriesgaría su credibilidad.

—Ha pasado mucho tiempo, nada más.

—¿Cuánto?

Le acarició el pezón con la palma de la mano.

—Desde antes de nacer Kevin.

—Entonces no me extraña.

—¿El qué?

Él se acercó más y cuando su pelvis tocó la de ella, el sentido de sus palabras se hizo obvio.

Inclinando la cabeza, le rozó los labios con los suyos y ella sintió un cosquilleo en todo el cuerpo. Luego la besó de verdad, un beso activo y dulce, empujando su lengua contra la de ella.

Kendall se soltó con brusquedad, sin aliento.

—No puedo.

—¿Por qué no? —dijo él deslizándose los labios por su cuello.

—Estoy llena.

—¿Llena?

—Estoy lactando. —Le apartó la mano y dio varios pasos hacia atrás. Se tocó con aire cohibido los labios húmedos y temblorosos, el cuello, finalmente, las manchas mojadas de su camiseta—. En estas circunstancias creo que no deberíamos... hacer nada.

—¿Y eso?

—Me siento incómoda.

—¿Por qué?

—Porque la amnesia ha hecho que seamos prácticamente unos desconocidos.

—Afirmas que estamos casados.

—Así es.

—Hemos tenido un hijo.

—Sí.

—Pero ¿somos prácticamente unos desconocidos? Explícmelo, Kendall. Y de paso... —añadió llevándose la mano a la espalda y sacando algo rápidamente de la cinturilla de sus pantalones cortos—, explícame esto.

Con un movimiento veloz de la muñeca, la apuntó con la pistola.

Capítulo 14

—Me llamo Kendall Burnwood.

Dejó el maletín sobre la mesa y extendió la mano derecha a la mujer que estaba sentada en la sala de interrogatorios. Sus cabellos habían perdido el brillo que tenían. Su rostro de rasgos exóticos estaba desfigurado por la hinchazón y las magulladuras. Aun así, Kendall reconoció claramente a la mujer que había visto una sola vez en la iglesia.

—Sé quién es usted. Yo soy Lottie Lynam.

Estrechó la mano de Kendall con notable falta de entusiasmo. Kendall advirtió que no la tenía sudorosa a causa de los nervios. Su voz era firme; su mirada, impasible. Dadas las circunstancias, lo normal sería que se mostrara más afectada.

Parecía increíblemente calmada para ser una mujer que había matado poco antes a su marido.

—¿Desea que le traiga alguna cosa, señora Lynam?

—Deseo que me saque de aquí.

—Enseguida me pondré manos a la obra. Veamos, ¿qué les dijo a los agentes de policía que la detuvieron?

—Nada.

—Es esencial que yo sepa todo lo que haya dicho desde su detención, aunque sea algo que usted considere insignificante.

—No les conté nada, salvo que Charlie me había dado una paliza y me había violado, y que quería un abogado conmigo antes de que me interrogaran sobre cómo había muerto.

—Eso está bien. Muy bien.

—Veo mucho la televisión —repuso con ironía.

—¿A qué hora la detuvieron?

—A eso de las cuatro de la madrugada.

—¿Cuándo la ha examinado el médico?

—Me trajeron directamente aquí.

Kendall miró el reloj. Eran casi las siete.

—¿Lleva sentada aquí tres horas, en este estado? ¿Le duele algo?

—Estoy un poco dolorida, pero puedo aguantarlo.

—Pues yo no. —Kendall echó la silla hacia atrás ruidosamente, cruzó la habitación, abrió la puerta que daba a la sala de oficiales con un ademán furioso y sin dirigirse a nadie en particular, dijo—: Mi cliente necesita atención médica. ¿Quién nos va a llevar al hospital?

Kendall se sentó en el asiento trasero del coche patrulla junto a la señora Lynam, quien permaneció en silencio durante el breve trayecto. Al llegar al hospital la sometieron a un reconocimiento ginecológico. Un equipo con todo el instrumental necesario para casos de violación estaba preparado e incluso realizaron fotografías del cuerpo de la señora Lynam. Prometieron enviarle a Kendall una copia del parte de lesiones en cuanto el Departamento de Policía lo recibiera.

Aunque los hematomas que tenía en el rostro la señora Lynam eran sobrecogedores, el médico le aseguró que se trataba de contusiones «superficiales» y que desaparecerían al cabo de un tiempo. Le aplicaron un antiséptico sobre los arañazos de los hombros, pechos y muslos. Al regresar al juzgado, Kendall insistió en que se le permitiese a su cliente ducharse y desayunar antes de comenzar el interrogatorio.

—Llámemme cuando estén listos para interrogarla —le dijo al oficial encargado del caso—. Esperaré en mi despacho.

Antes de irse, cogió la mano de la señora Lynam y le dio un apretón tranquilizador.

Dos horas más tarde estaban de nuevo en la sala de interrogatorios. Lottie Lynam aún llevaba el pelo mojado. Su cara parecía recién lavada... e inocente, observó Kendall. Sin maquillar parecía mucho más joven y vulnerable. Vestía un mono de color gris pardusco, de los que entregaban a los presos, y calzaba unas zapatillas de piel baratas.

—Encontramos tres balas en el cuerpo de Char... ejem... de la víctima —explicó el detective a Kendall—. Ya tenemos fotos de la escena del crimen. No son lo que se dice agradables.

—¿Me permite verlas, por favor?

Le pasó una carpeta. Tal como le había advertido, las sangrientas imágenes en color eran impactantes.

—Recibió tres disparos de cerca. Una bala le entró por el cuello. Otra se le disparó a la frente, por aquí más o menos —dijo señalando el punto en su

propio cráneo—. La otra le atravesó la mejilla y salió por la sien del otro lado. Los hechos sucedieron a eso de las tres y media de la madrugada. Murió en el acto, acostado en su propia cama.

El policía dirigió una ojeada de soslayo a Lottie, que estaba sentada con las manos recatadamente entrelazadas sobre el regazo. Su expresión era inescrutable. De modo subconsciente, Kendall reparó en que su estoicismo le sería de gran utilidad cuando se hallase ante el tribunal. Le dio las gracias al policía por la información y a continuación le preguntó:

—¿El forense ha presentado el informe de la autopsia?

—Lo hará esta mañana. Ha dicho que quizá lo tengamos a última hora de hoy.

—Quisiera una copia en cuanto se lo entregue, por favor.

—Claro. Pero el informe confirmará todo lo que le he dicho.

Kendall no se molestó en responder, sino que hizo una pregunta bien sencilla:

—¿Por qué está mi cliente detenida como sospechosa de asesinato?

El otro policía, que hasta entonces había estado apoyado contra la pared hurgándose los dientes con un palillo, soltó una risotada. Señaló la pistola depositada sobre la mesa. Estaba etiquetada y metida en una bolsa de plástico precintada.

—Ahí tiene el arma homicida. Estaba en el suelo, junto a la cama donde le volaron la tapa de los sesos a Charlie. Ya hemos comprobado las huellas dactilares y coinciden con las de ella, y además tenía quemaduras de pólvora en sus manos. No podríamos haber encontrado pruebas más concluyentes.

—¿De veras? —preguntó Kendall en tono condescendiente.

Ahora fue el detective quien reanudó el relato de los hechos.

—Cuando llegamos a la casa, Lottie estaba sentada ante la mesa de la cocina tomando un whisky a palo seco, tan fresca.

—Imagino que la señora Lynam estaba en estado de *shock* y se merecía una copa tras haber sido violada.

—¡Violada! Charlie era su marido. Llevaban años casados —arguyó el otro policía—. Estamos ante un caso clarísimo de asesinato. Es fácil figurarse lo que ocurrió.

—¿Ah, sí? —dijo Kendall en un tono de voz que le alentaba a especular al respecto.

—Charlie llegó a casa borracho. Eso no le sentó muy bien a Lottie. Probablemente ella empezaría a darle la lata por estar como una cuba y él le dio unos cuantos sopapos. No digo que eso esté bien —añadió a toda prisa—.

El caso es que Lottie estaba cabreada, así que cuando él se quedó dormido, disparó y lo mató.

—¿Tiene declaraciones de los testigos? —inquirió Kendall.

—¿Testigos?

—Alguien que estuviera allí y viera lo que sucedió —explicó en tono inocente—. ¿Puede algún vecino corroborar que esa discusión realmente tuvo lugar? ¿Alguien puede testificar que la señora Lynam estaba enfadada con su esposo y le disparó con una pistola que, por cierto, podría haber tocado en cualquier momento con anterioridad a anoche?

Los dos policías intercambiaron miradas fugaces.

—No hay ningún vecino —reconoció a regañadientes uno de ellos—. Su casa está en medio del campo.

—Comprendo. Así que nadie escuchó esa discusión que usted afirma tuvo lugar. Nadie presenció un asesinato.

El agente tiró el mondadientes al suelo y se apartó de la pared.

—Tampoco presenció nadie una violación —espetó.

Tras darles las gracias, Kendall pidió quedarse a solas con su cliente. Cuando los policías salieron de la habitación, Lottie habló por primera vez.

—Ocurrió más o menos lo que han dicho ellos.

Kendall se lo había temido, pero no exteriorizó su desaliento.

—Teniendo en cuenta las pruebas materiales de las que ya disponen, lo más seguro es que la acusen de asesinato. A pesar de lo que acabo de sostener ante los policías, ambas sabemos que usted apretó el gatillo de la pistola que mató a su marido. Usted no es *inocente*, eso es un hecho. *La culpabilidad*, sin embargo, es una calificación. Mi cometido es indagar todo aquello que haga referencia a su vida en común con Charles y exponer las circunstancias atenuantes de su culpabilidad.

»Para poder defenderla tendré que saber más de lo que probablemente necesite saber acerca de usted y su matrimonio. Le aseguro que la sala del tribunal es el lugar menos indicado para darle una sorpresa a su propia abogada. Así que le pido disculpas de antemano por fisgar en asuntos íntimos de su vida privada. Este es un aspecto desagradable pero necesario de mi trabajo.

Aunque era evidente que Lottie no deseaba aquella intromisión, asintió con la cabeza, indicándole que podía continuar.

Kendall comenzó preguntándole cuestiones biográficas. Supo que Lottie había nacido en Prosper y que era la menor de cinco hijos. Sus padres habían fallecido y sus hermanos estaban desperdigados. Finalizó los estudios

secundarios, cursó un año en el colegio universitario y luego encontró un empleo de secretaria en una compañía de seguros. Charlie Lynam era agente comercial, viajaba de un sitio a otro vendiendo material de oficina.

—Un día se presentó en la oficina —le explicó a Kendall—. Empezó a flirtear conmigo y a pedirme una cita. Al principio le dije que no, pero acabé cediendo y siempre que venía a Prosper salíamos juntos. Una cosa llevó a la otra, ya sabe. —Llevaban siete años casados—. No puedo tener hijos —añadió—. Cuando era adolescente tuve apendicitis y a consecuencia de la infección quedé estéril.

La verdad es que la vida no le había deparado demasiadas oportunidades de sentirse realizada. Cuanto más le contaba, más compasión suscitaba en Kendall, quien tuvo que recordarse que debía mantener una actitud de distanciamiento profesional. Deseaba con todas sus fuerzas ayudar a aquella mujer, que se había visto obligada a tomar medidas desesperadas con tal de defenderse de un marido que la maltrataba continuamente.

Kendall abrió una carpeta.

—He estado investigando mientras usted se duchaba y desayunaba. En los últimos tres años ha telefoneado siete veces a la policía para que fuesen a auxiliarla a su casa. —Levantó la vista—. ¿Correcto?

—Si usted lo dice. Yo he perdido la cuenta.

—En dos de esas ocasiones tuvo que ser hospitalizada. La primera vez sufría fractura de varias costillas; la segunda, una quemadura en la espalda. ¿Qué clase de quemadura, señora Lynam?

—Me marcó al rojo vivo con mis tenacillas de rizar el pelo —dijo con extraordinaria calma—. Supongo que tuve suerte. Intentó... intentó metérmelas dentro. Dijo que quería hacerme suya para siempre.

De nuevo, Kendall tuvo que concentrarse en los hechos y ocultar la compasión que le inspiraba.

—¿Era celoso?

—Tremendamente celoso de todo el que llevara pantalones. No podía ir a ninguna parte ni hacer nada sin que me acusara de intentar atraer a otros hombres. Quería que estuviera guapa, pero cuando me arreglaba se ponía como loco si a algún hombre se le ocurría mirarme siquiera. Entonces se emborrachaba y me daba una paliza.

—¿Alguna vez amenazó con matarla?

—Demasiadas como para poder llevar la cuenta.

—Me gustaría que intentara recordar alguna ocasión en concreto, preferiblemente cuando alguien pudiera haber oído cómo la amenazaba con

matarla. ¿En algún momento habló usted con alguna persona de los malos tratos que le infligía su marido? ¿Un pastor? ¿Un consejero matrimonial, quizá? —Lottie negó con la cabeza—. Sería de gran ayuda contar con el testimonio de alguien que corroborara el temor que usted sentía a que durante uno de sus ataques de furia acabase con su vida. ¿No hay nadie con quien usted hablara de esto? —insistió Kendall.

La mujer titubeó un instante.

—No —contestó.

—De acuerdo. Dígame, ¿qué ocurrió anoche, señora Lynam?

—Charlie llevaba varios días fuera trabajando. Llegó a casa cansado y con un humor de perros. Empezó a beber y poco después estaba borracho. Se puso hecho una fiera y armó un estropicio con la cena que le había preparado. Estampó la comida contra la pared, rompió los platos...

—¿La policía vio cómo quedó la cocina?

—No, lo recogí todo y la limpié.

Lástima, pensó Kendall. Las pruebas de un arrebato colérico habrían venido muy bien, siempre que pudiera haber demostrado que era Charlie quien lo había tenido.

—Continúe —le dijo.

—Salió hecho una furia de la casa y se pasó horas fuera. Volvió alrededor de medianoche, más borracho y violento que al irse. Me negué a tener relaciones sexuales con él y entonces me hizo esto —dijo señalándose el magullado rostro—. Pensaba que legalmente se considera violación cuando una mujer dice que no.

—Así es. Usted le dejó bien claro que no quería tener relaciones sexuales con él anoche, ¿no es cierto?

Lottie asintió con la cabeza.

—Pero me forzó. Me inmovilizó en la cama, con el brazo hincado en mi cuello. Me arrancó las bragas y me penetró sin más. Me dolió. Me hizo daño a propósito.

—En el hospital le han tomado muestras de las uñas de las manos. ¿Cree que encontrarán restos de piel, pruebas de que usted forcejeó?

—Deberían. Me defendí con uñas y dientes. Cuando acabó se inclinó sobre mí y me insultó. Luego amenazó con matarme.

—¿Cuáles fueron sus palabras exactas?

—Sacó su pistola del cajón de la mesita de noche, me metió el cañón en la boca y dijo que debería volarme la tapa de mis malditos sesos. A lo mejor me habría matado en ese preciso instante, pero perdió el conocimiento.

»Durante mucho rato permanecí allí tendida, demasiado cansada, dolorida y asustada como para moverme. Sabía que al menos estaría a salvo durante las horas que estuviera dormido. Pero ¿qué pasaría cuando se despertara? Entonces fue cuando decidí acabar con él, antes de que él pudiese matarme a mí. —Mirando a Kendall directamente a los ojos, confesó—: Cogí la pistola y le disparé en la cabeza tres veces, tal como han dicho esos policías. No me arrepiento de lo que hice. Tarde o temprano, él me habría matado. Mi vida no es ninguna maravilla, pero no quería morir.

De vuelta en su despacho, Kendall contempló las gotas de lluvia que golpeaban la ventana como perdigones de plomo. «Es increíble», murmuró.

Aquella mañana, al llegar al juzgado, Bama había predicho que llovería. «Antes de que anochezca», había afirmado el mendigo moviendo la cabeza con expresión sabia.

Kendall había mirado dudosa el cielo despejado. «No veo una sola nube, Bama. ¿Estás seguro?». «Habrá tormenta antes de que se ponga el sol. Ya lo verá».

Había acertado. Los truenos resonaban en las montañas lejanas, envueltas en un espeso velo de nubes bajas y niebla. Procurando ahuyentar una vaga sensación de mal presagio, Kendall contestó las llamadas telefónicas pendientes y abrió el correo.

Entre la correspondencia recibida aquella mañana encontró otra carta de los Crook, con unas faltas de ortografía garrafales, en la que lanzaban toda suerte de acusaciones y amenazas veladas. Era la quinta que le habían enviado desde el accidente de Billy Joe, pero aquello no era lo peor. Varios días después de que el joven sufriera la amputación del brazo, Kendall había recibido un paquete que contenía una rata muerta.

La noticia se había extendido por el juzgado como un reguero de pólvora. Poco después llegaba a las oficinas del periódico, a dos manzanas de distancia. Matt apenas tardó en presentarse en el despacho y exigió saber si lo que había oído era cierto.

Cuando Kendall le mostró el pestilente paquete, se dispuso a reunir a un grupo de hombres para ir en busca de los gemelos y de cualquiera que se apellidara Crook y darles un escarmiento. Gibb, quien también se había enterado de lo ocurrido, respaldaba el plan de Matt.

Kendall les había convencido de que no hicieran nada.

—Están muy disgustados por lo de Billy Joe. En cierto modo los comprendo.

—¡Que los comprendes! Hiciste cuanto estuvo en tu mano por ese mocoso de ladrón —gritó Matt.

—Esta táctica intimidatoria está absolutamente fuera de lugar, incluso para escoria como los Crook —dijo Gibb—. Son unos bravucones y habría que encargarse de ellos para siempre.

—Son personas ignorantes —arguyó Kendall tratando de calmarlos.

—Advertí a esos desgraciados que si te hacían daño... —bramó Matt.

—Y no me lo han hecho. Si respondemos a su provocación, nos pondremos a su altura. Por favor, Matt, Gibb, no cometáis ninguna imprudencia. A la larga podría perjudicarme más que cualquier cosa que llegaran a hacer los Crook. Debo actuar de un modo profesional, que en mi opinión consiste en ignorar lo ocurrido.

Había logrado refrenarlos y arrancarles la promesa de que no tomarían represalias de ningún tipo. En vista de la colérica reacción inicial de ambos, Kendall había guardado un prudente silencio acerca del resto de «mensajes» de los Crook. Por eso cuando encontró hecho añicos el parabrisas de su coche una tarde al salir del trabajo, prefirió decirle a Matt que se había roto al rebotar una piedra mientras conducía por la carretera detrás de una camioneta. La «piedra» que habían arrojado iba acompañada de una nota amenazante y mal redactada.

Puesto que podrían ser utilizadas con posterioridad como pruebas, Kendall no destruyó las cartas que le habían enviado al despacho, sino que las guardaba bajo llave en un archivador. Metió la última misiva en la carpeta correspondiente y volvió a concentrar su atención en Lottie Lynam. Sin duda el caso ocuparía buena parte de su quehacer profesional durante los meses venideros.

Como era de esperar, esa misma tarde la llamó por teléfono el fiscal Dabney Gorn, quien inició la conversación con una predicción jocosa.

—Vaya, parece que vamos a disfrutar de un poquito de diversión por aquí.

—¿En serio? —preguntó Kendall con inocencia—. ¿Nos han concedido el ascensor nuevo que pedimos? El que tenemos está tan desvencijado que yo siempre utilizo la escalera.

El fiscal se rio suavemente ante su sentido del humor.

—No se haga la tonta conmigo, señora Burnwood, no cuela. Le ha caído un caso nuevo de lo más suculento.

—Cierto. Me encanta hincar los dientes en algo tan atroz como agresión con lesiones y violación.

—¿Qué le parece homicidio premeditado?

—¿Homicidio premeditado? —repitió Kendall con voz de fingido asombro—. ¿Estamos hablando del mismo caso?

—Lottie Lynam.

—¿Piensa acusarla de homicidio premeditado? Me deja usted estupefacta.

—Usted ha visto los mismos informes probatorios que yo.

—Entonces, ¿cómo ha podido pasar por alto las fotografías que se le han hecho a la señora Lynam en el hospital, o los partes médicos de sus anteriores ingresos hospitalarios, o los atestados policiales haciendo constar los violentos altercados domésticos en casa de los Lynam?

—Todo lo cual no hace sino apoyar mis argumentos de que hubo premeditación —replicó—. Lottie tenía un montón de razones para hacerlo y mucho tiempo para pensarlo. Será acusada de homicidio con premeditación. ¿Esperaba usted que la acusación sería de homicidio sin premeditación? Ni lo sueñe. Su cliente lo meditó durante horas antes de decidirse finalmente a cargarse a Charlie.

—Eso no se puede probar y usted lo sabe, Dabney. Sin pensarlo mucho se me ocurre un centenar de maneras de alegar duda razonable.

—Bien, abogada, dejémonos de rodeos —dijo él tras un momento de reflexión—. Charlie Lynam no es precisamente una víctima que inspire compasión. Todo el mundo sabe que bebía demasiado y que sacudía sistemáticamente a Lottie. Ahorrémosles algo de dinero a los contribuyentes y mucho tiempo a nosotros.

—¿Cuál es su mejor oferta? —preguntó ella yendo al grano.

—Convenza a Lottie para que se declare culpable de homicidio voluntario. Probablemente la condenen a veinte años y a lo sumo cumplirá ocho.

—Se lo agradezco, pero no, gracias. Mi cliente no es culpable.

—¡Que no es culpable! —Ahora le tocaba a él mostrarse atónito—. ¿Piensa presentar una declaración de inocencia?

—Eso es exactamente lo que voy a hacer.

—¿Qué alegará? ¿Enajenación mental?

—Lottie Lynam está perfectamente cuerda. Sabía lo que tenía que hacer para salvar su propia vida. Bien es verdad que fue un paso desesperado, pero matar a su marido fue un acto obvio de legítima defensa.

Capítulo 15

—¿Señor Pepperdyne?

—Estoy aquí —gritó.

El agente, más joven y novato, entró a toda prisa en la pequeña cocina. Pepperdyne levantó la vista y dejó de examinar las cuentas domésticas de Kendall Burnwood que estaban esparcidas sobre la mesa.

—¿Algún hallazgo?

—Sí, señor. Acabamos de encontrar esto en el dormitorio. Estaba pegado con cinta adhesiva a la parte inferior de un cajón de la cómoda.

Pepperdyne cogió el legajo de papeles que le tendió el entusiasmado agente y comenzó a leerlos. Su subordinado, demasiado nervioso para estarse quieto, empezó a caminar de un lado para otro del estrecho espacio entre la mesa y el fogón.

—Me han parecido especialmente interesantes los datos referidos al pastor, ese tal Bob Whitaker —se atrevió a decir—. ¿Sabíamos que nunca llegó a terminar sus estudios en el seminario y que en realidad se le expulsó a causa de sus creencias tan poco ortodoxas?

—No —admitió Pepperdyne con sequedad.

—Pues la señora Burnwood sí lo sabía. Se encargó de averiguarlo. Está todo documentado.

—Hummm. Nuestra señora Burnwood debió de estar terriblemente ocupada.

—Y hay un dossier completo sobre el fiscal de Prosper. ¿Ya lo ha leído?

—Resúmame.

—A Gorn se le inhabilitó para ejercer la abogacía en Luisiana. Entonces fue cuando se trasladó a Carolina del Sur. Un par de años después fue elegido fiscal del condado de Prosper. Parece que hay gato encerrado, por no decir más. Pero la cosa no acaba ahí. Aún hay más sobre el juez. Mencione un pilar de esa comunidad, ya sean banqueros, directores de colegios, agentes de policía o funcionarios de juzgado, y comprobará que ella ha escarbado en los

cimientos de cada miembro supuestamente ejemplar hasta descubrir una brecha tan enorme que cabría una camioneta. Está todo ahí.

A su pesar, Pepperdyne se quedó impresionado por la exhaustiva investigación, que rivalizaba con algunas de las que había llevado a cabo el propio FBI.

—Debe de haberle llevado mucho tiempo hacer tantas indagaciones —observó el otro agente—. Sin duda tiene un buen cerebro.

—Oh, a ella le sobra —musitó Pepperdyne—. Además, es tan escurridiza como una anguila.

—Hace casi dos semanas que desaparecieron del hospital y no hay ni rastro de ellos.

—Ya sé cuánto tiempo hace —replicó Pepperdyne con aspereza.

Se puso en pie de un salto y el brusco movimiento estuvo a punto de volcar la pequeña mesa de cocina. Su tono de voz hizo que el otro agente saliera disparado de la habitación, al tiempo que murmuraba algo acerca de continuar registrando el dormitorio.

Pepperdyne se acercó al fregadero. En el alféizar de la ventana situada encima, una hiedra mustia pugnaba valerosamente por sobrevivir pese a la falta de agua. Estaba en un macetero de cerámica decorado con girasoles. Los alzapaños de las cortinas también tenían forma de girasoles. Pepperdyne se descubrió tocando uno, con una media sonrisa en los labios.

«Pertenece a una secuestradora», se recordó a sí mismo, y apartó la mano de inmediato.

Pero al menos no pertenecían a una asesina. La autopsia practicada al cadáver que habían recuperado del accidente automovilístico ocurrido en Georgia constataba que la muerte se había producido a causa de la colisión. La señora Burnwood no había dejado que la mujer se ahogara, así que no era una asesina. Todavía.

Pepperdyne miró fijamente por la ventana, cavilando sobre lo que ese reciente descubrimiento revelaba acerca de la señora Burnwood y de las personas con quienes se había relacionado en Carolina del Sur. A medida que obtenía más información, menos sabía. Tras cada pregunta a la que hallaba respuesta, surgía otra aún más compleja y alarmante. Cuanto más tiempo transcurría desde la desaparición, más se desvanecía su pista.

Renegó en voz baja y descargó un puñetazo en el alféizar. «¿Dónde está, señora Burnwood? ¿Y qué ha hecho con él?».

En ese momento sonó el teléfono de la pared. Pepperdyne giró la cabeza rápidamente y se lo quedó mirando. Sonó un segundo timbrazo. Había una

posibilidad remota de que alguien estuviera llamando a Kendall Burnwood, alguien que podría proporcionarles una pista que seguir. Si ese era el caso, no quería espantarlo.

Con un nudo de inquietud en el estómago, descolgó el auricular y respondió con un cauteloso «diga».

—¿El señor Pepperdyne?

—Al habla —dijo relajándose.

—Soy Rawlins, señor. Tenemos algo.

Pepperdyne sintió un retortijón en el estómago al oír el nombre de uno de los agentes que se habían quedado investigando en Stephenville.

—Le escucho.

—Hay un hombre que afirma haberle vendido un coche a Kendall Burnwood. La ha identificado al ver su fotografía.

—¿La ha identificado con total seguridad?

—Así es, señor, ni siquiera ha dudado.

—¿Dónde demonios ha estado todo este tiempo?

—Fue a visitar a sus nietos a Florida. Nunca había viajado en avión antes, así que compró un billete a Miami con el dinero que la señora Burnwood le pagó por el coche.

—¿Se lo abonó en efectivo?

—Eso ha dicho.

Aquella era una mala noticia. Significaba que Kendall Burnwood no dejaba ningún rastro de papeles que ellos pudieran seguir para localizarla. Era de suponer que no sería tan descuidada, pero siempre cabía esa esperanza.

—El hombre se encontraba fuera cuando recorrimos el pueblo de casa en casa buscándola —añadió el agente—. Según nos ha dicho, regresó anoche mismo y estaba poniéndose al día de las noticias locales cuando ha visto su fotografía en el periódico. Ha leído el artículo y nos ha telefoneado.

—Difunda una orden de búsqueda e inmovilización de ese coche.

—Ya lo he hecho, señor.

—Bien. Vigílenlo. Voy para allá.

Capítulo 16

«¡Hazlos callar! No puedo soportarlo. Haz que dejen de llorar, por lo que más quieras, que dejen de llorar. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡No!».

Su propio grito lo despertó. Se incorporó de un brinco en la cama y miró aterrado a su alrededor. Buscó instintivamente el arma que había ocultado debajo del colchón.

—No está ahí. —Era la voz de Kendall. Él podía oírla, pero no la veía—. La cogí y la escondí donde no pudieras encontrarla esta vez.

Sacudió la cabeza para despabilarse, la buscó con la mirada por toda la habitación hasta que finalmente la vio en el suelo, junto a la cama.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué haces en el suelo?

—He acabado aquí cuando me has tirado de la cama. Tenías una pesadilla y yo intentaba despertarte. Me has dado un puñetazo en el hombro.

—¿Te has hecho daño?

—No —dijo poniéndose en pie.

El corazón le latía desbocado y estaba cubierto de sudor. Débil y desorientado, levantó la rodilla de la pierna sana y apoyó la frente en ella.

—Ha debido de ser angustiada —comentó Kendall—. ¿Recuerdas algo?

Él alzó la cabeza y la miró.

—Por suerte, no. Estaba muerto de miedo.

—Estás empapado. Te traeré una toallita.

Mientras ella estaba fuera de la habitación, se levantó, se acercó a la ventana y se sentó en la silla. Subió la persiana y comprobó desilusionado que el día seguía tan plomizo como antes y que seguía reinando la misma calma que cuando había decidido dejarse vencer por el sopor y echar una siesta. Después de las copiosas lluvias de las dos últimas semanas, ahora atravesaban un período de sequía. El intenso calor era agobiante.

Volvió la cabeza y miró por encima de su hombro desnudo las sábanas retorcidas y empapadas de sudor.

—Lo siento —le dijo a Kendall cuando entró de nuevo en el dormitorio.

—No te preocupes, cambiaré las sábanas. —Vaciló un instante y añadió —: No es la primera vez que tienes esa pesadilla.

—¿Ah, no?

—No, pero esta vez ha sido la peor con diferencia. ¿Ya te encuentras mejor?

Él asintió con la cabeza y aceptó agradecido el vaso de limonada que le había traído en una bandeja. La mano le temblaba. Bebió varios tragos del refresco helado y a continuación se pasó el vaso frío por la frente.

Cuando notó el tacto fresco de la toallita en la espalda se quedó asombrado. Ella solía evitar por todos los medios tocarlo. En cambio ahora deslizaba con delicadeza el paño por sus hombros, por los costados y a lo largo de la columna hasta llegar a la base de la espalda, bañada en sudor.

Aquel gesto le recordó el modo en que ella trataba a su hijo. Al margen de que fuese otras muchas cosas, era una madre excelente. Dulce, entregada, atenta, cariñosa. Se deleitaba en su faceta maternal. El bebé la hacía sonreír de una forma espontánea y natural que le iluminaba el rostro.

La había observado, normalmente cuando ella no se percataba, mientras se ocupaba del niño. En ocasiones casi envidiaba al pequeño. Él no podía recordar su infancia, claro está, pero el que alguien le hubiera prodigado tantos mimos era algo que sobrepasaba los límites de su imaginación. Dudaba que alguna vez le hubieran amado de manera tan incondicional y sincera, ya fuese de niño o de adulto.

Se preguntó si él sería capaz de amar a otro ser humano de un modo tan desinteresado y sin límites. Le molestó pensar que no.

—¿Te sientes mejor? —Kendall enrolló la toallita y se la colocó en la nuca.

—Sí, gracias. —Estiró el brazo hacia atrás espontáneamente y cubrió la mano de Kendall con la suya—. Mucho mejor.

—Estupendo.

Finalmente apartó la mano y ella retiró la suya. Entonces utilizó el paño para refrescarse el pecho y el estómago, y de repente deseó que fuesen más duros, firmes y jóvenes. Cuando sorprendió a Kendall observándolo, ella volvió la cara rápidamente.

Los dos empezaron a hablar al unísono.

—He traído...

—¿Para qué es todo eso?

—Dentro de un momento —dijo ella respondiendo a su pregunta—. Primero debes tranquilizarte.

Se sentó en el borde de la cama y cruzó las manos sobre el regazo con recato. Llevaba pantalones cortos todos los días, por lo que sus piernas se habían bronceado. Él suponía que se las afeitaba cada vez que tomaba un baño, pues siempre parecían suaves como la seda. *Parecían* suaves. No lo sabía por experiencia, ya que desde aquella mañana en que la había besado, no había vuelto a tocarla. Por razones aún desconocidas para él, Kendall había establecido una política de «manos fuera». Él había intentado convencerse de que el tabú no le suponía ningún problema. Si eso era lo que ella quería, por él, estupendo.

Pero no era estupendo. Se hallaba en estado casi terminal de una enfermedad llamada deseo. El hecho de convivir con ella como si fuese su marido pero a la vez tener que comportarse como un extraño lo sometía a una tensión que crecía día a día. Se obligó a apartar los ojos de las piernas de Kendall y de sus pies pequeños y delgados.

«¿Quién es esta mujer y de qué huye?», se preguntó. Porque era indudable, que huía. Ella podría negarlo hasta el día del juicio final, pero él sabía que más allá de las cuatro paredes de aquella casa había algo que la aterraba. Todas las noches se levantaba varias veces de la cama y recorría las habitaciones de puntillas, asomándose con sigilo a las ventanas, escrutando el patio. ¿Cuál era la razón? Él siempre fingía estar dormido durante sus rondas nocturnas, pero era consciente de ellas. El no saber el motivo de su vigilancia le fastidiaba.

A veces la frustración de no saber le sacaba de quicio. ¿Por qué no confiaba en él y le permitía ayudarla? La única razón que se le ocurría era que él formaba parte del problema. Era una posibilidad inquietante, pero ella podría haber despejado esa incógnita con unas cuantas respuestas sencillas y francas. No caería esa breva. A pesar de que había dormido con ella todas las noches durante dos largas semanas, no se había ganado su confianza.

Conocía el ritmo acompasado de su respiración al dormir, pero seguía siendo una desconocida para él. Hasta con los ojos vendados reconocería su olor y el sonido de su voz, pero ella no le pertenecía. Habría apostado su propia vida a que no le pertenecía.

—¿Cómo encontraste la pistola? —preguntó él.

—En realidad no hay tantos escondrijos que sean accesibles a un hombre con muletas.

La mañana que llegaron, mientras ella estaba atareada buscando comida en la cocina, él había registrado sus cosas y había descubierto la pistola en la bolsa de pañales del niño. Era el último sitio donde uno esperaría encontrar

una arma mortífera, lo cual confirmaba lo que había pensado desde el primer momento: le había mentado como una bellaca. La situación no era ni de lejos tan inofensiva como ella pretendía hacerle creer.

Naturalmente, Kendall había montado en cólera al ver que tenía la pistola. Le acusó de fisgonear a escondidas, cosa que él admitió, pero cuando ella le exigió que se la devolviera, se le rio en la cara.

Sin embargo, ella fue la última en reír, pues había ocultado las balas en un lugar que no era precisamente la bolsa de pañales. La pistola no le servía de nada. Aun así, el hecho de tenerla en su poder le había proporcionado una falsa sensación de seguridad. Y para su sorpresa, se sentía cómodo con ella. El peso del arma en su mano le había resultado familiar e inquietantemente natural. La había manejado con soltura. Aunque no disponía de balas, sabía que sería capaz de cargarla y de disparar. Le infundía respeto, pero no miedo. Se preguntó cómo se habría familiarizado con las armas. Había intentado recordar si había utilizado una alguna vez y cuándo, pero su memoria continuaba fallándole. Tener aquella pistola entre las manos le había ofrecido un fugaz atisbo del pasado; detestaba no tenerla ya.

—La encontraré de nuevo —dijo.

—Esta vez, no.

—Seguiré buscando hasta que la encuentre.

—No podrás.

—¿De quién es?

—Mía.

—Las madres lactantes rara vez llevan pistola, Kendall. ¿Se puede saber qué haces con un arma de fuego? ¿Encañonaste a alguien a punta de pistola y me secuestraste? ¿Has pedido un rescate por mí?

La idea la hizo echarse a reír.

—¿Cuánto crees que vales? ¿Tienes la sensación de ser rico?

Él lo pensó un momento.

—No —repuso sacudiendo la cabeza irónicamente.

—Recuerda que tú insististe en venir conmigo. Yo no te saqué del hospital en contra de tu voluntad.

Era cierto. No lo había hecho. Así que eso daba al traste con su teoría del secuestro.

—¿Has escondido la pistola en el mismo sitio en que ocultas las llaves del coche?

—¿Por qué has estado buscando las llaves del coche?

—¿Por qué las has escondido?

—Aunque te las entregara en bandeja de plata, ¿qué harías con ellas? — preguntó—. No podrías conducir con la pierna izquierda.

—Ten por seguro que lo intentaría.

—¿Nos dejarías aquí desamparados y solos a Kevin y a mí?

Él respondió con un rotundo sí.

—Igual que tú piensas dejarme a la primera oportunidad que se te presente —añadió.

—Bien, pues antes de irme —dijo Kendall con sarcasmo— hay algo que debo hacer. Así que preferiría acabar cuanto antes.

Se puso en pie y se acercó a la bandeja que había depositado sobre la mesilla de noche. Él observó con recelo la botella de plástico con alcohol, las pequeñas tijeras y las pinzas.

—¿Qué es lo que debes acabar cuanto antes?

—Voy a quitarte los puntos.

—¡Y un cuerno!

—Pero si es muy sencillo.

—Para ti es fácil decirlo. No están en tu cabeza. ¿Por qué no podemos ir a un médico?

—No hay necesidad —repuso Kendall humedeciendo una gasa con alcohol—. Sólo hay que cortar los puntos y estirar. He visto hacerlo.

—Yo he visto operar a corazón abierto, pero eso no significa que pueda hacerlo yo.

—¿Cuándo has visto operar a corazón abierto?

—Hablabas metafóricamente. —Señaló la bandeja con un gesto—. Llévate todo eso. No pienso dejar que te abalances sobre mí con esas tijeras. ¿Cómo sé que no me las clavarás en la yugular?

—Si esa fuese mi intención, lo habría hecho mientras dormías y mucho antes que ahora.

Tenía razón. Quería desembarazarse de él, pero el asesinato no era lo que tenía en mente... Al menos a él no se lo parecía.

—Deja de comportarte como un crío y agacha la cabeza —dijo acercándose, pero él le agarró las manos.

—¿De verdad sabes lo que haces?

—Confía en mí.

—Nunca en la vida.

Kendall puso los ojos en blanco.

—Sólo hay unos cuantos puntos en la superficie. Casi todos estaban bajo la piel y ya se habrán disuelto.

—¿Cómo sabes tanto?

—Me lo dijo el médico. —Bajó la vista hacia él y lo miró con expresión seria—. No te dolerá. Te lo prometo. La herida ya ha cicatrizado.

Eso era verdad. Hacía días que no le dolía y las jaquecas habían desaparecido. Ya podía lavarse la cabeza. Los puntos le habían producido un leve efecto irritante en la herida y en la zona circundante. El pelo comenzaba a crecer donde le habían afeitado, y esa parte del cuero cabelludo le picaba a rabiar.

—De acuerdo —dijo soltándole de mala gana las manos—. Pero si empieza a dolerme.

—Pararé. —Le puso la mano en la mejilla, le inclinó la cabeza y a continuación le aplicó un poco de alcohol en la zona de los puntos—. No te muevas —murmuró mientras dejaba la gasa a un lado y cogía las tijeras de manicura.

Lo tocaba con delicadeza. Si no hubiera oído el clic metálico de las tijeras, no habría advertido el momento en que le cortó el primer punto. Naturalmente, estaba distraído por otros estímulos más potentes que el dolor: el aliento de Kendall sobre su cabello, el roce de su muslo contra el suyo, la tentadora proximidad de sus senos.

Quizá no debería haberla incitado a desnudarse ante él. En aquel instante le había parecido una buena idea, un método infalible para poner a prueba su patraña de que estaban casados. Pero ahora se temía que había sido un error táctico que le había trastornado más a él que a ella. Porque desde entonces, cuando se fijaba en el suave balanceo de sus pechos bajo su camión o su camiseta, le venían imágenes mentales de la intensidad de un tórrido sueño húmedo.

—¿Estás bien? —le preguntó ella de improviso.

—Sí, claro.

—¿Te molesta la pierna?

—No.

—Entonces ¿qué te ocurre?

—Nada.

—Pues deja de moverte. No puedo quitarte los puntos si no te estás quieto.

—Acaba de una vez, ¿quieres? —replicó enojado. Ella dejó las tijeras sobre la bandeja y cogió las pinzas.

—Quizá notes un pequeño...

—¡Ay!

—Tirón.

—¡Ay!

Kendall dio un paso hacia atrás y puso los brazos en jarras, con lo que la camiseta se le ciñó más a los pechos, marcando con detalle su forma.

—¿Quieres hacerlo tú mismo?

«Lo que quiero es hacérmelo contigo», clamó su mente.

—Dímelo y lo dejo —añadió Kendall.

—Ya que has empezado, acaba de una vez con esos malditos puntos.

Cuando terminó volvió a aplicarle alcohol. Él notó un leve escozor, pero no se quejó.

—En cuanto te crezca el pelo estarás como nuevo —le dijo mientras le daba un último toque con la gasa humedecida.

—Yo no diría tanto.

—¿Te refieres a la amnesia? ¿No hay ni un atisbo de tu memoria?

—No finjas estar desilusionada. Tú no quieres que recuerde, ¿verdad?

—Por supuesto que quiero.

—Entonces ¿por qué te niegas a ayudarme? Eres muy tacaña cuando se trata de darme información.

—El médico dijo...

—El médico dijo, el médico dijo —la remedó en un tono de voz desagradable—. Afirmabas que ese engréido charlatán de mierda no te merecía ninguna confianza, pero bien que lo citas cuando te conviene, ¡joder!

—El médico dijo que no debía agobiarte dándote demasiada información —repuso Kendall, sin inmutarse al parecer por su arranque de malhumor ni su lenguaje grosero.

¿Es que esta mujer no se alteraba por nada? Su tono de voz sosegado y su imperturbabilidad no le calmaron, sino que le sulfuraron aún más.

—Contarte cosas para intentar que recuerdes incluso podría retardar el propio proceso de recordar —aseguró ella—. Recuperarás la memoria cuando esta quiera. No es algo que podamos precipitar.

—Te lo estás inventando.

—Muy bien, adelante —replicó Kendall enojada—. ¿Qué quieres saber?

—¿Quién es el padre de tu hijo?

¡Por fin! Una reacción sincera, impremeditada y espontánea. Kendall se quedó completamente desconcertada. Obviamente, lo que menos se esperaba era que le preguntara acerca de la paternidad de su hijo.

—No es hijo mío —dijo él con convicción—. Sé que no lo es. No siento nada, ningún vínculo.

—¿Cómo puedes saberlo? Nunca lo tocas. Apenas lo miras siquiera.

—No... no puedo. Él me... Los niños en general me...

¿Qué podía decir? ¿Que le aterrorizaban? Ella pensaría que estaba loco, y no podía culparla por ello. Y sin embargo, miedo era la palabra más adecuada para describir lo que sentía cada vez que estaba cerca del niño.

Kendall lo observaba con curiosidad, así que él tuvo que decir algo.

—Me molesta oírlos gimotear y llorar.

El mero hecho de pensar en criaturas llorando hizo que se le perlara la frente de sudor. Oyó ecos de su reciente pesadilla, pero en lugar de intentar escapar de ella, cerró los ojos y trató de alcanzarla, forzando los límites de su mente. Y esta vez fue consciente de algo que hasta entonces le había pasado inadvertido. En la pesadilla, él quería que los pequeños dejaran de llorar, pero ahora comprendió que temía su repentino silencio tanto como sus llantos. Porque sabía que el silencio señalaba su muerte, de la misma manera que también sabía que, de algún modo, él era responsable.

Transcurrió largo rato hasta que abrió los ojos. Se sentía exhausto, tembloroso y debilitado, como si hubiera vuelto a vivir la pesadilla una vez más.

Kendall no se había movido. Lo observaba con una mezcla de preocupación y temor.

—Cuando intentaste librarte de mí en Stephenville, ¿tuvo algo que ver con tu hijo? —le preguntó—. ¿Qué tengo en contra de él?

—Nada.

—No me mientas, Kendall. Estoy resentido con un bebé y no sé por qué. A menos que yo simplemente sea un cabrón inhumano, debe haber un motivo para que sienta eso hacia él. ¿De qué se trata?

—No lo sé.

—Dímelo.

—*¡No lo sé!*

Capítulo 17

«¡Estoy embarazada!».

En un intento de contener su euforia, Kendall aferró el volante del coche con fuerza, soltó una carcajada y movió los hombros como si bailara. Cualquiera que la viera al pasar por la calle pensaría que había perdido el juicio, pero se sentía demasiado feliz como para que le importara.

¿Sospecharía Matt? No lo creía. No era extraño que Kendall saliese de casa poco después del amanecer. A menudo iba al despacho antes de que comenzara la jornada laboral para poder trabajar sin interrupciones.

Sin embargo, esa mañana había acudido a la consulta de su ginecólogo. No había querido decirle nada a Matt hasta tener la confirmación médica de que el tan anhelado descendiente de los Burnwood por fin había sido concebido.

Había rogado al médico y al personal de su consulta que guardaran el secreto. Las noticias volaban en Prosper. No quería que Matt se enterase por terceras personas antes de que ella tuviera ocasión de decírselo.

¿Durante la comida, quizá? Sí, le telefonaría y quedaría con él en algún sitio. O tal vez aguardaría hasta la noche, mientras cenaban a la luz de las velas.

Aún era temprano cuando llegó al juzgado. Su coche era el único en el aparcamiento. A Kendall le parecía flotar sobre el suelo mientras entraba en el edificio y recorría los pasillos vacíos en dirección a su oficina.

Al doblar la esquina advirtió que la luz de su despacho estaba encendida. Roscoe también habría empezado a trabajar temprano. Asomó la cabeza por la puerta, pero en vez de saludarle con un simple «buenos días», exclamó:

—¡Dios mío!

El conserje se llevó un susto de muerte, pero cuando vio que era Kendall, su expresión alarmada se transformó en una mirada de disculpa.

—Esperaba haber podido limpiarlo todo antes de que llegara usted, señora Burnwood.

Los vandálicos destrozos eran de consideración. Habían hecho añicos el vidrio de la puerta y el suelo estaba cubierto de trozos de cristales rotos. Habían forzado los archivadores y esparcido su contenido por todas partes. Habían tirado por tierra los libros de leyes de las estanterías.

Dos violetas africanas, que Kendall había cuidado con esmero, estaban volcadas sobre su cartapacio. Las hojas aplastadas y un montón de tierra era cuanto quedaba sobre la mesa. Habían arrojado todo lo demás al suelo y estaba o bien desgarrado, o bien pisoteado o roto. También habían rasgado el asiento y el respaldo de su sillón de piel.

—¿Quién es el responsable de esto? —preguntó.

—¿Cree que es obra de esa gentuza blanca de los gemelos Crook?

Sí, eso creía, pero no verbalizó sus sospechas. Telefoneó a la policía. Poco después llegaron dos oficiales. Procedieron a inspeccionar el lugar del delito, siguiendo todos los pasos de rigor, pero Kendall advirtió que lo hacían con desgana. Cuando acabaron de buscar huellas dactilares, salió con ellos al pasillo, donde Roscoe no pudiera oírlos.

—¿Han encontrado alguna huella que les sea de utilidad?

—Es difícil decirlo —respondió uno de los policías—. Las tuyas, las de su secretaria y las de ese carcamal negro probablemente sean todo lo que tengamos.

Su compañero señaló con la barbilla hacia el despacho.

—¿Cómo sabe que no ha sido él? —inquirió.

Kendall se sintió tan ofendida por su comentario racista que tardó un momento en captar la pregunta.

—¿El señor Calloway? —preguntó con incredulidad—. ¿Qué motivo podría tener?

Los policías intercambiaron una mirada de reprobación silenciosa por su ingenuidad.

—Le avisaremos si encontramos alguna pista, señora Burnwood. Dígame, ¿se ha granjeado algún enemigo últimamente?

—Docenas —repuso de manera cortante—. Sobre todo en su departamento.

No tenía nada que perder agraviándoles. El caso sería archivado rutinariamente y olvidado sin más. No llevarían a cabo una investigación concienzuda. Ella no gozaba en absoluto de las simpatías de la policía. Demasiados miembros del departamento habían salido trasquilados de los contrainterrogatorios efectuados por Kendall.

—Les agradeceré cuanto puedan hacer.

Mientras los contemplaba alejarse comprendió que ahí acabaría todo, a no ser que ella misma se ocupase de investigar el incidente, lo cual no tenía intención de hacer, porque si Matt se enteraba de lo ocurrido, podría cumplir sus amenazas de darles un buen escarmiento a los Crook.

—Roscoe, ¿le importaría ayudarme a recoger todo esto? —le preguntó al entrar de nuevo en el despacho.

—No tiene ni que preguntármelo.

—Gracias. Hay que volver a ordenar los archivos cuanto antes. —A continuación añadió—: Le agradecería que mantuviera esto en secreto. Por favor, no cuente lo ocurrido a nadie. Ni siquiera a mi marido.

A mediodía Kendall ya podía moverse por el despacho sin pisar vidrios rotos o tropezar con un tomo de leyes. Su secretaria pronto tuvo los archivos más o menos ordenados. Roscoe le había conseguido un viejo sillón de escritorio para salir del paso hasta que llegase uno nuevo.

Si se hubiera cruzado con Henry o Luther Crook, habría estado tentada de pegarles un tiro ella misma, no sólo por saquear su despacho, sino también por haberle amargado un día tan extraordinario para ella. En lugar de poder recrearse en la noticia aún secreta de su embarazo y pensar en un modo especial de decírselo a Matt, se había visto obligada a lidiar con el vandalismo de los Crook.

Naturalmente, el desbarajuste de su oficina suscitó curiosidad entre los empleados del juzgado. Cada vez que le preguntaban qué había ocurrido, mentía. Incluso mintió al fiscal Gorn cuando entró tranquilamente en su despacho en el preciso instante en que ella se disponía a marcharse a casa.

—¿Qué ha pasado aquí? —dijo señalando al operario que estaba reponiendo el cristal de la puerta.

—Decidí renovar un poco la decoración. —Sin darle tiempo a preguntar más, añadió—: ¿Qué le trae por aquí a estas horas del día, Dabney? ¿Se les ha agotado el té helado a los del bar de enfrente?

—Tiene usted un pico de oro, letrada. Me sorprende que Gibb y Matt aún no le hayan enseñado mejores modales.

—Matt es mi marido, no mi amaestrador. Y Gibb no ejerce la menor autoridad sobre mí. Además, si no tuviera un pico de oro, yo no sería para usted como una espina clavada en el costado. Y cada día disfruto más siéndolo. —Tendió la mano para coger la carpeta que Gorn había traído

consigo, suponiendo que ese era el verdadero motivo de su inesperada visita—. ¿Qué tiene para mí?

—El dossier de la fiscalía con la proposición de prueba que presentaremos en el caso Lynam. Ahí está todo cuanto pensamos utilizar. Nunca podrá acusar a la oficina del fiscal de retener pruebas y presentarlas por sorpresa durante el proceso. Aunque la verdad es que no necesitamos hacerlo. El caso está clarísimo. —Metió ambos pulgares bajo los anchos tirantes rojos que llevaba sujetos a los pantalones—. Estamos listos para ir a juicio. Podría lograr que la condenaran hasta con los ojos cerrados.

—Dudo mucho que realmente crea eso, Dabney. —Kendall se puso en pie, cogió el bolso y la cartera y se dirigió a la puerta—. Si fuese así, no sentiría necesidad de recordármelo tan a menudo. Gracias por el dossier. Ahora tendrá que disculparme. Estaba a punto de marcharme cuando ha venido usted. Le sugiero que la próxima vez que quiera verme concierte una cita.

Unas horas antes Kendall había recibido una llamada de Gibb para invitarla a ella y a Matt a cenar en su casa. Estaba deseosa de contarle a Matt lo del bebé, pero como había tenido un día tan duro y no le apetecía cocinar ni salir a cenar, aceptó la invitación de su suegro.

Fue una cena informal. Comieron en bandejas en el comedor, bajo las torvas miradas de los trofeos de caza de Gibb. Este aguardó a los postres para sacar el tema del juicio de Lottie Lynam, que se celebraría en un futuro cercano.

Fiel a su costumbre de no tener pelos en la lengua, Gibb le preguntó con descaro:

—¿Cómo se te ha ocurrido que se declare inocente?

—No puedo discutir los detalles del caso, Gibb. Lo sabes.

—Comprendo lo del secreto profesional del abogado y todo eso. Pero estamos en familia —dijo sonriendo—. Además, no estoy hablando de detalles, sino de principios básicos.

—¿Como los que expuso el hermano Whitaker el domingo pasado?

Los feligreses habían recibido un auténtico rapapolvo desde el púlpito. Kendall estaba indignada por el contenido del sermón y decidió decirlo en ese momento, aunque sabía que expresar su desacuerdo con el pastor, a quien Matt y Gibb tanto respetaban, era como ondear una bandera roja ante sus narices.

—¿Qué tiene que ver el sermón del hermano Whitaker con el caso que defiendes? —preguntó Matt.

—No creo que fuese mera coincidencia que eligiera el domingo pasado para recordar a sus feligreses el carácter sagrado del vínculo matrimonial —dijo ella en un tono desdeñoso—. Durante una hora larga pronunció un sermón sobre la obediencia ciega que las esposas deben a sus maridos.

—La sumisión de la esposa es un deber, lo dicen las Escrituras.

—¿También dicen las Escrituras que una esposa debe someterse a un marido que intenta sodomizarla con unas tenacillas al rojo vivo?

—Ese no es un tema muy agradable para hablar mientras se cena, ¿no te parece?

—No es un tema agradable en ningún momento, Matt —replicó ella acaloradamente—. Pero volviendo al sermón del domingo, sólo se puede calificar de parcial y sexista. Entre quienes escucharon el sermón había posibles miembros del jurado. ¿Cómo pueden evitar sentirse influidos?

—Bob no estaba aprobando ni justificando que un hombre maltrate a su esposa —adujo Matt—. Todo el mundo sabe que Charlie Lynam era una mala bestia irascible y un borracho.

—Eso no le daba derecho a matarlo, hijo —terció Gibb—. Kendall, quiero que sepas que le dije a Dabney que si has aconsejado a Lottie que se declare inocente es porque desconoces la verdadera naturaleza de esa mujer.

—¿Cómo que *le dijiste a Dabney*? ¿Él ha discutido este caso contigo? ¡Cómo se ha atrevido a...!

Gibb la atajó levantando la mano antes de que acabara.

—Dabney y yo nos conocemos desde hace años. De hecho yo le convencí para que se presentara al cargo y ayudé a que resultase elegido. En calidad de *amigo*, me pidió mi opinión sobre el hecho de que presentaras una declaración de inocencia, y yo se la di.

»Tú no eres de por aquí. Lottie te ha dado gato por liebre. No sabes que es una golfa desde que se hizo mujer. El matrimonio no cambió sus malos hábitos, y precisamente fueron sus costumbres de buscona las que empujaron a Charlie a darse a la bebida.

Kendall se quedó estupefacta. El fiscal Gorn había infringido gravemente el código ético al pedirle a Gibb su opinión acerca de un proceso por asesinato pendiente de celebrarse, pero Gibb no parecía darse cuenta de ello. Estaba demasiado obcecado por el hecho de que su nuera se hubiera puesto de parte de la furcia del pueblo.

—El señor Gorn nunca debió discutir esto contigo, Gibb. Pero además, lo que se juzgará no es el carácter moral de la señora Lynam. Estás peligrosamente cerca de afirmar que se merecía que la apaleara y la violara.

—Esa es otra —exclamó él—. Me trae sin cuidado lo que digan las leyes en los libros. ¿Cómo puede un hombre *violar* a su propia esposa?

Matt intercedió antes de que Kendall pudiera contestar esa aberrante pregunta.

—Papá, no deberíamos pedirle a Kendall que nos convenza. Está agotada. Vamos a recoger los platos y así podré llevarla a casa.

Kendall retomó la conversación cuando apenas se habían alejado de la casa de Gibb.

—Lo que realmente me asusta es que un porcentaje abrumador de las personas designadas para ser miembros del jurado compartirán las mismas ideas anticuadas de Gibb respecto a la obligación de una esposa de obedecer a su marido por encima de todo. Quizá presente una petición para que el juicio se celebre en otra localidad. Mi cliente nunca será juzgada con imparcialidad en Prosper.

—Papá pertenece a otra generación, Kendall. No puedes pretender que él y sus amigos tengan los mismos puntos de vista que nosotros sobre determinados temas sociales y morales.

—¿Como malos tratos continuos y violación?

—Oye, ahora no la pagues conmigo —replicó ante su tono irritado—. Yo no he cuestionado tu postura.

—Tampoco, la has defendido.

—No quería verme atrapado en medio de una disputa sin sentido.

—No creo que carezca de sentido. Y desde luego a la señora Lynam tampoco se lo parecería.

—Yo no soy un miembro del jurado —repuso Matt sin alterarse—. No tienes que intentar convencerme. Y tampoco deberías haberlo hecho con papá.

—Pues él bien que no ha tenido el menor escrúpulo en discutirlo con el fiscal. —Kendall estaba molesta y a la vez intrigada—. Dime, Matt, ¿por qué razón discutiría Dabney un asunto jurídico con Gibb?

—Papá te lo ha explicado. Son viejos amigos y estaban charlando, nada más. Estás dándole demasiada importancia.

—Pero la tiene. Me fastidia saber que a Dabney le faltó tiempo para irle con el cuento a Gibb, como si él ejerciera algún control sobre qué determinaciones tomo como abogada defensora.

Aquel era otro factor preocupante añadido a un caso ya de por sí preocupante. Estaba convencida de que si el juicio se celebraba en Prosper, lograr una sentencia absolutoria sería poco menos que un milagro.

—¿Te importaría si entrevistara a la señora Lynam para publicar un artículo?

—¿Cómo? —Kendall se volvió hacia Matt, asombrada ante su inesperado ofrecimiento—. ¿Qué clase de artículo?

—La señora Lynam ha sido objeto de duras críticas, tanto desde el púlpito como por parte de la gente en general... incluso desde mi periódico —admitió apesadumbrado. Debe tener derecho de réplica.

Kendall le agradeció su oferta pero mostró sus reservas. Cuando llegaron a casa aún seguían hablando del tema. Matt continuó tratando de convencerla de su idea mientras cruzaban el vestíbulo y se dirigían al dormitorio.

—Es mi manera de compensarte por la metedura de pata de papá. La gente suele pedirle consejo y él está habituado a darlo. Estoy seguro de que no se dio cuenta de la posición tan insostenible en la que te colocaba al comentarle su opinión a Dabney. Déjame que haga esto por ti, Kendall. Te prometo que no escribiré nada parecido a una crítica virulenta. Es más, redactaré de antemano una lista de preguntas. Tú puedes repasarla y orientar a la señora Lynam sobre cómo responder. No me apartaré de esas preguntas concretas. Incluso podrás leer el texto definitivo antes de que se imprima. Y si hay algo que no te parece bien, se omitirá.

En vista de las condiciones que le había expuesto, Kendall no vio razón alguna para negarse.

—De acuerdo.

—Gracias.

Matt abrió los brazos.

—Pareces necesitar un buen abrazo.

Ella aceptó gustosa y se acercó. Él la estrechó entre sus brazos y le masajeó los riñones, presionando con sus fuertes manos sobre los músculos doloridos. La cena con Gibb había impedido a Kendall decirle lo del bebé.

Había pensado en darles la buena noticia a los dos, pero decidió no hacerlo. Gibb los obsequiaba con su compañía demasiado a menudo. Se trataba de una ocasión muy especial y requería intimidad. Egoístamente, Kendall deseaba tener a Matt para ella sola cuando se lo contara.

Y ahora por fin estaban solos.

Estaba a punto de decírselo cuando Matt se anticipó.

—Kendall —dijo apartándola un poco y acariciándole la mejilla—, estás muy distraída últimamente. ¿Podrías dedicarme toda tu atención durante un rato esta noche?

Aquello era aún mejor. Después de hacer el amor, cuando yacieran relajados tras la pasión apagada, sería el momento perfecto para darle la sorpresa. Deslizó los brazos en torno al cuello de Matt y susurró:

—Será un placer.

Kendall se cobijó entre sus brazos y le acarició, paladeando su masculinidad y su fuerza física. Se deleitó con la intimidad conyugal de la que, como él le había recordado, no habían disfrutado últimamente.

Pero el encuentro amoroso no fue tan satisfactorio como podría haber ido. Cuando la penetró, ella aún no estaba preparada del todo para recibirlo. Sus embestidas le produjeron cierto malestar, que disminuyó su placer. Habría preferido un prelude erótico más prolongado, un ritmo más pausado en el que su deseo fuese despertando hasta disolver gradualmente su cansancio y reemplazarlo por excitación.

Al acabar, él esbozó una sonrisa de disculpa y le preguntó:

—¿Ha estado bien?

Ella mintió para no herir su ego.

—Tienes demasiadas cosas en la cabeza, Kendall —musitó Matt visiblemente decepcionado—. Ya no estamos en sintonía el uno con el otro. Hemos perdido el ritmo. Papá tiene razón.

Kendall se incorporó y se apoyó en el codo.

—Tiene razón ¿en qué?

—Pasas demasiadas horas en el trabajo y muy pocas en casa.

—¿Has estado hablando con Gibb de mis defectos antes de comentarlos siquiera conmigo?

—No te enfades. No te eché toda la culpa a ti. Le dije que era evidente que yo fallaba en algo, porque de lo contrario no estarías tan distante.

—Matt, sé justo —exclamó—. Anteanoche, cuando te llamé para decirte que me quedaría trabajando hasta tarde, dijiste que no había problema porque tú pensabas salir también. Yo volví a casa y me acosté mucho antes de que tú volvieras.

—No te alteres.

—¿Por qué no habría de alterarme? Ves las cosas de una manera muy sesgada. Cuando yo llego a casa tarde es porque estoy trabajando, mientras

que cuando tú llegas tarde es porque estás por ahí divirtiéndote con tus amigos y con Gibb.

—Estás celosa.

—Eso no son celos.

—Pues a mí me lo parecen.

—Entonces, yo tendría que decir que estás celoso de mi trabajo.

—Lo estoy. Lo reconozco. Porque estás obsesionada con tu maldita profesión.

—Estoy *dedicada* a mi profesión. Si fuese un hombre se me consideraría una persona emprendedora.

—Pero eres una mujer. Y tu trabajo te aparta de tus responsabilidades de esposa. —Suavizando su tono de voz, la atrajo hacia él y comenzó a acariciarle el cabello—. Cariño, no soporto que discutamos.

—Yo tampoco, Matt, pero a veces las discusiones son necesarias. Cuando te casaste conmigo sabías que quería trabajar en mi profesión. Me encanta ejercer la abogacía. Quiero que haya justicia para...

—Ya sé todo eso —la interrumpió—. Estoy orgulloso del trabajo que haces, pero ¿tienes que dedicarle tanto tiempo? ¿No puedes ser más generosa contigo misma? Hay otras parcelas de tu vida que necesitan más atención de la que les concedes. En concreto, yo. Y me gustaría que te interesaras más por los asuntos de la comunidad, que te integraras más con las otras mujeres. Sabes, hay muchas razones por las que es importante formar parte de un grupo en lugar de apartarte. —La besó en la sien—. Papá dice que necesitamos tener un hijo. Un niño le daría cierto equilibrio a tu vida. Estoy de acuerdo con él. Concibamos un hijo, Kendall. Esta noche.

Aquel no era el ambiente en el que Kendall había esperado decirle que ese hijo ya había sido concebido. Hicieron el amor de nuevo, pero los comentarios desazonadores de Matt habían apagado su deseo. Él estaba demasiado concentrado en dejarla encinta para darse cuenta de su falta de receptividad.

Capítulo 18

—¿Qué haces?

—Voy contigo al pueblo.

Se había instalado en el asiento del copiloto después de colocar las muletas atrás.

—No, no vienes —repuso ella.

—Sí voy.

Kendall se dijo que debía tener cuidado en no insistir demasiado si no quería confirmar sus sospechas.

—Créeme, el pueblo no vale gran cosa —le aseguró.

—Me gustaría verlo por mí mismo, y no creo nada de lo que digas.

¡Maldito sea! ¿Por qué había elegido ese día para acompañarla? ¡Precisamente ese día! ¿Acaso la pesadilla que había tenido la tarde anterior habría reavivado algún retazo de su memoria? Había pronunciado nombres en voz alta, y al oírlo a Kendall se le había helado la sangre. Porque si llegaba a recordar a las personas a quienes pertenecían esos nombres, se acordaría de todo. Y que Dios la ayudase si eso ocurría.

Esa era la razón por la que había decidido irse al pueblo ese mismo día y no regresar.

—Hace tanto bochorno... —dijo ella tratando de desanimarlo—. Te cansarás. ¿Por qué no te quedas aquí descansando un día más y mañana, si aún quieres ir, te llevo al pueblo?

—No sabes cuánto me entenece que te preocupes tanto por mi bienestar, pero... —sacudió la cabeza y añadió—: tendrás que sacarme del coche a la fuerza. Incluso con la pierna rota, te ganaría. En otras palabras: voy contigo.

Sólo era cuestión de tiempo que él adoptase semejante actitud de amotinamiento, ella lo sabía. Con el paso de los días, él había ido recobrando fuerzas. Las tornas se habían ido volviendo gradualmente en su contra. A medida que recuperaba movilidad, aumentaban las probabilidades de que pudiera con ella y se hiciera con el control de la situación.

Él ya no se contentaba con sus evasivas y respuestas aderezadas con la dosis justa de verdad para que fuesen verosímiles. El día anterior, Kendall se había salido por la tangente ante sus preguntas acerca de su aversión hacia Kevin y le había dicho que probablemente no sería más que una peculiaridad de la amnesia. Pero comprendió que aquella explicación poco convincente le había hecho recelar todavía más.

Cada día que transcurría se mostraba más intuitivo, con lo que el tiempo corría en contra de Kendall. Ya había permanecido junto a él más de lo debido. Si ya estaba lo bastante fuerte para rebelarse contra ella, también lo estaba para valerse por sí mismo hasta que pudiera buscar ayuda.

Llevaba dos semanas sopesando su pánico a que él recobrase la memoria y su temor a abandonar la seguridad de aquella casa. Aunque la protección que le ofrecía el lugar era —en el mejor de los casos— insuficiente, Kendall sería aún más vulnerable en la carretera, donde la estarían buscando las fuerzas de seguridad. Probablemente ya se habría calmado el alboroto que su desaparición de Stephenville había suscitado. Sus perseguidores habrían perdido interés y se habrían relajado en su búsqueda. En vista de las circunstancias, era el momento perfecto para irse.

Pero él había desbaratado sus planes.

Por otra parte, quizás era preferible que insistiese en acompañarla hoy. Él se figuraba que Kendall se iría y no volvería, pero no esperaba que se largase mientras estuviera con él.

Disponía del tiempo que tardase en conducir hasta el pueblo para idear la manera de escabullirse.

—Si quieres venir al pueblo, por mí estupendo —dijo Kendall procurando sonreír—. Disfrutaré de tu compañía.

Sin embargo, su pasajero no resultó ser una compañía muy grata. No abrió la boca durante los primeros diez minutos del trayecto porque estaba demasiado ocupado observando atentamente la dirección que tomaban y fijándose en los puntos de referencia a fin de orientarse. Por Kendall, como si hubiera querido trazar un mapa. Si ella lograba su propósito aquella mañana, sus intentos de orientarse no tendrían la menor consecuencia para ella.

—Conoces bien estos caminos —comentó él al cabo de un rato.

—Debería. Aquí es donde mi abuela me enseñó a conducir.

—Hablas de ella muy a menudo. La querías mucho, ¿verdad?

—Muchísimo.

—¿Cómo era... para inspirarte tanto amor?

Kendall pensó que las palabras corrientes no bastaban para transmitir la profundidad con la que había querido a Elvie Hancock, pero, pese a las limitaciones del lenguaje, trató de expresar sus sentimientos.

—La abuela era creativa y divertida, se le ocurrían constantemente cosas interesantes que hacer. Además de quererla, la admiraba como ser humano. Era muy tolerante, aceptaba por completo a los demás, pese a sus defectos. Siempre hizo que me sintiera muy especial. Incluso cuando yo hacía algo mal y me castigaba, jamás dudé de que me quisiera. Por eso la quería tanto.

Para entonces ya habían llegado a las afueras del pueblo. Kendall estacionó el coche en el aparcamiento de un supermercado.

—¿La querías más de lo que me querías a mí? —le preguntó cuando apagó el motor. Kendall se quedó desconcertada.

—¡Menuda pregunta! Son relaciones completamente diferentes. No puedes compararlas.

—Pero el amor es el amor, ¿no?

—En absoluto. Es subjetivo.

—¿En qué sentido?

—Depende de las dos personas y de la naturaleza de su relación.

—¿Yo te amaba? No, no te molestes en responder —dijo él—. No harías más que mentir. —Miró con expresión ausente por el parabrisas y entonces, en tono reflexivo, musitó—: No recuerdo haber amado a nadie. Si hubiera querido a alguien, lo más normal sería que me acordase, ¿verdad?

Se volvió hacia Kendall y ella reparó en la preocupación que reflejaban sus ojos. ¿En qué estaría pensando?, se preguntó. Si las circunstancias fuesen otras...

Pero no lo eran, de modo que hacer especulaciones acerca de su salud emocional era inútil y carecía de sentido. Kendall se apeó del coche y sacó a Kevin de su sillita.

—No tardaré —mintió—. Estarás bien aquí, ¿verdad?

—Claro. Me quedaré cómodamente sentado y contemplaré la vista.

No había manera de recuperar las provisiones que había ocultado en el maletero. Quizá podría comprar unas cuantas cosas al pasar por el supermercado, aunque disponía de poco tiempo.

—¿Quieres que te compre algo? —se ofreció procurando aparentar normalidad.

—Un paquete de latas de cerveza estaría bien.

—¿Qué marca te gusta?

—No lo recuerdo, pero tú sí deberías, querida.

Ella ignoró su sarcasmo.

—Pues sí, lo recuerdo. Vuelvo enseguida.

Kendall sintió que le clavaba los ojos en la espalda como si fuesen hojas de un cuchillo mientras entraba en el supermercado. Se obligó a caminar despacio, simulando tranquilidad y naturalidad. Una vez dentro, cuando ya no podía verla a través de los vidrios reflectantes, se acercó a toda prisa al teléfono público. Por suerte había memorizado el número.

—¿Diga?

—¿Señora Williams? Soy Mary Jo Smith, la mujer que la llamó hace unos días por lo del coche.

—Vaya, esperaba que llegara aquí de un momento a otro. No habrá cambiado usted de opinión, ¿verdad? Les he dicho a todos los demás que han llamado interesándose por el coche que ya estaba vendido.

—No, no, no he cambiado de opinión. Sólo que... ¿Se acuerda de que le comenté que mi coche estaba en las últimas? Bueno, pues se ha parado y no hay manera de ponerlo en marcha, así que no puedo ir a su casa. Estoy con mi hijito y... ¡ay, no sé qué hacer! —dijo con voz quebrada y adoptando un tono desesperado y compungido.

—Vaya por Dios, bueno... —La señora Williams parecía comprensiva pero cautelosa. Probablemente la habrían prevenido de los timos que se perpetraban a viudas mayores—. Supongo que podría llevar el coche adonde esté usted.

—¡De ninguna manera, no podría pedirle que hiciera eso! No, no, ya se me... Veamos, deje que piense un momento.

La táctica de Kendall surtió efecto.

—No es ninguna molestia, de veras —dijo la señora Williams—. ¿Dónde está usted?

Kendall le dio el nombre de la estación de servicio que había visto poco antes, a escasa distancia del supermercado.

—Eso está a cinco minutos de mi casa —dijo complacida la señora Williams—. Le llevaré el coche hasta allí, podemos ultimar los detalles y luego usted me trae de vuelta a casa.

—No quisiera abusar de su amabilidad.

—No se preocupe. Estoy ansiosa por vender el coche.

—Y yo estoy ansiosa por comprarlo. Desesperada, a decir verdad.

Al menos, eso era cierto. A esas alturas Jim Pepperdyne tal vez habría localizado al hombre que le había vendido el coche en Stephenville. Le urgía deshacerse de él y conseguir otro vehículo para circular por las autopistas

sureñas. La señora Williams le confirmó la hora y el sitio donde se encontrarían.

—Estaré ahí dentro de cinco minutos.

Kendall colgó el teléfono y se dirigió a la salida situada en el extremo opuesto del lugar en el que había dejado el automóvil estacionado. Las puertas correderas se abrieron con un siseo y Kendall se detuvo en seco.

La pierna ya le dolía tras llevarla encogida durante el trayecto en coche hasta el pueblo, pero no pensaba desperdiciar la oportunidad de averiguar qué estaba ocurriendo.

En cuanto Kendall estuvo fuera de su vista, abrió la puerta y cogió las muletas. Bajó del coche y miró en derredor. Ella tenía razón. El pueblo no valía gran cosa. Desde donde estaba alcanzaba a ver una gasolinera y un taller mecánico, un restaurante, un barbero y... *¡una estafeta de correos!*

Comenzó a cruzar el aparcamiento, cuyo firme de asfalto estaba caliente como una plancha. En menos de un minuto tenía la camisa empapada en sudor y los músculos le temblaban de fatiga. ¡Dios santo, cómo le sacaba de quicio estar tan débil! Por el rabillo del ojo vio pasar un niño en bicicleta a toda velocidad.

—¡Oye, chaval! —lo llamó.

El niño, de unos doce años, se volvió a mirarlo por encima del hombro, hizo girar la bicicleta sobre la rueda delantera y pedaleó hacia él.

—¿Qué te ha pasado en la pierna?

—Me la rompí en un accidente de coche.

—¿Y la cabeza también?

—Sí, la cabeza también. ¿Cómo se llama este pueblo? ¿Estamos en Tennessee?

El niño frenó de golpe, le dirigió una mirada escrutadora y acto seguido esbozó una sonrisa burlona.

—Qué bueno. Estás colocado, ¿verdad?

Formó un círculo con el dedo índice y el pulgar, se lo acercó a los labios y aspiró con fuerza, como si estuviera fumando marihuana.

—No estoy colocado. Sólo quiero saber dónde estoy.

—En Katmandú, colega —susurró el niño—. Pero ¿no te parece que ya eres un poco viejo para emporrarte? Por lo menos tendrás cuarenta tacos.

—Sí, soy un vejstorio. Una reliquia. Y ahora ¿quieres hacer el favor de decirme el nombre de este puñetero pueblo?

—Jo, qué tío tan raro.

El chaval se apartó con la bicicleta a una distancia prudente, se subió y se alejó pedaleando a toda marcha.

—¡Espera, vuelve aquí!

Por toda respuesta, el niño hizo un gesto grosero levantando el dedo corazón.

Miró con disimulo a su alrededor, esperando que nadie hubiera presenciado aquel curioso intercambio de palabras y saludos. No quería que la policía se fijara en un forastero con mal aspecto que hacía preguntas extrañas. La única razón por la que tenía interés en ir a la estafeta de correos era para saber dónde estaba exactamente y ver si su rostro aparecía en algunos de los carteles con fotografías de los delincuentes más buscados.

Calculó la distancia que le separaba de la estafeta de correos y llegó a la conclusión de que estaba más lejos de lo que había pensado. El esfuerzo de cruzar el aparcamiento, unido al sofocante calor, había minado sus fuerzas.

¿De cuánto tiempo dispondría hasta que ella volviese al coche? ¿Cuánto tardaría en hacer las compras? ¿Qué más pensaba comprar, además de las cervezas? No había parecido tener prisa al entrar en...

De repente recordó la imagen de Kendall al dirigirse al supermercado. Llevaba a Kevin en brazos, el bolso y la bolsa con los pañales. *La bolsa de los pañales*. Si sólo tenía intención de estar en la tienda unos minutos, ¿para qué se había llevado la bolsa de los pañales?

Dio media vuelta y se encaminó a toda prisa hacia el supermercado, salvando la distancia con tanta rapidez como le permitían las muletas. «Maldito idiota —jadeó—. ¿Por qué la has perdido de vista?».

Había tenido el presentimiento de que estaba a punto de irse, por eso había insistido tanto en acompañarla. Pero ¿qué le había hecho pensar que su presencia le impediría hacer lo que estaba tan claramente decidida a llevar a cabo? Se había dejado engañar por sus artimañas como un estúpido.

Maldiciendo su credulidad y su lamentable estado físico, se esforzó por caminar más aprisa.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

Kendall no advirtió que había hablado en voz alta hasta que oyó su gimoteante voz.

Agachó instintivamente la cabeza y se alejó del dispensador de periódicos, donde acababa de ver su propia fotografía a gran tamaño en primera plana. Se

precipitó hacia la salida.

Tenía que salir del supermercado antes de que alguien la reconociera. ¿Habrían transcurrido cinco minutos? La señora Williams la estaría esperando. Kendall sabía que si no llegaba a tiempo, quizá se iría.

Entonces se le ocurrió otra posibilidad aún más aterradora. ¿Y si la señora Williams había leído el periódico de la mañana y la reconocía al verla? Decidió que tendría que correr ese riesgo. No le quedaba otra alternativa. Tal como había temido, se había iniciado una persecución, y la presa era ella.

Ya en la calle, entornó los ojos para protegerse del sol deslumbrante y se mantuvo junto a la pared del edificio. Él no podría verla desde el coche, pero...

—¿Vas a alguna parte?

A Kendall le dio un vuelco el corazón. Giró en redondo al oírlo y lo vio apoyado pesadamente sobre las muletas. El pecho le subía y bajaba a causa de su agitada respiración y tenía el pelo literalmente empapado en sudor.

—¿Por qué has bajado del coche?

—¿Por qué has salido por la puerta trasera? El coche está al otro lado del edificio.

—Ah, supongo que me he liado ahí dentro.

—Ya. ¿Cómo es que no has comprado nada?

¿Por qué no había comprado nada? «¡Piensa, Kendall!», se dijo.

—Kevin ha vomitado un poco en cuanto hemos entrado. Creo que no se encuentra bien. Está pachucho y quejoso, imagino que será por el calor.

—A mí me parece que está estupendamente.

En efecto, Kevin nunca había parecido más sano y contento mientras hacía pompas y jugueteaba con el pendiente de Kendall.

—Pues no lo está —replicó ella—. Tendré que volver en otro momento.

Kendall echó a andar hacia el coche, que estaba en dirección contraria a la estación de servicio donde la perpleja y exasperada señora Williams estaría aguardando.

Ese día no podría comprar otro coche.

Ni escaparse.

Capítulo 19

—¿Li es un apellido chino?

En respuesta a la pregunta de Kendall, el oficial de prisiones encogió sus amplios hombros.

—Chino, japonés, ¡yo qué sé! No distingo a ninguno de esos pieles amarillas.

La mirada de reprobación que le dirigió Kendall le resbaló. Abrió la puerta cerrada con llave de la pequeña habitación donde ella iba a reunirse con su nuevo cliente. Al franquearle el paso, Michael Li, acusado de violación, se puso en pie.

—Estaré aquí fuera —afirmó el guardián, prácticamente lanzando un gruñido al muchacho.

Kendall cerró la puerta, se volvió y se acercó a Li, que estaba tan rígido que sintió el impulso de decirle: «Descanse». Tras presentarse y estrecharle la mano, le indicó que se sentara. Ella tomó asiento al otro lado de la mesa.

—¿Necesita alguna cosa? ¿Quiere beber algo?

—No, señora —repuso él estoicamente.

Michael Li era un joven de dieciocho años, casi imberbe, de tez aterciopelada, cabello negro, lacio y pulcramente cortado, y complexión menuda. Sus ojos oscuros reflejaban cautela pero a la vez curiosidad mientras miraba cómo Kendall sacaba un bloc de notas y un bolígrafo de su cartera.

—La cárcel nunca es agradable —dijo ella—. Incluso al decirlo, me doy cuenta de que me quedo corta.

—¿Ha estado usted en la cárcel alguna vez? —preguntó el joven.

—Una vez —respondió ella con sinceridad—. Me detuvieron cuando participaba en una manifestación de protesta por la prohibición de ciertos libros en la biblioteca pública.

Él asintió con la cabeza, en aparente señal de aprobación.

—Obtendré la libertad bajo fianza para usted inmediatamente.

—Mi familia no podrá pagarla —dijo con fría dignidad—. No quiero cargar a mis padres con más problemas de los que este lamentable

malentendido ya les ha acarreado, señora Burnwood.

—Estoy segura de que podremos llegar a un acuerdo económico.

—Si fuese posible, quisiera continuar yendo al instituto —dijo—. Para mí es importante graduarme con mis compañeros de clase.

—Tiene usted el mejor expediente académico de su curso, ¿verdad?

—Así es.

—Sus padres deben de estar muy orgullosos.

—Sí, señora, lo están. Me han ofrecido becas en varias universidades. Aún no he decidido cuál de ellas aceptaré. —Se miró las manos y tiró de una cutícula suelta—. Después de esto, tener que tomar esa decisión quizá no sea un problema.

Por el momento, Kendall creyó preferible dirigir la conversación por otros derroteros que no fuesen el futuro del señor Li. Cualquier recordatorio de lo que se exponía a perder si las cosas no iban bien sería desmoralizante. Así pues, continuó la entrevista preliminar tratando de hacerse una idea de cómo era el joven al que iba a defender.

—Participa usted en muchas actividades escolares y es miembro de varias organizaciones estudiantiles, incluida la National Honor Society.

—Sí, señora. De hecho, fue en una excursión de la NHS a Gatlinburg donde Kim y yo nos fijamos el uno en el otro.

—¿Por qué no empieza por ahí y me pone al día?

Mientras visitaban las atracciones turísticas de aquel pueblo de montaña en el estado de Tennessee, él y su compañera de curso Kimberly Johnson, habían «empezado a ir por ahí juntos».

—Desde entonces salíamos juntos. Pero nunca iba a recogerla a su casa. Siempre nos encontrábamos en otro sitio. Ella no creía que sus padres aprobaran que saliera conmigo. Me consideran un extranjero. —De repente en sus ojos resplandeció una mirada de intenso orgullo—. Yo soy *americano*, igual que Kim. Igual que el señor Johnson. Mi madre nació en Estados Unidos. La familia de mi padre emigró aquí cuando él era un bebé. Ni siquiera llegó a aprender chino y le aseguro que habla mejor inglés que el señor Johnson.

Kendall no lo dudaba. No conocía bien a Herman Johnson, pero le había visto a menudo en el club de campo. Solía estar achispado, hablaba en voz demasiado alta, contaba chistes verdes y en general se ponía en ridículo.

Tampoco conocía al señor Li, pero él y su esposa eran dignos de elogio por haber criado un hijo con tan buenos modales y tan aplicado en los

estudios. Según la información que se le había proporcionado a Kendall, eran personas trabajadoras, merecedoras del orgullo que su hijo les profesaba.

Con el tiempo, la relación entre Michael Li y Kim Johnson se había hecho más intensa.

—Lo nuestro va en serio —afirmó con solemnidad. Admitió que mantenían relaciones sexuales desde hacía unos dos meses—. Pero de manera responsable —añadió con énfasis—. Siempre utilizo protección. Y siempre ha sido de mutuo consenso, se lo juro. Yo jamás le haría daño a Kim —dijo con los ojos anegados en lágrimas—. Jamás.

—Le creo —aseguró Kendall—. Ahora cuénteme lo que ocurrió anoche.

Kim y él habían quedado en la biblioteca para estudiar. Se sentaron a la misma mesa, pero simulaban ignorarse cada vez que la torva mirada de la bibliotecaria se posaba en ellos.

Salieron del edificio por separado, tal como habían acordado previamente, y después él se reunió con Kim en el aparcamiento y subió al coche de ella. Sin apenas atreverse a mirar a Kendall a los ojos, el joven le explicó que habían quedado con el único propósito de tener relaciones sexuales.

—Entiendo que esto le resulte embarazoso, Michael —dijo Kendall en tono comprensivo—, pero si la acusación contra usted se mantiene y le juzgan por violación, tendrá que responder a preguntas mucho más explícitas cuando suba a declarar al estrado. El fiscal será despiadado. A partir de ahora es imprescindible que sea absolutamente sincero conmigo. ¿Puedo confiar en ello?

Él asintió con la cabeza y Kendall comenzó a hacerle las preguntas pertinentes.

—¿Se desvistió Kim?

—Sólo se quitó las braguitas.

—Entonces ¿llevaba falda?

—Sí.

—¿Y blusa?

—Sí.

—¿Sostén?

—Sí.

—¿No se quitó ninguna de estas prendas?

—Las llevaba desabrochadas, pero no se las quitó.

—¿Y usted?

—Sólo me bajé la cremallera del pantalón.

—¿Se quitó la camisa?

—No.

—¿Se la desabotonó?

—Sí.

—Cuando le cogieron, ¿la gente le vio con la camisa desabrochada?

—Supongo que sí. ¿Qué importancia puede tener eso?

—Es dudoso que un violador pierda el tiempo desabotonándose la camisa.

Eso es propio de un amante.

El joven se relajó e incluso la obsequió con una sonrisa fugaz.

—¿Habían finalizado el acto sexual cuando llegó el señor Johnson?

—Sí.

—¿Había eyaculado usted?

—En el... ejem... condón —contestó bajando la mirada.

—¿De modo que las pruebas materiales enviadas al laboratorio son incontrovertibles?

—Sí. —Alzó la cabeza—. No niego que Kim y yo tuviéramos relaciones, señora Burnwood, pero *no fue* una violación, como afirma el señor Johnson. La bibliotecaria le telefoneó para decirle que yo había seguido a Kim al salir del edificio. Estaba preocupada por la seguridad de la chica. Si tienes los ojos rasgados, te consideran sospechoso, supongo —dijo con sorna—. El caso es que, como Kim aún no había llegado a casa, al señor Johnson le entró el pánico y salió a buscarla. Ya estaba rabioso incluso antes de encontrarnos. Me sacó a rastras del coche y trató de estrangularme. Pensé que me mataría.

—¿Y Kim? ¿Qué hacía ella?

—Lloraba, estaba histérica. Cuando llegó la policía, un oficial la hizo bajarse del coche. Aún iba medio desvestida. —El muchacho se cubrió el rostro con las manos—. ¡Qué vergüenza debió de pasar! Todos los que estaban en la biblioteca salieron a ver a qué venía tanto alboroto. Toda esa gente la miraba boquiabierta. No pude hacer nada para evitarle ese bochorno.

Kendall dejó a un lado el bolígrafo, cruzó los brazos y los apoyó en la mesa.

—Cuando interroguen a Kim, ¿qué cree que le dirá a la policía?

—¡Que no la violé! —exclamó—. Nunca la he coaccionado siquiera. Ella les dirá eso, si es que no lo ha hecho ya. No permitirá que me acusen de violación. En cuanto la policía hable con ella y se aclare lo ocurrido, me soltarán.

Kendall no compartía su confianza en la lealtad de Kimberly Johnson. La violenta reacción de Herman Johnson al sorprender a su hija in fraganti con

Michael Li quizás habría asustado tanto a la joven que sería capaz de mentir a la policía, al fiscal e incluso al jurado con tal de librarse de la ira de su padre.

Kendall había conocido a testigos que, pese a hallarse en una situación en la que estaba en juego mucho menos, habían cometido perjurio para protegerse. Kim podría temer el castigo por parte de su familia si reconocía que la relación se había producido con su consentimiento, sobre todo si el rechazo de sus padres a Michael Li se basaba en motivos raciales.

Incluso aunque Kim admitiera ante sus padres que Michael le gustaba, quizá la obligarían a mentir. Tal vez no querrían que fuese de dominio público que su hija estaba liada con un joven de origen asiático, por mucho que fuese el alumno más aventajado de su promoción y estuviese destinado a un porvenir brillante.

Kendall se reconvino a sí misma por tildar injustamente de intolerantes a los Johnson, a quienes apenas conocía. Pero en su fuero interno se temía lo peor. Con toda probabilidad serían capaces de hacer cualquier cosa sólo por demostrar que Michael Li había violado a su hija. Y Kim, a fin de salvarse del escándalo y evitar represalias, seguramente se mostraría de acuerdo.

No obstante, Kendall no quería que se trasluciera su pesimismo. Era de suma importancia mostrar una actitud positiva.

—Estoy segura de que sus compañeros de curso testificarán que Kim y usted forman una pareja estable. Sus profesores, de solvencia moral, serán buenos testigos. En términos generales, tenemos muchos puntos a nuestro favor. —Metió el bloc con sus anotaciones en la cartera y se levantó—. Espero que el señor Johnson retire la acusación contra usted. Si no lo hace, intentaré que la vista incoatoria se celebre mañana.

El joven insistió en que las cosas no llegarían a ese extremo.

—Kim me quiere tanto como yo a ella. Les diré la verdad y entonces su padre no tendrá otra elección que retirar la denuncia.

Kendall se dijo que ojalá pudiera compartir su confianza.

Kendall nunca se iba del juzgado sin pensar en Bama. Al parecer, el hombre sin hogar se había ido de Prosper en un tren de carga. Al menos eso fue lo que Roscoe y ella habían deducido.

«Supongo que es un trotamundos innato», había contestado el conserje cuando Kendall le había preguntado si él también había advertido que Bama no ocupaba su sitio habitual en los peldaños de la escalera del juzgado. «Apareció aquí una buena mañana, como si hubiera surgido de la nada.

Supongo que es ahí adonde se dirige ahora. A ninguna parte. Le echaremos de menos», había añadido con tristeza.

Había transcurrido más de una semana desde la desaparición de Bama. Al salir de los juzgados, poco después de entrevistarse con Michael Li, Kendall recordó con una punzada de dolor los breves intercambios de palabras que habían compartido.

Los echaba de menos. Siempre era el primero en saludarla cuando llegaba y el último en despedirse cuando se iba. Se había convertido en una especie de amigo.

Y aquella tarde Kendall necesitaba un amigo.

Su despacho aún no estaba completamente en orden tras el saqueo de los Crook. Continuaba pensando que ellos eran los responsables, aunque no tenía pruebas y, tal como había imaginado, la policía no había hecho el menor esfuerzo por investigar lo ocurrido.

La oficina atestada le había producido una aguda sensación de claustrofobia y la conversación con Michael Li la había deprimido, por lo que decidió pasarse por casa de la señora Lynam para comentar algunas cuestiones del dossier de la fiscalía sobre el caso con tal de despejarse antes de volver a su hogar. El aire fresco le sentaría bien, se dijo, y dispondría de tiempo para pensar sin interrupciones durante el trayecto de ida y vuelta.

Se sentía abatida, y por motivos personales, no profesionales. Aunque habían transcurrido más de veinticuatro horas desde que había sabido que llevaba en su vientre al hijo de Matt, todavía no se lo había comunicado.

La noche anterior él la había despojado de su oportunidad al expresar puntos de vista que Kendall nunca le hubiera atribuido. Se había horrorizado al escuchar a su marido defender unas ideas tan anticuadas acerca del matrimonio y el papel que cada cónyuge debía desempeñar.

Si Matt hubiera hablado en broma, o incluso en un momento de enfado, ella podría haber pasado por alto sus inesperados comentarios sexistas. Pero por el contrario, había expuesto sus opiniones con una convicción tan calmada que Kendall llevaba todo el día reflexionando sobre ellas.

Él repetía como un papagayo lo que decía Gibb, estaba claro. En realidad Matt no quería una esposa sumisa y apocada. De ser así, nunca se hubiera casado con ella. Pero a Kendall la inquietaba que Gibb ejerciera tanta influencia sobre la manera de pensar de Matt. De igual modo que la había intranquilizado constatar que la influencia de Gibb en el pueblo abarcaba áreas que no guardaban absolutamente ninguna relación con él.

Si quería recuperar la euforia que había experimentado al saber que estaba encinta, Matt y ella primero tendrían que sentarse a hablar seriamente y llegar a un acuerdo sobre su relación de pareja, así como sobre las intromisiones de Gibb.

En cierto modo la molestaba el tiempo y la energía que precisaría una discusión de esa índole, y el consiguiente desgaste emocional, sobre todo ahora que estaba en un momento en el que necesitaba centrar todos sus esfuerzos en la defensa de Lottie Lynam.

Kendall y el fiscal Gorn se habían enzarzado en una enconada disputa por la fianza, pero para sorpresa de Kendall, el juez Fargo había fallado a favor de su cliente. La señora Lynam había logrado reunir el dinero hipotecando la propiedad de su familia, que había heredado en su día por incomparecencia de sus hermanos, pues ninguno había querido su parte.

Los argumentos de la defensa eran endebles. Kendall esperaba que la señora Lynam detectase algo que pudiera serles de utilidad en el dossier de la fiscalía que le llevaba. Quizá viera algo en la relación de pruebas de cargo que lograrse crear una duda razonable entre los miembros del jurado y apoyase su tesis de defensa propia.

Kendall no se hacía falsas ilusiones. El juicio sería duro y le exigiría toda su habilidad. Pensar en ello le produjo una sensación de quemazón entre los omoplatos y se le agarrotaron los músculos del cuello.

Sería contraproducente que su cliente la viese preocupada y tensa. Detuvo el coche impulsivamente a un lado del camino. La casa estaba a escasa distancia de allí. Iría dando un paseo. El ejercicio le sentaría bien... y también al niño.

Bajó del vehículo y echó a andar. Las ramas de los árboles estaban cuajadas del intenso verdor que anuncia la llegada de la primavera. Aquella promesa de refloreCIMIENTO, además del embrión que gestaba su cuerpo, hizo renacer la determinación de Kendall. Estaba resuelta a triunfar, tanto en el terreno profesional como en el personal. Había arriesgado mucho trasladándose a Prosper, y no podía fracasar.

Pletórica de resolución, aceleró el ritmo de sus pasos. Pero se detuvo en seco al doblar la curva y ver el coche que había aparcado junto al de la señora Lynam, frente a la pequeña y destartalada casa.

¿Qué estaría haciendo Matt allí?

¿Le habría telefoneado al despacho y le habrían dicho que se dirigía a casa de la señora Lynam, y habría decidido encontrarse con ella allí para realizar la entrevista de la que habían hablado la noche anterior?

No, no podía ser eso. Aún no le había dado la lista de las preguntas que le había prometido. Seguro que no había ido a espaldas de Kendall para entrevistar a la señora Lynam antes de que ella tuviera ocasión de orientarla al respecto.

Pero si Kendall no intuía que la presencia de Matt allí ese mediodía era de algún modo ilícita, ¿por qué no se acercaba a la puerta en vez de ocultarse rápidamente tras un seto?

Aún no había acabado de formularse esa pregunta cuando aparecieron Lottie y Matt, juntos cruzaron la puerta principal y salieron al porche. Él llevaba la americana echada sobre el hombro, sujeta con el dedo índice, y con el otro brazo enlazaba la cintura de Lottie.

Ella sólo vestía una combinación blanca, de esas antiguas con las copas del sostén de encaje y falda ceñida que no le llegaba a las rodillas. Uno de los tirantes se había deslizado, mostrando la pálida sinuosidad de su seno. Tenía la cabeza apoyada en el pecho de Matt, y su cuerpo amoldado al de él. Era imposible discernir quién sostenía a quién, pues el uno parecía tan necesitado y abatido como el otro.

Al llegar al primer peldaño, Lottie se detuvo y se volvió hacia él. Apretó su cuerpo contra el de Matt, arqueando el lomo de modo insinuante. Él reaccionó soltando la americana, que cayó al despintado suelo del porche.

Los brazos de ella se entrelazaron en torno a su cuello.

Matt le aferró posesivamente las nalgas y la alzó hacia él.

Ella le deslizó el muslo hasta la cadera, acercándolo más.

Él refregó su pelvis contra la de ella.

Ella echó la cabeza hacia atrás.

Él susurró su nombre.

Sus labios se buscaron a ciegas, se encontraron y se unieron con una pasión desenfrenada.

Capítulo 20

—¿Qué demonios te ha pasado en el pelo?

Al salir del cuarto de baño, Kendall se tocó tímidamente la nuca, ahora despejada tras haberse cortado el pelo a trasquilones.

—Me daba calor, siempre se me pegaba a la nuca. No soportaba llevarlo largo un día más. —Miró de forma significativa el redondel semicalvo que él tenía cerca de la sien y añadió en tono malicioso—: Además, tú no eres precisamente el más indicado para hablar de pelo.

Él tenía razón. Estaba espantosa. Cortarse el cabello había sido una medida drástica pero necesaria tras ver su imagen en la portada de aquel periódico de Nashville. Probablemente también estarían difundiendo su fotografía por televisión. Esperaba que el corte de pelo sirviese para disfrazar su aspecto.

—El niño ha estado llorando —dijo él.

Kendall lo rodeó y entró en el dormitorio donde dormía Kevin.

—¿Qué pasa, Kevin? ¿Hummm?

—¿Crees que te reconocerá con esa pinta?

—Me reconoce por la voz. —Cogió al niño en brazos y lo llevó hasta la cómoda que utilizaba a modo de mesa para cambiarle el pañal—. ¿Estás mojado? ¿Ese es el problema?

Kendall oyó el golpeteo de las muletas al acercarse a ella por detrás. Un tanto picada por su comentario socarrón acerca de su pelo corto, le ignoró y concentró su atención en cambiar el pañal a Kevin.

—Está circuncidado —observó él.

—Ajá.

—¿Por motivos religiosos?

—No especialmente. Simplemente lo decidimos.

—¿Por qué?

—No lo sé —repuso ella con impaciencia.

—¿Quería que fuese como yo o no?

—¿A qué te refieres?

—¿Estoy circuncidado o no?

—¿No lo sabes? —dijo Kendall lanzando una carcajada burlona.

—Yo sí lo sé. —Le puso el dedo debajo de la barbilla y le hizo girar la cabeza hacia él—. ¿Y tú?

Kendall se quedó atónita unos instantes. Finalmente dejó escapar una risa trémula.

—¡Qué pregunta tan ridícula! —exclamó haciendo ademán de proseguir su tarea, pero él la aferró por la muñeca hasta que ella cedió y volvió a mirarlo.

—Contéstame, Kendall.

—Me molesta que me pongas a prueba.

—Y a mí que me mientan. Afirmas ser mi esposa. Si hay algo que una esposa sabe con certeza es si su marido está circuncidado o no.

Hablaba con voz tan queda y sosegada que las palabras apenas eran audibles. Sus ojos escrutaron los de Kendall mientras le pasaba lentamente el pulgar por la palma de la mano.

—¿Y bien? No me dirás que siempre hacíamos el amor a oscuras.

—Claro que no.

—¿Y nos duchábamos juntos?

Kendall trató de darse la vuelta, pero él le tiró de la muñeca.

—A veces —repuso dirigiéndole una mirada iracunda.

—Entonces seguramente me lavarías. Y me acariciarías. —Se llevó la mano de Kendall a la boca y le besó la palma. Sus labios la rozaban mientras continuó diciendo—: Apuesto a que sabías tocarme de un modo que me ponía a cien.

Kendall sintió que el estómago le daba un vuelco vertiginoso. Intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca. Los latidos del corazón le resonaban en los oídos.

—Nunca te quejaste —dijo con un hilo de voz.

—En ese caso no debería ser una pregunta difícil.

—No lo es.

—Pues contéstala.

—Es estúpida.

—Haz el favor de responder.

Kendall sabía que su voz sería tan hueca y quebradiza como la broza, pero él aguardaba una respuesta. Y tenía que ser la correcta. Tragó saliva con dificultad.

—Sí, lo estás.

La contempló con una mirada prolongada y penetrante antes de soltarle la muñeca. Kendall se sintió desfallecer de puro alivio. Estaba mareada, aturdida por la alegría de haber salido airosa.

Cogió a Kevin en brazos, le dio un beso de buenas noches, volvió a dejarlo en el parque y lo tapó con una manta de algodón. Le había dado de mamar antes de ducharse, de modo que ya estaba listo para dormir.

Cuando se enderezó y se dio la vuelta, él estaba alarmantemente cerca. La cogió por los hombros. Sus ojos recorrieron el rostro de Kendall y a continuación se detuvieron en su cabello.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Tan horroroso queda? —preguntó ella con cierto remordimiento.

—Comparado con cómo era antes, sí, queda bastante horrible. ¿Por qué te has hecho esto?

—Ya te lo he dicho...

—No decías la verdad, Kendall. Si el pelo te daba calor en la nuca, podrías habértelo recogido. Pero en vez de eso te lo has cortado de mala manera. ¿Por qué? —Le dirigió una mirada dura y escrutadora—. Pensabas irte hoy, ¿verdad?

—¡No!

—Deja de mentirme. Si no puedes decirme más que mentiras, no me digas nada. —La atrajo hacia él y la estrechó entre sus brazos con fuerza—. Empiezo a desear que tus mentiras sean verdad. Te deseo tanto. Desearía que fueses mía. Desearía que...

La besó, con pasión, con avidez.

Kendall se dejó besar. De repente reconoció lo que su mente consciente llevaba días eludiendo: le deseaba tanto como él a ella. En un principio había temido y despreciado todo cuanto él representaba. La aversión que sentía le había impedido ver al hombre en sí. Pero tras convivir con él, tras dormir a su lado, era imposible ignorar su atractivo. Ella había creído ser inmune a la sexualidad de aquel hombre, e incluso a la suya propia, pero no lo era.

Sin embargo, su deseo no era meramente físico. Mientras las heridas de su cuerpo iban sanando, ella había detectado profundos desgarros en su espíritu que aún necesitaban ser restañados. Esa necesidad, de la que él probablemente no era consciente siquiera y de la que nunca se ocuparía, llegaba a lo más hondo de Kendall. Quería ver sus ojos libres de aquella mirada angustiada.

A medida que transcurrían los días, incluso las horas, los dos se habían ido acercando de manera insoslayable a ese momento. Había sido inevitable desde el principio. En lugar de oponer resistencia, Kendall se abandonó a él.

Como él se movía con dificultad, fue ella quien se acercó más y arqueó su cuerpo contra el suyo. Él gimió y le cubrió los pechos con ambas manos.

—Deja que te toque —susurró con voz áspera.

Le acarició los pezones, que se irguieron, duros. Sus caricias hicieron aparecer sendas manchas húmedas en el camisón de Kendall. Él bajó los ojos y las miró, observó las yemas mojadas de sus dedos y la expresión de su rostro se tornó tensa de pasión.

Cogió la cabeza de Kendall entre sus grandes manos y recorrió sus pómulos y sus labios húmedos con los pulgares. Inclino la cabeza para darle otro beso, pero este fue sorprendentemente suave. Sus bocas apenas se rozaban, una y otra vez, pero el mero contacto de su boca con la de Kendall le hizo sentir que se derretía.

Su expectación fue finalmente recompensada. Él le dio un beso profundo, explorando voluptuosamente su boca con la lengua. Kendall notó crecer la tensión en la pelvis hasta hacerse embriagadoramente insoportable. Envuelta en una oleada de sensualidad palpitante, sintió que su cuerpo fluía de deseo. No lograba recordar la última vez que había experimentado aquella maravillosa sensación. Sus pechos estaban henchidos, dulcemente doloridos, y anheló el contacto de sus manos, de su boca, sobre ellos. Quería estar cerca de él. Más cerca.

—¿Kendall?

—¿Hummm?

—Vayamos a la cama.

La cama. Quería acostarse con ella, hacerle el amor. Sin duda esperaría que ella respondiese como su esposa.

Muy a su pesar, de repente tuvo un momento de lucidez abrumadora. No podía escapar de esa idea, igual que no podría haber huido de una avalancha arrolladora. La envolvió, la aplastó. Era ineludible.

¿Se había vuelto loca? ¿Acaso ella también había perdido la memoria? ¡No podía acostarse con él!

—Lo siento. No puedo —dijo apartándose de él con tanta brusquedad que los dos estuvieron a punto de perder el equilibrio. Se apoyó en la cómoda y extendió el brazo en ademán de que no se le acercara—. Por favor, no vuelvas a tocarme así.

Con expresión sombría y el rostro sonrojado por la excitación, él soltó una palabrota con la voz ronca y desgarrada.

—Esto no tiene sentido, Kendall. ¿Por qué no puedes?

—He dicho que no, lisa y llanamente. Punto final.

—De eso nada. Tengo derecho a una explicación.

—Ya te lo he explicado.

—Sí, con un enigma que ni un genio alcanzaría a descifrar —gritó. Kevin comenzó a lloriquear. Cuando el niño volvió a dormirse, se presionó las sienes con la palma de las manos y exhaló un profundo suspiro—. No lo entiendo. Si somos marido y mujer como tú afirmas, y si los dos queremos...

—Yo ya no quiero desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué no?

—Por el dolor.

—¿El dolor? —Palideció—. ¿Te hago daño?

Ella negó con la cabeza.

—Físicamente, no. Emocionalmente. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Lo recuerdo todo demasiado bien y aún me duele.

El dolor y el sentimiento de haber sido traicionada que había experimentado aquella tarde ante la casa de Lottie Lynam surgieron en su memoria. Se rodeó con los brazos y se dobló en dos, como si se le estuvieran retorciendo las entrañas.

—Oh, mierda —musitó él. Sus labios, que momentos antes habían acariciado tan sensualmente los de ella, se distendieron en una mueca amarga y pesarosa—. Había otra mujer, ¿verdad?

Capítulo 21

Sentada en la mecedora del porche, Kendall se quedó con la mirada perdida en el vacío. No reparó en las ardillas que se perseguían de árbol en árbol, pese a que solía disfrutar contemplando sus graciosas cabriolas, ni oyó el lejano chirrido de la sierra mecánica que estaba usando un vecino, ni la reprimenda que recibió de un arrendajo azul con un sentido muy desarrollado de la territorialidad.

Sus sentidos se habían bloqueado al ver a su marido hacerle el amor a Lottie Lynam con más pasión de la que jamás había mostrado en el lecho conyugal.

Kendall se reprochó no haberse enfrentado a ellos. Los había cogido in fraganti. No podrían haberlo negado. ¿Por qué no les había recriminado con el desprecio que se merecían?

Sencillamente, porque en ese momento se había sentido incapaz de hacer otra cosa que no fuese alejarse cabizbaja para lamerse las heridas. Tras descubrirlos, durante unos momentos se había quedado mirándolos sin dar crédito a lo que veía, medio esperando que se volvieran hacia ella riendo y le dijeran «¡Te lo has creído!», como si le hubieran gastado una broma cruel.

Pero no había sido una broma. Había sido trágicamente real. Había contemplado a los apasionados amantes con fascinado horror. Cuando ya no pudo soportarlo más, había huido, sin ser vista, por el polvoriento camino. Antes de llegar al coche le habían entrado náuseas y había vomitado entre las vides silvestres que crecían junto a la cuneta. Sin saber bien cómo, había conseguido conducir de vuelta a su casa, pero no recordaba el trayecto.

Habían transcurrido varias horas desde entonces. La ira se había abierto paso, atemperando en parte su dolor. Ahora estaba preparada para encararse con su marido por haberla engañado, aunque no sabía con certeza cómo abordar el tema. No era algo que se pudiera planear o ensayar.

En cualquier caso, ya no le quedaba tiempo. Matt acababa de llegar.

Vio como el coche de su marido dejaba la carretera y enfilaba el largo camino de la entrada. Él tocó el claxon dos veces cuando se dio cuenta de que

estaba sentada en el porche. Bajó del vehículo, sonriente y contento de verla.

—¡Hola! Te he llamado al despacho, pero tu secretaria me ha dicho que te habías marchado temprano. ¿Adónde has ido?

—Tenía que hacer unas gestiones.

Subió los peldaños con agilidad, puso el maletín en el suelo del porche, dejó la americana sobre el brazo de la mecedora y se inclinó para darle un beso en la frente a Kendall. Ella tuvo que poner todo su empeño en mantener el dominio de sí misma y no apartarse de él. Por lo menos no la había besado en los labios. No lo habría soportado.

—¿Has tenido un mal día? —preguntó en tono comprensivo al advertir su falta de entusiasmo.

—Normal.

¿Normal? Todo lo contrario, no podría haber sido más desastroso. Había sido engañada por su esposo y una clienta cuyo futuro dependía de ella.

Matt se aflojó el nudo de la corbata y se sentó en la mecedora que había junto a ella.

—He pasado la mayor parte del día enganchado al teléfono intentando conseguir que alguien de la cámara legislativa del Estado se dignara a hablar con un humilde periodista como yo sobre el nuevo presupuesto de la enseñanza pública. Todo el mundo en Columbia está demasiado ocupado para concederte una entrevista si no trabajas para un periódico de una gran ciudad. —Se había quitado los zapatos y los calcetines. Con el tobillo apoyado en la pierna contraria, se masajeaba el pie—. ¿Has hablado hoy con papá?

—No.

—Yo tampoco he sabido nada de él. Me pregunto qué hará. Creo que entraré en casa y le telefonaré.

Kendall lo detuvo antes de que cruzase la puerta.

—Matt, ¿cuándo me darás la lista con las preguntas?

—¿Qué lista de preguntas?

—Para la entrevista con la señora Lynam.

Chasqueó los dedos.

—Ah, sí. Entonces ¿estás de acuerdo con la idea? ¿Me das luz verde?

—¿Para entrevistarla o para tirártela?

No era precisamente un comentario elegante, pero sí un golpe contundente y, desde luego, cumplió su propósito. A Matt se le demudó el semblante.

—No te pongas en evidencia ni insultes mi inteligencia haciéndote el tonto —le advirtió con voz mucho más calmada de lo que ella misma habría podido esperar—. No se trata de una habladuría malintencionada que haya

oído en la peluquería. Esta tarde he ido a casa de los Lynam y os he visto juntos, a plena luz del día. Sólo se podía sacar una conclusión. No dejaba lugar a dudas.

Matt se acercó a la barandilla del porche y contempló el patio, de espaldas a ella. La paciencia de Kendall decrecía a medida que aguardaba su respuesta. Estaba a punto de increparle cuando él por fin se dio la vuelta para mirarla. Cruzó los brazos sobre el pecho con aire desenfadado.

—Lo que has visto no tiene nada que ver contigo.

Hizo aquella afirmación en un tono razonable y calmado. No obstante, sus palabras sacudieron a Kendall con la fuerza de un maremoto.

—¡Que no tiene nada que ver conmigo! —gritó—. ¿Cómo que no tiene nada que ver conmigo? ¡Soy tu esposa!

—Exacto, Kendall. Te elegí a ti por esposa.

—¡Y a Lottie Lynam como amante!

—Así es. Hace años, antes de haber oído hablar siquiera de ti.

—¿Hace años?

Volvió a darle la espalda, pero Kendall se puso en pie de un salto, se acercó a él, le agarró de la manga y le hizo darse la vuelta.

—¿Cuánto hace que te acuestas con ella, Matt? Quiero saberlo.

Matt estalló de pronto y se soltó con brusquedad.

—Desde que tenía catorce años —replicó.

Kendall retrocedió estupefacta.

—Ya lo has oído. ¿Estás más tranquila sabiendo eso, Kendall? ¿Hace que te sientas mejor? Claro que no. Deberías haberlo dejado estar.

Sin embargo, él no lo hizo. No se limitó a darle aquella asombrosa noticia. Ahora que su relación había quedado al descubierto, se lo contó todo.

—Desde que éramos unos críos llenos de curiosidad, había algo entre Lottie y yo —comenzó a explicarle—. Química, karma... llámalo como quieras. Siempre me sentí atraído por ella y ella por mí. Cuando teníamos catorce años satisfacimos nuestra curiosidad, y así empezó todo.

Kendall se llevó la mano a los labios para impedir que temblaran. La situación era mucho peor de lo que había pensado. Aquello no era un simple lío sin trascendencia, ni una equivocación que él corregiría y de la que se acordaría con remordimiento y pesar. Él y Lottie Lynam tenían más que una aventura. Mantenían una relación que había durado más que la mayoría de matrimonios.

Kendall se había preparado para una pelea. Había imaginado que primero le oiría negarlo todo, que luego confesaría y a continuación le suplicaría

comprensión y perdón. No estaba preparada para aquello.

—Después de esa primera vez, Lottie y yo nos veíamos en secreto a la menor oportunidad. Yo salía con otras chicas, ella se veía con otros chicos, pero sólo lo hacíamos para que nadie sospechara lo que había entre nosotros. Lottie se encargaba de comprar los preservativos porque así el farmacéutico no le diría a mi padre cuántos usaba yo. El resultado fue que Lottie se granjeó fama de ser promiscua. Nadie sabía que ella sólo tenía un amante.

»Claro que con el tiempo llegó a saberse que nos veíamos a escondidas. Papá se enteró. Me preguntó si el rumor era cierto. Yo lo negué. Entonces me dejó solo un fin de semana, con el pretexto de que iba a asistir a una feria de muestras de artículos deportivos en Memphis. Lottie estaba en la cama conmigo cuando él apareció de improviso.

»Telefonó al padre de Lottie para que fuese a buscarla. Me propinó una paliza y me sermoneó sobre las artimañas femeninas, sobre cómo chicas de mala calaña como Lottie atrapaban a chicos como yo. A continuación me dio el nombre y las señas de la propietaria de un burdel en Georgia. Me dijo que cuando necesitara estar con una mujer, él la pagaría gustoso, pero que debía mantenerme alejado de gentuza como Lottie. No podría salir nada bueno de mezclarme con ella, dijo.

»Durante un tiempo tuve miedo de verla por temor a que él se enterase. Después me fui a estudiar a la universidad. Pasaron los años y el recuerdo de Lottie fue difuminándose. Acabé la carrera, volví a Prosper y empecé las negociaciones para comprar el periódico. Cuando fue mío, pasé por la compañía de seguros para asegurar el edificio y el equipamiento. Y ahí estaba Lottie. —Guardó silencio un momento, como si la estuviera viendo sentada a la mesa en la oficina—. Intercambiamos una mirada. Con eso bastó. Retornamos la relación donde la habíamos dejado. Durante unos años todo fue maravilloso, pero luego ella empezó a darme un ultimátum. Me dijo que debía casarme con ella o salir de su vida para siempre. Pensé que era un simple farol, así que le contesté que adelante, y dejé de verla. Al cabo de tres meses se casó con Charlie Lynam.

—Por despecho hacia ti.

Él asintió con la cabeza.

—Desde entonces ha sido desdichada cada día que ha transcurrido.

—Salvo cuando está con mi marido.

Él se pasó los dedos por los cabellos con impaciencia.

—Hoy ha sido una excepción, Kendall. No había visto a Lottie desde que tú y yo nos casamos. Imagínate cómo me sentí cuando supe que tú la ibas a

defender en el juicio por asesinato. No me hizo ni pizca de gracia, pero no podía hacer nada al respecto.

—¿Por qué has ido a verla hoy?

—No lo sé —repuso él con irritación—. ¿Qué más da?

—Para mí es importante. Has quebrantado la promesa de fidelidad que hicimos al casarnos. Quiero una explicación. Es lo mínimo que me merezco.

Saltaba a la vista que se sentía acorralado. La fulminó con la mirada mientras se mordisqueaba la cara interior de la mejilla.

—No se puede explicar, ¿vale? —espetó al fin.

—No, no vale. —A Kendall le costó lo indecible dejar a un lado su amor propio, pero tenía que preguntárselo—. ¿La quieres, Matt?

Él negó con la cabeza y pronunció un «no» rotundo antes de decir:

—Pero Lottie siempre ha sido capaz de...

—¿De qué? —le interrumpió Kendall—. ¿Qué hace ella por ti?

—¡Satisface una necesidad concreta! —gritó él.

—¿Una necesidad que yo no satisfago?

Matt apretó los labios con fuerza y permaneció en silencio, aunque la respuesta se hizo evidente de inmediato y asestó un duro golpe a la autoestima de Kendall. A partir de ese día ¿volvería a confiar de nuevo en su capacidad de despertar deseo?

—Nunca quise hacerte daño —dijo Matt.

—Pues es un poco tarde para eso, señor Burnwood, porque me has hecho muchísimo daño. También estoy enfadada, pero sobre todo confusa. Si Lottie satisface tan bien tus necesidades, ¿por qué demonios no te casaste con ella?

Matt soltó una risotada desagradable de incredulidad.

—¿Casarme con ella? Eso habría sido imposible. Papá jamás lo habría permitido.

—¿Cómo que él no lo habría permitido? ¿Acaso era Gibb quien tenía que elegir esposa por ti? ¿Me eligió él o fuiste tú?

—No digas tonterías, Kendall.

—Y tú no utilices ese tono de superioridad conmigo.

—Te estás poniendo histérica.

—No estoy histérica, sino indignada. Me engañaste, y me has puesto en ridículo.

Matt extendió las manos en un ademán que era a la vez de desaliento y de inocencia.

—¿Cómo te engañé?

—Cortejándome y fingiendo que me querías.

—Yo te quiero. Esperé durante años a la esposa perfecta, y esa eres tú. Te elegí a ti porque posees todas las cualidades que buscaba.

—Como los accesorios de un automóvil nuevo. Esperaste el modelo apropiado antes de comprar.

—No estás siendo razonable, Kendall.

—Creo que mi actitud está justificada.

—¿Porque he cometido un desliz? ¿Porque he pasado una tarde con un antiguo amor? No alcanzo a comprender por qué estás tan indignada y disgustada.

Kendall no daba crédito a lo que oía. ¿Quién era ese hombre? ¿Realmente lo conocía? ¿Él la conocía? ¿No se daba cuenta de cuán importante era la fidelidad para ella? Nunca habían hablado de ello, pero sin duda se sobreentendía que ella esperaba que le fuese fiel.

—¿Y si hubiera sido yo quien cometiera el desliz? —preguntó—. ¿Y si me hubieras pillado haciendo el amor con un antiguo amante?

—Eso es harina de otro costal.

—¿Por qué es diferente?

—Es diferente y punto —respondió con sequedad.

—No hay dos reglas del juego, Matt, una para los chicos y otra distinta para las chicas.

—Esta conversación roza lo absurdo. Me gustaría darla por acabada, entrar en casa y cambiarme de ropa.

Intentó pasar junto a ella, pero Kendall se plantó ante él.

—Esta conversación no es absurda y no vamos a darla por acabada ni mucho menos. Te he visto con ella, Matt. Vi cómo os aferrabais el uno al otro y, francamente, creo que te engañas a ti mismo en lo que se refiere a tus sentimientos hacia Lottie. Vuestro encuentro no me ha parecido ni de lejos tan casual como tú afirmas. Más bien todo lo contrario. No puedo fingir que no ha ocurrido y no puedo desechar fácilmente de mis pensamientos que has cometido adulterio.

Se le quebró la voz. Tragó una profunda bocanada de aire para contener las lágrimas. Cualquier muestra de debilidad pondría en peligro su posición. Cuando logró serenarse continuó:

—Quiero que te traslades a casa de Gibb. Necesito tiempo para estar a solas y reflexionar acerca de todo esto. Mientras tanto, no quiero que vivamos bajo el mismo techo.

Matt le dirigió una sonrisa pesarosa, como si su ingenuidad le inspirara compasión.

—Eso nunca ocurrirá, Kendall —dijo en voz baja—. Esta es *mi* casa y tú eres *mi* mujer. No fui a casa de Lottie con la intención de herirte. Lamento que me vieras con ella, pero ahora tienes que olvidarlo. —La apartó bruscamente a un lado, fue hacia la puerta y añadió en tono agradable, como si el enfrentamiento no hubiera ocurrido—: Papá y yo nos vamos a nuestro coto de ciervos. No creo que vuelva hasta muy tarde.

Capítulo 22

En menos de diez minutos, Matt se había cambiado y puesto ropa y botas de montaña, había preparado una bolsa de lona con los enseres de caza y se había ido. Pareció divertirse la hosca frialdad que mostró Kendall cuando se despidió de ella con un beso.

Largo rato después de que se hubieran marchado, aún permanecía sentada en la mecedora del porche, paralizada por la desesperación. No sabía qué le había afectado más, si la infidelidad de Matt o la actitud displicente con la que había pretendido minimizar la cuestión.

¿Acaso esperaba que ella lo disculpase porque era la primera vez que la había engañado? ¿Debía elogiarlo por haber resistido tanto tiempo la tentación? ¿Cómo se atrevía Matt a reaccionar ante su ira con semejante despreocupación e indiferencia en vez de con la seriedad que se merecía!

Le estaría bien empleado que ella hiciera las maletas y se fuese durante su ausencia. ¡Eso haría que le prestara atención!

Pero aquel era un impulso furioso, no un proceder prudente y meditado. Si estaba decidida a tener un buen matrimonio, no debía obrar de un modo irreflexivo. La infidelidad de Matt la había destrozado; nunca lograría sobreponerse por completo. Sin embargo, sabía que la ira y el orgullo podían ser igualmente destructivos.

El hecho más difícil de aceptar era que Matt había estado enamorado durante años de Lottie y que se habría casado con ella si Gibb hubiera dado su aprobación.

Lottie no era la clase de mujer que Gibb tenía en mente para su hijo. No reunía los requisitos exigidos por los Burnwood. En cambio Gibb había dado el visto bueno a Kendall Deaton, que era culta, educada, elocuente y tenía confianza en sí misma.

Su único defecto era que no satisfacía todas las necesidades de su marido, pensó con amargura.

¿La habría elegido Matt o Gibb?, se preguntó. La asustaba pensar que Gibb ejerciera tanto control sobre las decisiones de Matt. Mientras que ella

contase con las simpatías de Gibb, todo iría bien. Pero si contrariaba a su suegro, se granjearía un poderoso enemigo.

Por el momento apartó de su mente ese preocupante pensamiento. Ahora mismo debía decidir qué hacer respecto a su matrimonio.

¿Quería conservarlo? Sí, sí quería. Pero ¿cómo lograrlo?

Tenía dos ventajas nada desdeñables sobre Lottie Lynam. En primer lugar, a Gibb no le gustaba Lottie, y su opinión pesaba mucho en Matt. En segundo lugar, no podía tener hijos mientras que Kendall, por el contrario, estaba embarazada de un hijo de Matt.

Pero la certeza de contar con aquella arma secreta, en lugar de proporcionarle consuelo, acrecentó su dolor. Matt y ella deberían estar de celebración esa noche, maravillados con aquel milagro de la naturaleza que era el fruto de su amor. Deberían estar proyectando cómo sería su dormitorio, discutiendo posibles nombres, planificando con ilusión un futuro halagüeño para su hijo.

Sin embargo, él se había ido, dejándola sola y sumida en la desdicha, atormentada por imágenes persistentes de Matt con Lottie. Él seguía con sus actividades como si tal cosa, sin inmutarse.

«¡Maldito sea!», exclamó. ¿Cómo tenía la desfachatez de irse y fingir que no había ocurrido nada? Ni siquiera se había dignado a ofrecerle una buena pelea.

Se levantó de la mecedora de un salto y entró corriendo en la casa a coger el bolso. A los escasos segundos de haber tomado la decisión, ya estaba en el coche y conducía a toda velocidad calle abajo.

Quería continuar casada con Matt. Quería formar una familia. Quería *pertenecer* a una familia.

Pero no si eso significaba sacrificar su dignidad. No consentiría que la ignorase. No estaba dispuesta a ser un felpudo. No le permitiría a Matt menospreciar su indignación y reaccionar como si fuese un mero arrebató de despecho.

Si él deseaba que su matrimonio permaneciese intacto, debía admitir su culpabilidad y darle su palabra de que no volvería a repetirse lo ocurrido con Lottie ni con ninguna otra mujer. La fidelidad no era un punto negociable. Si estaba dispuesto a reconocer que había obrado mal, ella le perdonaría.

Pero la oferta sólo estaba en pie esa noche. No aguardaría en casa, como una mujercita obediente y servil, hasta que Matt regresase. Se había largado en mitad de una pelea, así que ella iría en su busca y llevaría la pelea hasta él.

Y si estaba con Gibb, tanto mejor. Tendría que explicarle su sórdida aventura extramatrimonial con Lottie Lynam.

Kendall sabía que en ese sentido contaría con el apoyo inquebrantable de Gibb.

Cuando llegó a las afueras del pueblo, ya había oscurecido. Pronto fue evidente que no resultaría tan fácil encontrar a Matt como ella había pensado. Ahora que las luces de Prosper quedaban en la distancia, no había puntos de referencia por los que guiarse.

Sólo había ido al coto de caza de ciervos en una ocasión con Matt, quien le había mostrado con orgullo una cabaña pequeña y tosca que él y Gibb habían construido en el terreno. Kendall lamentaba no haber prestado más atención al camino que habían tomado para llegar hasta allí.

Las carreteras que serpenteaban a través de las ondulantes colinas boscosas que rodeaban Prosper eran poco más que caminos estrechos y sin asfaltar, y estaban oscuras. Había pocas que estuvieran señalizadas. Sólo un lugareño podía distinguir una de otra. Para un forastero, todas se asemejaban.

Convencida de que acabaría divisando alguna señal que reconocería, Kendall siguió conduciendo. Pero cuando vio el mismo granero abandonado y en ruinas frente al que había pasado diez minutos antes, tuvo que reconocer que se había perdido.

Detuvo el coche en mitad de la carretera. «¡Mierda!». Los ojos se le llenaron de lágrimas de frustración. Ansiaba desesperadamente encontrar a Matt. Cuanto más rápido trataran de resolver el problema, antes podrían dejarlo atrás y continuar con sus vidas.

Exasperada, bajó del vehículo y miró en todas direcciones, tratando de divisar algún punto de referencia que le sonase. A su alrededor no había más que el espeso y tenebroso bosque.

Subió al coche y volvió a ponerse en marcha, pues sabía que tarde o temprano acabaría dando con un camino que la condujera de vuelta a Prosper. Tendría que desistir de su intento de encontrar el coto a aquellas horas.

Entonces comprendió que en el fondo le había ido bien perderse. Había tenido tiempo para calmarse antes de enfrentarse a Matt. Ahora tendría ocasión de analizar el problema desde todos los ángulos. Quizá descubriera qué había impulsado a Matt a buscar la compañía de su examante. ¿Sería responsable ella de algún modo?

Ansiosa por concentrarse en el tema de la reconciliación, aceleró. Cuando el coche alcanzó la parte más alta de una pendiente, Kendall distinguió un resplandor rojizo por encima de las copas de los árboles, a menos de un

kilómetro de distancia. Asustada, lo primero que pensó fue que se trataba de un incendio forestal, pero enseguida descartó esa alarmante posibilidad al fijarse en que el fuego se limitaba a una zona concreta y no se extendía.

Entonces, a medida que se acercaba hacia el fuego, el paisaje empezó a resultarle familiar, y reconoció dónde estaba. Había estado allí el pasado mes de noviembre, la mañana de la matanza de los cerdos. Por lo menos desde allí sabía regresar a casa. Y tal vez para cuando llegara, Matt se habría arrepentido y estaría aguardándola.

No obstante, quitó el pie del acelerador y pisó el freno. ¿Qué se estaba quemando?

Quizá su primer pensamiento había sido correcto. Alguien podría haber dejado mal extinguida una fogata. No había coches a la vista, por lo que era fácil deducir que nadie controlaba el fuego, de manera que podría provocar un incendio en todo el bosque.

Detuvo el vehículo pero no apagó el motor. Tras mirar con cautela a su alrededor, abrió la puerta y bajó del coche. Un olor penetrante aunque no desagradable a humo de leña flotaba en el cálido aire primaveral.

Contempló con inquietud el oscuro bosque. Quizá debería regresar al pueblo lo más deprisa posible e informar al encargado del servicio voluntario contra incendios.

Pero ¿y si sólo se trataba de un grupo de adolescentes que estaba asando unas salchichas a la barbacoa, o de una familia disfrutando de una cena al aire libre? Habría armado un jaleo por nada. Sería un incidente más por el que le tomarían el pelo, como cuando se había desmayado en la matanza del cerdo.

Una cosa era indudable: no se podía ir de allí si había la más mínima posibilidad de un incendio forestal. Armándose de valor, echó a andar.

Vestida aún con el traje de chaqueta y los zapatos de tacón alto que se había puesto por la mañana, no llevaba precisamente la indumentaria más adecuada, para caminar por el monte. Sus medias quedaron destrozadas. Las zarzas y las enredaderas, florecientes tras meses de letargo invernal, se le enganchaban en los cabellos y en la ropa, arañándole los brazos y las piernas. Oyó un crujido entre la maleza a escasos metros de ella, pero apretó el paso sin detenerse a investigar de dónde procedía.

Un alarido surcó el aire.

Kendall se quedó petrificada. El miedo le atenazó la garganta. ¿Qué demonios había sido eso? ¿Un animal? ¿Algún tipo de felino salvaje?

No, había sido un sonido humano... aterradora y espantosamente humano. ¡Dios santo! ¿Con qué se había encontrado?

Aquel primer chillido espeluznante fue seguido de varios gritos entrecortados de pura agonía.

Impulsada por la certeza de que alguien necesitaba ayuda, se olvidó de su miedo y arrancó a correr precipitadamente en la oscuridad intentando buscar un atajo atravesando el bosque. Tuvo que abrirse camino con los brazos entre el espeso follaje, ignorando las punzadas de dolor que le producían las ramas al rasgarle la piel y los arañazos de las ortigas y los espinos.

Entonces, un poco más adelante, distinguió el claro que recordaba. A través de los árboles alcanzó a ver la parpadeante luz de las llamas de una hoguera y los contornos de figuras humanas que destacaban contra ella.

Habría una veintena de personas, quizá más. Todos gritaban, pero sus gritos no parecían ser de alarma o de dolor.

Aliviada, se detuvo para recuperar el aliento, preocupada por si aquella aterradora carrera a través del bosque habría sido un esfuerzo excesivo, dado que estaba en el primer trimestre de gestación. Apoyando la mano en el tronco de un árbol, se dobló por la cintura y respiró hondo.

Unas súbitas carcajadas la hicieron alzar de nuevo la cabeza. Movida por la curiosidad, quiso averiguar en qué consistía aquella extraña reunión. Pero intuyó que debía obrar con sigilo. Hasta que supiese quién había gritado y por qué, lo mejor era actuar con suma cautela.

Pronto advirtió que el grupo estaba compuesto exclusivamente por hombres. ¿Estaría presenciando una ceremonia de iniciación de alguna hermandad? Casi había decidido que de eso se trataba cuando de pronto reparó en un rostro familiar que le hizo contener el aliento.

Dabney Gorn. ¿Qué hacía el fiscal allí? Y también estaba el juez Fargo. ¿Sería una especie de reunión de algún club?

También divisó al presidente del consejo escolar, al jefe de la oficina de correos de Prosper, a Herman Johnson y a Bob Whitaker, el pastor.

Todos ellos centraban su atención en algo que yacía en tierra. Habían formado un estrecho círculo a su alrededor, de modo que Kendall no alcanzaba a ver con suficiente claridad qué era.

Se llevó un susto de muerte al oír otro alarido. Herman Johnson echó la cabeza hacia atrás y soltó un escalofriante grito de regocijo mientras varios de sus cohortes alzaban el objeto que había estado en el suelo.

Era una cruz.

Y clavado a ella estaba Michael Li.

Capítulo 23

El joven estaba desnudo.

Desde donde debían hallarse sus genitales manaba un chorro de sangre muy oscura. La cabeza le colgaba inerte sobre su escuálido pecho. Estaba muerto, o inconsciente.

Kendall se quedó tan paralizada de horror que ni siquiera pudo gritar. Miró, muda y aterrada, cómo uno de los hombres enlazaba las manos, a modo de estribo, bajo el pie derecho del señor Johnson y le aupaba frente a la cruz. Cuando estuvo situado a la altura de los ojos de Michael Li, Johnson aferró al muchacho por los cabellos y le levantó la cabeza. Entonces le abrió la boca con violencia y le metió algo dentro de ella. Kendall pudo intuir fácilmente de qué se trataba.

El resto del grupo prorrumpió en gritos de júbilo mientras Johnson descendía. Cuando se acallaron los gritos, todos se sumieron en un silencio inquietante. Al cabo de unos momentos, entonaron un himno.

Kendall empezó a sentir náuseas. Se tragó la bilis para no vomitar y comenzó a retroceder a hurtadillas, temiendo ser descubierta. Había presenciado la ejecución de un muchacho inocente por parte de unos individuos que se habían tomado la justicia por su mano. Si supieran que los había visto, no mostrarían más compasión por ella que la que habían tenido con Michael Li.

En cuanto estuvo segura de que no podían verla, dio media vuelta y emprendió la huida, corriendo atropelladamente entre los árboles, sin importarle el ruido que hacía. De todos modos, no la oirían. Aún estaban cantando el himno, convirtiendo en parodia las palabras sagradas del compositor.

Tropezó con una enredadera y estuvo a punto de caer. De manera instintiva se protegió el vientre con la mano. Sabía que debía tener cuidado por el bien del bebé. Debía ir más despacio, pero quería apresurarse en avisar a las autoridades de inmediato para que pudieran ir allí y los detuvieran a todos en la misma escena de su infame crimen.

«¡Dios mío!», exclamó al pensar en la conmoción que el hecho produciría en la comunidad. ¿Cómo había logrado Herman Johnson, a quien todo el mundo consideraba como un patán detestable, convencer a los baluartes de la comunidad para que participaran en semejante atrocidad?

Avanzando con rapidez, Kendall trató de encontrar el sendero que había tomado antes, pero en la oscuridad resultaba imposible. Y la oscuridad también le impidió ver el hoyo que había en el terreno hasta que fue demasiado tarde.

Perdió el equilibrio y cayó pesadamente de bruces. La violenta caída la dejó aturdida y durante unos momentos permaneció tirada en el suelo, respirando profundamente.

Entonces la asaltó un hedor tan intenso que de nuevo empezó a sentir náuseas. En ese mismo instante advirtió que no había caído directamente sobre la tierra, sino sobre un trozo de ropa. Apoyándose en las palmas de las manos, reunió fuerzas y se incorporó. Al hacerlo, se encontró cara a cara con Bama.

Le faltaba la mitad del rostro, y la otra mitad se hallaba en avanzado estado de descomposición. La cuenca de uno de sus ojos estaba vacía, salvo por el hervidero de insectos que la devoraban.

«¡Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío!», gimió aterrada al tiempo que retrocedía a gatas y acto seguido vomitaba.

Entonces miró fijamente el cadáver putrefacto, que obviamente no había sido enterrado a la profundidad necesaria como para protegerlo de los carroñeros. La carne estaba desgarrada del esqueleto, pero no habían sido los animales quienes lo habían matado. Había muerto de un disparo, tal como indicaba el orificio negro repleto de larvas que tenía en medio de la frente.

¿Se trataría de un suicidio? Era improbable. ¿Sería mera coincidencia que el cuerpo de Bama se hallara tan cerca del escenario de una ejecución? Kendall abrigaba pocas dudas acerca de quiénes lo habían matado.

Las rodillas todavía le flaqueaban demasiado para sostenerla, pero se obligó a ponerse en pie. Saltó por encima de los restos profanados de Bama y, con paso tambaleante, reemprendió a ciegas el camino en dirección a la carretera hasta que finalmente llegó a ella. Se había desviado un poco, pero divisó su coche. Corrió hacia el vehículo, alegrándose de haber dejado el motor encendido. Eso le ahorraría tiempo. Además, no creía que sus manos temblorosas pudieran haber acertado a introducir la llave de contacto.

Mientras se alejaba a toda velocidad, planeó su estrategia. Para llegar al centro de Prosper tenía que pasar frente a su casa. ¿Por qué no se detenía allí

y telefoneaba al *sheriff*? Quizá Matt hubiera regresado a casa. Le necesitaba. Su infidelidad con Lottie Lynam se tornó insignificante al compararla con los hechos que acababa de presenciar.

Fijó la vista en la carretera, aferró el volante con fuerza y trató de concentrarse en lo que debía hacer, pero su mente no cesaba de proyectar imágenes de Michael Li en aquella espantosa cruz. Volvió a oír los gritos de júbilo de los hombres al introducirle los genitales en la boca.

Y Bama, el encantador e inofensivo Bama, que siempre tenía una palabra amable para todo el mundo, que pronosticaba el tiempo con una precisión extraordinaria. Sin duda lo habían ejecutado porque con su aspecto desprestigiaba la buena imagen de la ciudad. Era un estorbo, un parásito de la sociedad, un mal ejemplo para los niños de Prosper.

¡Dios mío! ¿A cuántos indeseables habrían eliminado o castigado con esos métodos brutales y salvajes?

¿A Billy Joe Crook? ¡Por supuesto! Era un ladrón, así que le habían amputado el brazo. ¿Quién pondría en duda la veracidad de la versión de un accidente, aparentemente fortuito aunque trágico? Billy Joe no osaría, desde luego, pues su vida correría peligro si revelaba que su desgracia en realidad había sido obra de un grupo de hombres que se habían erigido a sí mismos en jueces.

«Ojo por ojo», ese era su lema. Michael Li se había extralimitado con una chica blanca. La castración y la muerte eran su condena.

Kendall dejó escapar una exclamación de alegría al ver el coche de Matt aparcado frente a la casa. Subió corriendo los peldaños de la entrada al tiempo que gritaba su nombre. Mientras cruzaba el vestíbulo a toda prisa, él salió del dormitorio. Saltaba a la vista que acababa de ducharse, pues aún tenía el pelo húmedo y llevaba una toalla en torno a la cintura.

—Kendall, ¿dónde has estado? Cuando he vuelto y he visto que no estabas. Después de nuestra pelea...

—¡Matt, gracias a Dios que estás aquí!

Se echó en sus brazos y sollozó sobre su pecho desnudo.

Él la abrazó.

—¡Cariño! ¿Podrás perdonarme? ¿Podremos comenzar de nuevo?

—¡Sí, claro que sí, pero escucha, escúchame!

Cuando Kendall se apartó con brusquedad, Matt comprendió que su entusiasmo al verlo no se debía a la pasión.

—¿Qué demonios ha ocurrido? Estás pálida. ¿Qué tienes en el pelo? —Le sacó una ramita del cabello y la miró con curiosidad.

—Matt, ha sido espantoso —dijo entre sollozos—. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no lo creería. Tenían a Michael Li. No creo que le conozcas. Él es... Tanto da, ya te lo explicaré después. Será mejor que te vistas enseguida. Voy a llamar a la policía ahora mismo. Podemos quedar aquí, les coge de paso. Les mostraré el camino a...

—Cálmate, Kendall. ¿De qué demonios estás hablando? —Ahora que había tenido tiempo de fijarse en su aspecto, empezaba a alarmarse casi tanto como ella. Le tocó la mejilla y al retirar el dedo vio que estaba manchado de rojo—. Estás sangrando. ¿Cómo te has hecho esos arañazos?

—Me encuentro bien, de veras. Sólo estoy asustada.

—¿Quién ha sido? —preguntó furibundo—. ¿Los gemelos Crook? Si esos cabrones...

—¡No, no! —gritó ella—. Escucha, Matt. Han matado a Michael Li. Al menos, creo que estaba muerto. Lo habían castrado y todo estaba ensangrentado: su cuerpo, el suelo.

Se soltó de los brazos de Matt, pasó por encima del montón de ropa sucia que había dejado en el suelo, fue hacia el teléfono y marcó el número de la policía.

—Lo que dices no tiene sentido, Kendall. ¿De qué estás hablando?

—*Michael Li* —repitió ella con impaciencia—. Un muchacho acusado falsamente de haber violado a Kim Johnson. También mataron a Bama. Encontré su cadáver cuando salí de allí corriendo. ¿Oiga? Mire, soy... ¡No, no me haga esperar! —gritó al auricular al tiempo que se le quebraba la voz.

Matt se acercó a ella rápidamente.

—Kendall, estás histérica.

—No, no lo estoy. Te juro que no. —Tragó saliva, esforzándose por reprimir la creciente histeria que acababa de negar. Los dientes le castañeteaban de manera incontrolable—. Para cuando la policía llegue, ya me habré tranquilizado. Puedo llevarlos directamente.

—¿Directamente adónde?

—Adonde se hace la matanza de los cerdos. Probablemente los maten allí para que la sangre pase desapercibida —añadió, ocurriéndosele de pronto—. Son listos. ¡Y son tantos! Gente que conocemos y de los que nunca habríamos sospechado.

—¿Qué hacías sola en el bosque en plena noche?

—Iba a buscarte. —Unas lágrimas ardientes y saladas resbalaron por las mejillas de Kendall—. Necesitaba verte. No quería que este asunto con Lottie se enconase hasta hacerse irremediable. No podía esperar a que volvieses a

casa para arreglar las cosas entre nosotros. Estaba intentando encontrar el coto de los ciervos, pero me perdí.

—Servicio de emergencia. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Oiga? —Le hizo una señal a Matt indicándole que por fin alguien respondía a su llamada—. Necesito hablar inmediatamente con la policía o con alguien de la oficina del *sheriff*. Mi nombre es...

Matt le arrebató el auricular y colgó. Ella lo miró atónita.

—¿Por qué has hecho eso? ¡Tengo que denunciar lo ocurrido! Puedo llevarlos hasta allí. Si les da tiempo a llegar lo bastante pronto...

—Tú no vas a ninguna parte, salvo a la ducha y luego a la cama —dijo acariciándole los cabellos—. El bosque puede infundir miedo por la noche si no estás acostumbrada. Te has perdido y te has dejado llevar por el pánico, cariño. Lo más probable es que hayas tenido un ataque de ansiedad. Después de una buena ducha caliente y una copa de vino frío, te olvidarás de todo.

—¡Esto no es un ataque de ansiedad! —chilló. Al darse cuenta de que su estridente tono de voz no hacía más que corroborar la teoría de Matt, inspiró hondo—. Estoy en plena posesión de mis facultades, te lo aseguro. Estoy aterrada, pero no me he vuelto loca.

—No insinúo que estés loca. Pero últimamente has estado sometida a una gran tensión y...

Kendall lo apartó de un empujón.

—Deja de tratarme con condescendencia y *escúchame*, Matt. Ellos...

—En primer lugar, ¿a quién te refieres cuando dices «ellos»?

—Prácticamente a todos los que tienen alguna autoridad en Prosper. Podría nombrarte a una docena de hombres destacados.

Kendall estaba citándole una retahíla de nombres cuando él la interrumpió.

—A ver si lo entiendo. Según tus teorías, esos hombres están relacionados con una castración y una crucifixión y además son los asesinos de un pordiosero. —Enarcó las cejas con escepticismo—. Kendall, sé razonable. ¿Cómo esperas que me crea semejante disparate?

—Te lo crees, y punto.

Él ladeó la cabeza desconcertado.

—En ningún momento he hecho mención a una crucifixión —dijo Kendall con un estremecimiento.

Bajó la mirada hacia el montón de ropa tirada en el suelo. Las suelas de las botas estaban cubiertas de lodo incrustado de ramitas y hojas de pino. Percibió un tenue olor a humo de leña. Levantó lentamente la vista y clavó la

mirada en los ojos de Matt. Él la observaba tranquilamente, con expresión anodina.

—Tú estabas allí, ¿verdad? —murmuró Kendall con voz ronca—. Eres uno de ellos. Y Gibb, también.

—Kendall —dijo Matt haciendo ademán de acercarse.

Ella se dio media vuelta y echó a correr, pero apenas había dado unos pasos cuando él le aferró la chaqueta por la espalda y la hizo detenerse de un tirón.

—¡Suéltame! —exclamó ella echando las manos hacia atrás para intentar arañar. Sintió cierta satisfacción al oírle lanzar un gruñido de dolor.

—No podías dejar las cosas como estaban, ¿verdad, señorita Metomentodo?

Kendall le propinó un codazo en el estómago. Él la soltó y se llevó las manos al estómago, pero volvió a atraparla cuando se precipitaba hacia la puerta.

Forcejearon y él finalmente logró atenazarle los brazos junto a los costados. Su semblante estaba crispado de furia. Inclino la cabeza y empezó a gritarle directamente a la cara.

—¿Quieres hablar con el *sheriff*? ¿O con el jefe de la policía? Adelante. Los encontrarás allí fuera, con el resto de nosotros.

—¿Quiénes sois?

—La Hermandad. Imponemos justicia porque la supuesta democracia y el sistema judicial se nos han vuelto en contra. Ahora todos están de parte de la gentuza. Para equilibrar la balanza, nos vemos obligados a ocuparnos de la chusma y hacer justicia por nuestra cuenta.

—¿Matáis a gente?

—A veces.

—¿Cuánto hace que esto dura?

—Desde hace décadas.

Las rodillas le flaquearon y se habría desplomado si él no la hubiera sostenido.

—Esperábamos que te unieras a nosotros, Kendall. Desde luego, no puedes luchar contra nosotros.

—¿Quieres apostarte algo? —replicó ella propinándole un rodillazo en plena entrepierna.

Matt soltó un taco mientras se doblaba por la cintura. Sin pensarlo siquiera, Kendall se giró, cogió un jarrón de rosas que había sobre el tocador

y se lo lanzó con todas sus fuerzas a la cabeza. Matt cayó a plomo, como un árbol derribado, y permaneció inerte en el suelo.

Durante unos momentos ella se quedó mirando el cuerpo inmóvil, sin apenas creer lo que acababa de hacer. Su respiración era fuerte y agitada. Pensó en el bebé. ¿Sobreviviría a esa noche? ¿Y ella?

Sólo si huía.

Se desprendió de su alianza y se la arrojó a Matt. Entonces se dirigió a toda prisa hacia la puerta principal, dispuesta a escapar, pero se detuvo al ver los faros de un coche que se acercaba a la casa. ¡Maldita sea!, era Gibb.

Cuando Kendall observó que estacionaba la furgoneta y se bajaba de ella, corrió impulsivamente de vuelta al dormitorio, pero sólo tuvo el tiempo justo de sacar una bata del armario antes de que Gibb llamara a la puerta.

—¡Ya voy! —gritó.

Se puso la bata mientras regresaba al salón y se la apretó en torno al cuello para ocultar sus ropas sucias y sus brazos arañados. En el último instante se acordó de quitarse los zapatos. Entonces entreabrió la puerta y asomó la cabeza.

—Ah, hola, Gibb.

Esperaba que él atribuyese su respiración entrecortada a algo que no fuese el miedo. Iba vestido con ropa de montaña. Sus botas estaban tan enlodadas como las de Matt, y él también olía a humo. Había regresado directamente de la macabra ejecución, pero nadie lo diría dada su sonrisa benévola.

—¿Aún estáis levantados?

Kendall miró con inquietud por encima del hombro, casi temiendo ver a Matt salir del dormitorio tambaleándose y restregándose el chichón ensangrentado de la cabeza.

Si es que no estaba muerto.

Esbozó una sonrisa recatada y se volvió hacia su suegro.

—En realidad, no. Quiero decir que... bueno, aún no estábamos durmiendo. Sólo que... ya sabes. —Le dedicó la mejor de sus sonrisas, al estilo afectado de las bellezas sureñas—. Puedo decirle a Matt que se levante si es realmente importante que lo veas ahora mismo.

Gibb rio entre dientes.

—Dudo que sea tan importante como lo que está haciendo.

—Bueno —musitó Kendall con coqueta timidez—, nos has pillado en plena reconciliación. Hemos tenido una discusión esta tarde. —Acto seguido se dejó llevar por la intuición y añadió—: ¿No te lo ha comentado?

—A decir verdad, sí, pero no me ha explicado el motivo de que hubierais reñido. He venido por si podía ayudaros a resolver vuestras diferencias. — Sonrió de oreja a oreja y le guiñó el ojo—. Pero ya veo que mis servicios como conciliador no son necesarios, así que será mejor que me largue a casa y os deje que continuéis con lo vuestro. —Cuando estiró la mano y le dio un apretón en el brazo a Kendall, esta temió que vomitaría de nuevo—. Y ahora, vuelve con tu marido. Buenas noches.

—Buenas noches.

Gibb dio media vuelta y bajó ruidosamente los peldaños.

—¿Por qué no vienes a desayunar mañana? Me muero de ganas de volver a probar tus famosos gofres —añadió Kendall tratando de aparentar que todo iba bien.

—Pasaré a eso de las ocho.

Aguardó hasta que perdió de vista las luces traseras del vehículo y entonces se precipitó hacia el dormitorio. Matt seguía exactamente como lo había dejado. No se atrevió a tocarlo, ni siquiera para comprobar si tenía pulso. ¿Qué más daba?

Estuviese vivo o muerto, la vida de Kendall tal como había sido hasta entonces había acabado.

Capítulo 24

—Me llamo Kendall Deaton Burnwood. Lo que voy a decirle le parecerá increíble. Creerá que estoy loca, pero le aseguro que no es así. —Hizo una pausa para beber un sorbo de la Coca-Cola que había comprado en la máquina expendedora del motel.

—La escucho.

Braddock, el agente del FBI, parecía estar adormilado y molesto. Peor para él. Lo que tenía que decirle lo despabilaría de sopetón. Antes de contarle ni una sola palabra de aquella increíble historia, Kendall había comenzado por presentarse como abogada de oficio tratando de dar veracidad al asunto. De lo contrario, él quizás habría pensado que estaba hablando con una chiflada.

—Hace casi dos años que resido y trabajo en Prosper. Esta noche he descubierto un grupo secreto parapolicial que comete delitos atroces, incluso asesinatos. Sus miembros son algunos de los hombres más importantes de la localidad. Se autodenominan La Hermandad. Mi... mi esposo es uno de ellos.

»Él mismo ha reconocido que infligen castigo a cualquiera que en su opinión lo merece y que de alguna manera no ha pagado sus culpas gracias a los resquicios del sistema judicial. No tengo idea de a cuántas personas han eliminado a lo largo de los años, pero he presenciado un asesinato esta noche. —Entonces le habló de la ejecución de Michael Li y de cómo había hallado los restos de Bama—. No era un delincuente, pero sospecho que ellos lo mataron.

Con voz sosegada, le contó al agente lo que había visto en el bosque, de manera concisa y ateniéndose a los hechos. Demasiada emoción haría peligrar su credibilidad.

—El lugar está situado en un claro en las profundidades del bosque, en una zona recóndita. Allí es donde hacen la matanza de los cerdos. Y supongo —añadió con voz temblorosa— que no sólo de cerdos. —Dejó de hablar un instante, al caer en la cuenta de que el agente había permanecido en silencio todo el rato—. ¿Aún sigue usted ahí?

—Sigo aquí. Sólo que... Verá, señora, esto es impresionante. ¿Ha denunciado ese supuesto asesinato a la policía local?

—Están implicados.

—¿La policía también? Comprendo.

Era evidente que no lo comprendía en absoluto. Le estaba llevando la corriente. ¿Qué podía decir para convencerlo de que no estaba loca de remate? Se echó el cabello hacia atrás y bebió otro sorbo del refresco. La tensión le había producido un dolor punzante entre las paletillas. Había conducido casi 250 kilómetros antes de detenerse. A lo largo de cada kilómetro había mantenido un ojo en la carretera y el otro en el espejo retrovisor.

¿Cuánto tardaría Matt en recobrar el conocimiento y avisar a los demás miembros de La Hermandad que ella los había descubierto? Y si lo había matado con el jarrón, ¿cuándo encontrarían su cadáver? Esperaba que eso no ocurriera antes de las ocho de la mañana, la hora en que Gibb iría a su casa a prepararles gofres. Miró el reloj. Eran más de las dos de la madrugada. El tiempo se le acababa.

—Agente Braddock, ya le he advertido que lo que iba a contarle le parecería increíble.

—Tiene usted que admitir que es un poco rocambolesco. Que yo sepa, Prosper es una pequeña comunidad de lo más apacible.

—Esa es la impresión que da, pero ese aspecto inocente es un mero camuflaje. Mire, sé que cada día le telefonean majaretas para contarle auténticas barbaridades, pero le juro que estoy diciendo la verdad. Vi a ese muchacho clavado en una cruz.

—Tranquilícese, señora Burnwood. No lograremos nada si se pone histérica.

—Tampoco lograremos nada si me ignora.

—No la estoy ignorando.

—Entonces ¿qué piensa hacer?

—Ha citado a personas muy importantes —dijo tratando de salirse por la tangente—. Hombres con autoridad.

—¿Acaso cree que no me doy cuenta? Al principio no podía creer que estuvieran implicados. Pero cuanto más lo pienso, más sentido cobra todo.

—¿Por qué dice eso?

—Hay una actitud generalizada en ese pueblo. No puedo describirla con exactitud, pero la he *percibido* desde que me trasladé allí a vivir. Esas personas no son tan burdas como los cabezas rapadas ni son agresivos como

los grupos neonazis más conocidos, pero la filosofía de unos y otros es similar.

—Eso es sumamente inquietante.

—Más aún si tenemos en cuenta que actúan de manera tan clandestina. No puedes descubrirlos a simple vista. No los reconoces inmediatamente como lo que realmente son. Se trata de hombres respetables que ocupan cargos de confianza y autoridad, no agitadores con la cabeza rapada y cruces gamadas grabadas en la frente. No van por ahí vestidos con túnicas y capirotes ni organizan mítines en los que gritan consignas racistas y proclaman la supremacía de la raza blanca. Aunque ahora que lo pienso, ni siquiera el hecho de ser un americano blanco les basta. Billy Joe Crook era blanco. Y Bama también.

—¿Billy Joe Crook?

Le puso al corriente de lo sucedido al delincuente juvenil y de su «accidente».

—Supongo que, en opinión de La Hermandad, uno debe ser blanco y *elegido* —observó Kendall con repugnancia.

El agente del FBI exhaló un profundo suspiro.

—Parece usted una persona razonable, señora Burnwood. No creo que se haya inventado todo esto. Presentaré un informe y veré qué puedo hacer.

—Gracias, pero un simple informe burocrático no solucionará nada. No estaré a salvo hasta que todos estén entre rejas.

—Estoy de acuerdo con usted, pero antes de empezar a buscar a los sospechosos, enviaré a un agente para que eche un vistazo a ese lugar del bosque del que me ha hablado. Si interrogásemos a alguno, por ejemplo a su marido, eso pondría sobre aviso al resto. Tendrían tiempo de huir o esconderse. Necesitamos disponer de pruebas materiales para poder detener a alguien, y para ello hay que proceder de manera organizada y en secreto.

Él tenía razón, por supuesto. Esa era la mejor estrategia. Pero no respiraría tranquila hasta que su marido, Gibb y los demás estuviesen detenidos.

—¿Cuándo comenzará?

—Si me indica cómo llegar a ese lugar, enviaré a alguien en cuanto amanezca.

Kendall le explicó dónde podría encontrar el cuerpo de Bama. Estaba casi segura de que cuando hallasen a Michael Li, él también sería un cadáver. Sería interesante oír cómo explicaban su desaparición de los calabozos de Prosper.

Al relatar su forcejeo con Matt a Braddock, sólo le había dicho que este había perdido el conocimiento al golpearlo. Se abstuvo de decirle que temía haberla matado. Ya se ocuparía de hacerlo, si es que llegaba a ser necesario.

—¿Dónde está usted? —le preguntó el agente—. Si encontramos pruebas que respalden lo que me ha contado, será usted una testigo clave y precisará protección oficial.

Kendall no se lo discutió.

—Estoy en una localidad llamada Kingwood. —Le indicó el número de la carretera estatal que cruzaba el centro de la población—. Me alojo en el Pleasant View Motel. No tiene pérdida. Está en la misma carretera. Habitación 103. ¿A qué hora llegará?

—A las nueve.

Faltaban siete horas. ¿Soportaría estar sola tanto tiempo? No le quedaba otra alternativa. Había llamado a la caballería, así que tendría que esperar hasta que llegase.

—No se mueva de ahí —le dijo Braddock—. Y no se le ocurra hacer ninguna tontería. Si lo que me ha contado es cierto, y empiezo a creer que lo es, esos hombres son extremadamente peligrosos.

—Créame, lo sé. Si me encuentran, me matarán sin el menor escrúpulo.

—Me alegro de que sea consciente de ello. No salga bajo ningún concepto. ¿Podrían haberla seguido?

—Juraría que no.

—¿Nadie más conoce su paradero?

—No. Conduje dando rodeos y no me detuve hasta que pensé que estaría a salvo. Lo primero que he hecho ha sido telefonarle a usted.

—Bien. Conduciré un coche particular sin ningún distintivo oficial. Es un sedán de color gris.

—Le estaré esperando.

—Llegaré a las nueve y la llevaré directamente a nuestra sede central en Columbia.

—Gracias, señor Braddock.

Kendall colgó pero mantuvo la mano sobre el auricular. ¿Debía telefonar a su abuela? Recibir una llamada de cualquier índole a esas horas asustaría a la anciana, pero aquella en concreto la aterraría.

Descolgó el teléfono y marcó un número.

—Más vale que sea importante —refunfuñó una voz.

—Ricki Sue, soy yo.

Su amiga pasó de mostrarse contrariada a sorprendida en apenas un instante.

—Kendall, ¿qué...?

—¿Hay alguien contigo?

—¿A ti qué te parece?

—Lo siento, de verdad. No te pediría este favor si no fuese de vital importancia.

—¿Qué ocurre? ¿Algo va mal?

—Sí, pero ahora no tengo tiempo de explicártelo. Por favor, ¿podrías ir a casa de la abuela y pasar el resto de la noche con ella?

—¿Quieres decir ahora? —preguntó Ricki Sue sin el menor entusiasmo.

—Quiero decir inmediatamente.

—Kendall, ¿qué demonios...?

—Te lo ruego, Ricki Sue. Sabes que no te lo pediría si la situación no fuese crítica. Quédate con la abuela hasta que yo vuelva a llamarte. Cierra las puertas con llave y no abras a nadie, ni siquiera a Matt o a Gibb.

—¿Qué...?

—No contestes el teléfono a no ser que primero suenen dos timbrazos. Esa será mi señal. ¿De acuerdo, Ricki Sue? Dale un abrazo a la abuela de mi parte y asegúrale que por el momento estoy a salvo. Llamaré en cuanto pueda. Gracias.

Colgó el auricular antes de que Ricki Sue pudiera protestar o hacerle más preguntas. Si Matt había sobrevivido y si es que él y Gibb iniciaban su persecución, donde primero la buscarían sería en Tennessee. La vida de su abuela corría tanto peligro como la suya. Y la de su hijo.

De repente, Kendall se sintió abrumada al comprender la gravedad del trance en el que se encontraba. En el mejor de los casos, todos los integrantes de La Hermandad serían apresados y procesados por sus crímenes. Ella sería la principal testigo de cargo en al menos una de las acusaciones de asesinato. Estaría bajo la protección de las autoridades durante meses, mientras la fiscalía reunía pruebas y preparaba el caso. La investigación en sí podría durar años. Eso sin contar con los aplazamientos, demoras, apelaciones, una intrincada maraña de maquinaciones jurídicas que podrían prolongar el proceso indefinidamente. Su hijo y ella estarían en el centro de aquel embrollo.

Hasta que el caso estuviese cerrado, su vida pertenecería a las autoridades. Controlarían todo cuanto hiciese. Antes de dar un paso necesitaría contar con

su permiso. No tendría más capacidad de decisión sobre su propia vida que una marioneta.

Se cubrió el rostro con las manos y gimió. ¿Sería esa su penitencia? ¿Sería así como tendría que expiar lo que había hecho para conseguir aquel empleo en Prosper?

Cuando los federales comenzasen a hurgar en los oscuros rincones de la vida de su testigo principal, se llevarían una sorpresa mayúscula. Sin duda descubrirían todo lo referente a Kendall Deaton. ¿Qué credibilidad le quedaría cuando su secreto saliese a la luz?

Estaba atrapada en una trampa de la que sólo ella era responsable, y no podía culpar a nadie más que a sí misma. Sintió deseos de llorar, pero temía que si empezaba sería incapaz de parar. Si el agente Braddock la encontraba sollozando desconsoladamente cuando llegase, podría tomarla por una mujer desechada que había reñido con su esposo y había urdido aquella historia increíble con el único propósito de abochornar a su marido.

Para sosegar y aliviar su cuerpo dolorido y tenso tomó un baño bien caliente, pero dejó descorrida la cortina de la ducha para poder vigilar la puerta de la habitación. Había huido con lo puesto a pesar de que tenía el traje manchado y desgarrado, volvió a ponérselo y se tendió en la cama.

Aunque estaba exhausta, no lograba conciliar el sueño. Dormitaba, despertándose al menor sonido, por leve que fuese. Comprobaba la hora con una frecuencia irritante.

Fue una noche muy larga.

—¿Le apetece tomar una pasta? Tenemos unos bollos de miel riquísimos esta mañana.

—No, gracias. Sólo el café.

Apenas eran las ocho y veinte. Kendall llevaba levantada desde las seis, yendo de un lado para otro de la habitación del motel, mientras contaba cada minuto que transcurría con una lentitud enervante. Tras decidir que ya no soportaba quedarse un instante más en el cuarto y con unas ganas terribles de tomar una taza de café, había desobedecido la orden de Braddock de no salir. Sin dejar de mirar hacia atrás por si de improviso aparecían sus perseguidores, había cruzado la calle para ir a la cafetería.

Kendall pagó a la amable cajera y se llevó el envase térmico de café. Vio un teléfono público en la esquina del edificio. ¿Y si hacía una llamada rápida a Sheridan, sólo para asegurarse de que estaban bien? Podía telefonar desde

la habitación del motel, pero cuantos menos detalles constasen en la factura, mejor.

La cabina telefónica era de las antiguas, con una puerta corredera plegable. La cerró, introdujo las monedas en la ranura y marcó el número. Dejó que sonase dos veces, colgó y volvió a llamar. Ricki Sue contestó al primer timbrado.

—¿Qué pasa? ¿Lo han descubierto? ¿Estás en un lío?

—Estoy en un lío —repuso Kendall—. Pero no por el motivo que crees. ¿Cómo está la abuela?

—Bien. Preocupada, como es natural. Las dos te agradeceríamos que nos contaras qué demonios ocurre.

—¿Ha telefoneado alguien preguntando por mí?

—No. ¿Dónde estás, Kendall?

—No puedo hablar mucho rato. Yo...

—Habla más fuerte, nena. Apenas te oigo. Parece que estés en el fondo de un pozo.

Un sedán gris salió de la carretera y entró en el aparcamiento del motel, al otro lado de la calle. El agente Braddock llegaba con treinta minutos de antelación.

—¿Kendall? ¿Sigues ahí?

—Sí, estoy aquí. Espera un momento. —Sus ojos no se apartaron del coche, que pasaba lentamente ante las puertas numeradas del motel. Había dos hombres en los asientos delanteros. Braddock no había mencionado que vendría acompañado, pero ¿acaso los agentes federales no solían trabajar en parejas?

—Kendall, tu abuela quiere hablar contigo.

—No, espera. Que no se ponga al teléfono todavía, Ricki Sue. Coge papel y lápiz. Date prisa.

El sedán se detuvo frente a la habitación número 103. Un hombre alto, esbelto y canoso bajó del coche. Llevaba gafas de sol y vestía un traje oscuro y camisa blanca, el típico atuendo de un agente del FBI. Echó un vistazo en derredor y a continuación se dirigió a la puerta de la habitación. Llamó con los nudillos a la puerta, esperó y volvió a llamar. Miró hacia el coche y se encogió de hombros.

—¡Kendall! Háblame. ¿De qué va todo esto?

El otro ocupante del coche bajó. Era Gibb Burnwood.

—Ricki Sue, escúchame con atención. No hagas preguntas, por favor. Ahora no hay tiempo. —Habló con rapidez, dándole una serie de

instrucciones casi telegráficas con frases escuetas mientras seguía con la vista clavada en los dos hombres que estaban al otro lado de la carretera de doble sentido—. ¿Has tomado nota de todo?

—Lo he anotado en taquigrafía. Pero ¿no puedes decirme...?

—Ahora no.

Kendall colgó. Tenía el corazón en un puño. El agente Braddock y Gibb hablaban frente a la habitación del motel. Afortunadamente no la habían descubierto, pero si dirigían la mirada hacia la cafetería, había muchas posibilidades de que la vieran.

El agente extrajo algo con disimulo del bolsillo de la americana y se inclinó sobre la cerradura. En cuestión de segundos la puerta de la habitación 103 se abrió de par en par. Entraron.

Kendall deslizó la puerta de la cabina, salió a toda prisa y se metió en un callejón situado entre la cafetería y un almacén de pienso. Mientras corría entre los edificios asustó a un gato que escarbaba en busca de comida en un contenedor de escombros, pero nadie más la vio.

El otro extremo del callejón daba a un aparcamiento estrecho ubicado detrás de una hilera de edificios comerciales de una sola planta. Allí era donde había dejado su coche la noche anterior. En aquel momento, tomar esa medida de precaución le había parecido un tanto exagerado, pero ahora dio gracias a Dios por haber sido tan cautelosa.

Ya en el coche, escogió una calle al azar, procurando conducir con normalidad para no llamar la atención. Siguió el recorrido de la calle a través de un barrio residencial, pasó frente al estadio de fútbol de los Fighting Trojans y luego traspasó los límites de la ciudad hasta que la calle se convirtió en una carretera rural que supuso que la llevaría a alguna parte.

O a ninguna parte.

Capítulo 25

Se encontraron en el motel de Chattanooga tal como Kendall le había indicado a Ricki Sue durante su breve conversación telefónica esa misma mañana. Su abuela la estrechó contra su delgado cuerpo y le acarició el cabello.

—Mi querida niña, me has tenido muy preocupada. ¿En qué lío te has metido ahora?

—Naturalmente, presupones que yo soy la responsable.

—La experiencia es una buena maestra.

Kendall se echó a reír y abrazó a su abuela. Estaba encantada de verla, pero impresionada por cómo había envejecido desde su última visita. Sin embargo, sus ojos seguían tan expresivos y vivarachos como siempre.

Ricki Sue por poco asfixió a Kendall cuando se abrazaron.

—Que sepas que anoche me hiciste dejar a un auténtico semental —dijo simulando estar enojada—. Y esta mañana parecías una ametralladora disparando instrucciones. He conducido tanto rato que tengo el trasero entumecido. Me gustaría saber qué demonios ocurre.

—No me extraña que estés exasperada. Te pido disculpas por tantas molestias y te agradezco de todo corazón cuanto has hecho. Creo que comprenderás lo apremiante de la situación cuando os explique toda la historia. Es largo de contar. Antes de que empiece, ¿estás segura de que no os han seguido?

—Hemos dado tantas vueltas por la ciudad que acabamos mareadas. Estoy convencida de que no nos ha seguido nadie.

Las tres se sentaron en una cama mientras Kendall les contaba la pasmosa historia. Las mujeres escuchaban absortas y en absoluto silencio, que sólo se vio interrumpido de vez en cuando por palabrotas de incredulidad de Ricki Sue.

—Así que cuando esta mañana he visto a Gibb con el agente Braddock, he comprendido que cabían dos posibilidades. Una, que no me había creído y había acudido al pariente más cercano para rescatar a una mujer al borde de

un ataque de nervios. O dos, y esta es la posibilidad realmente aterradora, que La Hermandad tiene a miembros infiltrados en la delegación regional del FBI.

—¡Dios mío! —exclamó Ricki Sue—. De cualquiera de las dos maneras, estás en un buen aprieto.

—Exacto. Por eso no puedo arriesgarme a telefonar de nuevo a las autoridades federales hasta que esté bien lejos de aquí. Por ahora, soy la única persona ajena a La Hermandad que conoce su existencia y sus nefandos pasatiempos. Saben que puedo delatarlos, así que me perseguirán. Tengo intención de ocultarme hasta que esos desalmados sean detenidos, acusados y encarcelados.

La abuela de Kendall le apretó la mano. La preocupación hizo aún más visibles las arrugas de su rostro.

—Hasta que eso ocurra, tu vida corre peligro. ¿Adónde irás? —le preguntó.

—No lo sé. Pero quiero que vengas conmigo. Por favor, abuela —imploró Kendall al ver que la anciana hacía ademán de protestar—. Puede que esté fuera meses. Quiero tenerte a mi lado, no sólo por mí sino por tu propio bien. Quizás intenten localizarme a través de ti. Debes acompañarme.

Durante más de una hora trató de convencer a la anciana, pero todo fue en vano.

—Estarás más segura sin tener que cargar conmigo.

Kendall recurrió a Ricki Sue para que hiciera entrar en razón a su abuela, pero su amiga no se puso de su parte.

—Eres tú la que no piensa con claridad, nena. Tu abuela tiene razón. Tú puedes teñirte el pelo, ponerte unas gafas, vestir de otro modo y cambiar tu aspecto de muchas maneras. Pero sería difícil disfrazar a una mujer de la edad de tu abuela.

—Además —intervino esta—, sabes que quiero morir en casa y ser enterrada junto a tu abuelo y tus padres. No soportaría estar en un sitio extraño cuando me llegue la hora, ni ser sepultada entre desconocidos.

Kendall comprendió que no podría hacer cambiar de opinión a su abuela, aunque la reprendió por hablar de su muerte como si fuese inminente.

Ambas se acostaron aquella noche en la misma cama, mientras Ricki Sue roncaba desde la otra. Kendall estuvo todo el tiempo abrazada a su abuela. Conversaron en susurros sobre tiempos pasados. Entre risas calladas, evocaron los buenos momentos que habían compartido. Hablaron con emoción contenida de los padres de Kendall y de su abuelo, a quienes ella no recordaba. Sólo los conocía a través de las palabras de su abuela, pero esta se

los había descrito con tanta frecuencia y tan bien que las imágenes que Kendall tenía de ellos eran vívidas.

—Teniendo en cuenta todo lo que nos ha tocado pasar, hemos salido adelante, ¿verdad? —musitó la abuela al tiempo que le daba una palmadita en la mano.

—Mucho más que eso, abuela. He sido muy afortunada al tenerte en mi vida. Me has querido más de lo que muchos padres biológicos quieren a sus hijos.

—Ojalá mi amor hubiera sido suficiente.

—¡Lo fue! —exclamó Kendall en voz baja.

—No. Al igual que cualquier niño, tú querías el amor y la aprobación de tus padres, y ellos no estaban allí para dártelo. —Se volvió hacia Kendall y le acercó a la mejilla su mano fría, con la piel arrugada y manchada por la edad—. No tienes que demostrar tu valía ante nadie, querida, y mucho menos ante ellos. Eres todo lo que hubieran querido que fueses, y más. No seas tan dura contigo misma. Disfruta de tu vida.

—Después de esto, dudo que haya mucha diversión.

Su abuela sonrió con la complacencia de una adivinadora que ha visto algo prodigioso en su bola de cristal.

—Saldrás de esta. Siempre has sido curiosa y valiente, y ambos rasgos te han servido de mucho. La primera vez que te vi en la maternidad del hospital, mirabas sin cesar a tu alrededor en vez de dormir plácidamente en la cuna como hacían todos los demás recién nacidos. Ya entonces le dije a tu madre que eras especial, y no he cambiado de opinión. —Un destello iluminó sus ojos—. Eres única. El futuro te depara cosas maravillosas. Espera y verás como no me equivoco —añadió.

Por la mañana formaban un trío abatido y sombrío. La abuela de Kendall le puso un sobre repleto de billetes en la mano. A ella le costó una buena dosis de orgullo aceptarlo, pero no tenía otra opción.

—Te lo devolveré en cuanto me instale en alguna parte y encuentre un empleo.

—Sabes que lo que es mío es tuyo. Y no te preocupes por si llama la atención el reintegro de una gran suma en el banco. Ese dinero ha estado escondido durante años en distintas partes de la casa.

—¡Vaya! Es usted una tía lista —dijo Ricki Sue dándole una palmadita en la espalda—. Me gusta su estilo, abuelita.

A Kendall la reconfortó ver la amistad que había surgido entre ambas mujeres. Confiaba plenamente en que Ricki Sue cuidaría de su abuela.

—Os llamaré cuando pueda —les prometió—. Pero lo más seguro es que no pueda hablar mucho rato. Quizás os pinchen los teléfonos. —Al advertir sus expresiones alarmadas, añadió—: Esa gente es capaz de hacer cualquier cosa. Tened muchísimo cuidado.

Ansiaba decirles que estaba embarazada, pero decidió no hacerlo para no acrecentar más aún su preocupación. Además, dudaba de su propia fuerza de voluntad. Probablemente intentarían convencerla de que no se marchase a un destino incierto, y ella podría sucumbir a la tentación de quedarse.

Llegó el momento inevitable de la despedida. Kendall abrazó con fuerza a su abuela, memorizando su olor y el contacto de su frágil cuerpo.

—Te quiero, abuela. Te veré en cuanto me sea posible.

La anciana la separó un poco de ella y contempló su rostro largo rato.

—Yo también te quiero... muchísimo. Sé feliz, cariño.

Kendall comprendió por su semblante nostálgico que aquel era un adiós definitivo. Consciente de que posiblemente sería la última vez que viera a su abuela con vida, deseó aferrarse a ella y no soltarla nunca. Pero siguió el ejemplo digno de ella y logró esbozar una sonrisa animosa aunque vacilante.

Ricki Sue, que lloraba a lágrima viva y sin ningún pudor, afirmó que por lo menos ella no quería que ninguno de esos retrógrados sureños asesinos o maníacos traicioneros le pisaran los talones, y acto seguido se llevó a la abuela a toda prisa.

Kendall las miró alejarse en el coche desde la ventana y lloró hasta que le dolió la garganta. ¿Qué podía temer de La Hermandad? Seguro que habría muerto de tristeza antes de que la localizaran.

Dejó su automóvil abandonado en el aparcamiento del motel de Chattanooga y, utilizando parte del dinero que le había entregado su abuela, compró un viejo coche destartado a un particular que había puesto un anuncio en el periódico.

Consiguió llegar en aquel trasto hasta Denver, donde dio un último estertor y acabó sus días. Kendall lo dejó en la transitada autopista, caminó hasta el McDonald's más cercano y miró en las páginas donde se anunciaban viviendas en alquiler mientras comía una hamburguesa.

Encontró exactamente lo que buscaba en uno de los barrios más antiguos. La propietaria era una viuda que complementaba los ingresos de su pensión

arrendando un apartamento en lo que había sido el garaje. La casa estaba a escasa distancia de una sucursal de la biblioteca pública, donde Kendall obtuvo un empleo.

Trabajaba muchas horas. No trabó amistad con nadie. Ni siquiera se hizo instalar teléfono. Cuando su embarazo comenzó a ser evidente, respondía a las preguntas educadas con una reticencia que desalentaba a seguir preguntando.

Que ella supiera, ninguna de sus llamadas al FBI había suscitado interés alguno, y mucho menos la apertura de una investigación. Cada dos o tres semanas telefoneaba a una delegación distinta y denunciaba lo que había presenciado en Prosper.

Al parecer, la tomaban por una lunática. Veía con regularidad los noticiarios de ámbito nacional y leía los periódicos con la esperanza de ver una noticia acerca de la desarticulación de una organización parapolicial en Carolina del Sur. Pero la noticia no aparecía.

Los miembros de La Hermandad quedaban impunes de sus asesinatos, y no había nada que ella pudiera hacer sin arriesgar su propia vida. Sin embargo, Kendall no podía quedarse con los brazos cruzados.

Se pasaba horas de su tiempo libre en la biblioteca, recopilando información. Tenía una amplia gama de bases de datos informáticos a su alcance, y como sabía utilizarlos, gradualmente creó su propio archivo, compuesto por los historiales de los cargos y funcionarios públicos de Prosper, casos de asesinatos sin esclarecer, denuncias de personas desaparecidas y cualquier pista que pudiera servir para capturar y procesar a los integrantes de La Hermandad.

Por el bien de su abuela y de Ricki Sue, Kendall no les dijo su paradero. De ahí que no se enterara del fallecimiento de su abuela hasta que realizó una de sus llamadas habituales.

—No sabes cómo lo siento, Kendall —le dijo Ricki Sue entre lágrimas al darle la noticia—. Me parte el corazón tener que decírtelo así.

—¿Estaba sola?

—Sí. Fui a su casa aquella mañana para ver qué tal seguía, pero no abrió la puerta. La encontré en la cama.

—Entonces murió mientras dormía. Es una bendición.

—¿Qué quieres que haga con la casa?

—Regala su ropa a quien la pueda aprovechar. Deposita todos sus objetos personales y de valor en una caja de seguridad. Deja todo lo demás como está y cierra la casa. Encárgate de continuar pagando las facturas con el dinero de

la cuenta del banco —dijo Kendall, quien al trasladarse a Prosper había autorizado a Ricki Sue a firmar los cheques de su abuela.

No había nadie con quien Kendall pudiera compartir su dolor, de modo que lo sufrió en soledad.

Trabajó hasta dos semanas antes de salir de cuentas, durante las cuales preparó el minúsculo apartamento para la llegada del bebé. Comenzó a sentir dolores de parto una mañana temprano y utilizó el teléfono de la propietaria de la casa para pedir un taxi que la llevara al hospital.

Su hijo nació aquella tarde. Era un bebé sano y feliz que pesó tres kilos setecientos gramos. Kendall lo llamó Kevin Grant en recuerdo de su padre y de su abuelo. Su dicha era tan desbordante que no podía contenerla. Debía compartirla con alguien.

—¡Un niño! —gritó Ricki Sue. Aunque se alegró muchísimo al enterarse del nacimiento del hijo de Kendall, se enojó porque no le hubiera dicho nada del embarazo—. ¿No puedes regresar? Dios mío, ¿cuánto tiempo vas a continuar siendo una fugitiva? ¡Tú no has hecho nada malo, maldita sea!

Para consternación de Kendall, nadie en Prosper había intentado ponerse en contacto con ella a través de Ricki Sue o de su abuela. Era obvio que Gibb se había inventado una explicación para su súbita desaparición, pero ¿por qué no la buscaba para darle su merecido? El hecho de que no intentaran localizarla infundía a Kendall más temor incluso que si trataran de aterrorizar a las personas más cercanas a ella.

O quizá conocían su paradero y sólo estaban aguardando la ocasión propicia para asestarle el golpe.

Puesto que cabía la posibilidad de que la estuvieran acechando a la vuelta de la esquina en el momento menos pensado, Kendall evitaba por todos los medios llamar la atención. Estaba resignada a pasar el resto de su vida en el anonimato, oculta bajo una identidad falsa, renunciando a su profesión de abogada y trabajando en todo tipo de empleos que le permitieran mantenerse a sí misma y a Kevin.

Nunca podría volver a ejercer la abogacía. Jamás podría casarse. Ricki Sue se había ofrecido a indagar si Matt había muerto a consecuencia del golpe que le había propinado en la cabeza, pero Kendall no quería saberlo. Si había fallecido, lo más probable es que estuviese acusada de homicidio sin premeditación. Si había sobrevivido, seguía casada con él. En ambos casos, estaba maniatada de por vida.

Kevin tenía tres meses aquella tarde en la que estaba sentada con él sobre una manta en el jardín de la casa de la viuda. La ciudad de Denver disfrutaba

de un día primaveral maravillosamente cálido. El cielo estaba despejado, pero Kendall percibió la presencia del coche oficial que se aproximaba de igual modo que uno percibe cuándo el sol está a punto de deslizarse detrás de una nube. De pronto sintió un escalofrío y comprendió que sus días de exilio habían acabado.

El sedán de color azul marino se detuvo junto al bordillo. Dos hombres bajaron y avanzaron por la acera hacia ella. El más bajo y fornido esbozaba una sonrisa agradable; el alto, no.

—¿La señora Burnwood? —le preguntó el primero de ellos.

La propietaria de la casa se asomó a la entrada. No conocía a Kendall por ese apellido, por eso pareció desconcertada cuando esta respondió afirmativamente.

El hombre sacó una cartera de piel del bolsillo interior de la americana y la abrió para identificarse.

—Soy el agente Jim Pepperdyne, del FBI. —Hizo un ademán con la barbilla señalando al otro hombre, que la miraba a través de unas gafas de sol con cristales opacos y con los labios apretados en un rictus de dureza—. Y este es el oficial John McGrath, de la policía judicial.

Capítulo 26

Cuando John McGrath se levantó esa mañana había recuperado totalmente la memoria.

Despertó de pronto, sin experimentar la menor sensación de somnolencia ni desorientación y, con absoluta claridad, al instante recordó todo su pasado.

Se acordó de su nombre, de su infancia en Raleigh, en Carolina del Norte, así como del número de su camiseta de jugador de fútbol en el instituto.

Recordó su trayectoria en el FBI y el terrible acontecimiento que hacía dos años le había llevado a abandonar el departamento. Recordó su trabajo actual: le habían enviado a Denver. Y además recordó el motivo.

Quizá el accidente de coche quedara para siempre borrado de su memoria, pero aun así se acordó de que conducía por una carretera con el asfalto resbaladizo por la lluvia, y que había intentado esquivar un árbol derribado. Recordó la impotencia que sintió al hallarse frente a aquella fatalidad y la resignación a morir cuando el coche se precipitó por el barranco. Se acordó de que en el hospital recobró el conocimiento, y que se vio rodeado de extraños, incluso él mismo era un extraño para sí.

Y de una forma más vívida también recordó a Kendall cuando, sin apartar los ojos de él, dijo: «Es mi marido». John se llevó el brazo a la frente y maldijo por lo bajo, pues de igual modo rememoró cuanto había sucedido desde aquel momento.

Sobre todo, la noche anterior, cuando mantuvo contacto carnal con Kendall Burnwood.

Había metido la pata hasta el fondo.

La almohada de Kendall ahora estaba vacía, aunque desde hacía poco, pues aún tenía dibujada la forma de su cabeza. Recordando cada suspiro, cada murmullo, cada sensación y sabor, lanzó un gemido y se cubrió el rostro con las manos.

Santo Dios, ¿acaso era de extrañar que hubiera recuperado la memoria? Todo lo que conformaba a John McGrath como la persona que era se vio agitado por lo que había hecho.

Volvió a taparse los ojos, esta vez frotándose los párpados con la palma de las manos. ¿Qué le iba a decir a Pepperdyne? ¿Qué explicación se iba a dar a sí mismo? Al menos no había sido infiel a otra mujer. Lisa y él...

Lisa. Lisa Frank. Al igual que todo lo demás, los recuerdos de ella también habían desaparecido hasta ese momento. Y qué significativo le pareció que lo primero que recordó sobre su relación no fuera uno de sus buenos momentos, sino una riña.

John había llegado a casa tras un viaje a Francia para escoltar a un delincuente de vuelta a Estados Unidos. Se sentía cansadísimo, mugriento y le escocían los ojos; estaba aturdido por el desfase horario, y lo único que deseaba era dormir treinta horas seguidas sin que le molestaran. Cuando introdujo la llave en la cerradura deseó que Lisa no estuviera.

Pero ella estaba en el apartamento, con los nervios de punta, y dispuesta a buscar pelea porque un pasajero de primera clase del vuelo de aquella tarde se había comportado como un gilipollas.

—Siento que hayas tenido un vuelo horrible —dijo él tratando de sonar convincente—. El mío tampoco es que haya sido una maravilla. Voy a ducharme. Luego podemos acostarnos y dormir hasta que nos hayamos recuperado, ¿te parece?

Pero la docilidad no formaba parte precisamente de los rasgos de la personalidad de Lisa. Cuando salió de la ducha, ella estaba ahí con la toalla, y cuando se metió en la cama, ya le esperaba bajo las sábanas, esbozando una sonrisa seductora.

John rara vez no reaccionaba como era de esperar ante la visión de una mujer desnuda. Sin embargo, aquella noche le hizo el amor de manera atropellada y egoísta, por lo que Lisa echó de menos su habitual delicadeza.

De repente, ella encendió la lámpara de la mesilla de noche.

—John, tenemos que hablar.

—Por favor, Lisa, ahora no. Estoy agotado.

Por su tono de voz, él supo que iba a decirle que su relación no iba a ninguna parte, y esta noche se sentía demasiado cansado como para discutir. Incluso las noches en que estaba bien, se resistía a «analizar» su relación.

Sin tener en cuenta su cansancio y su humor de perros, ella se enfrascó en la letanía familiar sobre los aspectos insatisfactorios de su relación, que casualmente eran los que a él más le gustaban.

Lisa se quejó de que no se veían con la suficiente frecuencia. Como era azafata de unas importantes líneas aéreas, tenía un horario irregular y casi siempre estaba fuera. A él, su trabajo también le obligaba a viajar mucho. Por

lo que tan sólo coincidían en el apartamento lo mínimo para satisfacer la libido, aunque no lo bastante para llegar a depender el uno del otro. John lo prefería así; pero Lisa quería más.

—Eres incapaz de comprometerte —se quejó ella.

Él dijo que eso no era cierto, mientras que para sus adentros reconocía que sí. A él le gustaba el pacto que tenían —ni siquiera pensaba en él en términos de una «relación»—. Le exigía muy poco tiempo, esfuerzo y atención, y así era como quería que siguiera.

Pero aquella noche Lisa no dejó de insistir en sus defectos, hasta que al final lo hizo enfadar.

—Lisa, no pienso hablar de eso esta noche.

Apagó la lámpara de la mesilla y hundió la cabeza en la almohada.

—Eres un hijo de puta —refunfuñó ella, pero él no hizo caso.

A la mañana siguiente se despertó antes que ella. Tumbado en la cama, la observó mientras dormía y se dio cuenta de que Lisa Frank le era tan desconocida como el día en que, después de un vuelo en el que ella fue su azafata, se dieron sus números de teléfono.

Aunque había intimado con su cuerpo en numerosas ocasiones, no la conocía. Y ella tampoco le conocía a él. Nadie había penetrado en el interior de John McGrath. Se planteó que debería haber jugado más limpio y haberla avisado; pero en su lugar, había permitido que la cosa siguiera adelante hasta que llegara el momento de la confrontación final y la ruptura definitiva.

De pronto, sus pensamientos volvieron al presente cuando oyó a Kendall cantarle una nana a Kevin en la otra habitación. Seguramente habría acabado de darle el pecho. John la imaginó con el bebé en brazos, sonriéndole y recorriendo sus pequeños rasgos con las yemas de los dedos, cubriéndolo de amor maternal.

Eso mismo era lo que estaba haciendo la primera vez que la vio, sentada sobre una manta en el jardín de aquella casa de Denver. Cuando Jim Pepperdyne se identificó ante ella, casi pareció aliviada, como si previese que finalmente la encontrarían y ya no temiera ese momento.

Le dieron tiempo para recoger sus cosas y las del bebé antes de llevarla al coche, y cuando estaba a punto de entrar, titubeó. Clavó la mirada, llena de ansiedad, en Jim y en él.

—¿Van a hacerme volver a Carolina del Sur?

—Sí, señora —respondió Jim—. Tiene que volver.

A lo largo de sus años de profesión, John había presenciado casi todas las reacciones emocionales que puede experimentar el ser humano. Se había

convertido en un experto observador de los actos reflejos, tanto condicionados como involuntarios, de la misma manera que había aprendido a percibir las inflexiones de la voz y las expresiones faciales. Podía distinguir la verdad de la mentira con asombrosa precisión. Esa siempre fue su vocación. Los demás confiaban en su pericia sobre el comportamiento humano.

Así que cuando Jim le dijo que su intención era devolverla al estado del que había huido, y sus ojos se anegaron en lágrimas y apretó al bebé contra su pecho de forma protectora, John tuvo la certeza de que Kendall Deaton Burnwood creía de todo corazón lo que dijo:

—Si me obligan a volver, ellos me matarán.

John ya había trabajado antes con Jim Pepperdyne en el Equipo Especial de Rescate de Rehenes. Pepperdyne era un agente excelente; John lo consideraba uno de sus pocos amigos de verdad. Y aunque él ya no estaba en el FBI, Pepperdyne le había invitado a asistir al interrogatorio de la señora Burnwood.

—Sólo en calidad de observador —le dijo con desenfado mientras se dirigían al despacho donde los esperaba Kendall—. A lo mejor te resulta interesante. Además, necesito una opinión experta que me diga si esa mujer nos está contando la verdad o un montón de mentiras.

—Ya sabes que está diciendo la verdad.

—Pero su testimonio tiene que ser lo bastante convincente como para persuadir al jurado de algo que le parecerá increíble. Tú eres un cabrón imparcial —dijo Pepperdyne en tono amistoso—. Eres más duro y más cínico que la mayoría de los miembros de cualquier jurado. Si te convence a ti, seguro que los condenan.

—Pero ese ya no es mi trabajo —le recordó John al llegar a la puerta del despacho.

Pepperdyne, con la mano en el pomo, le lanzó una mirada fugaz y dijo:

—Tonterías.

Capítulo 27

Estaba sola en el despacho, pues había rehusado asistencia letrada y decía que ella misma asumiría su defensa. Su hijo estaba al cuidado de otro agente. No mostró la menor ansiedad, ni siquiera cuando Pepperdyne le entregó la orden judicial.

Ella la leyó por encima y luego los miró perpleja.

—Es una orden de detención por la que se me obliga a comparecer como testigo de cargo.

—¿Qué esperaba? —dijo Pepperdyne—. ¿Una orden de arresto por asesinato quizá?

—¿Está muerto?

—¿Matt Burnwood? No.

Se mordió los labios, pero John no logró distinguir si era una reacción de alivio o consternación.

—Creía que lo había matado.

—Si al señor Burnwood se le condenara por los cargos que se le imputan, puede que deseara estar muerto.

Ella se llevó la mano a la frente en una clara muestra de desconcierto.

—Espere, no lo entiendo. ¿Está diciéndome que han detenido a Matt y que se han presentado cargos contra él?

—Contra él, contra su padre y contra todos los que usted identificó como miembros de ese grupo parapolicial. —Pepperdyne le tendió la lista de los nombres—. Entre otras cosas se los acusa de asesinato. Como el juez del condado y el propio fiscal están implicados, de momento se han designado a otras personas para ocupar esos puestos. Señora Burnwood, todos están detenidos y se les ha denegado la libertad bajo fianza.

—No puedo creerlo —dijo ella en voz baja—. Por fin alguien se ha tomado en serio mis llamadas.

—Las habrían tomado en serio desde el principio si se hubiera dirigido a la oficina adecuada. —Pepperdyne se sentó en el borde de la mesa—. Alguien del Departamento de justicia sospechaba desde hace tiempo que algo raro

sucedía en ese lugar. Demasiados presos resultaban muertos o heridos en la cárcel de Prosper. Todas las sentencias eran anormalmente severas.

—¿Ya los estaban investigando?

—Incluso antes de que la contrataran a usted para el puesto de abogado de oficio —respondió Jim—. Enviamos allí a uno de nuestros hombres para que indagara en secreto. Antes de que obtuviera pruebas incontrovertibles contra cualquiera de los sospechosos desapareció sin dejar rastro.

Abrió una carpeta y le tendió una fotografía.

—Supongo que lo reconocerá.

—¡Bama! ¡Oh, Dios mío!

Pepperdyne miró a John, quien asintió con la cabeza. La sorpresa de ella era sincera.

—La noche en que los vi matar a Michael Li, yo descubrí su cuerpo —dijo ella—. Llevaba desaparecido una semana más o menos.

—Por lo que sabemos, aún sigue desaparecido. Hemos buscado por la zona, pero no hemos encontrado el menor rastro de la tumba que usted mencionó en sus llamadas telefónicas. ¿Cree que aún podría volver a encontrarla?

—Lo dudo. Hace más de un año de eso. Aquella noche todo estaba muy oscuro. Yo estaba perdida, desorientada, muy asustada. Tropecé literalmente con su cuerpo y luego eché a correr para salvar mi vida. Aunque pudiera llevarles al lugar exacto, el tiempo ya habrá erosionado cualquier prueba material.

—Pero a lo mejor descubriríamos algo.

Ella se apretó los labios con los dedos, intentando ocultar su temblor.

—No puedo creer que Bama fuese un agente del FBI.

—El agente Robert McCoy. Quizá descubrieron quién era, y lo pagó con su vida.

—No necesariamente. Puede que La Hermandad se hubiera propuesto hacer una limpieza general y decidiera adecentar la escalinata del juzgado. Ese ya hubiera sido suficiente motivo para matarle.

Ella se levantó y se acercó a la ventana, con los brazos cruzados. John pensó que parecía muy vulnerable y asustada.

Su voz apenas fue más que un susurro.

—Ustedes no pueden imaginar de qué son capaces.

—Más o menos tenemos alguna idea —dijo Pepperdyne—. ¿Se acuerda del redactor jefe del periódico de su marido?

—Sólo lo vi una vez. Murió repentinamente cuando Matt y yo éramos novios.

—A nosotros nos parece que no murió de «causas naturales», como dice su certificado de defunción. Se declaró públicamente en desacuerdo con las ideas políticas de su marido. Hemos exhumado su cuerpo para practicarle una autopsia. —Pepperdyne la miró con gravedad—. No, señora. No hemos infravalorado a este grupo.

—Me temo que hay infiltrados en el propio FBI. Un tal agente Braddock...

—Está en la cárcel, con los demás. Ya nos hemos ocupado de eso.

—¿De verdad? ¿Y cómo saben que Braddock era el único? ¿Cuántos miembros tiene La Hermandad? ¿Lo saben? —preguntó alzando la voz por la agitación—. Si declaro en su contra, me matarán. Encontrarán el modo de hacerlo.

—Usted estará bajo nuestra protección.

Pepperdyne señaló a John, al que ella lanzó una mirada de evidente desdén.

—No pueden protegerme. Ninguna de las medidas que tomen será suficiente.

—Señora Burnwood, su testimonio es fundamental para el caso.

—¿Quién más va a declarar contra ellos?

Cuando Pepperdyne fue incapaz de pronunciar el nombre de otro testigo, ella se echó a reír con sorna.

—Sólo yo, ¿verdad? ¿Y piensan lograr que los condenen con mi declaración? Su abogado defensor me hará trizas. Dirá que me he inventado esta historia rocambolesca para desquitarme de mis enemigos de Prosper.

—¿Y Matt Burnwood? ¿También él es su enemigo?

John se alegró de que Jim se lo preguntara. Según el informe, ella intentó romperle la crisma con un jarrón de cristal. John sentía curiosidad por conocer el motivo.

—Señora Burnwood, ¿está dispuesta a testificar en contra de él?

—Sí, estoy dispuesta. El problema es que, de hecho, yo no vi a Matt ni a mi suegro en el lugar de la ejecución de Michael Li. Pero sé que estaban ahí.

—Nosotros también lo sabemos. —Pepperdyne abrió otra carpeta y se refirió a los documentos que contenía—. La Hermandad no habría llevado a cabo un asesinato ritual sin la presencia de Gibbons Burnwood porque él es el fundador y el sumo sacerdote.

Ella aspiró bruscamente.

—Debería haberme dado cuenta —musitó.

—¿Qué sabe del pasado de su suegro?

—No gran cosa, la verdad —reconoció. Sin embargo les contó algunos hechos.

Pepperdyne comenzó a resumir el grueso expediente de Gibb Burnwood que tenía en su poder.

—Durante la Segunda Guerra Mundial, su padre estuvo en la Infantería de Marina sirviendo en el sur del Pacífico. Junto a otros tantos, se ofreció voluntario para un destacamento especial. Los demás murieron la primera semana, pero él sobrevivió ocho meses en una pequeña isla ocupada por los japoneses, donde se alimentó a base de pescado crudo que cogía con sus propias manos. Se las arregló para eliminar a cincuenta enemigos sin que le atraparan, y cuando los *marines* reconquistaron la isla, le enviaron a casa, donde fue aclamado como un héroe.

»Le cabreó que la guerra terminara antes de que pudiera volver. Un día, en octubre de 1947, limpió meticulosamente su rifle, se metió el cañón en la boca y apretó el gatillo con el dedo pulgar.

»A pesar de que se había suicidado, el joven Gibb idealizó a su padre y quiso seguir sus pasos. Se alistó en la Infantería de Marina y lo enviaron a Corea, pero esa guerra acabó demasiado pronto para su gusto. Y cuando se inició la de Vietnam, ya era demasiado viejo para alistarse. Como se había perdido todas las guerras de verdad, comenzó a hacer la suya propia, entrenando a Matt paso a paso.

»Al igual que su padre, Gibb era miembro del Ku Klux Klan, pero a principios de los sesenta discutió con ellos. Al parecer, tenían unos métodos demasiado suaves para Gibb Burnwood, por lo que decidió formar su propio grupo, cerrado y limitado a unos miembros cuidadosamente escogidos para no tener que responder ante nadie. Creemos que organizó La Hermandad a mediados de los sesenta. Y claro, está preparando a Matt para que le suceda tras su muerte.

»Le hemos estado vigilando durante más de dos años, pero no tenemos ninguna prueba concreta. Todo es circunstancial. Señora Burnwood, usted es nuestra mejor baza para condenar a ese tipo. Si él cae, los demás lo harán como fichas de dominó.

Kendall prestó atención a la larga exposición de Pepperdyne sin decir palabra, y cuando este dejó a un lado la carpeta de Burnwood, dijo:

—Sigue sin poder demostrar que él y Matt participaron en la ejecución de Michael Li. Ellos han tenido un año para destruir cualquier prueba material.

Un buen abogado defensor, y Matt y Gibb contratarán el mejor, dirá que mi declaración no es más que una forma de vengarme por la relación que Matt mantenía con una de mis clientes.

—¿Mantén una relación con una de sus clientes?

—Sí.

Pepperdyne hizo una mueca, se rascó la cabeza y miró a John, como pidiendo su opinión.

—Jim, me temo que tiene razón —dijo él—. Si eso sale en el juicio, ella parecerá una mujer menospreciada, y podría restar fuerza a su declaración.

—¡Vaya!

—Eso no importa, señor Pepperdyne —dijo ella en un arranque de ira—. Esta conversación es absurda. Yo estaré muerta antes de que ellos sean procesados. La Hermandad no podría haber existido durante treinta años sin la absoluta fidelidad de sus miembros y familiares. ¿Cree que van a permitirme seguir con vida?

»Yo los vi castrar y crucificar a un joven maravilloso sólo por ser asiático y atreverse a amar a una de sus hijas. Para ellos, mi crimen es mil veces peor que ese. Aunque me negara a declarar, me matarían por haberlos traicionado. Me asesinarían sin ningún remordimiento, convencidos de que su acto está justificado. Porque lo realmente aterrador de todo esto es que ellos *creen* que tienen razón, que Dios está de su parte. Que son los elegidos. Todo lo que hacen es en nombre de Él. Mientras Michael Li se desangraba hasta la muerte, ellos cantaban himnos. A mí me consideran una hereje. Asesinarme sería una misión sagrada.

»Y suponga que yo viviera lo suficiente como para declarar pero que ellos fuesen absueltos. Suponga que las pruebas que presentaran ustedes, acompañadas del débil testimonio de una mujer despechada, no bastaran para condenarlos y que saliesen en libertad. Aunque Matt no ordenase que me asesinaran, me acusaría de abandono e intentaría obtener la custodia de Kevin.

Pepperdyne carraspeó incómodo.

—Señora Burnwood, quizá deba saber que él ya ha obtenido el divorcio. Alegó malos tratos físicos.

—¿Porque le golpeé en defensa propia?

Pepperdyne se encogió de hombros.

—Él presentó la demanda. Y como usted no se opuso en el plazo establecido, el juez le concedió el divorcio por incomparecencia.

—¿El juez Fargo?

—Exactamente.

John la observó mientras ella asimilaba el hecho de que, legalmente, era libre respecto a Matt Burnwood. Advirtió que la noticia del divorcio apenas la había afectado, pero vio que fruncía el entrecejo preocupada.

—¿Mi exmarido sabe algo de Kevin?

—Por nuestra parte, nada —dijo Pepperdyne—. Nosotros tampoco sabíamos que había tenido usted un niño hasta que la encontramos. Pero, claro, cabe la posibilidad de que se haya enterado por otro lado.

Ella se dejó caer en la silla, se aferró los codos y se balanceó.

—Él no descansará hasta que me maten y entregue a Kevin a algún miembro secreto de La Hermandad. No —dijo con énfasis—. No puedo volver. No pienso hacerlo.

—Señora Burnwood, sabe tan bien como yo que no tiene elección —dijo Pepperdyne—. Usted huyó del estado donde se cometieron varios asesinatos y delitos federales. Una huida ilegal para evitar prestar declaración es un delito federal.

»Deberá usted comparecer ante el juez dentro de media hora. Él dictará una orden dando instrucciones de que se la detenga como testigo de cargo y para que se la traslade, bajo custodia, al estado donde se celebrará el juicio. Por supuesto, si lo desea, ahora puede solicitar un abogado.

—Conozco perfectamente la ley, señor Pepperdyne —repuso con frialdad—. Y seguiré representándome a mí misma.

—Si nos ayuda a condenarlos, estamos dispuestos a retirar los cargos contra usted. —Aunque él le dio oportunidad de hablar, ella guardó silencio—. Usted ha venido aquí creyendo que estaba detenida por asesinato. Pensé que se sentiría aliviada.

Ella negó con la cabeza, apesadumbrada.

—No lo comprende. Ellos se encargarán de matarme.

—Saldremos esta noche —afirmó Pepperdyne.

John se dio cuenta de que a Jim no le era del todo indiferente la apurada situación de ella; pero su amigo trabajaba para el FBI y tenía que hacer su trabajo siguiendo las reglas al pie de la letra.

—El vuelo sale a las tres —añadió—. La trasladaremos a Columbia, donde permanecerá en una casa a salvo hasta que se celebre el primer juicio. Yo iré con usted hasta Dallas, y luego una oficial de la policía judicial y el oficial McGrath la acompañarán el resto del viaje.

John se quedó estupefacto. Siguió a Pepperdyne al pasillo y se enfrentó a él.

—¿Qué has querido decir con eso?

—¿Con qué?

—Que yo voy a escoltarla hasta Columbia.

La expresión de Pepperdyne era demasiado inocente para ser convincente.

—John, te ha tocado.

—Ni hablar. Se suponía que Stewart tenía que estar aquí, no yo. En el último momento ha llamado diciendo que estaba enfermo y en su lugar me han enviado a mí.

—Entonces tómatelo como si sólo fuese una cuestión de mala suerte.

—Jim —dijo cogiendo a su amigo por la manga de la chaqueta para obligarle a pararse y escucharle—. Yo no sabía que tenía un crío.

—John, eso ha sido una sorpresa para todos.

—No puedo aceptar esta misión. Me... me va a volver loco. Lo sabes.

—¿Tienes miedo?

—Y tanto que sí.

—¿De un bebé?

Por muy absurdo que pareciera era cierto.

—Sabes por lo que pasé después de aquel fiasco de Nuevo México. Aún tengo pesadillas.

Pepperdyne consideró que sería mejor no reírse del miedo irracional de su amigo. En su lugar, trató de hacerle entrar en razón.

—John, te he visto negociar con los cabrones más desalmados que Dios haya creado. Has convencido a peligrosos terroristas de que dejaran a un lado las armas pese a creer que si se rendían nunca irían al cielo. Tienes una gran capacidad de persuasión.

—En otro tiempo quizá sí la tuve. Pero ya no.

—Tuviste un mal día y todo se te desmoronó.

—¿Un mal día? ¿Reduces todo lo que pasó a *un* mal día?

—No pretendía quitarle importancia, pero nadie te hizo responsable de lo ocurrido. Nadie, John. No podías saber que ese chiflado iba a cumplir sus amenazas.

—Pero debería haberlo sabido, ¿no? Para eso me doctoré en psicología. Se suponía que tenía que saber hasta dónde presionar y cuándo aflojar.

—John, eres el mejor en esto. Te necesitamos, y tarde o temprano espero que te perdones por lo de Nuevo México y que vuelvas con nosotros. — Pepperdyne le puso la mano en el hombro—. Tienes unos nervios de acero. Y ahora, seamos realistas, ¿qué mal puede hacer un chiquitín sin dientes?

Capítulo 28

Cuando embarcaron en el avión en el aeropuerto de Denver, John tuvo una premonición de fatalidad. Se sobrecogió ante el presentimiento de que este viaje estaba condenado al fracaso.

Ahora, unas semanas más tarde, mientras yacía en la cama que había compartido con su prisionera, con una pierna rota, una cicatriz en la cabeza y recién salido de la amnesia, se preguntó si pudo haber hecho algo para alterar el curso de los acontecimientos.

No había podido impedir que embarcaran en aquel avión. Pepperdyne le habría considerado un demente si le hubiera dicho que aquello no le parecía buena idea, que su instinto le aconsejaba que se planteara de nuevo la situación y preparara otro plan.

Pepperdyne permanecería en Dallas mientras John y su colega, Ruthie Fordham, una hispana amable y de voz suave, volaban con la señora Burnwood y su hijo hacia Raleigh-Durham, donde harían transbordo hasta Columbia.

Ese era el itinerario. Pero el destino intervino.

Poco después de que el avión despegó de Denver, Kendall empezó a tener dolor de oídos. La oficial Fordham habló con la azafata de vuelo, quien le aseguró que en cuanto el avión alcanzara la altitud de crucero se le calmaría el dolor. Pero no fue así.

Durante la hora y cuarenta minutos que duró el vuelo, estuvo desesperada por el dolor. Al advertir el malestar de su madre, el bebé se inquietó y rompió a llorar. John, sentado justo al otro lado del pasillo, se aferró a los reposabrazos del asiento y rogó porque el niño dejara de gimotear. Sin embargo, cuanto más deseaba que se callara, más fuerte sollozaba el bebé.

—Quizá deberías pedir algo de beber —sugirió Pepperdyne al advertir las gotas de sudor en la frente de John.

—Estoy de servicio.

—Pasa de las normas. Te estás poniendo pálido.

—Estoy bien.

No lo estaba, pero se concentró en uno de los remaches del techo de la cabina y trató de hacer oídos sordos a los llantos del bebé.

El aterrizaje pareció durar tanto como el vuelo, y cuando por fin el avión se detuvo, John, con prisas por salir del mismo, se abrió paso a codazos entre los pasajeros. En cuanto avanzaron por el pasillo, la oficial Fordham metió a Kendall en el primer servicio de damas que encontraron. Pepperdyne, que quedó a cargo del bebé, no se sintió nada bien en su nuevo papel de niñera. Aunque en otras circunstancias John se habría echado a reír por la torpeza de su amigo solterón, en aquella ocasión no fue capaz de esbozar ni una sonrisa ni de hacer la menor broma.

—Su marido ¿cómo es? —quiso saber. Aunque en realidad no le importaba, John decidió preguntarlo tratando de distraer su atención del bebé.

—Aún no he tenido el placer de conocerle. —El bebé dejó de sollozar; Pepperdyne lo mecía con cautela—. Por lo que sé, Matt Burnwood es el típico racista que cree en la supremacía de los blancos. Sabe expresar bien sus ideas, es guapo, elegante, educado y culto, pero también es un experto en armas, una reliquia exaltada y fanática hasta lo indecible. Cree que su papá tiene a Dios en el bolsillo. Gibb le dice que salte y él pregunta desde dónde. —Se detuvo antes de añadir—: Cualquiera que les lleve la contraria puede darse por muerto.

John la miró con gravedad.

—John, ella tiene razón —dijo Pepperdyne al suponer lo que pensaba su amigo—. Si cualquiera de ellos o sus compinches se le acerca, está bien jodida.

—Así que este trabajo no es simplemente de canguro.

—Ni mucho menos. Puede que los Burnwood estén entre rejas, pero sus tentáculos son larguísimos. De algunos... o quizá de la mayoría... ni siquiera tenemos conocimiento.

—Dios mío.

—No debes perderla de vista. Sospecha de todo el mundo.

A los pocos minutos regresaron las mujeres. Kendall cogió al bebé mientras la oficial Fordham les comunicó la noticia que cambiaría el curso de los acontecimientos.

—La señora Burnwood no puede subir a ningún avión hasta que un médico le haya examinado los oídos.

—Hace poco he tenido problemas de alergias —explicó Kendall—. Debo de tener una infección de oídos. La presión en la cabina me ha provocado un dolor insoportable.

Pepperdyne le pasó el muerto a John:

—Es tu turno.

McGrath se volvió hacia ella; era la primera vez que se miraban directamente a los ojos. Él no sabía por qué había evitado mirarla hasta entonces, quizá tuviera miedo de lo que pudiera ver y de cómo le afectaría.

Lisa se había largado definitivamente. Mientras él estaba fuera en una misión, se había llevado todas sus pertenencias y otras tantas cosas que no eran suyas. No dejó ninguna nota, ningún número de teléfono, ninguna dirección de contacto. Nada. A él no le importó, salvo porque deseó haber tenido la oportunidad de decirle lo poco que la echaba de menos. Desde que ella se había ido, había empezado a disfrutar de su soledad. Se había prometido a sí mismo mantenerse apartado de las mujeres durante una temporada.

Pero en esta había algo...

Ella le había mirado directamente a los ojos sin inmutarse. Entonces, por primera vez, sospechó que era una mentirosa consumada. Le miró con demasiada fijeza para ser totalmente sincera. La franqueza llevada a ese extremo sólo se lograba tras muchas horas de práctica.

Supuso que el dolor de oídos era una artimaña para demorar el viaje. Puede que incluso intentara escapar, escabullirse entre el enjambre de viajeros del aeropuerto de Dallas-Fort Worth.

Sin embargo, por si acaso su malestar era cierto, tenía que llevarla a un centro médico y tomar otro vuelo más tarde.

Fuera de la terminal, Pepperdyne se dispuso a marcharse. Al despedirse, le dio una palmadita a John en la espalda.

—Diviértete, colega.

—Que te jodan —murmuró John, y su amigo se limitó a reír mientras hacía una seña al siguiente taxi de la cola.

Entonces John se encontró en un taxi con un conductor que no hablaba inglés, dos mujeres y un bebé que no cesaba de gimotear. Con la ayuda de unas pocas palabras clave y gestos, le comunicó al confuso taxista que tenían que ir al hospital de urgencias más cercano.

Cuando llegaron, la oficial Fordham se quedó con el bebé en la sala de espera y John acompañó a Kendall para que la examinaran. Una enfermera le tomó la tensión arterial y la temperatura, le hizo las preguntas pertinentes y luego los dejó solos.

Ella estaba sentada en la camilla acolchada, balanceando los pies. John se metió las manos en los bolsillos y, dándole la espalda, examinó el gráfico de

colores del sistema circulatorio que estaba colgado en la pared.

—¿Tiene miedo de que me escape?

Él se volvió.

—¿Perdón?

—¿Me ha acompañado porque cree que podría escapar por la puerta trasera? —Él no dijo nada—. ¿Cree que abandonaría a mi bebé? —añadió riendo por lo bajo.

—No lo sé. ¿Lo haría?

La amable expresión de ella se tornó rígida.

—No —repuso de forma cortante.

—Señora Burnwood, mi trabajo es protegerla.

—Y luego entregarme a las autoridades de Carolina del Sur.

—Eso es.

—Donde seguramente me matarán. ¿No le parece una ironía? Me protege la vida mientras me lleva de vuelta al lugar donde correré mayor peligro.

La verdad es que sí que le pareció irónico pero, maldita sea, sólo estaba haciendo su trabajo. No le pagaban para cuestionarse los pros y los contras.

—Mientras esté bajo mi custodia, no debo perderla de vista —dijo él con sequedad.

Cuando entró el médico, miró a John con curiosidad.

—¿Es usted el señor Burnwood? —preguntó haciendo referencia al impreso de admisión que Kendall había rellenado.

Le mostró al médico su identificación.

—¿Oficial de la policía judicial de Estados Unidos? ¿De verdad? ¿Es una prisionera? ¿Qué ha hecho?

—En el avión le han empezado a doler los oídos —espetó John en tono desabrido—. ¿Piensa examinarla o qué?

El médico le auscultó el pecho, le palpó las glándulas de la garganta y comentó que las tenía un poco inflamadas. Tras examinarle los oídos, confirmó que tenía una infección considerable detrás de los tímpanos.

—¿Puede coger un avión? —preguntó John.

—En absoluto. A no ser que desee correr el riesgo de que le estallen los tímpanos.

Él esperó fuera mientras una enfermera le inyectaba un antibiótico. Al poco, Kendall salió de la consulta, y mientras recorrían el pasillo hacia la sala de espera, le sorprendió diciendo:

—Pensaba que mentía, ¿verdad?

—Se me ha pasado por la cabeza.

—Yo no perdería el tiempo con una mentira que fuese tan fácil de descubrir.

—Lo cual significa que sólo mentiría cuando supiese que tiene muchas posibilidades de que no la descubran.

Ella se detuvo y se volvió hacia él.

—Exactamente, señor McGrath.

—No será tan horrible.

—Para ti es muy fácil decirlo. —John estaba de un humor de mil demonios; las banalidades de Pepperdyne le irritaron—. Tú no tienes que hacer un viaje de miles de kilómetros.

Después de conseguir una habitación en un motel para las dos mujeres y el bebé, enseguida informó a Pepperdyne, quien estaba coordinando el traslado de la señora Burnwood con el departamento de policía de Columbia.

—John, no queda más remedio —dijo Pepperdyne con paciencia—. Según el médico, no debería subir a un avión como mínimo en un mes. No podemos esperar tanto. El viaje sólo durará tres días.

—Podría hacerlo en dos.

—Pero solo, no con pasajeros. Sobre todo con un niño. Más o menos, harás unos quinientos kilómetros diarios. Ya sé que no te gusta la idea, pero no durará toda la vida.

Haciendo caso omiso de la apenada expresión de John, Pepperdyne le entregó un mapa de carreteras y el itinerario.

—Saldréis por la mañana y pasaréis la primera noche en Monroe, Luisiana. La segunda, en Birmingham. Y al día siguiente seguiréis hasta Columbia.

¿Viviría para verlo?, se preguntó.

—Al menos me acompaña Ruthie Fordham —dijo tratando de ver la parte positiva, si es que la había—. Parece que se lleva bien con ambos.

—Ella estará con la señora Burnwood y el bebé. Nos hemos ocupado de que tengáis habitaciones contiguas en los moteles.

John echó un vistazo al itinerario.

—Temo cada kilómetro. ¿Crees qué podemos confiar en que no cometa ninguna locura?

—¿Como escaparse?

—Jim, está asustada.

Pepperdyne hizo una mueca.

—No has podido evitarlo, ¿verdad? Ya la has analizado, a pesar de que no era esa tu intención.

—No ha sido necesario. Hasta un ciego se daría cuenta de que está aterrada.

—Ella no iría a ninguna parte sin su bebé. Le sería difícilísimo maniataros a la señorita Fordham y a ti y echar a correr con el niño auestas.

—Puede que tengas razón, pero esa mujer tiene agallas. Y hay algo que debes saber. Es una embustera.

—¿Una embustera? —repitió Pepperdyne con una carcajada—. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que es una cuentista —dijo John en tono divertido.

—No creerás que se está inventando esta...

—No. Ha dicho la verdad sobre La Hermandad. Las pruebas que tienes lo confirman. Pero la señora Burnwood no suelta prenda. Está ocultando algo. Es taimada y astuta.

—Es abogada.

El comentario incisivo de Pepperdyne hizo reír por lo bajo a un agente que estaba ocupado con la impresora al otro lado de la estancia. Pepperdyne se volvió hacia él.

—¿Ya tienes algo?

—No.

—Estamos haciendo una investigación rutinaria de su pasado —le dijo a John—, aunque parece que es de fiar. A juzgar por la proporción de casos ganados y perdidos, era una hábil abogada de oficio que hizo pasar las de Caín a esos carcamales sureños que estaban al frente del sistema judicial en Prosper. Por lo que nos han contado los que ahora ocupan cargos clave allí, ella tuvo que ser fuerte para sobrevivir tanto tiempo.

—Entonces ¿cuál es el problema? —preguntó John haciendo un ademán con la cabeza en dirección al sofisticado ordenador, que estaba conectado a numerosas redes de información nacionales e internacionales.

—Al parecer, tenemos un problema en el sistema informático. Los datos que recibimos no tienen sentido. Están intentando arreglarlo.

—Cuando sepas algo, infórmame.

Jim se rio entre dientes.

—El doctor McGrath siente curiosidad por saber qué es lo que la mueve, ¿eh?

—No sé por qué te parece tan raro, Jim —dijo John mientras se disponía a marcharse—. Es difícil romper con los viejos hábitos, eso es todo.

—Puedes volver al FBI cuando quieras. Me encantaría que trabajaras en mi división.

Pepperdyne hablaba en serio, y aunque John agradeció el voto de confianza de su colega, su respuesta seguía siendo no.

—Hay demasiada presión. Mi ocupación actual es menos estresante.

Echó un vistazo al mapa de carreteras, señalando la ruta de Texas a Carolina del Sur, y añadió con gravedad:

—Hasta luego.

Los recuerdos de John le llevaron a la mañana del accidente. Cuando salieron de Birmingham, caía una ligera lluvia. Estaba de mal humor e impaciente por desembarazarse de la señora Burnwood y su bebé. Calculaba que llegarían a la capital de Carolina del Sur hacia el atardecer. En cuanto desayunaron en la cafetería del motel, los hizo entrar en el coche.

Cuanto más avanzaban hacia el este, más arreciaba la tormenta. A mediodía tenía los nervios de punta y le dolían los hombros por permanecer al volante con tanta tensión. Maldijo en silencio a los camiones que adelantaban a gran velocidad a pesar de tratarse de una carretera interestatal. Sin duda, uno de aquellos camioneros debió de calcular mal en un adelantamiento.

John enseguida se dio cuenta de que el tráfico comenzó a disminuir de velocidad en todos los carriles. Llegó un momento en que apenas avanzaban. Conectó la radio policial del coche y escuchó con creciente impaciencia a unos oficiales que hablaban acerca del espectacular accidente que había provocado el embotellamiento.

El siniestro, en el que se habían visto involucrados varios vehículos, era otra consecuencia del mal tiempo, que no cesaba de arrojar lluvias en toda la región del sureste del país, llegando a causar inundaciones y otros desastres.

Según los cálculos aproximados de John, el accidente había sucedido bastantes kilómetros más adelante. Sin embargo, el tráfico estaba cortado para ceder el paso a los vehículos de urgencias. Al tiempo que lo sentía por las víctimas del accidente, no podía evitar estar enfurruñado por la demora.

Ruthie Fordham viajaba en el asiento del copiloto. Él le tendió el mapa y le pidió que mirara si había alguna ruta alternativa que pudiesen tomar. Ella dijo que había una, pero que los desviaría de la ruta trazada. John decidió que era preferible conducir unos cuantos kilómetros de más a seguir parados, por lo que tomó la siguiente salida.

Así fue como se encontraron en aquella carretera rural en la que el destino había colocado un árbol derribado. Su decisión de desviarse de la ruta convenida le costó la vida a Ruthie Fordham. Como estaban en una zona sin cobertura, no pudo llamar a la comisaría de Columbia desde el teléfono del coche, y como la radio de la policía estaba saturada de llamadas relacionadas con el accidente, decidió no sumarse a la confusión de aquellos diales.

En cuanto salieron de la autopista, quiso parar y llamar desde una cabina, pero en las carreteras comarcales no había ninguna. En consecuencia, nadie podía saber dónde se encontraba.

¿Cuánto tiempo los esperaron en Columbia antes de difundir un boletín de búsqueda? Seguro que los hombres de Jim ya les habrían seguido la pista hasta el hospital de Stephenville. Él dio por sentado que Ruthie estaba muerta. ¿Tenía familia?, se preguntó John. Por culpa de su estúpida decisión, su colega había muerto innecesariamente. Otro tanto más para la lista negra de John McGrath.

Claro que el médico habría informado a Jim de sus heridas, pero eso sería lo único que sabría.

Maldita sea, Kendall Burnwood era inteligente. No había dejado ni una pista y no había el menor rastro que seguir. Para todo aquel que investigara su desaparición, parecería que él, Kendall y el bebé se hubieran esfumado.

De pronto advirtió que ella había dejado de cantar la nana de Kevin. Al oír el ruido de las tuberías de agua en el interior de las paredes, supo que había abierto el grifo de la ducha. Aún disponía de unos cuantos minutos más para pensar antes de que ella descubriera que estaba despierto.

Afirmar que él era su marido fue una ocurrencia genial por parte de ella. Eso le concedió la autoridad para hablar en su nombre mientras él estuviera incapacitado. Y una vez que dijo esa mentira, se vio obligada a seguirla con todas sus consecuencias, pero eso también lo supo llevar de forma inteligente.

Todas las respuestas a las preguntas que él le había hecho se basaban en la verdad, al igual que lo que le había contado acerca del día de su boda, de la noche de bodas, de su relación. Todos los hechos eran reales, excepto que ella había estado contando su vida de casada con Matt Burnwood. Al ceñirse a la verdad en lugar de inventar otra historia, no metería la pata con tanta facilidad. Era lista. También utilizó su propio nombre, sólo por si acaso cometía un desliz. Era muy buena mintiendo.

Tan buena que John comenzó a preguntarse si lo de la noche anterior no fue más que otra de sus mentiras.

Capítulo 29

La noche anterior le había despertado otra pesadilla. No fue tan siniestra como las anteriores, pero le inquietó lo suficiente como para hacerle despertar de un sobresalto. Intranquilo y acalorado, apartó las sábanas húmedas y pegajosas y se incorporó.

Aunque el lado de la cama de Kendall estaba vacío, no se alarmó. Por las noches ella solía levantarse a menudo para ir a ver al bebé.

Cogió las muletas y se dirigió como pudo a la habitación donde dormía Kevin. La cuna estaba vacía y Kendall tampoco estaba allí. Sintió una punzada de ansiedad y pesar impropia de un hombre. ¿Se habría escabullido? Durante el día, Kendall se había mostrado sumamente callada y apagada. ¿Habría estado planeando otra huida?

Giró en redondo y se apresuró con las muletas hasta la sala de estar, donde se detuvo con tal brusquedad que estuvo a punto de perder el equilibrio.

La habitación estaba a oscuras, a excepción de la luz de la luna que se filtraba por las ventanas abiertas. Las cortinas se movieron, abombándose como si fuesen velas de barco impulsadas por la brisa fresca, que quizás era lo que ella había estado buscando.

Kendall estaba en la mecedora con Kevin en brazos. Se había bajado el tirante del camisón para darle de mamar. El bebé tenía la boquita pegada al pezón. De vez en cuando hacía unos leves movimientos de succión; sus mejillas regordetas actuaban como fuelles, y luego la boquita se le volvía a relajar.

Ambos estaban dormidos.

Al recordarlo, John reconoció que espiarla así había sido totalmente inapropiado, una inaceptable invasión de su intimidad, pero había sido incapaz de retirarse en silencio y volver al dormitorio. Se había quedado paralizado por el deseo.

Ni siquiera el espantoso corte de pelo desmerecía el bello cuadro que ella formaba, con la cabeza apoyada contra el respaldo de la silla. El sugerente arco del cuello y la pronunciada curva de sus pechos quedaban iluminados

por la luz de la luna, confiriéndoles un aire de misterio. Deseó explorar ese fascinante valle. Imaginó que la acariciaba allí, y esa fantasía le despertó un súbito deseo sexual tan intenso que gimió sin querer.

Al instante se calló, temeroso de despertarla. Era demasiado viejo para mirar a escondidas el pecho desnudo de una mujer. Excitarse en secreto con sólo mirar desde el otro extremo de la habitación era una inmadurez.

Quiso alejarse, enfadado consigo mismo, pero no pudo. Se fijó en sus labios, en esos carnosos y sensuales labios que le hacían perder el sentido, y sintió el intenso deseo de devorarlos. Anhelaba degustar la exuberancia de sus pechos, explorar el exótico terreno de su regazo y catar su sabor con la lengua. Quiso...

De pronto, un estridente silbido quebró el silencio.

Kendall se despertó bruscamente.

Él se llevó un susto de muerte, y una de las muletas cayó al suelo.

Durante unos segundos, ambos permanecieron inmóviles; él estaba excitado y a la vez avergonzado y molesto porque ella le hubiera pescado.

—¿Qué demonios es eso?

—La tetera —respondió ella sin aliento. De forma apresurada se colocó bien el tirante del camisón, y cuando apartó al niño del pecho y lo alzó hasta el hombro, este hizo un mohín y gimoteó—. La he puesto al fuego antes de dar el pecho a Kevin. ¿Qué haces levantado?

—Hace demasiado calor para dormir.

—Ya me he dado cuenta de que esta noche estabas inquieto. ¿Te apetece un poco de té? —La tetera seguía silbando con furia—. Es de hierbas. Sin cafeína.

—No, gracias.

Ella se le acercó.

—Entonces, coge un momento a Kevin mientras yo me sirvo una taza.

Le puso al niño en los brazos y siguió airoso por el pasillo hasta que se perdió de vista en la cocina. Durante unos instantes, él ni siquiera se movió; se obligó a no pensar en nada, negándose a dejar que su mente registrara la más mínima sensación, y luego, poco a poco, permitió que unos cuantos impulsos sensoriales atravesaran los muros de la aversión y el terror.

Como Kevin era un bebé regordete, le sorprendió que pesara tan poco. También le extrañó la suavidad de su piel, o quizá le pareció tan suave en contraste con el vello de su pecho.

Por fin se armó de valor para mirar al niño, quien a su vez le estaba observando de forma desconcertante. Contuvo la respiración, temiendo que en

cuanto el niño se diera cuenta de quién lo tenía en brazos, comenzaría a gimotear.

En su lugar, la rosada boquita de Kevin se abrió en un bostezo, dejando a la vista las encías sin dientes y la pequeña lengua.

A pesar de que no era su intención, John rio entre dientes.

—Tenía el presentimiento de que si alguna vez bajabais la guardia, acabaríais llevándoos bien.

No se dio cuenta de que Kendall había vuelto hasta que la oyó hablar. Cuando alzó la vista, la encontró mirándole por encima de una humeante taza de té que olía a naranja.

—Es bastante simpático, supongo.

—Es un primor, y tú lo sabes. Le gustas.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Está haciendo pompas, y eso sólo lo hace cuando está contento.

Lo cierto era que el bebé estaba empapándose de babitas la barbilla y agitaba contento los brazos. Parecía estar a gusto, pero John aún no las tenía todas consigo.

—Será mejor que lo cojas.

A Kendall le divertía la situación, pero no dijo nada cuando dejó la taza de té en la mesa, cogió el bebé y lo llevó a su habitación.

—Se ha vuelto a dormir enseguida —dijo cuando volvió—. ¿Por qué los adultos no tenemos esa suerte?

—Tenemos demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Hay algo que te preocupa? —se interesó Kendall.

—Sí, hay algo que me preocupa —respondió él con amabilidad—. La verdad es que no hago más que darle vueltas.

No era preciso que ahondara en el tema; a ella se le empañaron los ojos.

—Yo tampoco puedo dejar de pensar en ello —dijo con la voz entrecortada.

Él no se creía capaz de sobrevivir a otro rechazo, pero al oírla hablar de aquel modo, decidió arriesgarse. Kendall se apoyó suavemente contra su pecho y empezó a acariciarle mientras inclinaba la cabeza para mirarle a la cara. Él soltó la muleta y le hundió los dedos en el pelo.

Los labios de ella estaban dispuestos a recibirle. Todavía tenía la boca caliente y con sabor a té. Él adentró la lengua una y otra vez, besándola con un ímpetu incontenible.

—Más lento, John. Casi no puedo respirar —susurró cuando se detuvo.

—Vale —dijo él con la voz ronca—. Respirar es opcional.

Ella rio por lo bajo y le acarició los hombros.

—No puedo creer que te esté acariciando. Lo he deseado tanto, tantas veces.

—Acaríciame cuanto quieras.

Lo máximo que él había anhelado era un prolongado beso que le saciara el hambre; saborearla al menos una vez para poder soportar la noche. De ahí que las respuestas de ella, tanto verbales como físicas, sobrepasaran sus expectativas. La realidad era más alucinante que cualquiera de las fantasías que había imaginado. Ella sabía tan bien... fresca por fuera y ardiente como el fuego por dentro.

A medida que él siguió mordisqueándole los labios, ella le rodeó el cuello con los brazos. John le apretó con delicadeza los pechos por los lados, después bajó la cabeza y los acarició con su rasposa mejilla, se los besó a través de la fina tela del camión y luego, impaciente, se lo empujó hasta que ella quedó desnuda bajo sus labios, dentro de su boca, contra su lengua. Aquel contacto encendió aún más su deseo.

Quedó embriagado por su sabor lechoso y su aroma de almizcle. Mantuvo su pezón contra el paladar y tiró de él con fuerza.

Kendall suspiró y jadeó levemente. Al oírla, John pensó que eran los sonidos más eróticos que podía imaginar. Le besó el cuello y le mordisqueó la nuca con suavidad.

Ella continuó girándose, hasta que quedó completamente de cara a la pared, con la frente apoyada en el papel estampado de rosa. Entonces él le estiró los brazos por encima de la cabeza, le cogió el borde del camión y comenzó a subírselo. Le metió las manos por la cinturilla de las braguitas y le masajeó las nalgas. Luego alargó una mano hasta cubrirle un pecho mientras deslizaba la otra por su vientre, sobre el vello púbico y entre los muslos.

Estaba muy húmeda; descubrirlo le inundó de deseo. La acarició con dos dedos, moviéndolos con destreza entre los pliegues de su sexo y luego en el interior.

John supo que mientras viviera jamás olvidaría aquella sensación de íntima unión.

Anidó su erección entre sus nalgas, le acarició el pezón y jugueteó con él mientras seguía moviendo delicadamente los dedos en su interior. Cuando advirtió que ella comenzaba a presionar dejó de acariciarla para no interrumpir el ansioso vaivén de sus caderas. Las manos de Kendall se cerraron con fuerza contra el papel de la pared.

Ella alcanzó el clímax en silencio pero con intensidad. En cuanto dejó de estremecerse, él retiró la mano, la obligó a volverse y la estrechó entre sus brazos. Ella se apoyó en él, gimiendo todavía humedecida y con la respiración entrecortada.

Al cabo de un rato, él le puso un dedo bajo la barbilla y le alzó la cabeza.

—Si pudiera, te llevaría a la cama.

Kendall comprendió a qué se refería. Le recogió las muletas, se las dio y le condujo por el pasillo hasta el dormitorio. Él se quitó la ropa interior y se metió en la cama.

Luego, de pronto, ella titubeó. Incluso después de la increíble experiencia sensual que acababan de compartir, Kendall, de pie junto a la cama, le pareció un ser virginal e inseguro.

Esta mañana comprendió por qué ella había titubeado. Durante las dos últimas semanas se habían despertado juntos, en la misma cama, pero en esencia no eran más que unos desconocidos. Él no era su marido, sino un primer amante.

En lo más profundo de su fuero interno, lo había sabido. Pero había ignorado, una y otra vez, esa persistente voz interior. Había hecho oídos sordos a aquella certeza molesta de su conciencia. Sin hacer caso a la intuición que le había dictado que eso estaba mal, le cogió la mano y la hizo meterse en la cama junto a él.

—Túmbate.

—¿Puedes... con el yeso...?

—Claro.

Él la hizo tenderse boca arriba, le quitó el camisón y luego le acarició los pechos y el vientre.

Mientras John la miraba a la cara para observar su reacción, le guio la mano a su entrepierna. Durante una milésima de segundo, ella vaciló, pero luego se la acarició de arriba abajo. Una y otra vez.

Murmurando una palabrota, John le abrió las piernas y descendió hasta colocarse entre ellas. Advirtió la tenue cicatriz rosada de la cesárea que cruzaba bajo el vello púbico, y la recorrió con la yema del dedo, como había hecho la primera noche en aquella casa.

—¿Estás segura de que no pasa nada si...?

Ella sonrió y apoyó las manos en su pecho.

—No pasa nada.

Debido a la escayola de la pierna, él sólo podía apoyarse con los brazos. Su mirada quedó atrapada con la de ella cuando la penetró con deliberada

lentitud.

Se adentró en ella hasta que ya no pudo más. Después le cogió la cabeza entre las manos y la besó en la boca.

—Kendall, me has mentido —le susurró cuando al fin se separaron.

Ella le dirigió una fugaz mirada de sorpresa.

Él comenzó a moverse hacia delante y atrás, en perfecta armonía con la ondulación de las caderas de ella.

—Nunca he estado así contigo —añadió con rapidez mientras trataba de mantener el control—. No lo hubiera olvidado.

Ella le abrazó con más fuerza, contoneándose debajo de él.

—No pares.

—Me acordaría de esto. Estoy seguro de que lo recordaría. ¿Quién demonios eres? —gimió con los dientes apretados.

Ella arqueó la espalda.

—Por favor, no pares.

Aunque quisiera, no podía. Juntos se mecieron en un enardecido orgasmo, con sus cuerpos compenetrados de un modo que él tenía la certeza de no haber experimentado antes.

Cuando John se deslizó a un lado, ella se recostó sobre su pecho.

—Abrázame —susurró—; abrázame fuerte.

Él lo hizo con mucho gusto; durante semanas había fantaseado con la idea de tocar lo que veía.

—John, ¿por qué no he sido tímida contigo? —murmuró ella con la voz somnolienta.

—No tenías por qué serlo. Se supone que soy tu marido.

Ella no había respondido nada porque se había quedado dormida. Ahora que había recuperado la memoria, John se preguntó si ella sabía que había expresado sus pensamientos en voz alta. Había dado rienda suelta a su sensualidad con un hombre junto al que nunca había estado antes y había querido saber por qué lo había hecho.

John también quiso saberlo.

Pero no se podía permitir sumirse en sus consideraciones personales. Tuvo que limitarse a pensar en el hecho sobrecogedor de que había hecho el amor con una testigo esencial que estaba a su cargo. La amnesia no era una excusa. Lo sabía. Maldita sea, desde el principio *supo* que ella mentía.

Aun así, se había acostado con ella. Y había sido tan maravilloso y electrificante que le había hecho recobrar la memoria. Ahora se acordó de que era un policía judicial, y se suponía que los policías judiciales no debían

mantener relaciones sexuales con las mujeres que estaban bajo su custodia. Todo el mundo lo veía con malos ojos.

Así pues, ¿qué demonios iba a hacer?

Su formación como psicólogo, agente del FBI o policía judicial de Estados Unidos no le había preparado para esta clase de situación. No tenía credenciales ni ninguna identificación para demostrar quién era. Aunque pensándolo bien, ¿quién había cerca para tener que demostrárselo? Ni siquiera sabía dónde estaban exactamente.

Y encima tenía la pierna rota. ¿Adónde pensaba llegar con un par de muletas? Ella no permitiría que tocara las llaves del coche, y aunque él se las arreglara para quitárselas, estaba convencido de que para cuando volviera ella ya se habría ido. Sin duda, tenía suficientes motivos para querer desaparecer otra vez, y era una mujer con increíbles recursos. Encontraría el modo de desaparecer con Kevin.

¿Dónde demonios estaba su revólver? Ella le había dicho que esta vez no lo encontraría, y hasta el momento así era, aunque lo había buscado por todas partes.

Kendall se sentía muy orgullosa de no dejar ningún cabo suelto y de tenerlo todo planeado de antemano. Hasta ahora, podía haberlo hecho con facilidad gracias a su confusión. Bueno, se dijo, puede que durante las dos últimas semanas el oficial John McGrath haya estado imposibilitado, fuera de sus cabales y tumbado en cama, pero ahora volvía a estar de servicio.

Se levantó de la cama y se acercó cojeando a la cómoda. Los calzoncillos estaban perfectamente doblados en el cajón, separados de los calcetines. *Qué buena esposa*, pensó con desdén mientras cerraba con rabia el cajón.

De pronto volvió a oír el grifo de la ducha. Aún disponía de unos minutos para buscar su pistola.

Ella era demasiado inteligente para haberse desprendido del arma. Si no pretendía utilizarla con él —aunque eso aún era una posibilidad, pensó con inquietud—, la habría guardado para protegerse. Podría haber algún miembro del grupo parapolicial por ahí suelto buscándola.

John echó un vistazo a los cajones de ella, tratando de no alterar la ordenada disposición de sus braguitas y sujetadores. Al no encontrar nada en la cómoda, volvió a la cama y pasó las manos entre el colchón y el somier, aunque no esperaba encontrarla ahí porque ese había sido el primer lugar, nada original por cierto, donde él la había ocultado.

Miró en el estante de lo alto del armario. Anduvo a gatas por el suelo en busca de alguna tabla suelta bajo la que podría haber escondido el revólver.

En los cajones de la mesilla de noche no había nada.

El grifo de la ducha se cerró.

John se pasó las manos por el cabello, en un crispado ademán de frustración. ¿Qué iba a hacer? Tenía que tomar una decisión rápidamente.

No se había equivocado al considerar a Kendall Deaton Burnwood como una auténtica embustera. Tenía la desfachatez y la inteligencia para llevar a cabo hasta el plan más audaz, incluso si este implicaba consumir su falso matrimonio con el hombre que, de hecho, era su carcelero.

Además, era una madre que temía por la vida de su hijo tanto o más que por la suya propia. Haría lo que fuese para proteger a su niño.

Pero ni siquiera la maternidad justificaba que hubiera secuestrado a un policía judicial. Ella había violado más leyes de las que él podía recordar en ese momento. Su deber era entregarla a las autoridades competentes. Eso es lo que haría, fueran cuales fuese los medios necesarios.

Recorrió el pasillo. La puerta del baño estaba entornada. Tratando de no hacer ruido, se acercó lentamente y la empujó de tal forma que esta se abrió en silencio.

Kendall estaba delante del lavamanos, poniéndose desodorante en la axila. Tenía el pelo húmedo y en punta, y lo único que llevaba eran las bragas.

Tarareaba sin ritmo alguno, desafinando graciosamente.

Él no se permitió esbozar siquiera una sonrisa, ni sentir un asomo de ternura.

Dios santo, ¿podría hacerlo?

Era una idea inteligente. Tenía que hacerlo. Pero sería tremendamente difícil, quizás el trabajo más difícil de toda su carrera. De *ambas* carreras.

Aunque un sinfín de instintos pugnaban en su interior por impedirselo, se obligó a seguir. Tuvo miedo de que le viera en el espejo, pero no fue así, ni siquiera cuando se colocó detrás de ella. Poco a poco se quitó la muleta del brazo y se apoyó bien en ella. Luego, con la otra mano, cogió con fuerza del brazo a Kendall y la obligó a volverse hacia él.

Capítulo 30

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?

A Gibb Burnwood la noticia no le sentó bien; el tono de su voz era tan asesino como su mirada.

El abogado de los Burnwood permaneció sentado, sin inmutarse. Quincy Lamar, con sus larguiruchas piernas cruzadas y sus manos, largas y delgadas, apoyadas en el regazo, era un ejemplo de serenidad y elegancia sureña.

Parecía como si en toda su vida no hubiera desprendido una gota de sudor. Su traje era de un corte impecable. En los puños franceses de la camisa llevaba unos gemelos con brillantes incrustados. Tenía el pelo engominado y las uñas, impecables.

Sus modales afeminados le revolviéron el estómago a Gibb, quien no hubiera respetado lo más mínimo a Lamar si no fuese porque tenía la reputación de ser un letrado fuera de serie en los juicios, el abogado criminalista más astuto y corruptible que se pudiera comprar con dinero. Muchos de los mayores sinvergüenzas del sur estaban en libertad gracias a Quincy Lamar.

—¿Cómo ha huido? ¿Cuándo? —preguntó Gibb.

—Según tengo entendido, hace más de dos semanas que no se sabe nada de ella.

—¡Dos semanas! —bramó Gibb—. ¿Por qué no nos lo has dicho antes?

—Señor Burnwood, no veo motivo para que me grite. Le he dicho todo lo que sé en cuanto me he enterado de la noticia.

La voz de Lamar era tan suave como un sorbo de whisky. Al igual que el licor, su voz meliflua parecía inofensiva, pero de pronto podía alzarla ante un jurado u oponente legal y ser muy convincente.

—Localizaron a la señora Burnwood en Denver. La escoltaban de vuelta a Carolina del Sur para que compareciese como testigo de cargo en el proceso que se celebrará contra ustedes.

Matt habló por primera vez.

—Lástima que me divorciara de ella. Así no la podrían obligar a declarar en mi contra.

—Estoy seguro de que no la obligan... —respondió Lamar por lo bajo, y se detuvo para quitarse un trozo de hilo imaginario de la manga—. En algún punto del viaje, la señora Burnwood los esquivó y...

—¿Los esquivó? ¿Acaso logró engañar a dos policías y escapar de ellos? Lamar clavó los ojos en Matt.

—¿Quiere que siga o piensa continuar interrumpiéndome?

—Lo siento —dijo Matt con voz tensa.

El abogado se tomó su tiempo antes de proseguir. Miró a Gibb con desdén, como dándole a entender que debía haber enseñado a su hijo mejores modales. Gibb sintió deseos de estrangular al abogado, pero estaba tan ansioso como Matt por saber cómo había desaparecido Kendall.

—Uno de los policías era una mujer —dijo Lamar. Les explicó que Kendall había sufrido una infección de oído que los había obligado a realizar el viaje en coche y pasar varias noches en la carretera—. Supongo que era necesaria la presencia de una mujer policía para asegurar a la señora Burnwood la protección y privacidad necesarias mientras se ocupaba del bebé —añadió.

Gibb y Matt intercambiaron una mirada, y a continuación ambos se pusieron en pie a la vez de un brinco. Gibb disfrutó al ver la expresión de alarma del abogado cuando le agarró por la corbata de color lavanda y le levantó de la silla.

—¿Qué has dicho?

El guardián entró a toda prisa, haciendo ademán de desenfundar la pistola.

—¡Suéltele! —ordenó a voz en grito a Gibb.

Gibb soltó a Lamar, cuyo trasero cayó a plomo sobre el asiento de madera mientras se tocaba el cuello como para asegurarse de que aún tenía la cabeza en su sitio.

—No ocurre nada —aseguró al guardián a la vez que se pasaba la mano por el pelo—. Mi cliente sólo se ha alterado un poco. No volverá a suceder.

El guardián esperó para cerciorarse de que el abogado tenía la situación controlada y luego salió de la estancia cerrando la puerta tras de sí.

—¿Kendall tiene un hijo?

—¿Niño o niña? ¿De cuánto tiempo?

Sin hacer caso de sus preguntas, Lamar observó a Gibb sin parpadear, dirigiéndole una mirada amenazante.

—Si vuelve a ponerme la mano encima otra vez, me iré y usted acabará en la silla eléctrica con sus palurdos amigos fascistas. ¿Está claro, señor Burnwood?

Su voz sibilante habría puesto la carne de gallina a cualquier hombre normal, pero Gibb siempre se había considerado muy por encima de lo normal. Se inclinó sobre la mesa de tal forma que su rostro quedó a poquísimos centímetros de la fina nariz del abogado.

—A mí no me amenazas, maricón hijo de puta. No me impresionan tus trajes elegantes, tu pelo lacio ni tus corbatas de seda. Y esto es algo que odio —dijo arrancándole el clavel que Lamar llevaba en el ojal y aplastándolo en el puño.

»Podría hacer exactamente lo mismo contigo. Y ahora será mejor que me digas lo que quiero saber sobre el bebé de mi nuera, o de lo contrario te arrancaré de cuajo el cuello con mis propias manos y lo utilizaré de cebo. ¿Está claro?

Quincy Lamar, famoso por reducir a los testigos de la parte contraria a temblorosos seres balbuceantes, se quedó sin habla. Clavó los ojos en Matt, cuya mirada pétrea no hacía más que subrayar la amenaza de su padre. El abogado tragó saliva con dificultad.

Finalmente siguió con su relato.

—La señora Burnwood tiene un bebé varón —dijo mientras sacaba del maletín una copia del certificado de nacimiento del niño y se lo mostraba—. Supongo que el niño es...

—Mío —intervino Matt con firmeza después de examinar la fecha de nacimiento—. ¡Es mío!

Gibb rodeó a Matt con los brazos y le dio una palmada en la espalda.

—Hijo, estoy orgulloso de ti. Demos gracias a Dios, ¡por fin tengo un nieto! —Sin embargo, la feliz celebración duró poco—. ¡Esa puta! —bramó Gibb golpeando la mesa con el puño.

Matt se volvió hacia Lamar.

—Escucha, quiero a mi hijo. Haz lo que sea necesario para que me lo pueda quedar. Obtuve el divorcio sin saber que estaba embarazada. Además de intentar matarme y de abandonarme, me ha ocultado el hecho de que tengo un hijo, así que no debe de ser tan difícil que me concedan la tutela del niño.

Lamar lanzó una mirada nerviosa a Gibb.

—Señor Burnwood, sea razonable. Tanto usted como su hijo están acusados de varios delitos graves. ¿No deberíamos concentrarnos en conseguir que los absuelvan antes de entablar ningún pleito?

—No pueden demostrar que papá y yo estemos relacionados con el asesinato de ese tal Li. Ni con el de ese dichoso Bama, cuya muerte nos han imputado recientemente.

—«Ese dichoso Bama» resultó ser un agente del FBI —le recordó el abogado con severidad.

—Fuera quien fuese, nosotros no tuvimos nada que ver con que le dispararan en la cabeza y le enterraran en el bosque. Nadie ha encontrado el cuerpo, así que ni siquiera están seguros de que haya muerto. Ese vagabundo se largó de la ciudad de la misma forma en que llegó.

—¿Y qué hay de la desaparición de la cárcel de Michael Li?

—Es evidente que escapó. Tampoco han encontrado su cuerpo, y no lo van a encontrar. Él no volverá a aparecer... Si lo hace, tendrá que enfrentarse a los cargos de violación que se le imputan. Así que ahora estará escondido en alguna parte, mientras a papá y a mí nos acusan de dos asesinatos que nunca se han cometido.

—Entonces ¿cómo explica los hechos que la señora Burnwood ha contado a las autoridades? —preguntó Lamar.

—Ella se perdió en el bosque, se puso histérica y sufrió alucinaciones. Y al mismo tiempo, encontró la oportunidad de vengarse de mí por mi lío con Lottie Lynam.

Una vez más, Gibb apretó la mandíbula en un acto reflejo al oír pronunciar el nombre de Lottie. Desde el primer día en que Matt había reanudado su relación con ella, Gibb lo había sabido. Le resultó difícil creer que su hijo, tan obediente y dócil en los demás aspectos de su vida, tuviera tal debilidad por esa mujerzuela pelirroja.

A Gibb no le había hecho ninguna gracia, pero para conservar la paz en la familia fingió no saber nada. Al fin y al cabo, Lottie estaba casada. De aquella relación no podía salir nada demasiado malo. Él mismo se había ocupado hacía años de que no hubiera ningún embarazo indeseado.

Cuando Gibb se enteró de que su hijo —que tenía entonces dieciséis años — mantenía un romance secreto con Lottie, hizo una llamada telefónica a su padre. Este estuvo de acuerdo en que debían procurar que esos locos no se metieran en un lío. A cambio de setenta y cinco dólares, el viejo le prometió echar una píldora en el vaso de leche de Lottie. Gibb le aseguró que era un narcótico inofensivo; se lo había proporcionado el médico.

La píldora provocó calambres a Lottie, y el mismo médico, a quien Gibb había sobornado a cambio de doscientos dólares, le diagnosticó una apendicitis y se encargó de extirparle el apéndice perfectamente sano —y

ligarle las trompas de Falopio—. Los gastos de la operación también corrieron a cuenta de Gibb, quien por menos de mil dólares tuvo la garantía de que Lottie no daría a luz un bastardo Burnwood.

Hasta hoy, consideraba que aquel era el mejor dinero que había gastado nunca. Siempre y cuando aquella relación no fuese un obstáculo para que Matt se casara y le diera un hijo legítimo y heredero, Gibb creyó que no había ningún mal en que se viera con Lottie durante las ausencias de su marido borracho.

Pero no quería que su relación fuese del dominio público. Matt Burnwood, heredero forzoso del liderazgo de La Hermandad, debía salvaguardar su imagen, y eso implicaba que no podía enamorarse perdidamente de una fulana como ella. La consanguineidad con personas de los bajos fondos o de otras razas era el tabú número uno, el principal. Si a Matt se le permitían semejantes libertades respecto a las estrictas normas de La Hermandad, los demás comenzarían a pedir excepciones a las reglas.

Por eso Gibb se enfureció al enterarse de que el lío de su hijo saldría a la luz durante el juicio. Mantenerlo en secreto era totalmente imposible. Quincy Lamar incluso propuso que Matt utilizara a Lottie como coartada para la noche de la misteriosa desaparición de la cárcel de Michael Li, de quien no se había sabido nada más desde entonces.

Si la señora Lynam declaraba bajo juramento que aquella noche Matt estuvo con ella, eso podría influir favorablemente en un jurado dudoso. Lamar aconsejó a Matt que confesara el menor de los dos delitos. El adulterio era pecado, pero en Estados Unidos no se castigaba con la muerte.

Matt y Gibb habían barajado esa opción, pero aún no habían tomado una decisión. Gibb quería evitar durante el máximo tiempo posible que se vinculara a Matt con aquella mujer. Su relación no era el mayor logro de su hijo, pero si se hacía público, sería lo que más recordaría la gente de él.

La parte peliaguda de la postura de Gibb era que la suma total de los argumentos de la defensa consistía en las negaciones. Gibb sabía que era una tontería no aprovechar todas las posibilidades de la defensa, sin importar lo desagradables que fueran. Al enterarse de que tenía un nieto, la situación cobró una nueva dimensión. Ahora las prioridades eran otras. El objetivo había cambiado. Quizá debería reconsiderar su férrea negativa a utilizar a Lottie Lynam.

Aunque Gibb se había puesto a pensar en todo lo anterior, había seguido la discusión entre Matt y el abogado. Como su trifulca verbal no conducía a ninguna parte, al final Gibb los interrumpió imponiendo su voz.

—Señor Lamar, lo que le está diciendo mi hijo es que queremos que nos devuelvan el bebé. Es nuestro por derecho. Y lo queremos.

—Exactamente —afirmó Matt.

Lamar alzó las manos mostrando las palmas, como a la defensiva de un ataque.

—Caballeros, les digo esto por su propio bien. Se están aferrando a una falsa esperanza.

Las palabras del abogado no sirvieron en absoluto para debilitar la resolución de Matt.

—Haré lo que sea para apartar a mi hijo de esa mujer. Kendall es totalmente incapaz de criar a un auténtico Burnwood. No será una buena madre, porque ni siquiera fue una buena esposa.

»Le di toda la libertad que quiso para continuar ejerciendo su profesión. Ella acabó poniendo en peligro su empleo al enemistarse con sus colegas. Fui generoso con el dinero. Siempre la traté bien y nunca rehuí mis responsabilidades como marido. Pregunte a cualquiera. Le dirá que éramos un matrimonio perfecto.

»Y así es como me lo paga. Contando mentiras despiadadas sobre mi padre y sobre mí. Me atacó físicamente en nuestra casa y se fue, dándome por muerto. Me abandonó. Y ahora, más de un año después, me entero de que tengo un hijo. ¡Ya tiene tres meses y yo ni siquiera sabía que existía! Hay que ser una verdadera arpía para ocultarme a mi propio hijo.

Tras escuchar con paciencia a su cliente, Quincy Lamar cerró con calma su cartera y se levantó.

—Señor Burnwood, ha sido un discurso excelente, muy convincente y apasionado. Me ha convencido, no sólo de que es inocente de los delitos que se le imputan, sino de que además es víctima de la vil traición de la señora Burnwood. Ocúpese de hacerlo igual de bien cuando le interroge el fiscal. —Golpeó la puerta para indicar que la reunión había finalizado—. Mientras la señora Burnwood no aparezca para dar su versión de los hechos, nadie podrá poner en duda su conmovedora historia. Cuando la encuentren, y puede estar seguro de que los federales la están buscando debajo de cada piedra de los estados sureños, entonces quizá tengamos que hacer algunas modificaciones —añadió mientras esperaba a que el guardián le abriera.

Después de que se fue, Gibb y Matt sólo tuvieron unos minutos a solas antes de que los escoltaran de vuelta a sus respectivas celdas.

—Papá, ¡tengo un hijo! Un niño.

Gibb cogió a Matt por los hombros.

—Hijo, es una noticia maravillosa. Estoy emocionado. Pero ya lo celebraremos más adelante. Por desgracia, ahora no hay tiempo. No me fío ni un pelo de ese abogado mariquita.

—A mí tampoco me gusta. ¿Quieres que le despedamos y contratemos a otro?

Gibb negó con la cabeza.

—En un sentido u otro, todos los abogados son unos incompetentes. Pueden ser arteros y desleales, incluso si son miembros de tu propia familia —añadió con sequedad—. Nunca debimos haber confiado en él, ni en nadie para que pensara o actuara por nosotros.

Matt pareció desconcertado.

—Papá, ¿adónde quieres llegar?

—Ya va siendo hora de que nosotros mismos nos ocupemos de nuestros asuntos.

Lottie leyó la carta por segunda vez, luego por tercera. La nota era descarada, atrevida, e iba al grano.

Arrugó el papel y lo arrojó al suelo. Maldiciendo, se dirigió a la ventana y contempló su descuidado jardín. Charlie no sólo había sido un marido pésimo, sino que además sus ingresos económicos siempre fueron lamentables. Ella nunca había tenido dinero para arreglar la casa y hacer que su hogar tuviese un aspecto agradable.

Bueno, ¿y qué esperaba? ¿Que su matrimonio obrase un milagro en su vida?

Ella venía de la escoria, y siempre sería escoria. Lo sabía. Charlie también. Y Matt también. De hecho, así la había llamado la primera vez que le dirigió la palabra.

Una tarde, cuando iban a cuarto curso, él la abordó mientras volvía a casa de la escuela. Saltó de entre las ramas bajas de un árbol, dándole un susto de muerte y bloqueándole el paso.

—Te crees muy lista, ¿verdad? —espetó él—. Bueno, pues no lo eres. Mi papá dice que tu familia es una miserable escoria blanca y que yo no tendría que mezclarme con los que son como tú.

—Pues yo digo que tú y tu papá sois una mierda. Yo sí que me alegro de no tener nada que ver contigo, Matt Burnwood. Y ahora, fuera de mi camino.

Ella intentó esquivarle, pero él avanzó unos pasos con destreza y la agarró por los hombros.

—¿A qué viene tanta prisa, pelirroja?

Intentó besarla, pero ella le dio un rodillazo en la entrepierna y echó a correr.

Transcurrieron varios años antes de que él tuviera el valor de volver a intentar besarla. En esa ocasión, ella se lo permitió, y aunque desde ese día fueron conscientes de que se atraían, sabían que era imposible que entre ellos pudiera haber algo importante. Incluso de niños, ya conocían los matices que diferenciaban a sus castas.

Aun así, flirtearon, izaron las banderas rojas del encanto ante su floreciente sexualidad, que no quedaron aplacadas hasta una sofocante tarde de verano cuando se encontraron en un arroyo de la montaña. Sólo con la ropa interior, jugaron a ver quién aguantaba más tiempo debajo del agua.

Ganó él, claro. Como premio, le pidió que se quitara el sujetador y le dejara ver sus pechos. Más allá de su arrogancia, había advertido en él cierta vulnerabilidad que le pareció muy dulce.

Se quitó el sujetador.

Él la miró.

Entonces pareció dispuesto a tocarla. Lo hizo con vacilación y delicadeza. Por eso ella le permitió que se tomara las libertades que negaba a otros chicos. Al poco, ella también le tocó.

Aquella primera vez había sido embarazosa e incómoda. Matt se comportó con torpeza y demasiada ansiedad; ella, impaciente por complacer. Pero Lottie recordaba el calor febril de sus cuerpos, la agitada respiración de ambos, las palpitaciones de sus corazones y los suspiros de gozoso descubrimiento. Su lujuria fue sincera y natural, desbordante, ferviente. Y en muchos sentidos, inocente.

Al recordarlo ahora, con la cabeza apoyada contra el sucio vidrio de la ventana, Lottie no pudo contener las lágrimas. Desde aquel día había amado con locura a Matt Burnwood, y siempre le amaría.

Por ello le permitió que la utilizara. Ella reconoció y respondió a la desesperación subyacente, al deseo que él sentía por ella. Lottie satisfacía una necesidad que sospechaba que no era únicamente sexual.

Ella era la íntima rebelión de Matthew Burnwood por ser Matthew Burnwood. Él había alcanzado todas las metas dispuestas por su padre, cumplió las expectativas que los demás habían depositado en él y siempre se comportó como era de esperar. Su relación con ella fue el único fallo que se permitió.

Para él, el hecho de que tuviera que mantenerse en secreto era parte de su atractivo. Ella era la antítesis de la clase de mujer que se esperaba que tuviera. Si hubiera sido mínimamente aceptable para acceder al círculo social de los Burnwood, Matt probablemente habría perdido interés por ella hacía años.

Sin embargo, Lottie sabía que Matt la quería a su modo. Él nunca querría a nadie tanto como a su padre; nunca nadie recibiría de él la ciega lealtad y devoción que se reservaba para Gibb.

Por esta razón, en cierta manera Lottie se compadecía de Kendall Deaton. En lo relativo a los sentimientos de su marido, a Kendall la había molestado ocupar un lugar secundario respecto a su suegro y, al parecer, no había dudado en expresar su malestar. Incluso antes de divorciarse de ella, Matt a menudo se había quejado de que Kendall era demasiado franca y de que eso no le hacía ningún bien.

Así, ¿en qué convertía eso a Lottie? ¿En felpudo? ¿En una amante obediente, resignada y servicial?

La respuesta era evidente en la carta que hoy había recibido de Matt. Se agachó, la recogió del suelo y la extendió sobre la mesa, alisando las arrugas que había hecho al estrujarla.

Ahora Matt la necesitaba desesperadamente, más de lo que jamás la volvería a necesitar.

Observó la habitación —los muebles viejos y ajados, el techo con manchas de humedad, el zarrapastroso suelo de madera que crujía al pisarlo—, y pensó con tristeza que aquello era lo máximo que iba a tener en la vida.

Cuando Kendall se fue de la ciudad, el juicio por asesinato de Lottie se aplazó hasta nueva orden. Poco después se le designó a otro abogado, quien inmediatamente pidió una prórroga para poder revisar el caso y preparar su estrategia. El tribunal se lo concedió. En vista de los prominentes casos que había pendientes, podrían transcurrir meses antes de que se fijara otra fecha para el juicio.

Pero Lottie quería que tuviera lugar cuanto antes. Al margen del resultado del proceso, hasta que la juzgaran por el asesinato de Charlie su vida continuaría en punto muerto. Aunque no estaba en la cárcel, la verdad es que tampoco era libre.

No tenía marido, ni hijos, ni ningún familiar que la ayudara. Y aunque tenía una casa, para ella era un refugio, no un hogar. No tenía ningún estatus en la comunidad.

Lo único que la había hecho feliz en su vida era el hecho de haber estado en brazos de Matt Burnwood. A pesar de conocer sus debilidades y prejuicios,

le quería.

Volvió a leer la carta que él le había escrito desde la cárcel. Le pedía que le hiciera un gran favor. Si ella accedía, se estaría jugando la vida.

Por otro lado, después de hacer inventario de su vida, saltaba a la vista que no tenía nada que perder.

Capítulo 31

—¡Se han fugado!

El portador de esta sorprendente noticia era un ayudante del *sheriff* cuya única responsabilidad se limitaba a dar indicaciones y atender a todo aquel que acudiera a los juzgados del condado de Prosper.

Sin duda aquel tipo se caracterizaba por su falta de agudeza. A duras penas había aprobado el examen requerido para el trabajo, pero lo *había* aprobado, y lucía con orgullo el uniforme caqui y la placa. El tieso cuello de la camisa era demasiado grande para su escuálido cuello, que formaba un pedestal bamboleante bajo su pequeña y puntiaguda cabeza.

Se llamaba Lee Simon Crook. Era primo de Billy Joe y los gemelos.

Luther Crook tenía la bola de billar perfectamente alineada cuando Lee Simon irrumpió por la puerta del salón y les comunicó la noticia que le había hecho recorrer a toda pastilla las dos manzanas de distancia que mediaban de los juzgados. Maldiciendo por lo bajo porque acababa de errar el tiro que le hubiera devuelto los diez dólares que había perdido en una apuesta anterior, Luther se giró con los puños cerrados, dispuesto a pelear.

—¡Maldito soplapollas! Debería darte una paliza y hacerte puré. Tenía un tiro perfecto...

—Calla, Luther —ordenó Henry desde un taburete—. Lee Simon, ¿qué decías de que se han fugado?

—Se han fugado de la cárcel.

Luther agarró a su primo por la manga del uniforme y le obligó a darse la vuelta.

—¿Quién se ha fugado, cabeza de chorlito?

—Los B... B... Burnwood.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Te lo juro por Dios. —Hizo la señal de la cruz sobre su pecho cóncavo—. Hará unos diez minutos. Se ha armado un revuelo impresionante. Aprovechando la confusión, me he escabullido y he venido a toda pastilla.

Incluso a mediodía, en la sala de billar siempre había unos cuantos hombres, holgazanes que pasaban el tiempo bebiendo cerveza y quejándose de que el servicio de correos tardara tanto en entregar los cheques de la seguridad social.

Henry, con el entrecejo fruncido, empujó a su primo hacia uno de los reservados del local mientras hacía señas a Luther para que se uniera a ellos.

—¿Piensas pagar? —le preguntó el contrincante de Luther.

Luther arrojó otro billete de diez dólares sobre el paño, sacudió su palo de billar y lo deslizó en el reservado. Se sentó junto a su hermano, de tal forma que ambos quedaron frente al primo a quien habían atormentado toda la vida. Los gemelos, quienes se caracterizaban por su mal genio, siempre habían hecho un infierno de todas las reuniones que habían tenido con su familiar, físicamente inferior.

Los continuos malos tratos que los gemelos le infligían habían producido el paradójico efecto de granjearse el afecto incondicional de Lee Simon, además de su admiración y lealtad. El hecho de que a menudo sus primos infringiesen la ley sólo parecía avivar aún más su fascinación.

—Me dijisteis que estuviese pendiente de lo que pasase allí —comenzó señalando con el pulgar en dirección a los juzgados—. Bueno, pues eso es lo que he hecho. Ni en sueños imaginaba que pasaría algo tan emocionante.

—¿Qué ha pasado?

—Matt y su viejo se han fugado a plena luz del día.

—¿Cómo? ¿Han tumbado al guardián?

—Más bien han hecho que se le levante —dijo Lee Simon con una carcajada.

—¿Eh?

—La señorita Lottie Lynam...

—Sí —dijeron los gemelos al unísono.

—Bueno, pues estos últimos días, ella ha ido a ver a Matt a menudo. Le llevaba hamburguesas de queso, tartas de crema de coco del bar, revistas, libros y todo eso.

Se inclinó sobre la mesa y adoptó un tono de voz varonil.

—Ya sabéis lo buena que está esa tía. El caso es que ella entra todos los días en la cárcel coqueteando como si fuera la reina de Saba. Pone cachondos a todos los de ahí dentro, incluso a mí. Todos los guardas se vuelven locos cuando la ven. Demonios, puede que llevemos uniforme, pero seguimos siendo hombres, ¿no?

—Sí, tiene un par de tetas que hacen perder el sentido a cualquiera —dijo Luther con impaciencia—. Pero sigue de una vez, ¿quieres?

Lee Simon se limpió la saliva, que a menudo se le quedaba en las comisuras de la boca.

—Entonces hoy Lottie entra ahí meneándose con un vestido de lo más ajustado, y se asegura de que absolutamente todo el mundo la está mirando, incluido el viejo Wiley Jones.

Lee Simon se echó hacia adelante en el asiento antes de proseguir su relato. Se le estaba acumulando de nuevo la saliva en los labios.

—Wiley la deja entrar en la zona de visitas, ella tropieza, se le cae el bolso y se le desparrama todo. Se agacha y se pone a cuatro patas para recoger las cosas, y me han contado que al viejo Wiley por poco se le salen los ojos de las órbitas. También dicen que ella no llevaba ropa interior, pero puede que eso sólo sea un rumor. O qué más quisieran...

—Como no vayas al grano...

—Vale, vale. No quiero dejarme nada. —Tomó un poco de aire—. Ya sabéis que todo el mundo pierde el culo cuando se trata de Gibb Burnwood... Creen que es un gran tipo y todo eso. Bueno, pues casi todos los guardas opinan que al pobre lo han acusado de algo que no ha hecho, así que las medidas de seguridad con él y con Matt son las mínimas, por decirlo así.

»Cuando la señorita Lottie deja caer su bolso, Wiley abandona su puesto y se apresura a ayudarla. Mientras él recoge los chicles y pintalabios, Matt y Gibb, que estaban esperando para ver a Lottie, cruzan la puerta y se largan tranquilamente.

»Lottie da las gracias a Wiley por su ayuda, y entonces dice sin aliento “¡Dios mío, no puedo permitir que mis amigos me vean así!”. Se pasa las manos por el pelo y luego por el vestido, ya sabéis, como si se estuviera arreglando un poco.

»Entonces va al servicio de damas más cercano, donde la esperan Matt y Gibb. Se cambian, con la ropa que ella ha escondido antes ahí, y luego salen los tres por la puerta principal, suben al coche y se van tan campantes.

»Algunas personas los han visto salir de los juzgados. Ellos sonreían, les estrechaban la mano y decían que los acababan de poner en libertad bajo fianza, que estaban encantados y que había prevalecido la justicia. Que el sistema funciona y cosas de esas. Unos huevos bien puestos es lo que tienen esos Burnwood.

»Wiley, el pobre tonto, ni siquiera se ha dado cuenta de lo que ha pasado. Cuando se ha descubierto el pastel, él aún estaba recostado en su silla,

soñando con lo que ha visto debajo del vestido, mientras esperaba a que la señorita Lottie volviera del servicio. Aún estaba tan aturdido ¡que ni se ha enterado de que se le habían ido los prisioneros!

—¿Y ahora dónde están?

—¿Cuánto hace que se han ido?

—Tranquilos, primos. Ahora os lo cuento todo. Aunque necesito algo para refrescarme la garganta —dijo Lee Simon mirando de reojo hacia la barra.

Henry hizo señas al camarero, quien sirvió una cerveza al ayudante del *sheriff*.

—Se supone que no hay que beber cuando se lleva uniforme, pero con todo el jaleo que se ha armado nadie se va a dar cuenta de que el aliento me huele a cerveza. —Dio un sorbo a la espuma de la copa.

»Yo nunca le he visto, pero dicen que ese agente del FBI, Pepperdyne... vaya nombrecito, ¿eh?... pues dicen que cuando se ha enterado de la fuga, se ha puesto hecho una fiera. Quiere saber cómo es posible que un viejo inútil estuviese encargado de custodiar a prisioneros federales. Ha preguntado quién dejó al viejo Wiley al mando. Dicen que si las palabras mataran, todo el personal de allí, incluidos los hombres del equipo del propio Pepperdyne, estarían más muertos que... Está que se sube por las paredes.

—¿Cómo los ha sacado Lottie de la ciudad? —preguntó Henry.

—Según creen, ella tenía otro coche esperando. Justo antes de venirme corriendo para aquí, he oído que decían que han encontrado su coche debajo de un puente en la carretera. Nadie los ha visto hacer el cambio. Todos los vehículos de los Burnwood están fichados. Ella debe de haberlo conseguido en alguna parte, pero nadie sabe qué coche es. Yo diría que se habrán ido lejos.

—¿Adónde?

Lee Simon encogió los huesudos hombros.

—Cualquiera sabe.

—¿No hay ninguna pista? —preguntó Luther.

—Bueno, se habla mucho en los juzgados, pero casi todo son rumores. —Dio otro sorbo de cerveza—. Todos creen que irán a buscar a la exmujer de Matt para cerrarle la boca. Por eso ese Pepperdyne se ha puesto hecho una fiera. Ella es quien dice que fueron ellos los que mataron a ese chino que desapareció de la cárcel. Y escuchad bien: dijo que le cortaron la polla y que le crucificaron —susurró.

Henry y Luther intercambiaron una mirada de asco.

—Nos hemos enterado de que ella logró escaparse de los policías que la traían aquí para que declarara —dijo Henry.

—Es verdad. Nadie sabe dónde está. —Lee Simon bajó la voz—. Apuesto a que os gustaría saberlo.

—Y que lo digas, Lee Simon. No eres tan estúpido como feo.

Lee Simon sonrió ante el elogio de sus primos mayores, más fuertes y mezquinos.

—Mi madre dice que echáis la culpa a la señora Burnwood de que Billy Joe fuese a prisión. Según me ha contado, vuestra madre aún no lo ha superado.

Billy Joe al final se había recuperado de su herida y fue enviado a una clínica de rehabilitación, donde le pusieron una prótesis. Aún no la manejaba con soltura, cuando atacó a uno de los terapeutas. Utilizando el brazo ortopédico como arma le produjo graves heridas en la cabeza.

En esta ocasión se le procesó como adulto, le condenaron y ahora cumplía la pena en el Instituto Correccional Central. Las desgracias de Billy Joe podían remontarse directamente a la abogada de oficio de Prosper que había traicionado a la familia.

—Nunca debimos haber confiado en ella —dijo Henry torciendo la boca con amargura—. ¿Qué saben las tías de leyes?

—Ni una puta mierda —respondió Luther—. De lo contrario, nuestro hermanito no estaría en prisión.

—Y aún tendría su brazo derecho.

Lee Simon se terminó la cerveza y eructó con rudeza en un intento de impresionar a sus primos.

—Será mejor que vuelva. Sabía que querríais estar enterados de lo que ha pasado.

Los hermanos, abstraídos, le dijeron adiós sin mirarlo siquiera. Luther se levantó y ocupó el lugar de Lee Simon para ponerse de cara a su hermano.

—Henry, ¿qué piensas? —preguntó Luther.

—¿Qué piensas?

—Yo te lo he preguntado primero.

Henry se tocó la barbilla.

—Sería una pena que alguien, incluso Gibb y Matt, matara a la señora Burnwood antes de que lo hiciéramos nosotros.

—Sería una maldita pena.

—Yo no podría volver a mirarme en el espejo.

—Es un asunto de orgullo familiar.

—De honor.

—Le juramos a mamá que haríamos pagar a Kendall Burnwood por todo lo que le pasó a Billy Joe.

—No debería habérnosla jugado a la familia Crook.

—Si queremos mantener la promesa que le hicimos a mamá...

—Tenemos que encontrarla antes que ellos. —Henry se levantó de la mesa e indicó a su hermano que lo siguiera—. Vamos a ver qué piensa mamá.

A ella le pareció una idea magnífica. Incluso añadió un incentivo en el que los gemelos no habían caído, pero que era bastante compatible con sus propios motivos para querer atrapar a Kendall Burnwood.

—¿Quién sabe de lo que el viejo Burnwood sería capaz si nosotros le resolvemos su problema? ¿Eh? Está forrado de dinero, ¿no? —propuso su madre con un brillo malvado en los ojos.

Henry fue el primero en captar lo que su madre quería decir. Guiñó el ojo a su hermano.

—Apuesto a que estaría dispuesto a desprenderse de un poco de dinero con tal de librarse de ser procesado.

Cuando la historia de La Hermandad salió a la luz y los Crook se enteraron de que había un grupo parapolicial en Prosper, se habían indignado, pero sólo porque no se les había invitado a formar parte de él. El esfuerzo de mantener a Prosper racialmente limpio y libre de extranjeros les pareció una gran idea, y no comprendían que se castigara a nadie por ello.

Claro, nunca imaginaron que fue el juez Fargo quien había ordenado que le cortaran el brazo a Billy Joe para darles, tanto a él como a Kendall Burnwood, una dura lección de respeto. Ni tampoco sabían que ellos también habían sido condenados a castigos especiales por atreverse a amenazar a una Burnwood, concretamente a Kendall. Sin embargo, debido a otros asuntos más urgentes, La Hermandad se había visto obligada a dejar de lado sus casos.

De forma errónea, el clan Crook consideraba a Kendall responsable de sus desgracias. Planearon su venganza desde el día en que apartaron de ellos a Billy Joe. Lo de romperle el parabrisas, las cartas amenazadoras y la rata muerta no fueron más que el precalentamiento.

Cuando decidieron destrozarle el despacho, requirieron la ayuda de Lee Simon, quien los introdujo en secreto en el edificio de madrugada. A cambio, los gemelos le proporcionaron una mujer que, por veinte dólares, se avino a pasar una noche entera con Lee Simon. A los gemelos les pareció una buena oferta; su primo no cabía en sí de regocijo.

Su plan, tal y como lo dispuso mamá, era seguir acosando a la señora Burnwood hasta que tuviera un «accidente» mortal. Sólo se enteraría poco antes de morir de que los Crook habían consumado su venganza.

Por desgracia, antes de poder llevar a cabo el acto final, la señora Burnwood se había esfumado de Prosper y estaba en paradero desconocido. Enfadados y frustrados por el contratiempo, Henry y Luther se emborracharon perdidamente y, para sentirse mejor, incendiaron un granero de heno.

Sin embargo, no habían olvidado su promesa de venganza. Su odio hacia Kendall Burnwood no había disminuido durante el año de su desaparición. Cuando se enteraron de que la habían encontrado en Colorado y de que la iban a trasladar a Carolina del Sur, lo celebraron con otra juerga de alcohol y el desvirgamiento de una sobrina de doce años.

Todavía no se habían recuperado de la resaca cuando supieron que su odiada presa había burlado a los policías que la escoltaban y que en esos momentos andaba suelta. Una vez más, los gemelos se sumieron en una profunda desesperación.

Pero ahora la noticia de Lee Simon había avivado su sed de venganza. Su madre había ideado un modo de llenar sus bolsillos mientras se ocupaban de ello. Se reunieron en torno a la mesa de la cocina con una botella de whisky para brindar por su futura prosperidad y ultimar los detalles de su plan.

—Pero según me han dicho ha tenido un hijo —comentó Luther con el entrecejo fruncido—. Después de matarla, ¿qué hacemos con el niño?

Su madre le dio una bofetada.

—¡Zoquete! Se lo llevas al viejo Burnwood, faltaría más. Seguro que nos paga el doble por entregarle a su nieto.

Los gemelos se sonrieron. Cuando se trataba de negocios, su madre era un genio.

Capítulo 32

—Kendall, ¿no has oído al niño?

Kendall se despertó.

—¿Hmm?

—Me ha parecido oír llorar a Kevin.

—Ha dormido más de lo que esperaba; no puedo quejarme. —Se levantó y se puso la bata—. ¿Te importa si lo traigo aquí?

—Oh... no.

¿Por qué sentía John tanta aversión por los niños?, se preguntó ella mientras se dirigía a la habitación de Kevin. En su pesadilla, él había llamado a gritos a Pepperdyne para que los hiciera dejar de llorar. ¿Había oído llorar a niños en su sueño? ¿Y qué relación tenían los niños con su trabajo? ¿Qué incidente le seguía atormentando?

Esa no era más que una de tantas preguntas que ella le habría hecho en otras circunstancias. A Kendall le resultaba irónico que la amnesia que él padecía fuera su frágil y tenue protección para no ser descubierta, al tiempo que también era el muro impenetrable que le impedía enterarse de algo personal sobre John McGrath. No sabía nada de su pasado. No sabía cuándo era su cumpleaños ni su segundo apellido.

Era un desconocido para ella. Y, sin embargo, también alguien muy familiar.

Ella reconocía cada matiz de su voz, su tono y su timbre, pero no sabía nada acerca de sus creencias ni su moral. Conocía cada una de las marcas y cicatrices de su cuerpo, pero no cómo se las había hecho. Las yemas de sus dedos habían recorrido cada milímetro de su piel, pero no tenía ni idea de cuántas mujeres la habían acariciado antes que ella.

Incluso podría estar casado.

Se apresuró a apartar de su mente esa inquietante idea. No se permitiría a sí misma pensar en la mujer a la que podría estar traicionando por el hecho de dormir con ella. Mientras sufriera de amnesia, no se le podía hacer responsable de sus actos, razonó Kendall.

Ella sería la única culpable, y lo aceptaba. Había afirmado que él era su marido por capricho, por parecerle un modo ingenioso de ganar tiempo hasta que pudiera escapar. Ni siquiera se le había ocurrido la idea del secuestro y mucho menos convivir con él durante unas semanas. No había planeado los cambios que se habían operado en él al estar con Kevin y ella, ni que se le suavizara el carácter hasta el punto de ser menos adusto y más simpático.

Sin duda, tampoco tenía en mente enamorarse de él.

La mañana después de que hicieran el amor por primera vez, ella pasó unos instantes de pánico. Él se le había acercado con sigilo por detrás mientras estaba en el baño. Cuando la cogió con rudeza y la obligó a volverse, su mirada era tan fiera e intensa que Kendall tuvo la certeza de que acababa de recobrar la memoria.

Pero el brillo de sus ojos que ella había confundido con la rabia, se debía en realidad a la pasión. La besó con fuerza, disipando sus temores. John no eludiría sus deberes como policía judicial. Sabía que en cuanto recobrarla la memoria montaría en cólera. Haría todo lo posible por llevarla de vuelta a Carolina del Sur. Esa era una certidumbre en la que Kendall no quería pensar.

Después de cambiar el pañal a Kevin, volvió a la cama con él en brazos. John se incorporó, se apoyó en un codo y la observó mecer al niño bajo su pecho. El pequeño puño de Kevin le daba golpecitos mientras con la boca le buscaba el pezón a tientas. Ella le guio y él enseguida se aferró con entusiasmo.

—Pequeño glotón —comentó John.

—Tiene mucho apetito.

—¿Por qué tuvieron que hacerte la cesárea?

Ella acarició la cabeza de Kevin.

—Él ya exigía su independencia desde antes de nacer —respondió con una sonrisa—. Se negó a ponerse en la posición correcta en el canal del parto. El tocólogo intentó colocarlo bien, pero Kevin se negó. Creo que fue por vanidad. No quería que le estropearan la perfecta forma de la cabeza.

Con titubeos, John extendió la mano y tocó la sien de Kevin, bajo cuya piel traslúcida se sentía el pulso con claridad. Luego, cautelosamente, puso la mano sobre la cabeza del bebé yendo con cuidado en la parte más blanda.

—Es un niño muy guapo.

—Gracias.

—Se parece mucho a ti.

—¿De verdad?

—De verdad. Y tú eres muy guapa.

Sus miradas se encontraron.

—¿Eso crees?

—Sí.

—Sobre todo por el pelo, ¿eh?

Él posó los ojos en sus mechones cortos y desordenados.

—Puede que estés lanzando una nueva moda.

—Peinado de John Deere.

—¿Quién es ese?

—No importa —dijo ella riendo suavemente.

—Bueno. No importa. Sigues siendo guapa.

Ella sabía que lo decía en serio. Y en su opinión, él también era guapo. Desde luego no era de un atractivo clásico, pero tenía unos rasgos cautivadores y muy masculinos, desde las expresivas cejas hasta los ángulos rectos del mentón.

La verdad es que era curioso que le resultara tan atractivo, porque físicamente era el opuesto a Matt, al que había considerado el hombre más apuesto del mundo.

Matt era alto y esbelto. John era igual de alto, pero de complexión más robusta. Matt era rubio, mientras que John tenía el pelo oscuro con canas grises. Matt tenía los rasgos patricios y refinados, pero casi eran demasiado simétricos para resultar interesantes. El rostro de John estaba más curtido, pero poseía una tremenda personalidad.

Lo que más le gustaba a ella eran sus ojos, una intrigante mezcla de verde y marrón. Dependiendo del humor, le cambiaban como los cristales de un caleidoscopio.

Podía ser muy hosco a veces, pero eso hacía que sus escasas sonrisas y bromas irónicas resultaran más especiales. Había en él cierta aspereza, que ella atribuía a una infancia infeliz; tenía la impresión de que no había crecido rodeado precisamente de ternura. Como no había aprendido a expresar el afecto, se relacionaba con torpeza, aunque era capaz de sentir profundamente, y no titubeaba a la hora de comportarse como le dictaminaban sus sentimientos. Al recordar cómo se había enfrentado a los adolescentes que la habían molestado, supo que haría cualquier cosa para protegerla a ella y a Kevin.

Era duro, pero también podía ser delicadísimo, como lo había sido aquella misma noche, cuando sus ojos parecieron deslizarse por las facciones de Kendall como una suave niebla de bosque.

Con una voz tan áspera como el papel de lija, le había preguntado:

—¿Has hecho antes esto?

—¿El qué?

—Sexo oral conmigo.

Ella se ruborizó mucho, hundió la cara en el hombro de él y negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

Ella alzó la cabeza y le miró directamente a los ojos.

—Nunca lo he deseado.

Durante un larguísimo rato, él siguió mirándola fijamente a los ojos; luego, murmurando una palabrota, la abrazó con fuerza y le alzó la cabeza por la barbilla.

—¿Es que no lo he hecho bien? —preguntó ella con timidez poco después.

—Oh, sí. Lo has hecho bien.

Él siguió abrazándola mientras le acariciaba la espalda y las caderas y le avivaba el deseo. Al final, la sentó a horcajadas en su regazo para ensartar su erección.

—Tampoco lo he hecho nunca así —confesó ella.

—No tienes que hacer nada. Sólo sé tú misma.

Él le puso la mano en la barbilla y con el pulgar le recorrió los labios abriéndoselos, rozándole los dientes, tocándole la lengua. Luego le deslizó las manos por el pecho y le cubrió los senos, y mientras se los presionaba, acariciaba y jugaba con su forma, ella le montó con intensa pasión.

—¡Oh! —susurró él rodeándole por la cintura para sostenerla y guiarla.

Luego deslizó una mano entre sus cuerpos. Con el dedo corazón le masajeó con destreza esa leve prominencia, y Kendall se sintió sacudida por un placer tan intenso que creyó que iba a morir.

Ahora ella experimentaba otra clase de placer, pero igual de intenso y quizá más significativo. Mientras amamantaba a Kevin y John la miraba, casi podía engañarse a sí misma y creer que eran una verdadera familia.

Era lo que siempre había querido, pero jamás lo había tenido... un hombre que la amara, un hijo, una familia. Parecía que el destino estaba empeñado en negarle ese sueño tan simple, por lo que se había visto obligada a representarlo. Temporalmente.

No podía durar mucho más. En cualquier momento, la fantasía podía hacerse pedazos. John de pronto podría recobrar la memoria. O bien los federales, podrían localizarlos y entrar de improviso por la puerta para

arrestarla bajo la acusación de secuestro. O, y esta posibilidad era la que más temía, de algún modo, los Burnwood podrían encontrarla.

Eran cazadores, y sabían cómo seguir el rastro de sus presas. Los trofeos de sus exitosas cacerías pendían colgados de las paredes de la casa de Gibb. Ella se podía identificar con esos pobres animales abatidos al cruzarse en las miras de sus rifles: Temía ser su próxima presa mortal y que Kevin cayera en sus malvadas manos.

En cualquier caso, en esta historia no habría final feliz. Lo máximo que podía esperar era huir de John, no volver a verle y continuar siendo una fugitiva durante el resto de su vida.

Eso significaba abandonarlo ahora, antes de que recuperara la memoria y se acordara de que ella era su prisionera. Cuando se enterara de que lo había convertido en el involuntario actor de un cuento de hadas de breve duración, la odiaría. Le había obligado a cuidar de ella y de Kevin sabiendo que ella iba a desaparecer y lo iba a dejar solo para afrontar las consecuencias de su duplicidad. No la perdonaría jamás. La despreciaría a nivel profesional, pero aún más a nivel personal.

Para entonces esperaba haber desaparecido de su vista y no tener que experimentar nunca su desprecio cara a cara. Podría soportar cualquier cosa menos eso. Rogó a Dios que no permitiera que John pensara, ni por un solo instante, que hacer el amor con él había sido una artimaña más.

¿Pero cómo podría abandonarle, cuando él la estaba mirando de esta forma? ¿Como cuando alargó la mano hasta su mejilla y tomó su boca para darle un largo y profundo beso?

Para disimular un sollozo, Kendall le aferró por el pelo y le besó con todo el fervor de su amor y su temor. Él la rodeó con sus brazos mientras seguía dando de mamar a Kevin. Kendall deseó que esta dulce intimidad no terminara jamás.

No podía ser. Tenía que abandonarle.

Pero no esta noche.

Capítulo 33

—Matt, ¿qué crees que nos pasará? ¿Cómo acabará todo esto?

Él le acarició la cadera a Lottie.

—No te preocupes. Papá se ocupará de todo.

Ella le dio la espalda y se levantó.

—Claro que me preocupo, Matt. He cometido un delito. Soy una fugitiva.

—Papá ya lo tiene todo pensado.

Ella se pasó la mano por la melena rojiza y se rio con desgana.

—Tu padre es un maníaco, Matt. ¿Es que no lo ves?

—¡Shh! Te va a oír.

Nervioso, dirigió la mirada a la pared que separaba la habitación de motel de Gibb de la que él compartía con Lottie. Era un lugar miserable, cuyas cochambrosas habitaciones tenían las paredes finas como el papel de fumar y las alfombras estaban completamente raídas.

Hacía dos días que Matt Burnwood había añadido la fuga de la cárcel a la lista de delitos por los que estaba acusado y de los que era culpable, pero no había sido tan feliz en toda su vida. Estaba con Lottie, y contaba con la aprobación de su padre.

Se dio cuenta de que ella lo consideraba un ingenuo, y seguramente todo el mundo pensaba lo mismo, por confiar en su padre de una forma tan incondicional. Pero lo cierto era que creía que Gibb lo arreglaría todo. Su padre se lo había prometido, y la palabra de Gibb iba a misa. Matt no recordaba una sola ocasión en la que su padre se hubiese equivocado.

Para Matt, Gibb era la personificación del verdadero héroe americano. Al igual que lo fue el abuelo Burnwood, al que Matt no llegó a conocer, pero del que lo sabía todo. Gibb le había contado sus incomparables capacidades como militar. De hecho, Gibb conocía todos los detalles sobre la dura experiencia por la que pasó su padre en el Pacífico y de cómo sobrevivió pese a las numerosas adversidades.

De la misma manera que Gibb había creído que su padre era intachable, Matt confiaba en Gibb sin ninguna reserva. Nunca le había aconsejado mal.

Bueno, quizás había juzgado mal a Kendall.

Gibb le insistió mucho en que se casara con ella, le dijo que Kendall sería una tapadera perfecta para las actividades de La Hermandad. Ella incluso les procuraría mayor acceso a aquellos individuos que, a no ser que fueran eliminados, podrían minar los fundamentos sobre los que se había construido la nación norteamericana.

En teoría, casarse con la abogada de oficio, a la que erróneamente habían considerado corruptible, era una idea magnífica. Pero por desgracia habían infravalorado la independencia de Kendall, ya que no resultó ser tan dócil como habían esperado o deseado. Aunque ese fallo fue de ella, no de Gibb.

Matt era consciente de que su padre podía ser fácilmente malinterpretado. Estaba obsesionado con el control. En cuanto alguien le contrariaba, se convertía en su enemigo de por vida, jamás perdonaba u olvidaba una afrenta, pues siempre que creía estar en lo cierto era de lo más dogmático e inflexible. Y cuando se le metía una idea en la cabeza no cejaba y persistía con una obstinación que iba más allá de la mera determinación.

A los ojos de Matt, estas características de su personalidad no eran defectos, sino virtudes. Era cuestión de perspectiva. Donde los demás podrían ver a Gibb como un radical, Matt le admiraba por su dedicación, valentía y constancia. Gibb nunca se echaba atrás en sus creencias. Matt deseaba ser sólo una mínima porción de lo fuertes que eran su padre y su abuelo.

Aunque si fuese tan fuerte como ellos, quizá no podría haber amado a Lottie tanto como la gente lo amaba. Si amarla era una debilidad, nunca intentaría vencerla.

—Por favor, no te preocupes —le susurró mientras se le acercaba de nuevo. Al principio ella se resistió, luego por fin le permitió que la cogiera entre sus brazos.

Él la besó en la nuca pensando en lo mucho que le gustaba el sabor de su piel. Adoraba toda su persona. Siempre que había explorado su cuerpo, nunca había encontrado un solo defecto. Era perfecta.

Salvo en un aspecto... su esterilidad. Si no hubiese sido por eso, seguramente se habría enfrentado a su padre para decirle que Lottie era la mujer que amaba y que haría años que estaría casado con ella.

Ella le sonrió con tristeza.

—Matt, no lo ves, ¿verdad?

—¿Que eres hermosa? Claro que lo veo. Todo el mundo lo ve.

—Cariño, te han lavado el cerebro y ni siquiera te das cuenta. —Lottie titubeó pero finalmente preguntó—: Matt, ¿es cierto lo que dicen de ti, de tu

padre y los demás? ¿Matasteis a toda esa gente? ¿Mutilasteis y crucificasteis a Li?

Él la besó.

—Lottie, esas cuestiones no tienen nada que ver contigo y conmigo.

—¿Pero *lo hicisteis*?

—Lo hicimos con la bendición de Dios.

—Entonces, es cierto —gimió ella—. Dios mío, Matt, ¿no te das cuenta de que estamos en un camino sin salida que sólo lleva al desastre?

Él la besó ligeramente en la punta de la nariz.

—Eres una pesimista.

—Y tú un idiota.

—Si de verdad lo crees, ¿por qué nos ayudaste a escapar? ¿Por qué has venido con nosotros?

Ella se pasó las manos por el pelo y se lo estiró tanto que le dolió.

—Eres un idiota —repitió—. Pobre estúpido, precioso idiota. —Matt se sorprendió al ver las lágrimas en sus ojos—. Te quiero —aseguró ella en un vehemente susurro—. La única alegría que he tenido en mi asquerosa vida ha sido amarte. Y te seguiré queriendo todo lo que pueda durar nuestro amor.

Se tumbó en el colchón y atrajo a Matt hacia ella.

Lottie cerró los grifos y salió de la ducha. Alcanzó la raída y sucia toalla, pero de pronto advirtió una presencia detrás de ella, se volvió y, asustada, profirió un grito.

—Buenos días, Lottie —dijo Gibb—. ¿Has dormido bien?

—¿Qué haces aquí?

—Claro que has dormido bien. Te has quedado exhausta fornicando con mi hijo.

Lottie se aferró a la exigua toalla para cubrirse; le comenzaron a castañetear los dientes.

—Fuera de aquí. Si Matt te encuentra...

—No me verá. Sabes que ha salido por café y donuts. Antes de ir al bar ha pasado por mi habitación para preguntarme si quería algo. Siempre ha sido un hijo muy obediente y considerado. Excepto cuando se trata de ti.

Gibb le había dado las gracias por el osado papel que había desempeñado en su fuga y por tener las agallas y la serenidad para llevar a cabo el atrevido plan.

Pero sus elogios sonaron forzados; no hubo calidez en sus ojos cuando le dirigió la palabra. Y ahora, el temblor de ella se debía en parte a que estaba mojada y desnuda, pero fundamentalmente a que Gibb la aterraba.

Gibb Burnwood siempre le había puesto la carne de gallina. Incluso cuando era pequeña y acompañaba a su padre a la tienda, la presencia de Gibb la hacía sentirse incómoda. Era una aversión instintiva. Percibía algo repugnante en ese hombre, pero por lo que había visto, nadie más sentía lo mismo.

Ahora, después de la conversación de anoche con Matt, sabía por qué le tenía tanta aversión a Gibb. Era un ser malvado que había adoctrinado a su hijo según su propio credo retorcido, basado en el fanatismo y la violencia.

—Por favor, me gustaría vestirme.

Trató de mantener el tono de voz calmado consciente de que el instinto cazador de Gibb detectaría su temor.

—¿Por qué? Siempre has estado orgullosa de tu cuerpo. Al menos lo has exhibido delante de mi hijo durante décadas, rebajándole a un ser lujurioso. ¿Por qué finges ser pudorosa ahora?

—Mira, no sé lo que pretendes, pero no me gusta. Y estoy segura de que a Matt tampoco le gustaría.

—Yo sé qué es lo mejor para Matt.

—¿Convertirlo en un asesino? ¿Crees que eso es lo mejor para tu hijo? ¿Crees que eso es amor?

Él le dio un fuerte revés en la cara. Ella se apoyó contra el lavamanos y se agarró a la fría porcelana para no caer. Le pareció que las paredes se inclinaban mientras unos brillos amarillos estallaban contra un fondo negro. Tardó unos segundos en sentir el dolor, y cuando este quedó registrado en su cerebro, tuvo la fuerza de un grave impacto.

—¡Putá! ¿Quién te crees que eres para hacerte la moralista conmigo?

La agarró por el hombro y la obligó a arrodillarse.

—Por favor —murmuró—. No. Lo que...

Ella supo que no serviría de nada rogarle, así que cerró los ojos y rezó para sus adentros por primera vez en su vida. Pero él la agarró por el pelo mojado y le alzó la cabeza. El dolor y la humillación que le infligió fueron tan brutales que no hubo posibilidad alguna de que se desmayara.

Siguiendo las órdenes de Gibb, Matt había ido a un bar de comida rápida lleno de gente, donde los empleados y los clientes estaban demasiado

ocupados para reparar en nadie.

Pidió tres cafés para llevar y una vez en la caja compró seis donuts. Nadie se fijó en él.

Papá siempre tiene razón.

Abrió la puerta de la habitación del motel con su llave.

—¡Hola, papá! —dijo al ver a Gibb sentado en la única silla de la habitación—. No esperaba encontrarte aquí. Como has dicho...

Dio un grito y soltó la bolsa con lo que traía. Las tapas de los vasos de plástico se abrieron y el café ardiente le salpicó las piernas, pero hizo caso omiso de la quemazón.

—Matt, cierra la puerta.

Matt miró horrorizado la cama en la que yacía Lottie, desnuda, con los brazos y las piernas extendidos y, sin duda, muerta. Sus ojos aún permanecían abiertos, y Matt pudo distinguir en ellos el temor que había pasado. Tenía un corte reciente en el cuello, y de la herida aún salía lentamente la sangre. Tanto las sábanas como el cabezal de la cama estaban manchados de rojo intenso.

Gibb se levantó, pasó junto a su hijo y cerró la puerta con calma. Uno de los vasos de café había quedado intacto. Gibb lo cogió del suelo, quitó la tapa y dio un sorbo.

Matt se acercó a la cama tambaleándose, dispuesto a arrojarse sobre el cuerpo de Lottie, pero antes de que pudiera hacerlo Gibb lo agarró por detrás para impedirselo.

—Hijo, sabes que no quedaba más remedio —afirmó en tono suave y razonable—. Ella mató a su marido a sangre fría. Lo acusó de violación y luego le disparó mientras dormía. ¿Qué clase de ejemplo es ese para las mujeres jóvenes? ¿Acaso queremos que nuestras mujeres comiencen a creer que pueden asesinar a sus maridos cuando ejercen sobre ellas el dominio que Dios les ha dado y exigen sus derechos conyugales?

»La Hermandad ya la tenía en la lista para ser exterminada. Fue por respeto hacia ti por lo que aceptaron tu petición de aplazarlo, pero su ejecución sólo era cuestión de tiempo. La verdad es que le he hecho un favor. He sido compasivo y rápido. Ha muerto haciendo lo que más le gustaba.

Matt miró a su padre sin comprender lo que le decía.

—Hijo, es cierto. Ha muerto conmigo encima. La he puesto a prueba, al igual que hizo Satán con nuestro Señor en el desierto. Pero a diferencia de Jesús, ella ha caído en la tentación —prosiguió con los ojos clavados en el cadáver.

Matt permaneció en silencio.

—Se me ha abierto de piernas, contoneándose y suplicándome como una desvergonzada —añadió Gibb—. Me ha hecho flaquear y pecar, al igual que te ha tentado a ti durante todos estos años. Aún puedes encontrar ahí mi semen mezclado con el tuyo. Sólo una zorra cometería una abominación así.

Matt no podía apartar la mirada de aquel cuerpo en posición obscena. Gibb apoyó la mano en el hombro de su hijo.

—Matthew, esa mujer era hija del diablo. Una ramera del infierno. Si yo no la hubiera detenido, habría seguido alentando la lujuria de los hombres y corrompiéndote. No podía permitirlo.

Matt tragó saliva.

—Pero...

—Piensa en tu hijo. Pronto estará con nosotros. Tampoco podíamos dejar que ella le mancillara.

—Ella... no lo hubiera hecho. Lottie era buena.

—Oh, Matt, estás equivocado. Sé lo difícil que ahora te resulta entenderlo, pero al final te darás cuenta de que tengo razón. ¿Te acuerdas de lo difícil que fue eliminar a tu madre?

Matt asintió con la cabeza en silencio.

—Hijo, yo quería muchísimo a Laurelann, pero ella sobrepasó sus límites. Descubrió la verdad acerca de La Hermandad y tenía intención de delatarnos ante quienes no comprenderían nuestra misión. Hubo que silenciarla, Matt. Y yo lloré, al igual que tú. ¿Lo recuerdas?

—Sí, señor.

—Fue doloroso pero necesario. Tú aún eras un niño, pero entonces ya comprendiste lo necesario que era, ¿verdad, hijo?

—Sí, señor.

—Con, el tiempo el dolor se atenuó y lo superaste, tal como te dije que ocurriría. Aprendiste a no añorar demasiado a tu madre. Créeme, hijo, estás mucho mejor sin esta influencia perniciosa en tu vida. De no haber sido por esta puta de Lottie Lynam, tu matrimonio con Kendall tal vez seguiría intacto y ahora no estaríamos metidos en este lío.

»Creo que con el tiempo, cuando Kendall hubiera comprendido nuestros fines, habría acabado aceptando La Hermandad. Pero su orgullo nunca le habría permitido aceptar a Lottie: Y con toda la razón. Hijo, estabas cometiendo adulterio. Aunque ya sé que no es culpa tuya. —Señaló el cadáver—. El diablo creó su cuerpo para que te hiciera arder de lujuria. Ella es la única responsable. Te tentó más allá de lo que podías resistir. Así que no viertas lágrimas por ella.

Dio una palmada a Matt en la espalda.

—Ahora vamos a meter las cosas en el coche. No podemos permitir que esto interfiera en lo que debemos hacer... encontrar a tu hijo.

Capítulo 34

La casa estaba bastante alejada de la carretera y sólo se podía acceder a ella por un estrecho sendero de gravilla flanqueado por una densa vegetación. Las ramas de los árboles se extendían sobre el camino creando una bóveda casi opaca que impedía que se filtrara la luz de la luna.

Era más de medianoche. Hacía una hora que no circulaba ni un solo automóvil por la carretera. Habían pasado por delante de la entrada al sendero varias veces antes de detener el coche junto a la cuneta y apagar el motor. Luego permanecieron sentados en silencio, a la espera de la menor señal de que hubieran advertido su llegada. Durante más de sesenta minutos, nada.

—¿Crees que ella está ahí dentro?

—No lo sabremos hasta que entremos.

La oscuridad los ocultó al bajar del coche y mientras recorrían el sendero con sigilo. A unos treinta metros del porche, se agazaparon detrás de los arbustos y examinaron la casa que antes había pertenecido a Elvie Hancock, la abuela de Kendall.

Se comunicaron mediante señas y se separaron. Uno se dirigió hacia la izquierda; el otro, a la derecha. Siguieron avanzando al lado de los árboles que rodeaban la propiedad. Se acercaron a la parte trasera de la casa desde sus diferentes posiciones y se encontraron detrás de un cobertizo.

—¿Oyes o ves algo?

—Nada, como si fuera una tumba.

—Pero eso no significa que no esté ahí dentro con el niño.

—¿Y McGrath?

—¿Quién sabe?

Se miraron con indecisión, hasta que al final uno preguntó:

—¿Estás listo?

—Vamos.

Aunque estaban preparados para forzar la cerradura de la puerta trasera, la encontraron abierta. Cuando la empujaron, se abrió con un leve chirrido. Se adentraron en el lavadero y en completo silencio llegaron a la cocina.

Por lo que pudieron ver, todo estaba ordenado, a excepción de unos cuantos platos acumulados en el fregadero. Uno de ellos abrió la nevera para investigar, pero en cuanto se encendió la luz y empezó a zumbear el motor, la cerró enseguida.

Kendall se levantó.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

Algo la había despertado y estaba asustadísima.

—¿No has oído nada? —susurró ella.

John alzó la cabeza y escuchó, pero la casa estaba en silencio.

—No oigo nada. ¿Qué era?

—No lo sé. Siento haberte despertado. Supongo que ha sido un sueño.

—¿Estás bien?

—He pasado un poco de miedo, pero ya me siento mejor. Él apoyó de nuevo la cabeza en la almohada y le acarició el hombro desnudo.

—¿Y Kevin?

—Está perfectamente.

Después de la última vez que había dado de mamar a Kevin, dejaron al niño en la cama con ellos. Estaba acurrucado contra el pecho de Kendall. Ella yacía tumbada de lado, de espaldas a John, con el trasero en su vientre y los muslos apoyados en los de él. John se acercó un poco a ella y a Kevin y los abrazó, e inmediatamente Kendall se sintió a salvo y segura.

Aun así, se alegraba de tener todavía la pistola escondida en un sitio en el que John no la encontraría jamás. Odiaba las armas. La cara muerta de Bama era un desagradable recuerdo de lo devastadoras que podían ser. Aunque Matt se había ofrecido un montón de veces para enseñarle a disparar, ella nunca había utilizado una arma. Pero si se trataba de salvar la vida de Kevin, o la de John, no vacilaría en disparar a matar.

Aunque estuvieron andando de puntillas dentro de la casa durante cinco minutos, aún no sabían si su presa se refugiaba allí o no.

Mientras se desplazaban a hurtadillas por la sala y demás estancias, les resultaba imposible decir si habían sido recientemente ocupadas. Para buscar objetos personales y reveladores necesitaban la linterna, pero no se atrevieron a encenderla por temor a ser descubiertos.

Al cabo de un rato se miraron y uno de ellos se encogió de hombros. El otro le indicó que se dirigiera a los dormitorios, donde se suponía que a esas horas debería de estar quien habitara la casa.

Se adentraron en fila por un pasillo en el que había tres puertas. Cuando estaban a punto de entrar en la primera habitación, el que iba delante estuvo a punto de tropezar con algo, aunque logró evitarlo justo a tiempo. Se arrodilló y cogió el objeto.

Era un osito de peluche.

Se lo enseñó a su compañero y ambos se sonrieron. El que mandaba señaló la habitación del fondo del pasillo; el otro asintió con la cabeza. La puerta estaba entornada, y tras un ligero empujón, se abrió lenta y silenciosamente.

Antes de entrar se miraron, contaron hasta tres en silencio e irrumpieron en la habitación.

Con las manos empapadas de sudor a causa de los nervios, Kendall metió unas monedas en la ranura y marcó el número de teléfono.

Ricki Sue respondió al segundo timbrado.

—Bristol y Mathers. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy yo. No digas nada. ¿Puedes hablar?

—Santo Dios, ¡estás viva! He estado muy preocupada por ti. Has sido la mejor dieta que he hecho en mi vida.

—Te entiendo perfectamente, pero no podía arriesgarme a llamarte, y tampoco debería llamarte ahora.

—¿Es verdad que has secuestrado a un jefe de la policía judicial? —preguntó apresuradamente Ricki Sue en voz baja.

—En cierto modo.

—¿Y eso qué significa? ¿Lo has hecho o no? ¿Dónde demonios estás?

—No puedo decírtelo. Es por tu propio bien. Y tampoco podemos hablar mucho. Los teléfonos pueden estar pinchados.

—No me extrañaría. Sheridan está atestado de federales, nena, y todos te están buscando.

A Kendall no la sorprendió en absoluto, pero al oír el miedo de los mismos labios de Ricki Sue, sus ánimos, casi por los suelos, cayeron en picado.

—Unos agentes del FBI ya han venido al bufete de abogados varias veces —prosiguió Ricki Sue—. Han estudiado minuciosamente todo aquello que

pueda estar relacionado con Kendall Deaton.

—¡Oh, Dios mío!

—Incluso hay varios tipos que vigilan día y noche la casa de tu abuela.

—¿Dentro? —Kendall sintió náuseas. Su abuela no hubiera permitido que violaran su intimidad de aquella manera—. Es una estupidez, y no hace falta que lo hagan. Lo último que se me ocurriría sería acercarme a casa de mi abuela, porque sé que es el primer sitio donde me buscarían.

—Los federales no han sido los únicos que han pensado que quizás irías allí. Anoche entraron dos hombres que sin duda esperaban encontrarte en la casa.

—¿Dos hombres? ¿Quiénes eran?

—El FBI tendió una trampa por si aparecías, pero no funcionó. Los intrusos huyeron antes de ser identificados. Echaron a correr hacia su coche, con los del FBI persiguiéndolos a tiro limpio, pero las autoridades creen que ni resultaron heridos.

—Pero ¿quiénes...?

—No te asustes, pero podría tratarse de tu marido y su padre.

—Ellos están en la cárcel —replicó Kendall con voz débil.

—Ya no. Se fugaron hace tres días.

Kendall colgó inmediatamente, pero siguió con las manos en el auricular. Temió volverse, aterrada de encontrarse con Matt y Gibb observándola con una sonrisa de suficiencia al haber dado con ella.

—Señora, ¿ya ha acabado con el teléfono?

Kendall pegó un brinco, sobresaltada, y se apresuró a mirar por encima del hombro; era un hombre con ropa y calzado de béisbol que estaba impaciente por utilizar el teléfono.

—Oh, lo siento.

Se alejó con la cabeza gacha. La estación de servicio no se le antojó un buen lugar para que fuera a suceder algo siniestro. Había un cliente poniendo gasolina en su jeep, otro metiendo monedas en la máquina de tabaco y un tercero comentando algo con dos mecánicos.

Nadie prestó la menor atención a la muchacha poco femenina, con tejanos y zapatillas de deporte, que prácticamente no se parecía en nada a las fotos que se habían publicado de Kendall Burnwood, la abogada de oficio que había desaparecido sin dejar rastro.

La policía estatal de todo el sur estaría al acecho del coche que había conducido desde Stephenville. Aunque sabía que cada vez que lo cogía

corría un gran riesgo, tenía que enterarse de cómo se estaba desarrollando su búsqueda y lo cerca que se hallaba de volver a ser capturada.

Se dirigió a toda prisa hacia el coche. Al menos cambiaría las placas de la matrícula cuanto antes. Aunque dentro del vehículo hacía un calor sofocante, Kendall estaba temblando cuando inició la marcha hacia la carretera y se encaminó a casa.

¿Casa?

Sí. Aquella casa que a ella le parecía un hogar, como la de su abuela en Sheridan. La pequeña casa de campo era una herencia que recibió su abuelo de un tío. Su abuelo había muerto antes de poder disfrutarla, pero Kendall y su abuela habían aprovechado la propiedad para instalarse ahí cada verano.

En cuanto llegaban las vacaciones escolares se trasladaban al campo, donde pasaban unos días apacibles e idílicos. A veces iban a pescar, otras veces hacían conservas con la fruta fresca que compraban en los puestos de la carretera, y en otras ocasiones no hacían nada en absoluto, excepto disfrutar de su mutua compañía. Por las tardes leían cuentos en voz alta hacían cadenas de margaritas en el porche y, a menudo, se iban de pícnic a su rincón preferido, cerca de la cascada.

En la casa nunca recibieron visitas; durante los paréntesis de verano nunca invitaban a nadie. Sus amigos sabían que cada año a principios de junio se iban de Sheridan y que no volvían hasta después del Día de los Trabajadores, pero nadie sabía dónde estaba su refugio. Por eso Kendall supuso que era un buen lugar para esconderse.

Pero ahora que Matt y Gibb andaban sueltos no se sentiría a salvo en ninguna parte.

Pepperdyne estaría desesperado. Había perdido a su testigo de cargo, a su mejor amigo, John McGrath, y ahora a sus principales sospechosos. A Kendall le pareció un hombre amable. Ella no le podía odiar por hacer bien su trabajo, pero haría lo que fuera para impedir que la apresara.

Sin embargo, antes de que Matt y Gibb la encontraran, y sabía que la encontrarían, prefería que la volvieran a arrestar. Su única posibilidad para sobrevivir era mantenerse alejada de ellos hasta que volvieran a capturarlos y encarcelarlos.

Pero ¿y John?

Aunque aún necesitaba una muleta para andar, ya estaba casi restablecido. Ahora podía abandonarle con la conciencia tranquila. El problema era que no quería hacerlo.

Pero si le amaba, ¿no era esa razón de más para abandonarle? Mientras él estuviera cerca de ella, la vida de John también corría peligro. Él no permitiría que los Burnwood le pusieran la mano encima, ni a Kevin, al que cada día parecía querer más. Sería capaz de morir por protegerlos, y ella no podía consentir que eso sucediera. Juntos no tenían futuro; pero incluso si ella tenía que pasar el resto de sus días sin él, quería asegurarse de que siguiera con vida.

¿Qué debía hacer? ¿Entregarse?

Enseguida descartó la idea. Ricki Sue le había dicho que el FBI había estado en el bufete de abogados haciendo preguntas y hurgando en su pasado. Si acababan descubriéndolo todo, su credibilidad se vería reducida a la nada.

Sería considerada una testigo poco creíble, con lo que dejaría de serles de utilidad... o la procesarían por secuestrar a John y acabaría en la cárcel, o las autoridades la pondrían en libertad, pero dejándola sin protección alguna contra Matt, su padre y sus compinches.

La única opción viable que le quedaba era volver a desaparecer. Se reprendió a sí misma por haber dejado a Kevin con John aquella tarde. Si ahora tuviera al niño con ella, sólo tendría que seguir conduciendo. Le habría partido el corazón no ver a John por última vez y dejarle con un silencioso adiós, pero irse después de volver a verle aún sería más duro.

Sin embargo, supo que tenía que hacerlo.

—¿Quién la ha jodido?

Los agentes que se hallaban bajo la mirada despiadada de Pepperdyne no abrieron la boca. Hasta temían respirar.

—¿Y bien?

Su bramido hizo vibrar el vidrio de la ventana de la comisaría de policía de Sheridan, en Tennessee, donde había instalado el puesto de mando después de trasladarse desde Prosper.

—Vigilábamos la casa desde la desaparición, señor, y no había pasado nada —reconoció al fin uno de los dos agentes que estuvieron presentes en la metedura de pata de la noche anterior.

—¿Y?

—Y, nosotros... eh... la hemos jodido —concluyó el agente en voz baja.

—Señor —intervino el otro tímidamente—. Teníamos miedo de disparar por si se trataba de la señora Burnwood. O del jefe oficial McGrath.

—Es cierto, señor —afirmó el primer agente, agradecido de que su compañero hablara en su defensa—. ¿Y si hubieran sido ellos y hubieran llevado consigo al bebé?

—Bueno, pero lo que realmente me importa ahora es que no sabemos quiénes eran, ¿verdad? Porque vosotros no identificasteis a los intrusos ni os fijasteis en el coche que llevaban.

—No era la señora Burnwood —aseveró el agente con firmeza—. Sin duda eran dos hombres.

—Conque sin duda eran dos hombres. Estupendo. Eso lo aclara todo. Quizás eran Batman y Robin —espetó Pepperdyne, junto a una retahíla de tacos que quedaron flotando en el aire—. Ahora mismo os vais a pasar una hora en un campo de tiro que os he preparado en el lugar más soleado y achicharrante de este condado. Vais a disparar hasta que os ardan las manos, porque ayer por la noche no fuisteis capaces de acertar ni una sola vez. —Uno de los agentes cometió la imprudencia de sonreír—. ¿Te parece divertido? —rugió Pepperdyne—. Tú estarás *dos* horas en el campo. Y ahora, fuera de mi vista antes de que me cabree de verdad.

Los dos agentes salieron del despacho y cerraron la puerta. Una vez solo, Pepperdyne se dejó caer en la silla y se llevó las manos a la cara. El optimismo que había sentido al volver a Stephenville y obtener una descripción del coche se había desvanecido días atrás.

Desde el principio de este caso, cuando creyeron erróneamente que tenían un problema de ordenador, no se había permitido ni un respiro. Si el técnico informático no hubiera desechado la información que le proporcionó la base de datos, Ruthie Fordham seguiría viva y la señora Burnwood no volvería a estar ilocalizable tras desaparecer con John. Cuando se dieron cuenta del error y lograron desentrañar el desconcertante rompecabezas de datos, John ya estaba conduciendo hacia el desastre. Los esfuerzos por contactar con él mediante el teléfono del coche fueron inútiles. Luego chocó con un árbol caído en medio de una carretera y perdió la memoria.

Dios santo. Qué sucesión de acontecimientos tan extraña.

La fuga de la cárcel de Prosper de los Burnwood había sido otro contratiempo fatídico. Ahora no sólo tenía que encontrar a la señora Burnwood y a John, sino que debía dar con ellos antes de que lo hicieran esos maníacos. No sería nada fácil. Ella ya se las había arreglado para ocultarse en Denver durante un año entero antes de que la localizaran allí.

No era tan necia como para volver a su pueblo natal, pero sin duda alguien había creído que lo haría. La noche anterior la buscaron en casa de su abuela.

La reacción de Pepperdyne al descalabro se basaba tanto en el miedo como en la rabia y la vergüenza. Temía conocer las identidades de los intrusos... Gibb y Matt Burnwood.

Echó un vistazo a la fotografía de la señora Burnwood que había enviado a los departamentos de seguridad del Estado de todo el país. Luego observó las fotos de la escena del crimen que le habían enviado hacía menos de una hora; al ver el cadáver desnudo y ensangrentado de Lottie Lynam se le revolvió el estómago.

Pepperdyne miró de nuevo la foto de la mujer de Matt Burnwood y murmuró:

—Señora, será mejor que espere que la encuentre yo antes de que lo hagan él y su padre.

¿Y qué demonios estaba haciendo John durante todo este tiempo?

Capítulo 35

Desde la puerta de la entrada, John observó a Kendall alejarse en el coche hasta que la perdió de vista, luego se dirigió a la habitación en la que Kevin estaba tumbado boca arriba en su parque.

—Mira, eh... como tengo muchas cosas que hacer necesito tu ayuda, ¿vale? Estarás bien aquí solito. No tardaré mucho. No *puedo* tardar mucho. Ya sabes, hasta que vuelva, tú tranquilo.

Titubeó, como esperando que el bebé le respondiera, pero Kevin hacía pompas y agitaba las manitas en el aire, sin dar la menor muestra de que le molestara quedarse solo.

—Bien —dijo John retrocediendo.

Salió de la casa y se detuvo en medio del sendero, creyendo haber oído un ruido. ¿Se estaría ahogando Kevin? ¿Por qué lloraba? Pensó en las posibilidades más horribles.

—Mierda.

Volvió sobre sus pasos con la ayuda de las muletas.

—Vale, chaval. Espero que puedas soportarlo. —Y añadió por lo bajo—: Espero que yo pueda soportarlo.

Se puso el canguro que a veces usaba Kendall para llevar al niño colgado en el pecho. Apoyó las muletas en el parque, colocó todo su peso en una pierna y se inclinó para levantar a Kevin.

—Sí, sí, esto es muy divertido —murmuró cuando Kevin gorjeó alegre, y una vez que lo acomodó, volvió a coger las muletas y salió—. Ni una palabra de esto a tu madre, ¿entendido? Es una mujer muy inteligente. Ha cogido mi arma otra vez, así que no le puedo apuntar y obligarle a que nos saque de aquí en coche. Yo sí que podría conducir, pero para cuando volviera, ella ya se habría ido.

Bajó la mirada hacia el niño.

—Supongo que tú no sabes dónde ha escondido mi arma, ¿verdad? Es demasiado lista para haberse deshecho de ella, pero maldita sea... perdón... *caray*, no hay manera de encontrarla. He registrado toda la puñetera casa.

Enseguida cubrió la distancia hasta la carretera, donde se detuvo para recuperar el aliento. Las gotas de sudor le resbalaban por la frente y se le metían en los ojos. Como necesitaba las dos manos para las muletas, le resultaba difícil secárselas con la manga. Ya sabía que la caminata sería físicamente agotadora, pero no había contado con los siete kilos extra que suponía cargar con Kevin.

Emprendió la marcha hacia la casa que había visto a lo lejos el día que acompañó a Kendall al pueblo.

—La verdad, creo que tu madre se está pasando de lista —dijo resoplando—. Por su propio bien debería devolverme la pistola. Yo sabría utilizarla mejor si surgiera la necesidad.

Hablaba para evitar pensar en las escasísimas posibilidades de que aquella excursión tuviera éxito. No estaba en condiciones de hacer tanto esfuerzo, así que le costaba respirar. Aquella tarde hacía un calor sofocante. Aunque aprovechó cada zona de sombra que había a lo largo de la carretera, esta apenas suponía un alivio.

Disponía de poco tiempo. Tenía que volver a la casa antes que Kendall, y no tenía la menor idea de cuánto tardaría ella en hacer los recados. El día en que la acompañó al pueblo calculó mentalmente que había unos veinte kilómetros de distancia. Con las carreteras de curvas, y considerando el tiempo empleado en los recados, seguramente no tardaría menos de media hora. Se concedió ese tiempo límite para tratar de buscar ayuda.

Pero iba a paso muy lento y no estaba en forma. Con un poco de suerte, a lo mejor pasaba un coche y le llevaba al teléfono más próximo. Era lo único que necesitaba... hablar sesenta segundos por teléfono.

Miró el reloj de pulsera; habían transcurrido siete minutos desde que se había ido. Le dolían los músculos de la espalda y los brazos por la tensión, pero se esforzó por avanzar más rápido.

Sus esfuerzos se vieron recompensados cuando llegó a una subida de la carretera y divisó la casa que recordaba. Estaba a medio kilómetro, quizá menos. Era difícil calcular la distancia debido a las oleadas de calor que ascendían del pavimento y distorsionaban el paisaje.

—Si me apuro al máximo, puedo llegar ahí en cuatro minutos —dijo a Kevin—. Cinco como máximo. En cualquier caso, estoy loco por hablar con alguien que a lo mejor ni siquiera me cree. Quizá sigo en estado de coma y esto es una pesadilla. Eso es. Tú sólo eres un sueño. Tú...

De pronto, John se echó a reír.

—Te estás haciendo pis encima de mí, ¿verdad? —El líquido caliente le descendió por el pecho—. Bueno, esa es una forma de convencerme de que eres real.

El monólogo le ayudó a no pensar en sus músculos doloridos, en el calor abrasante y en la distancia que aún le quedaba por recorrer. Cuando llegó al sendero de acceso a la casa lo agradeció profundamente. La cuesta estuvo a punto de acabar con él, y en cuanto llegó al porche se dejó caer al suelo.

—¡Hola! —gritó después de apoyarse en una columna. Kevin empezó a llorar.

—Shh. No te estoy gritando a ti.

Le dio una palmadita en el trasero para tranquilizarlo. El niño dejó de llorar pero estaba inquieto, con los labios fruncidos en un mohín y los ojos llenos de lágrimas.

—Sé cómo te sientes, amigo. Yo también me echaría a llorar.

Tras ver la casa más de cerca, saltaba a la vista que hacía mucho tiempo que estaba deshabitada. Las plantas de las macetas del porche se habían secado y todo lo que quedaba de ellas eran meros tallos deshojados. Las persianas de las ventanas estaban bajadas, y las arañas se habían instalado en las esquinas de la jamba de la puerta.

¿Y ahora qué? Tenía la ropa empapada de sudor. Podría deshidratarse antes de volver a la casa de Kendall. Y el niño.

¡Santo Dios! Si él estaba asfixiado de calor y sediento, Kevin también tenía que estarlo. Se acordó de que una vez leyó algo acerca de que la temperatura corporal de los bebés era más alta que la de los adultos. Le tocó la frente a Kevin con la palma de la mano. Estaba ardiendo.

John se colocó una muleta bajo el brazo y se apoyó con fuerza para levantarse. Cogió una de las macetas de terracota y rompió uno de los vidrios de la puerta principal, metió la mano, descorrió el pestillo y abrió.

No le importó que una alarma silenciosa alertara a la policía local, pues ahora que sabía que no era un fugitivo culpable de ningún delito, quería que le cogieran. Mientras tanto, él y el niño tenían que beber algo.

La casa no era muy grande. Hacía tiempo que nadie había utilizado las habitaciones, y aunque estas tenían evidentes signos de abandono, John se desplazó por ellas con tanta rapidez que apenas reparó en ello. Localizó la cocina en cuestión de segundos, se dirigió al fregadero y abrió el grifo. Nada.

—¡Maldita sea!

Pero entonces se oyó un golpeteo, un traqueteo y un ruido de cañerías, y el agua salió a borbotones del grifo. Al principio era de un color herrumbroso,

pero al cabo de unos segundos era limpia. John se llenó la mano a modo de cuenco y bebió con avidez varias veces, después se refrescó la nuca.

Luego se volvió a mojar la mano y acarició la cabeza de Kevin.

—¿Estás mejor? ¿Más fresquito?

Remojó las sonrojadas mejillas del bebé.

John comprendió que Kevin también necesitaba beber agua, pero no sabía con qué dársela. A veces Kendall le daba zumo o agua en un biberón, sin embargo a John no se le había ocurrido cogerlo. En los armarios había vasos y copas de cristal, aunque si intentaba hacerle beber con eso, Kevin podría atragantarse. Sólo sabía chupar, así que cómo...

Ni siquiera lo pensó antes de meter el dedo índice debajo del grifo. Lo acercó a la boca de Kevin, goteando, y le tocó los labios. El niño en seguida comenzó a chuparlo.

Aunque la sensación le resultó extraña e inquietante, también era curiosamente grata.

—No es exactamente como la leche de tu madre, ¿verdad, pequeño? —murmuró mientras volvía a mojarse el dedo y lo llevaba a la boca de Kevin para que lo chupara.

John se preguntó qué pensarían sus amigos y compañeros de trabajo si presenciaran esta escena tan curiosa. No darían crédito a sus ojos.

¿Y Lisa? Mejor olvidarla. Lisa le había llamado egoísta hijo de puta porque él se negaba a tener un hijo con ella. Incluso se negó a hablar del tema. Ese fue el desacuerdo que los llevó a la ruptura.

—El tiempo de mi reloj biológico se está acabando —le anunció ella una noche.

—Pues dale cuerda —dijo él desde detrás del periódico.

Ella le arrojó una almohada. John bajó el periódico con la sensación de que se preparaban para la batalla final de su relación. Aunque ella ya había planteado el tema en otras ocasiones, él siempre lo esquivó, pero aquella noche fue al grano.

—John, me gustaría tener un hijo contigo.

—Me siento halagado, pero no, gracias. Yo no quiero tener hijos. Nunca los he querido y nunca los querré.

—¿Por qué no?

—Tengo demasiadas razones para explicarlas.

—No tengo prisa —replicó acomodándose en el asiento—. Veamos cuáles son esas objeciones.

—Para empezar —dijo él—, es una idea inviable. Los dos viajamos mucho y casi nunca estamos en casa.

—Yo pediría la excedencia en las líneas aéreas. ¿Y el siguiente impedimento? —preguntó con irritante displicencia.

—Yo no...

Estuvo a punto de decirle que no la quería, y John consideraba que para concebir un hijo había que quererse.

Él, que cuando tenía menos de dos años fue víctima del divorcio de sus padres, no recordaba haber tenido una familia. Hasta que fue lo suficiente mayor para independizarse, le llevaron de aquí para allá entre dos individuos atareados para los que siempre fue una carga y el recordatorio de su fallido intento de matrimonio.

Sus padres se dedicaron en cuerpo y alma a su profesión y ambos tuvieron mucho éxito. Su padre consiguió un puesto permanente en el Departamento de Humanidades en una universidad de prestigio, y su madre era vicepresidenta de una firma de arquitectos.

Pero como padres fueron un fracaso total. Aparte de unas cuantas llamadas de teléfono, ahora apenas tenía contacto con ellos. Desde luego, no ejercían la menor influencia en su vida, ni les importaba. Sus esporádicas conversaciones eran educadas pero distantes. Desde que nació, le trataron como una intromisión en sus ocupadísimas vidas. Y esa impresión no había cambiado en cuarenta y tres años.

Por consiguiente, él se había formado una opinión bastante negativa acerca de la institución familiar. El ambiente en el que había crecido no le había preparado para mantener relaciones duraderas ni le había infundido el deseo de ser padre, sino todo lo contrario.

No tenía nada en contra de los niños. De hecho, los compadecía. Los niños indefensos se veían con demasiada frecuencia obligados a vivir con unos padres pésimos. Así que si desde el principio se sabía que uno sería un desastre como padre, ¿por qué tener un hijo?

Al estudiar psicología aprendió el efecto tan perjudicial que podían causar los padres en el desarrollo emocional del niño. En el mejor de los casos, convertían a un niño buenísimo en un adulto inadaptado, y en el peor, en un asesino en serie. Para llegar a este extremo, los padres no tenían que infligirles malos tratos ni ser perversos, sino sólo egoístas.

Por eso él se negó a tener un hijo con Lisa... aunque él no se consideraba nada egoísta. Tenía serias dudas de que Lisa y él llegaran a envejecer juntos,

y no era tan irresponsable como para engendrar un hijo cuando tenía la certeza de que se le iba a dar una vida desdichada.

Y a eso se añadía el fiasco que le impulsó a abandonar el FBI. Como si Lisa le estuviera leyendo el pensamiento, tocó ese doloroso tema.

—¿Crees que esto tiene algo que ver con lo que pasó en Nuevo México?

—No.

—Yo creo que sí.

—No tiene nada que ver.

—John, si al menos me hablaras de ello, seguro que te sentirías mejor.

—No quiero hablar de eso, y no quiero tener un hijo. Punto. Fin de la conversación.

—¡Eres un maldito hijo de puta!

Ella siguió poniéndole mala cara durante varios días antes de volver a dirigirle la palabra, y como él no se fiaba de que ella no se quedara embarazada sin su aprobación, pidió cita para hacerse una vasectomía y, mientras tanto, utilizó preservativos.

Antes de que le operaran, Lisa se cabreó por los condones y desapareció de su vida para siempre. Poco después tuvo que ir a Denver para escoltar a una testigo hasta Carolina del Sur.

Y aquí estaba, dando de beber a Kevin con la punta del dedo. Tres semanas antes, no se hubiera acercado a un niño ni bajo amenaza de muerte. Ni siquiera le hubiera tocado o hablado. Lo que estaba haciendo en aquel instante habría sido totalmente impensable.

—¡Qué cosas tiene la vida! ¿Eh, Kevin?

Ahora el niño parecía contento y saciado. John miró el reloj. Habían transcurrido veintitrés minutos desde que Kendall se había ido. No podía permitir que volviera antes que él. Como ella seguía creyendo que aún sufría de amnesia, John jugaba con ventaja. Si descubriera que se había ido de la casa para buscar un teléfono...

Con las prisas de dar de beber al niño, se había olvidado del motivo que le había llevado hasta allí. Cerró el grifo y se apresuró hacia la sala de estar. Enseguida descubrió un teléfono negro de los antiguos, con disco giratorio para marcar el número, sobre una mesilla.

John soltó una carcajada mientras levantaba el auricular, pero entonces se dio cuenta de que no había línea. Pulsó el interruptor varias veces con la esperanza de que, al igual que las tuberías del agua, el teléfono necesitara su tiempo para entrar en funcionamiento. Después de varios intentos comprendió que estaba perdiendo el tiempo.

Con Kevin a cuestas, John cerró con firmeza la puerta de entrada tras él.

—Siento lo del vidrio —murmuró a los ausentes propietarios de la casa mientras descendía los escalones y recogía la muleta que había dejado en el porche.

Al menos el trayecto de vuelta era cuesta abajo, pero hacía un calor infernal y tenía los músculos —que antes solía mantener en forma gracias a un par o tres de intensas sesiones de gimnasia por semana— como si fueran de gelatina.

Cuando llegó al buzón situado al final del sendero, se apoyó en él y respiró hondo, sin resuello. La caja de metal estaba ardiendo y enseguida notó como si tuviera un hierro candente en el brazo.

¡Deja una nota en el buzón, atontado!

El dolor mereció la pena por aquella súbita inspiración. Podría escribir una nota por la noche y salir a hurtadillas para echarla en el buzón. Iría dirigida al cartero y le pediría que avisase a las autoridades de la localidad. También apuntaría el número de teléfono de su oficina y el de Pepperdyne, por si al cartero le parecía una broma y quería comprobarlo. Luego subiría la banderita roja en el buzón. Con un poco de suerte, por la mañana el cartero la vería y se detendría. Y mejor aún, quizá podría encontrarse con él mientras este hacía el reparto.

Ahora que tenía otro plan en mente se sintió más animado, tanto que realizó el trayecto de vuelta en la mitad de tiempo, pero aun así, justo al llegar al porche, oyó cómo se acercaba el coche por el camino.

Soltó una muleta en la sala de estar y cojeó por el pasillo hacia el lavabo. Cerró la puerta con llave y apoyó la cabeza contra ella. Tenía los músculos doloridos y respiraba haciendo tanto ruido como una máquina renqueante. La ropa estaba empapada y apestaba.

Si Kendall le veía en ese estado, se daría cuenta de que tramaba algo.

Aunque temblaba por el cansancio, sacó a Kevin del canguro y lo tendió sobre la alfombra del baño.

—Estamos juntos en esto, ¿eh?

Puso el tapón de la bañera y abrió el grifo.

Oyó los pasos de Kendall en el porche.

—¿John?

Se desnudó a toda prisa y metió las sudadas prendas en la cesta de la ropa sucia.

—¿John?

—¿Sí?

—¿Dónde estás?

—¿Kendall? —Le quitó la ropa y el pañal a Kevin—. ¿Ya estás de vuelta?

Haciendo un gran esfuerzo, John se metió en la bañera. Manteniendo la escayola fuera del agua, se las arregló para inclinarse lo suficiente y hundir la cabeza debajo del grifo para mojarse el pelo. Luego cogió al niño, que estaba desnudo sobre la alfombrilla.

—Eres un buen compañero —susurró él mientras se inclinaba y acomodaba a Kevin sobre su pecho—. Colega, no se me olvidará nunca.

—John, ¿qué estás haciendo? ¿Dónde está Kevin?

—¿Qué? Kendall, no te oigo. El grifo está abierto.

—¿Dónde está Kevin?

—Está conmigo.

Echó un poco de agua sobre el bebé, que emitió un ruidito de alborozo y comenzó a palmotear alegremente el pecho de John.

—¿Está contigo?

—Claro. ¿Dónde creías que estaba?

Ella trató de abrir la puerta.

—Has cerrado.

—Oh, lo siento —mintió.

—Abre la puerta.

—Estoy en la bañera. Y con la escayola es una hazaña entrar y salir.

—Voy a entrar.

Él sabía que lo haría. Advirtió el miedo en su voz, y eso le dejó claro que aunque eran amantes, ella no acababa de fiarse de él.

Y era inteligente por no hacerlo.

De haber tenido la oportunidad de entregar a Kendall ese mismo día, lo habría hecho. Si la casa no hubiera estado abandonada, si el teléfono hubiera funcionado, si pudiera haber parado un coche, ahora los policías federales estarían en camino para volver a detenerla.

Hoy había fracasado, pero mañana volvería a intentarlo, y al día siguiente, y cuantos fueran necesario. Sin su arma y con la pierna rota, apenas podría defenderla en caso de que vinieran a buscarla los miembros de La Hermandad.

Las autoridades necesitaban su declaración para encarcelar a los Burnwood, y sin protección oficial ella no tenía la menor oportunidad de sobrevivir ante la organización secreta parapolicial. Él tenía intención de procurársela, aunque sabía que Kendall le odiaría por ello.

Kendall abrió la endeble cerradura con un clip de pelo e irrumpió en el baño, pero en cuanto los vio sentados en la bañera se detuvo en seco. Formaban un cuadro digno de ver: él, con una pierna colgando por el borde de la bañera y Kevin, recostado sobre su pecho.

—Llegas justo a tiempo para unirme a nosotros —le dijo con una cándida sonrisa—. Aunque a lo mejor estaremos un poco estrechos. ¿Puedes cerrar los grifos? Creo que ya tenemos bastante agua.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con nerviosismo, como si no hubiera oído una palabra de su melosa bienvenida.

—Tomando un baño —repuso él sorprendido.

—¿Con Kevin?

—¿Por qué no? He pensado que también le apetecería refrescarse un poco.

—Al llegar me ha parecido que no había nadie en casa. No sabía dónde estabas y no he visto a Kevin en la cuna. He pensado... no sé lo que he pensado.

Se sentó pesadamente en la tapa del váter. Estaba al borde de las lágrimas, tenía la cara pálida y los labios sin color. Agachó la cabeza y se masajeó las sienes. Estaba muy alterada, y a John no le pareció que fuera sólo porque Kevin y él habían desaparecido un momento de su vista.

Algo le había sucedido en el pueblo.

¿Pero *qué*? Incluso estaba mucho más nerviosa que hacía unos días, cuando se cortó el pelo en un intento de cambiar su imagen. Él tenía que saber las últimas noticias. ¿Cómo se había informado? ¿De qué se había enterado para estar tan disgustada?

Ella dejó caer la mano sobre el regazo y alzó la cabeza.

—John, por favor, no vuelvas a darme un susto como este.

Por su forma de mirarle y el temblor de su voz, él se sintió como un auténtico cabrón.

—Te aseguro que no tenía la menor intención de asustarte.

Antes de enternecerse más, él se recordó que, por mucha pena que le diera, con esa expresión acongojada y el pelo mal cortado, ella había cometido dos delitos federales: había secuestrado a un policía judicial y había huido para evitar comparecer como testigo.

John debía emplear todos los medios necesarios para entregarla sana y salva. Claro que sus métodos no eran precisamente ortodoxos, pero en los manuales de formación no se ocupaban de estas circunstancias en concreto. Lo hacía lo mejor que podía.

Él no había pedido que le asignaran aquella misión. Se la había endosado Jim, y luego Kendall había acabado de complicarlo todo. Así que si tenía que seguir improvisando sobre la marcha, lo haría. Mantener en secreto que había recuperado la memoria, relacionarse con el niño y hacer el amor con Kendall eran, en este caso, exigencias del trabajo.

«Bien dicho, McGrath». Si se lo repetía a menudo, quizás acabaría creyéndoselo.

Capítulo 36

Ricki Sue se mordisqueó con impaciencia la cutícula del pulgar. Cuando el viejo Bristol en persona se había acercado a su mesa y le había pedido con discreción que le acompañara, ella había actuado como si fuese lo más normal del mundo que uno de los socios directivos del bufete la reclamara.

Haciendo caso omiso de las miradas curiosas de los oficinistas y pasantes, Ricki Sue había enderezado la espalda y erguido la cabeza mientras seguía los patosos andares de Bristol por el pasillo enmoquetado en dirección a la sala de reuniones.

—Espere aquí, por favor, señorita Robb. Estarán con usted enseguida —le había dicho Bristol sosteniendo la pesada puerta para que pasara.

«Sí, claro», pensó Ricki Sue.

Llevaba más de media hora esperando y «ellos» seguían sin aparecer. La sala de reuniones se utilizaba muy de vez en cuando y tenía el atractivo de un mausoleo. Era tan fría que podría haber servido de frigorífico. Desde sus encumbrados marcos dorados, los austeros retratos de los socios fallecidos largo tiempo atrás la miraban fijamente con expresión altanera y amedrentadora.

Tuvo el fugaz impulso de guiñarles el ojo a aquellos rostros avinagrados, pero se contuvo. No le extrañaría que los socios de Bristol y Mathers controlasen a sus empleados con cámaras ocultas. Al fin y al cabo habían pillado a Kendall, ¿no?

Ricki Sue no lo habría admitido ni bajo tortura, pero estaba nerviosa. Unos agentes del FBI ya la habían interrogado varias veces, más que a ningún otro empleado del bufete, porque obviamente sabían que era la mejor amiga de la señora Burnwood.

No les había dicho nada, por supuesto, y continuaría haciéndose la boba aunque la torturaran.

De repente, la puerta se abrió de par en par y entró un hombre con paso enérgico, seguido por otros dos. Todos vestían traje oscuro y camisa blanca,

pero no había ninguna duda de quién era el jefe. Sus modales y su porte eran directos y resueltos.

—¿Señorita Robb? Soy el agente especial Pepperdyne.

Le presentó a los agentes que lo acompañaban, pero Ricki Sue estaba tan impresionada por el aire autoritario de Pepperdyne que apenas les prestó atención. Además, ya los conocía. Eran los que la habían interrogado previamente.

Al parecer, esta vez se merecía al mandamás. Estaba de buen ver y desde luego sabía efectuar una entrada teatral. Ricki Sue lamentó que el viejo Bristol no le hubiera dejado tiempo para retocarse el peinado y repintarse los labios.

—Dispongo de poco tiempo, señorita Robb, así que vayamos al grano —dijo Pepperdyne sin preámbulos.

Se sentó en el filo de la mesa de reuniones y dejó caer una abultada carpeta sobre la reluciente superficie de madera. Algunos documentos se desparramaron, pero Ricki Sue no necesitaba leerlos para saber qué eran.

—Cuando empezamos a investigar en nuestros ordenadores el pasado de Kendall Deaton, descubrimos datos bastante confusos. Tardamos un tiempo en esclarecerlos, pero ahora ya lo sabemos todo.

—¿Ah, sí?

—Sí, así es. —Pepperdyne hojeó algunos documentos, aunque Ricki Sue imaginó que el agente conocía su contenido tan bien como ella—. Falsificar pruebas es un delito bastante grave tratándose de un abogado.

—La acusación nunca pudo ser demostrada —replicó Ricki Sue—. Además, ¿acaso una persona no es inocente en Estados Unidos hasta que se demuestre su culpabilidad?

Pepperdyne dio un puñetazo sobre la mesa y Ricki Sue sintió un estremecimiento de voluptuosidad. Le habría encantado llevarse a ese tipo a la cama y verlo realmente excitado.

—Esta carpeta está atiborrada de informes acerca de falseamientos, modificaciones fraudulentas y uso indebido de información confidencial. Pero no hace falta que le detalle el contenido porque usted ya lo conoce, ¿no es así?

—Entonces ¿por qué ha querido verme en privado? —Ricki Sue bajó la voz y le preguntó en tono seductor—: ¿O es que este encuentro no obedece a motivos profesionales?

Los otros dos agentes rieron por lo bajo, pero Pepperdyne permaneció impassible. Les lanzó una mirada de advertencia y luego clavó sus ojos severos

en Ricki Sue.

—Está usted tomando este asunto muy a la ligera, señorita Robb. La vida de la señora Burnwood corre peligro mientras usted se dedica a bromear y a hacer insinuaciones procaces. Ha desaparecido un oficial de la policía judicial y ella parece ser la única persona en el planeta que conoce su paradero. Quiero encontrarlos a los dos y usted va a ayudarme.

—¿Por qué habría de hacerlo? —replicó ella señalando la carpeta—. ¿No dice que ahora ya lo sabe todo? Pues entonces ¿por qué necesita mi ayuda?

—Porque usted se precia de ser la mejor amiga de la señora Burnwood y tengo razones de sobra para temer que quizá no viva mucho tiempo.

Dirigiéndose a los otros dos agentes, Ricki Sue dijo:

—Cuando quieran pueden empezar la farsa del «poli bueno» —dijo Ricki Sue dirigiéndose a los otros dos agentes. Luego miró a Pepperdyne y añadió —: Usted es el malo, ¿verdad? Está recurriendo a la táctica del miedo para asustarme y conseguir que hable. Bien, pues no voy a dejarme engañar por estas memeces. ¿O es que cree que nací ayer? En realidad, fue el 14 de abril de 1962. Bueno, no, fue en el 60, pero ¿qué más da?

Pepperdyne entrecerró los ojos.

—Usted sigue pensando que esto es una broma, ¿verdad? Pues le aseguro que no lo es. Su amiga secuestró a un oficial de la policía judicial. Por lo que sabemos, ha matado a John McGrath y se ha deshecho de su cadáver.

—¡Ella no haría una cosa así! —exclamó Ricki Sue.

—Dejó el cuerpo de la agente Fordham en un coche que se hundía en un torrente —gritó Pepperdyne.

—Esa mujer ya estaba muerta —replicó ella, gritando a su vez—. Eso es lo que decía el periódico. Leí el informe del forense igual que usted, así que no intente atosigarme. Mi amiga no sería capaz de hacer daño ni a una mosca. Y mucho menos a un tipo con la pierna rota y amnésico. Es más, estoy segura de que confía en que él la protegerá.

—En ese caso, corre aún más peligro de lo que usted imagina. —La voz de Pepperdyne bajó de modo sorprendente a un tono sosegado, pero tan lleno de malos presagios que a Ricki Sue se le erizó el vello—. Porque si existe un hombre con el que la señora Burnwood no debería enredarse, ese es John McGrath.

Ricki Sue dirigió una mirada cautelosa a los otros agentes, pero estos se mantuvieron estoicamente en silencio y deferentes con su superior.

—Hace dos años —comenzó a explicar Pepperdyne—, en un pueblo de mala muerte de Nuevo México, del que no puedo ni recordar el nombre, una

mañana un hombre irrumpió en un banco federal empuñando dos armas automáticas y con abundante munición. Exigió hablar con su exmujer, quería convencerla de hacer las paces y volver a casa. Su esposa trabajaba de cajera en el banco pero, aunque él no lo sabía, ese día había llamado diciendo que estaba enferma. Cuando ese loco se dio cuenta de su error, se volvió aún más loco y pensó que ya que estaba allí, armado hasta los dientes, mataría a todo el que estuviera en el edificio a menos que su exmujer prometiera reconciliarse.

Ricki Sue adoptó una expresión aburrida. Se removió en el asiento y suspiró.

—Es una historia realmente fascinante, señor Pepperdyne, pero...

—Cállese y escuche.

—Vale, escucho —dijo Ricki Sue cruzando los brazos sobre sus enormes senos—, pero más le valdrá que el tiempo que estoy aquí sin trabajar no cuente como descanso, porque me cabrearé.

Pepperdyne hizo caso omiso del comentario y continuó:

—A medida que pasaban las horas, la situación de los rehenes dentro del banco comenzó a ser realmente peliaguda. La policía local intentó disuadir al pistolero, pero este estaba cada vez más ansioso por apretar el gatillo. Y para dejar bien claro que iba en serio, disparó a un guardia de seguridad y arrojó el cuerpo por una ventana del segundo piso. Entonces fue cuando me llamaron. Volé hacia allí y me llevé conmigo al mejor negociador que teníamos en el FBI, el doctor John McGrath.

Ricki Sue abrió los ojos desmesuradamente.

—Sí, *doctor* John McGrath —repitió Pepperdyne—. Tiene un doctorado en psicología y criminología. El caso es que cuando llegamos allí ya se había establecido un sistema de comunicación. John pidió educadamente al chiflado que se pusiera al teléfono. Le hizo todas las promesas que solemos hacer en situaciones límite como aquella y lo hizo tan bien que incluso yo creí que las cumpliríamos.

»John le habló de su mujer. ¿Creía realmente que iba a seducirla comportándose así? ¿De verdad pensaba que volvería a su lado si seguía matando? La resolución del pistolero comenzó a flaquear. John parecía estar consiguiéndolo. Todos confiábamos en que la situación podría saldarse sin más víctimas.

»Una de las rehenes tenía consigo a sus dos hijos: un bebé y un niño de unos dos años. Para no alargar más la historia... el bebé comenzó a llorar y su hermano lo imitó. Aquel jaleo puso nervioso al pistolero, y el tipo ordenó a la

madre que los hiciese callar. Ella hizo cuanto pudo, pero los críos estaban cansados y hambrientos. Eran demasiado pequeños para darse cuenta del peligro que corrían y continuaron gimoteando y llorando. El pistolero amenazó con matarlos si no se callaban. No sé cómo explicarle lo que representó para nosotros oír a los pequeños llorar y a su madre suplicando por sus vidas.

»La verdad es que no entiendo cómo John pudo conservar la calma. Los demás paseábamos nerviosos de aquí para allá, soltando imprecaciones, pero John seguía imperturbable. Hizo todo lo humanamente posible. Prometió la maldita luna al chalado si soltaba a la madre y a los niños sin hacerles daño. Su voz sonaba tan sosegada e inmutable como la de un hipnotizador, pero estaba tan preocupado como el resto de nosotros. Nunca en mi vida había visto ni he vuelto a ver sudar tanto a nadie. Esa negociación por poco le destroza los nervios. Quería salvar a esos niños como fuese.

Pepperdyne dejó de hablar y Ricki Sue comprendió que estaba reviviendo lo sucedido. Tragó saliva ruidosamente y preguntó:

—¿Qué ocurrió?

La mirada del agente la inmovilizó en el sillón acolchado de piel.

—El tipo les disparó a quemarropa. A sangre fría, señorita Robb. A la madre, al bebé y al niño. Se los cargó con tres tiros certeros. Afortunadamente, un equipo de operaciones especiales entró de improviso y lo acribillaron a balazos, pero ya había ejecutado a esa bonita joven y a sus hijos. Fue muy duro para todos, pero a nadie le afectó tanto como a John. Vi cómo se hundía mi colega y amigo. Unos meses después del incidente, abandonó el FBI e ingresó en la policía judicial.

»Todavía hoy sigue culpándose de lo que ocurrió. Cree que fracasó y que el resultado de su fracaso le costó a un joven perder a toda su familia. John no pudo hacer más de lo que hizo. Sus poderes de persuasión nunca fueron tan efectivos, pero aun así no dieron resultado. No logró salvar esas tres vidas y desde entonces le atormenta el sentimiento de culpa.

Sobrevino un silencio opresivo. Ricki Sue se acobardó bajo la penetrante mirada de Pepperdyne y finalmente preguntó:

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Para que sepa que aunque su amiga se considere muy lista por haber secuestrado a John, está caminando sobre la cuerda floja y ni siquiera lo sabe. John es emocionalmente inestable, sobre todo cuando se trata de niños.

Pepperdyne se inclinó hasta casi rozarle la nariz.

—¿Empieza a captar lo que le estoy diciendo, Ricki Sue? —preguntó con voz suave, dejando de lado toda formalidad—. La señora Burnwood y su hijo están en peligro.

Ricki Sue se había quedado tan hechizada por la sugerente intensidad de la mirada de Pepperdyne que al principio no respondió. Al cabo de un momento parpadeó y ladeó la cabeza, apartándose de él.

—Está intentando intimidarme de nuevo, pero no dará resultado.

Pepperdyne consultó a los otros dos agentes.

—¿La estoy intimidando?

Los agentes negaron con la cabeza con expresión solemne. Pepperdyne se volvió hacia ella.

—Aunque John haya perdido la memoria a causa del accidente, créame, su fobia hacia los niños sigue profundamente anclada en su subconsciente. Se desquicia cada vez que tiene a un crío cerca. Debería haberlo visto cuando tomamos el avión para trasladarnos de Denver a Dallas. Cuando oye llorar a un niño, es imprevisible.

—Si es tan inestable como dice, ¿cómo se le ocurrió a usted dejarlos a su cuidado? —preguntó Ricki Sue.

—Yo no sabía que sufrirían un accidente ni que la agente Fordham moriría en él. Tendré que cargar con toda la responsabilidad si John se viene abajo y les hace daño. Lo hice con la mejor intención, se lo aseguro. Pensé que proteger a la señora Burnwood y a su bebé sería una buena terapia para él. Por supuesto, no imaginé que ella haría algo tan temerario y criminal. Es más —dijo extendiendo las manos en un gesto inocente—, no puedo garantizar que John no se haya desmoronado y ya les haya hecho daño.

—No lo ha hecho. Están bien.

Al darse cuenta de su desliz, Ricki Sue maldijo en voz baja. Pepperdyne la cazó al vuelo.

—Así que ha tenido noticias de ella, ¿eh?

—No. No las he tenido.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—Ricki Sue, no le está haciendo ningún favor manteniendo en secreto su paradero.

—Le juro que no sé dónde está. —Se percató de que parpadeaba demasiado deprisa, un signo delatador de que estaba mintiendo—. Vale, he hablado con ella esta mañana. Me ha llamado aquí, a la oficina, porque sabía que yo contestaría el teléfono. Me ha dicho que Kevin y ella estaban bien y

después ha colgado. Sólo ha hablado unos segundos porque temía que ustedes estuviesen controlando las llamadas para localizarla.

Ricki Sue aguardó a que Pepperdyne lo negara, pero él se limitó a mirarla en silencio.

—Tienen intervenidos los teléfonos de aquí, ¿verdad? ¡Y probablemente también el de mi casa! —exclamó poniéndose en pie de un salto—. ¡Maldito hijo de perra! Si ya sabía que había hablado con ella, ¿por qué me ha estado acosando a preguntas?

—Siéntese.

—Váyase a la mierda.

—Siéntese.

Pepperdyne la hizo sentar de un empujón.

Ricki Sue estaba fuera de sus casillas, pero también excitada. Era realmente atractivo cuando se enfadaba.

—Usted es su mejor amiga, Ricki Sue. Estoy convencido de que tiene alguna idea de dónde está.

—Usted nos ha escuchado por teléfono. Le he preguntado dónde estaba y no ha querido decírmelo.

—Pero quizá sospeche algo.

—La verdad es que no.

—Si descubro que me ha mentado, la acusaré de complicidad y encubrimiento.

—Huy, qué miedo —se mofó Ricki Sue aferrándose los codos y simulando que temblaba.

—Qué monada —dijo Pepperdyne a punto de perder la calma.

—¿Eso cree? —Ricki Sue esbozó una sonrisa burlona y guiñó el ojo a los otros dos agentes. Pepperdyne parecía a punto de estrangularla, pero a ella la situación se le antojó muy divertida—. Escuche, yo ni siquiera sabía dónde estaba cuando pasó un año entero en Denver. Le juró que es la verdad. Ni su abuela ni yo teníamos la menor idea de dónde estaba viviendo. Me dijo que era mejor así, que lo hacía para protegernos. No quería que tuviéramos que mentir si alguien venía preguntando por ella. —Ricki Sue le sonrió con descaro—. Es muy lista para esas cosas.

—Mucho más que usted. —Pepperdyne apoyó las manos en los brazos del sillón de Ricki Sue y se inclinó hacia ella—. Está con un hombre que se pone frenético cada vez que oye llorar a un bebé. La señora Burnwood tiene un bebé.

Ricki Sue imitó el sonido de la sirena que suena en los concursos televisivos cuando el concursante da una respuesta equivocada.

—Inténtelo otra vez. McGrath no puede ser tan inestable como usted dice, o no estaría trabajando. Ese poli-psiquiatra no va a hacerles daño ni a Kevin ni a ella.

Pepperdyne le dirigió una mirada escrutadora que pareció durar una eternidad.

—Quizá no —dijo finalmente—. Pero la estabilidad mental de John es sólo uno de los muchos problemas de la señora Burnwood.

Alargó la mano hacia uno de los agentes y este le entregó un sobre con la misma eficacia con la que una enfermera de quirófano maneja el bisturí. Pepperdyne no apartó la mirada ni un instante de los ojos de Ricki Sue mientras abría el sobre y extraía de él una fotografía. Se la mostró sin decir palabra.

Ella la miró y dejó escapar un alarido. La bilis le subió por la garganta y se tapó la boca con la mano. Las pecas resaltaron más sobre la repentina palidez de su rostro.

—Esto es lo que Gibb y Matt Burnwood hicieron a Lottie Lynam, la amante de Matt, la que los ayudó a evadirse de la cárcel. El corte era tan profundo que la cabeza estaba casi separada del tronco.

—¡Por favor! —exclamó Ricki Sue alzando una mano temblorosa.

—¿Por favor? ¿Por favor, pare? ¿Por favor, no diga nada más? —gritó Pepperdyne—. ¡Pues no, maldita sea! Seguiré hablando si con ello consigo sacarle alguna información.

—Ya se lo he dicho —gimió ella—. No sé dónde está Kendall.

—No se ha enterado, Ricki Sue. La evasión es un delito muy grave. Por no hablar de la violación y el asesinato. Sí, creemos que la señora Lynam fue violada antes de que la degollaran. Estamos tratando con locos. Es evidente que los Burnwood no se detendrán ante nada. Ya no pueden volver atrás. La vida que llevaban antes es cosa del pasado, y ellos lo saben. No tienen nada que perder. Pero ni los locos llegan a esos extremos si no tienen una misión. —Pepperdyne se acercó más y susurró—: Dígame, ¿de qué misión supone usted que podría tratarse?

—Encontrar... encontrarla.

—Exacto —dijo él asintiendo con expresión grave.

—¿Fueron ellos los que asaltaron la casa de la abuela de Kendall?

—Eso creemos. Da miedo, ¿verdad?

—¿Tan cerca están?

—Y tan decididos. Al menos Gibb lo está y, al parecer, Matt dice amén a todo lo que su padre haga o diga.

Ricki Sue asintió con la cabeza. Esa había sido su primera impresión y todas las confidencias matrimoniales que le había hecho Kendall lo confirmaban.

—Ahora no hay vuelta atrás —dijo Pepperdyne—. A los Burnwood ya no les importa que los atrapen, siempre que logren silenciar a la persona que los delató. Creen que ella los traicionó. La consideran una hereje. En su opinión, se sienten justamente indignados porque se atrevió a poner en tela de juicio sus métodos y a volverse contra ellos. Y tenga en cuenta que hasta hace pocos días, Matt Burnwood ni siquiera sabía que tenía un hijo. No creo que esté muy contento con su exmujer por haberle ocultado la existencia de ese niño. —El agente sonrió levemente—. Usted aún no ha visto al bebé, ¿verdad, Ricki Sue? Yo sí. Lo he tenido en mis brazos. Es un crío precioso. Se parece mucho a su madre. Su mejor amiga.

—Cállese.

—A lo largo de mis años de profesión he investigado muchos crímenes inenarrables —añadió Pepperdyne en un tono neutro e impassible—. Pero debo decirle que lo que he descubierto en los últimos días acerca de los Burnwood y de La Hermandad me ha helado la sangre, y no hemos hecho más que rascar la superficie. —Pepperdyne volvió a inclinarse, acercando su rostro al de Ricki Sue—. Puedo imaginar a esos fanáticos matando al niño en algún tipo de ritual, sólo con el fin de demostrar que son los elegidos. Por voluntad divina. Por encima de las leyes humanas, incluso por encima de las leyes de Dios. ¿Quiere que el pequeño Kevin acabe de esta manera? —preguntó agitando la fotografía de Lottie Lynam ante su rostro.

—¡Basta!

Ricki Sue apartó de un manotazo la fotografía, que cayó al suelo, e hizo ademán de levantarse.

Pepperdyne le puso la mano en el hombro y la obligó a sentarse.

—Si sabe dónde se oculta la señora Burnwood, le salvará la vida diciéndomelo.

—Le juro que no lo sé —sollozó Ricki Sue.

—*¡Pues piense!* ¿Adónde podría haber ido?

—¡No lo sé!

Pepperdyne se enderezó y exhaló un profundo suspiro.

—Muy bien, Ricki Sue. No confíe en mí, no me lo diga, pero al permanecer en silencio está usted poniendo en grave peligro dos vidas,

además de la del oficial McGrath, claro. —Dejó su tarjeta sobre la mesa y añadió—: En el reverso he anotado un número de teléfono local en el que podrá contactar conmigo. Hemos instalado una oficina en el Departamento de Policía de Sheridan. Allí sabrán dónde localizarme las veinticuatro horas del día. Si la señora Burnwood la llama, dígame que venga. Suplíquele que venga. Le juro que la protegeremos.

Ricki Sue se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—Conque la protegerán, ¿eh? ¿Como la primera vez?

Le produjo cierta satisfacción haber dicho la última palabra. Pepperdyne frunció el entrecejo y salió con paso airado de la estancia.

Capítulo 37

—Mamá está que se sube por las paredes.

Con expresión sombría, Henry colgó el teléfono de la cabina y se volvió hacia su hermano.

Luther estaba comiendo un burrito de frijoles y bebiendo un refresco, con la vista clavada en tres chicas que ponían gasolina a un Mustang descapotable frente a uno de los surtidores de la estación de servicio.

—No deberían ir por ahí medio en pelotas —dijo Luther bebiendo un sorbo—. Llevan unos pantalones tan cortos que se les ve el culo. Y fíjate en esas camisetas tan ridículas. Pero si un tipo como yo intentara tocar algo de lo que enseñan, lo pagaría caro. Carne de prisión —refunfuñó.

Henry echó una ojeada a las chicas, pero estaba demasiado abatido para disfrutar de la vista. Su madre acababa de soltarle una bronca que casi le había dolido tanto como los correazos que le propinaba su padre.

—¿Has oído lo que he dicho, Luther? Mamá está cabreada con nosotros.

Luther se zampó de un bocado lo que quedaba del burrito, arrugó el envoltorio y lo arrojó al suelo.

—¿Por qué?

—Por lo que pasó anoche.

—¿Y cómo íbamos a saber que los federales estaban en la casa de la vieja? Ya fuimos muy listos siguiendo el rastro de la señora Burnwood hasta esa casa. ¿Se lo contaste a mamá?

—Lo intenté. Pero no creo que se haya enterado. Chillaba demasiado. Ya sabes cómo se pone. Cuando está así no escucha a nadie.

Luther asintió con la cabeza. Las chicas pasaron a su lado al ir a pagar la gasolina. Estaban tan enfrascadas en su parloteo que ni se dignaron mirarlo. Las chicas ricas como aquellas, que conducían los flamantes coches que les regalaban sus papás al cumplir los dieciséis años, estaban a años luz de su mundo. Lo miraban como si fuese invisible, como si fuese basura, y eso le sentaba muy mal.

—Debería haber una ley que prohibiera que sus tetas saltaran de esa manera —murmuró Luther—. ¡Es que es la hostia! Saben de sobra el efecto que eso produce en un tío.

—Deja de hacerte pajas mentales y atiende —gritó Henry.

Henry sólo era unos minutos mayor que su hermano gemelo, pero se tomaba muy en serio su papel de primogénito. Era él quien se encargaba de planificarlo todo, pero eso nunca había ocasionado ningún conflicto entre ellos. Luther se sometía al liderazgo de su hermano y hacía lo que este le mandaba. Prefería no tener ninguna responsabilidad, aunque Henry sabía que podía contar con él para cualquier asunto, ya fuese legal o no.

Henry seguía deprimido por el rapapolvo que le había echado su madre.

—Ha dicho que aunque juntáramos nuestros cerebros, siempre nos quedaríamos cortos; que hasta un imbécil sabría que la señora Burnwood no volvería a casa de su abuela porque sería el primer sitio donde todos la buscarían.

—¿Puedo decirte algo, Henry? —preguntó Luther—. Jura ante Dios que no se lo contarás a nadie, y menos a mamá.

—¿Qué?

—Me meé en los pantalones cuando los federales nos perseguían a tiro limpio. Nunca había tenido tanto miedo.

—Ni yo. Tuvimos suerte, porque de lo contrario a estas horas ya estaríamos en chirona.

La mención de la cárcel les recordó de inmediato a Billy Joe y las penalidades que continuaba sufriendo por culpa de la mujer que andaban buscando. De tanto en tanto, el celo que ponían en su búsqueda disminuía cuando estaban cansados, desalentados o aburridos de tan ardua tarea. Pero cada vez que se acordaban de su hermano menor, encerrado entre rejas con maricas y majaras de todo tipo, condenado a vivir el resto de su vida como un monstruo de un solo brazo, el ardor de su odio se avivaba y sus promesas de venganza se renovaban.

—Bueno, estamos perdiendo el tiempo aquí parados —dijo Henry—. Cada minuto que pasa, le perdemos más la pista.

—Ahora mismo vuelvo —dijo Luther dirigiéndose hacia la puerta de entrada—. Voy por otro burrito.

Henry lo agarró por el cuello de la camisa y lo arrastró hasta el coche.

—¡Y una mierda! —exclamó—. Tú lo que quieres es volver a mirar a esas tías.

—No hay nada de malo en mirar, ¿no?

Durante una hora estuvieron recorriendo las calles de Sheridan, con la esperanza de que el pueblo natal de Kendall Burnwood les diera alguna pista que los condujera al escondrijo de Kendall.

No habían imaginado que les costaría tanto encontrarla. Estaban desanimados y con ganas de regresar a casa. Allá en Prosper, su madre estaba furiosa por su fracaso. Si no conseguían algo pronto, les arrancarían el pellejo.

Tras conducir sin rumbo durante una hora, Henry estacionó en el aparcamiento de los juzgados.

—¿Qué puñetas haces parándote aquí, Henry? —dijo Luther mirando con nerviosismo a su alrededor—. Esto está plagado de polis.

—No pudieron vernos bien, ni a nosotros ni a nuestro coche. Los periódicos hablaban de «intrusos sin identificar». Suponen que éramos unos rateros en busca de un estéreo para venderlo a cambio de droga.

La explicación no calmó en absoluto la inquietud de Luther.

—Sigo sin entender qué hacemos aquí.

—Mirar.

—¿Mirar qué?

—Simplemente mirar. A lo mejor nos enteramos de algo. No creo que encontremos a esa zorra nosotros solos. Alguien tendrá que llevarnos hasta ella.

Luther se deslizó en el asiento, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Comenzó a silbar entre dientes y se enfrascó en una fantasía lujuriosa en la que las tres adolescentes con pantalones cortos y camisetas ajustadas le concedían con entusiasmo todos sus deseos. Debió de quedarse adormilado, pues se sobresaltó cuando Henry le propinó un codazo en las costillas.

—Venga, vámonos.

Luther se incorporó y bostezó.

—¿Adónde?

—¿Ves a esos hombres que cruzan la calle allá a lo lejos?

—¿Los de los trajes oscuros?

—Acaban de salir de los juzgados. ¿Qué te parece que son?

—Federales, como que me llamo Luther.

—Ajá.

—¿No es ese el edificio en el que trabajaba la señora Burnwood? Parece que tienen prisa.

—Por eso creo que puede ser importante —dijo Henry.

Los gemelos salieron del coche y se apresuraron a cruzar la calle para seguir a los agente del FBI que entraban en el edificio que albergaba las

oficinas de Bristol y Mathers. Ya habían hecho algunas indagaciones en los alrededores del inmueble, aunque no habían encontrado ninguna pista que los acercara a su presa.

—Ya han subido —comentó Henry al entrar en el vestíbulo—. ¿Ves dónde se ha parado el ascensor? En la quinta planta.

Pasearon por el vestíbulo, procurando no llamar la atención, aunque el parecido entre ambos era tan notable que casi todo el que entraba en el edificio los miraba dos veces en cuanto les veía.

Luther enseguida se aburrió de la operación de vigilancia y comenzó a protestar, pero Henry no consintió en marcharse. Media hora más tarde su paciencia se vio recompensada. El ascensor depositó a los tres hombres en el vestíbulo. Se les veía nerviosos y uno de ellos hablaba tan rápido como caminaba.

—Sigo pensando que nos oculta algo. Esa chica tiene mucho más miedo a traicionar a su amiga del que nos tiene a nosotros.

Eso fue lo único que los Crook alcanzaron a oír antes de que los tres hombres salieran por la puerta giratoria acristalada. Los gemelos se miraron.

—¿De qué crees que hablaban? —dijo Luther.

Como respondiendo a su pregunta, las puertas del ascensor se abrieron de nuevo y salió una pelirroja grandota y pechugona, con un peinado alto y cardado. Tenía la cara congestionada y los ojos hinchados y enrojecidos, signos claros de que había estado llorando.

En el mismo instante en que Luther y Henry la miraron, Ricki Sue sacó un pañuelo y se sonó ruidosamente. No se fijó en los gemelos porque estaba pendiente de los tres agentes federales que en ese momento cruzaban la calle en dirección a los juzgados. En cuanto salió del edificio les hizo un gesto obscuro, que al parecer le produjo una inmensa satisfacción a pesar de que los agentes no se dieron ni cuenta.

—¿Quién es esa gorda?

—No lo sé —contestó Henry pensativo—. Pero está claro que no siente ningún cariño por los federales. ¿Qué otra cosa podrían tener en común sino Kendall Burnwood?

—Esta mujer es asquerosa.

Gibb arrojó al suelo de un manotazo la pila de revistas *Playgirl* amontonadas encima de la mesilla de Ricki Sue.

—Guarradas. Porquería. Lo que uno espera encontrar en casa de una zorra.

Matt miró fijamente las revistas tiradas por el suelo, pero si le parecieron tan repulsivas como a su padre, no lo exteriorizó. Se había mostrado inexpresivo desde que habían dejado el motel donde habían matado a Lottie y abandonado su cuerpo.

—Esta mujer es basta y repugnante. No dejaba de hacer insinuaciones lascivas. ¿Recuerdas cómo te puso en evidencia el día de tu boda? —preguntó Gibb a su hijo.

—Sí, señor.

—Está claro que no es la amiga más apropiada para la esposa de un Burnwood.

—No, señor.

—Aunque, al fin y al cabo, te habías casado con una traidora.

—Sí, señor.

Llevaban varias horas en la casa de Ricki Sue buscando alguna pista acerca del paradero de Kendall. Habían vaciado cada cajón y leído cada papel que habían encontrado en la casa, desde la declaración de la renta hasta una agenda o notas recordatorias.

Hasta el momento no habían hallado nada referido a Kendall, pero tenían una idea muy clara sobre el tipo de vida que llevaba Ricki Sue. Además de contar con tantos productos de belleza como una perfumería, poseía una inmensa colección de libros y vídeos eróticos.

Las existencias de preservativos que habían descubierto en el cajón de la mesita de noche podían competir con las de una farmacia. Había una amplia gama de colores, texturas y tamaños.

A Ricki Sue le encantaban los perfumes florales y los geles de baño. Tenía un extenso surtido de ropa interior, que incluía desde un camisón de franela largo de cuadros escoceses hasta dos pares de medias que dejaban el pubis al descubierto.

En los armarios de la cocina guardaba galletas, patatas fritas y refrescos bajos en calorías. En el frigorífico sólo encontraron un cuarto de litro de leche, cuatro paquetes de seis cervezas y un bote de aceitunas sumergidas en un líquido turbio.

Ricki Sue no era un ama de casa meticulosa aunque, tras el registro que llevaron a cabo Matt y Gibb, poco importaba ya, pues lo habían dejado todo patas arriba. En aquel momento estaban dando el último repaso para asegurarse de que no se les había pasado nada por alto.

—¿Has mirado debajo de la cama? —preguntó Gibb.

—No, señor.

Habían levantado el colchón, pero ninguno de los dos recordaba haber mirado debajo de la cama. Matt se arrodilló.

—Hay una caja, papá.

Gibb se puso inmediatamente en alerta.

—¿Qué clase de caja?

Matt sacó una caja de zapatos corriente y levantó la polvorienta tapa. Al ver que contenía un montón de cartas y postales, se la mostró a Gibb.

—Podría haber alguna carta de Kendall —dijo Gibb con excitación—. Echemos un vistazo.

Se dirigieron a la sala de estar, donde había más sitio para extender la correspondencia. Cuando se disponían a examinarla, Gibb hizo un ademán con la mano para que guardara silencio. Se asomó sigilosamente a la ventana.

—Aquí la tenemos. Su coche acaba de entrar en el camino de acceso. — Gibb miró con repugnancia la colección de libros pornográficos y a continuación dirigió lentamente la mirada hacia Matt—. Debemos aprovechar esta oportunidad, Matthew. Hemos sido enviados aquí con esta misión, hijo. Estaba escrito. ¿Por qué si no habría vuelto inesperadamente a su casa horas antes de acabar su jornada laboral? ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí, señor —repuso Matt sin pronunciar una palabra de objeción o recelo.

Gibb le indicó con un gesto que se escondiera y él se dirigió al comedor, desde donde podía ver la puerta de entrada y permanecer parcialmente oculto. Los dos hombres tenían la mirada clavada en el pomo de la puerta cuando Ricki Sue introdujo la llave en la cerradura.

—¡Oye, pelirroja!

El grito procedía de la calle.

Ante aquel imprevisto, Matt miró a Gibb sin saber qué hacer. Este espiaba a través de las tiras de la persiana, intentando descubrir quién había distraído a la joven.

Ricki Sue dejó la llave en la cerradura y se alejó de la puerta para ver quién la llamaba.

—Estamos buscando la calle Sunset. ¿Sabes por dónde cae?

—Puede que sí y puede que no —respondió ella con descaro.

—¿Te importa venir a explicárnoslo?

Las facciones de Gibb se crisparon de rabia. Le hizo una seña a Matt con el dedo para que mirara afuera. Un coche destartado se había detenido junto

al bordillo. Sus ocupantes eran ni más ni menos que Henry y Luther Crook.

—¿Qué estarán haciendo esos aquí? —murmuró Gibb.

Ricki Sue se había acercado tranquilamente al coche y estaba inclinada junto a la ventanilla del conductor para explicarles cómo llegar a la calle Sunset. Estaba flirteando, y era evidente que los gemelos se habían quedado encandilados por las exuberantes formas de su figura.

—Supongo que lo mismo que nosotros —dijo Gibb al cabo de un momento—. Estarán intentando localizar a Kendall por lo de Billy Joe. La culpan de su desafortunado accidente —añadió riendo entre dientes—. Quieren vengarse, así que tienen que encontrarla antes de que lo hagan las autoridades. —Mirando a Matt, agregó—: Como tú y yo, hijo. Salvo que ellos, a diferencia de nosotros, no tienen al Altísimo de su parte. Probablemente fueron ellos quienes cayeron en la trampa del FBI en casa de la abuela de Kendall. Los periódicos especulaban con la posibilidad de que fuéramos nosotros... ¡Como que íbamos a ser tan estúpidos!

Matt escuchaba y no dejaba de asentir con la cabeza.

Con gestos aparatosos, Ricki Sue indicaba a los gemelos cómo llegar a su destino.

Gibb se acercó a Matt por la espalda y le puso una mano en el hombro.

—Vámonos —le dijo—. El Altísimo debe de haber cambiado de parecer. No es el momento. Cuando llegue, nos lo hará saber. Coge la caja.

Gibb se dirigió al dormitorio, situado en la parte trasera de la casa, para salir por donde habían entrado. Matt lo siguió en silencio.

Capítulo 38

El policía de la comisaría de Sheridan entró en el despacho provisional de Pepperdyne.

—Una mujer quiere hablar con usted, señor. Se niega a hablar con nadie más. Por la línea tres.

«¿Una mujer? ¿Será la señora Burnwood?», se dijo Pepperdyne. Con un sobresalto de esperanza, descolgó el auricular y pulsó la tecla cuya luz parpadeaba.

—Pepperdyne al habla.

—¡Hijo de puta!

—¿Cómo dice?

—Ya me ha oído. ¡Es usted un hijo de la gran puta! Y esto no es más que el comienzo. Cuando se me acaben todos los insultos que sé en inglés, empezaré con otros idiomas, hasta que se haga una idea de lo repugnante que me parece usted.

Pepperdyne suspiró.

—Ya me hago una idea, señorita Robb —dijo—. ¿Le importaría decirme a qué se debe esta llamada soez?

—Ya sabe por qué le llamo, ¡gilipollas de mierda!

Gritaba tanto que los demás agentes que estaban en el despacho podían oírla a través del auricular. Dejaron lo que estaban haciendo y miraron de reojo a Pepperdyne. La mayoría de ellos probablemente deseaba tener tantas agallas como Ricki Sue Robb.

—Esos cabrones de mierda me han destrozado la casa —vociferó.

—¿Qué cabrones de mierda?

—*Sus* cabrones de mierda. Han manoseado mis cajones. Y lo digo en sentido literal. Toda mi ropa interior está esparcida por el suelo...

—Espere un momento —la interrumpió Pepperdyne pegando un brinco en la silla reclinable—. ¿Han registrado su casa?

—No me venga con esas, Sherlock.

—¿Y usted piensa que fueron mis hombres?

—No se haga el tonto. Han...

—Voy para allá —dijo Pepperdyne, y colgó.

Ordenando a gritos a dos de sus hombres que lo acompañaran, cogió a toda prisa su americana del perchero y corrió hacia la salida más próxima.

Cinco minutos más tarde estaba frente a Ricki Sue en la puerta de su casa. Hasta tal punto temblaba de indignación que su peinado escultural comenzaba a desmoronarse.

—El FBI debería darle un cursillo intensivo de buenos modales, agente especial Pepperdyne —le espetó—. Primero envía a un par de perversos a destrozar mi casa y luego me cuelga el teléfono. No pienso pagar un centavo más de impuestos si esto es todo lo que saben hacer los jodidos federales.

—Mis «perversos» no destrozaron su casa —replicó él. La apartó a un lado, entró y empezó a acribillarla a preguntas—. ¿Lo encontró todo exactamente como está ahora? ¿A qué hora descubrió que habían entrado? ¿Ha echado en falta alguna cosa?

Mientras los otros dos agentes recorrían la casa y comprobaban el alcance de los daños, procurando no tocar nada que pudiera ser una prueba, Ricki Sue se plantó en medio de la sala con los brazos en jarras.

—¿Me está tomando el pelo, Pepperdyne?

—No —contestó él—. Si se tratara de un registro autorizado, se le habría entregado a usted una orden judicial. Seguimos las reglas al pie de la letra para curarnos en salud por si topásemos con un juez que decidiera sobreseer la causa por algún tecnicismo jurídico. En cualquier caso, da igual, le aseguro que quienquiera que haya hecho esto no pertenece al FBI, ni a la policía judicial, ni a la comisaría de Sheridan.

—Pues entonces ¿quién demonios ha sido?

—No lo sé, pero pienso averiguarlo —respondió lacónicamente—. ¿Ha notado si falta algo?

—Que yo sepa no, pero la verdad es que todavía no he mirado bien. He entrado, he visto el desbarajuste y me he enfadado tanto que no he hecho inventario antes de llamarlo.

—Eche un vistazo.

Mientras los otros agentes telefoneaban para solicitar el envío inmediato de una unidad de investigación criminal, Ricki Sue hizo lo que le pedía. A continuación observó, impotente, cómo registraban su casa por segunda vez en un solo día. Aunque ahora se trataba de profesionales en busca de pistas que les aclararan la identidad de los asaltantes.

—Oiga, esto no es un simple allanamiento de morada —dijo Pepperdyne cuando las acaloradas protestas de Ricki Sue alcanzaron un grado injurioso—. Estamos investigando un caso federal y, debido a su estrecha amistad con la señora Burnwood, usted se ha convertido en un elemento importante del caso.

—Puede que hayan entrado a robar aquí al azar y que no tenga ninguna relación.

—Eso se lo cree usted tan poco como yo —afirmó Pepperdyne, intuyendo que sus arrebatos de ira no eran más que intentos de ocultar su creciente temor.

Las quejas de Ricki Sue habían perdido parte de su jactancia inicial, lo cual era buena señal. Si no lograba intimidarla para ayudarlos a localizar a su amiga, quizás el miedo la impulsara a revelar algún secreto.

—Quienquiera que haya hecho esto no pretendía robar —explicó Pepperdyne—. No se ha llevado nada de lo habitual en estos casos: televisores, cámaras de vídeo, estéreos. Buscaba algo completamente distinto.

—¿Como qué? —preguntó Ricki Sue.

—Como una pista que los condujera al paradero de la señora Burnwood.

—En ese caso les han dado por el culo —comentó ella.

Pepperdyne ignoró aquella ordinariez, pues cayó en la cuenta de algo.

—Apuesto a que esto no lo hizo un solo hombre. Y usted, subconscientemente, también lo piensa. Cada vez que se ha referido a los asaltantes, ha utilizado el plural.

—No se entusiasme, Pepperdyne. Sólo he dicho lo primero que se me pasaba por la cabeza.

—Se le ha pasado por la cabeza por alguna razón, Ricki Sue. Está pensando en alguien en concreto, ¿verdad? Lo mismo que yo.

Se humedeció los labios, súbitamente nerviosa.

—¿Quiere decir que podrían haber sido Matt Burnwood y su padre?

—Es una posibilidad.

—¡Oh, mierda! —gimió—. No quiero tener nada que ver con esos majaras.

—Cuando he llegado, se ha referido a los asaltantes como «pervertidos». ¿Por qué? ¿Por algo en especial? —inquirió Pepperdyne—. Han vaciado los cajones donde guardaba su ropa interior, pero eso lo hacen todos los ladrones al buscar objetos de valor.

—No ha sido por eso —dijo Ricki Sue agarrándolo del brazo y haciéndole cruzar la sala de estar hasta la mesilla—. Fíjese en estas revistas.

Un tiarrón musculoso y desnudo sonreía seductoramente a Pepperdyne desde la página central de un ejemplar de *Playgirl*.

—Un buen pene. ¿Y qué?

—Un buen pene, eso mismo. Pero ¿a santo de qué lo han aplastado retorciendo el talón precisamente ahí?

En el centro de la fotografía el papel estaba arrugado, formando pliegues a su alrededor. En efecto, parecía como si alguien la hubiera pisoteado retorciendo el talón con saña.

—Quizá no fue intencionado —sugirió Pepperdyne.

Ricki Sue sacudió la cabeza, con lo que su tambaleante peinado se inclinó aún más.

—No lo creo, porque ahí hay otra. Esto sí que me cabrea. Pagué cincuenta pavos por ese libro. Fue el único recuerdo que me traje de mis vacaciones en San Francisco, hace dos años.

Ricki Sue señaló detrás del sofá. Las estanterías estaban vacías y habían tirado al suelo todos los libros y cintas de vídeo. Pepperdyne se arrodilló para mirar más de cerca el volumen al que se refería Ricki Sue. El libro, de contenido erótico, estaba abierto y se veía una foto en color a doble página de una pareja realizando el acto sexual. La fotografía estaba surcada de marcas, como si alguien se hubiera limpiado los zapatos en ella.

—No es precisamente la posición del misionero —observó el agente.

—Por eso era la foto más excitante de todo el libro. El supermacho, el hombre de mis sueños. Sólo por esta foto ya valía la pena pagar cincuenta pavos.

—Ya le compraré uno nuevo —dijo él levantándose—. Le compraré una maldita biblioteca de libros porno si me dice dónde está la señora Burnwood.

—Usted no me escucha, ¿verdad? Lea mis labios, gilipollas. *No lo sé.* —Extendió los brazos en cruz, señalando el lamentable estado en el que había quedado la casa—. Quienquiera que sea el que ha puesto mi casa patas arriba buscando una «pista» se ha arrimado al árbol equivocado, igual que usted.

—Señor, han sido ellos. Las huellas dactilares coinciden.

Pepperdyne dio las gracias al agente que le había traído el informe sin demora y, volviéndose, se dirigió al capitán de la policía.

—Ya lo ha oído. Gibb y Matt Burnwood han saqueado la casa de la señorita Robb esta tarde. Están aquí. Llame a todos los hombres de su unidad.

Los míos están a su disposición y vienen más en camino. Quiero encontrar a esos cabrones esta misma noche. Ya.

El policía salió escopeteado para cumplir las órdenes de Pepperdyne, pero el agente del FBI lo llamó para decirle una última cosa.

—Son unos auténticos hijos de puta. Advierta a sus hombres que no se dejen engañar por su aspecto afable y sus buenos modales. Son unos fanáticos y creen que Dios les ha encomendado llevar a cabo una misión. Matarán a cualquiera que se interponga en su camino. Diga a sus hombres que si los ven, actúen con extrema cautela.

—Sí, señor.

Pepperdyne se recostó en el sillón y se restregó sus cansados ojos con la palma de las manos. Sucumbir a la fatiga era un lujo que no podía permitirse. Desde la desaparición de John, sólo descansaba a ratos, aprovechando unos minutos de sueño cuando podía. No dormiría una noche entera hasta encontrar a su amigo y a la señora Burnwood, y hasta que Matt y Gibb Burnwood estuvieran bien muertos o entre rejas y bajo la custodia de guardias armados.

Lo que le había dicho a aquella arpía pelirroja era una confesión personal: *se sentía responsable* de haber metido a John en aquel lío.

Todo había comenzado como una broma, aunque bastante cruel. Le había parecido una buena terapia para John. En su opinión, pasar un tiempo con el bebé de la señora Burnwood podría ayudarle a superar los traumas psíquicos que había sufrido en Nuevo México.

En eso había pensado Pepperdyne al confiar a John el cuidado de la madre y el hijo. Nunca, ni remotamente, habría imaginado que su amigo acabaría convirtiéndose en una pieza clave de uno de los crímenes más rocambolescos de la década.

Cuanto más descubría el FBI acerca de La Hermandad, más temores albergaba Pepperdyne en relación a John y la señora Burnwood. Asesinatos rituales, desfiguraciones, cánticos, contraseñas secretas, torturas y crímenes suficientes como para que el marqués de Sade pareciera un mero aficionado... Esos eran los métodos habituales de La Hermandad.

Abatido, Pepperdyne se puso en pie y se desperezó. Se acercó a la ventana y contempló la localidad de Sheridan. Había oscurecido. La noche proporcionaría a los Burnwood más lugares donde esconderse y más oportunidades de evitar ser capturados. Estaban ahí fuera, en alguna parte. Pero ¿dónde?

En alguna parte, también ahí fuera, estaban la señora Burnwood y su amigo, John McGrath. Nadie, ni siquiera alguien tan inteligente como ella, podía desvanecerse. Alguien tenía que haberlos visto. Sin embargo ni siquiera sabía dónde comenzar a buscarlos.

Lo único que el agente especial Jim Pepperdyne sabía con absoluta certeza era que si Matt Burnwood encontraba a su exesposa antes que las autoridades, ella ya no tendría que preocuparse por si la procesaban por los delitos que había cometido.

Estaría muerta.

Capítulo 39

—... y la mujer murió antes de que se celebrara el juicio. Murió de sida, sin dignidad y con dolor. Y sin embargo, lo único que quería era despedirse de sus hijos, pero su petición fue denegada.

Kendall estaba contando a John la misma historia que había explicado a Matt y a Gibb en lo que ahora le parecía otra vida. En realidad, había sido otra vida, muy lejos de aquel pequeño dormitorio de la casa de su abuela, en el sureste de Tennessee.

—Cada vez que pierdo un caso, me lo tomo como algo personal. Es como si le hubiera fallado una vez más.

—Así que esa es la razón de que escogieras una de las vertientes más duras de tu profesión.

—Supongo que sí.

—Sin duda, lo ocurrido fue un factor decisivo, pero creo que hay algo más. Yo diría que ya estabas motivada por la necesidad de triunfar mucho antes de que fueses abogada y te implicases en el caso de esa enferma de sida.

Kendall apartó la cabeza del hombro de John y lo miró.

—¿Por qué quieres que hablemos de mi pasado? ¿Tan importante es?

—No sé nada de ti, salvo lo que ha ocurrido desde el día en que recobré el conocimiento. Sí, para mí es importante.

Ella suspiró y volvió a apoyar la cabeza en su hombro. A decir verdad, no estaba tan poco dispuesta a hablar como aparentaba. La serenidad de John invitaba a las confesiones personales, y Kendall quería que la recordase después de recobrar la memoria.

—¿Por qué eres tan tenaz, Kendall?

—¿Quién dice que lo sea?

—Venga —insistió—, hágame de ti. ¿Qué les ocurrió a tus padres?

—Murieron en un accidente aéreo cuando iban de vacaciones a Colorado, a esquiar.

—¿Cómo eran?

—Estaban llenos de vitalidad y energía. Eran divertidos y muy afectuosos entre sí y conmigo. Para mí eran las dos personas más maravillosas que existían sobre la faz de la Tierra. Los quería con todo mi corazón.

—Murieron demasiado pronto, de ahí que tú sientas que debes vivir la vida en su lugar y sacar de ella lo que a ellos se les negó. Eso es lo que te mueve.

Kendall volvió a levantar la cabeza.

—¿Qué eres, un loquero?

Lo dijo en broma, pero él permaneció con el semblante serio.

—¿Qué hizo que te convirtieras en una mujer tan decidida y empeñada, Kendall?

—Ya te lo he dicho...

—Ahonda más.

—De acuerdo, si quieres jugar a ser médico, te daré ese gusto. —Resignada, inspiró hondo—. La mañana en que se iban a Colorado, mientras nos despedíamos y abrazábamos, mi padre me dijo: «A ver si antes de que regresemos ordenas tu cuarto y haces que nos sintamos orgullosos de ti». El caso es que nunca regresaron, así que supongo que aún sigo intentando que se enorgullezcan de mí.

—Es una versión resumida, pero muy perspicaz.

—Gracias. Y ahora ¿podemos pasar a algo más ameno? Hay formas más divertidas de jugar a los médicos, ¿sabes?

—No puedes ganarte la aprobación de alguien que ha muerto, Kendall. No tienes que ser la mejor en todo.

—Eso me han dicho.

—¿Quién?

—Mi marido.

Él le dirigió una mirada incisiva y el corazón de Kendall estuvo a punto de dejar de latir. La atenazó el pánico, pero sabía que debía continuar hablando, que tenía que improvisar una explicación.

—Me refiero a que eres tan diferente ahora que pienso en ese marido, el que me traicionó, como si fuese otra persona.

—Soy otra persona, ¿verdad?

—Sí, lo eres —repuso con voz ronca—. Has cambiado desde que llegamos aquí. Y no te pareces en nada al hombre con el que me casé. El pertenece a una pesadilla que ocurrió hace mucho tiempo en otro lugar.

Él le sostuvo la mirada largo rato antes de proseguir con la conversación.

—Empezaste a mentir cuando tus padres murieron, ¿verdad?

—Yo no miento.

—Es indiscutible que sí, Kendall. Eres muy buena mintiendo.

—Si fuese tan buena, no sospecharías que todo lo que te digo es mentira.

—Todo no, pero gran parte de lo que cuentas sí. Has debido de practicar durante muchos años.

—Siempre he querido hacer que las cosas fuesen mejores de lo que realmente eran. De niña solía... modificar la realidad, hacerla más agradable. En lugar de tener unos padres que habían muerto, me inventaba unos padres fantásticos cuyas emocionantes profesiones les impedían vivir conmigo. Un año eran estrellas de cine que querían protegerme del ambiente corrupto de Hollywood. Al otro, exploradores en el polo Norte. Luego fueron misioneros en un país del telón de acero en que se dedicaban a evangelizar a los infieles los domingos y a realizar misiones peligrosas para la CIA durante el resto de la semana.

—Menuda imaginación.

Kendall esbozó una sonrisa nostálgica.

—Mi imaginación no tenía tanto éxito entre los consejeros escolares y las maestras —añadió—. Siempre tenía problemas por lo que ellos calificaban como mentir, pero para mí no era más que reajustar los hechos para mejorar una situación que de otro modo me resultaba insoportable.

—¿Y después, ya de adulta? Si surgía una situación insoportable, ¿también reajustabas los hechos?

—¿Por ejemplo? —preguntó con cautela.

—Por ejemplo, si tu marido padeciese amnesia y no pudiese recordarte a ti ni nada de vuestra relación, ¿fingirías y ocultarías tus verdaderos sentimientos hacia él?

Los ojos de Kendall se llenaron de lágrimas. Asintió con la cabeza.

—Tienes razón, he mentido más veces de las que puedo recordar, y en algunas ocasiones lo he hecho para salirme con la mía, lo admito. —Le acarició el cabello, las pestañas, los labios—. Pero hay ciertas cosas que no se pueden fingir. Y una de ellas es el amor. Si no te quisiera, no podría fingir que sí. Incluso con amnesia, sabrías la verdad, ¿no es cierto? Lo notarías. —Le cogió la mano, la colocó sobre su corazón y la mantuvo allí con fuerza—. Cuando recobres la memoria, quizá sufras otro tipo de amnesia que borre el recuerdo de todo lo ocurrido después del accidente. Olvidarás este tiempo que hemos pasado juntos aquí, en esta casa. Pero si no te acuerdas de nada más, al menos recuerda que te amé mientras estuvimos aquí —añadió, y selló sus palabras besándolo con ternura.

Él la correspondió y pronto sus bocas se unieron. Las manos de él comenzaron a explorar las suaves curvas de su cuerpo. Kendall dobló la rodilla, la deslizó hacia arriba y le presionó provocativamente en la entrepierna.

—Otra vez —susurró él.

Ella volvió a refregar suavemente la rodilla contra la firme vellosidad de su ingle hasta que su erección se hizo palpable. Cogió el miembro entre sus manos y lo masajeó a lo largo de su dura y tersa longitud.

Él fue descendiendo a besos por su cuerpo, inclinándose sobre ella hasta tenderla de espaldas. Le mordisqueó el ombligo y siguió bajando hasta llegar al pubis. Le acarició los muslos, separándoselos gradualmente.

Entonces acercó la boca a lo más íntimo de su cuerpo. Kendall se abandonó a las embriagadoras sensaciones. Sin pudor ni recato, dejó que las oleadas de placer ascendieran por su vientre y sus pechos. Él sondeó, lamió y la acarició delicadamente con la lengua hasta que ella estalló como una pieza de vidrio fino.

Él se alzó sobre ella, pero no comenzó a penetrarla hasta que la besó en la boca. Cuando ella se contoneó y acopló sus caderas a las suyas para acogerlo gustosa en su cuerpo, él cerró los ojos y murmuró una palabrota.

Kendall hundió los dedos en sus cabellos y le aferró la cabeza.

—Abre los ojos, John. Mírame —musitó en tono apremiante—. Mírame a la cara. No me olvides.

Él hizo lo que le pedía, pero sin interrumpir las firmes y rítmicas embestidas con las que la penetraba. Cuando alcanzó el clímax, pronunció el nombre de Kendall con la voz ronca y entrecortada, y luego sucumbió a los espasmos que sacudieron su cuerpo, incluso su mundo entero.

Al acabar, la estrechó entre sus brazos, con el rostro enterrado en su cuello. Kendall permaneció abrazada a él largo rato, acariciándole de vez en cuando la cabeza al tiempo que susurraba:

—Acuérdate de mí, John. No me olvides.

Capítulo 40

Un joven se deslizó en el reservado que ocupaba Ricki Sue y se sentó frente a ella.

—Hola —le dijo.

—Vete a la mierda —replicó ella.

—No eres muy amable. ¿No te acuerdas de mí? Hace unas horas mi hermano y yo te preguntamos cómo llegar a una calle.

Ricki Sue llevaba media hora sentada allí a solas, bebiendo sin cesar, tratando de atenuar el efecto punzante de las severas advertencias que le había hecho Pepperdyne.

Si a la señora Burnwood y a su hijo les ocurría alguna desgracia, la culpa sería de Ricki Sue, había dicho.

Más le valía ser sincera con él y contarle todo cuanto supiera si quería volver a ver con vida a su mejor amiga.

Si morían, ella cargaría durante el resto de sus días con el peso de sus muertes en la conciencia. Sus vidas estaban en manos de Ricki Sue.

Él había seguido vaticinando machaconamente tal cantidad de fatídicos presagios que Ricki Sue sintió deseos de huir de su voz. Después de que Pepperdyne se marchó de la casa, la invadió una sensación de claustrofobia. Todo seguía patas arriba. Él le había prometido que enviaría un equipo de limpieza al día siguiente para ayudar a retirar el polvo negro que habían utilizado para buscar huellas dactilares, pero Ricki Sue no podía soportar ni un instante más ver su casa en aquel estado.

El constante recordatorio de que alguien había invadido su intimidad y manoseado sus objetos personales le había producido una insólita sensación de vulnerabilidad. Además esto nunca se lo diría a Pepperdyne, le daba miedo estar allí sola.

Había sentido la acuciante necesidad de salir. Por eso estaba en aquel bar. No era un lugar que frecuentara. Dado que no quería compañía esa noche, había evitado ir a los locales donde la conocían y en los que sin duda se toparía con amigos ávidos de diversión. Quería coger una buena cogorza esa

noche, pero a solas. Ya la habían observado con aire insinuante varios hombres, pero los había fulminado con miradas hostiles. Nadie se había atrevido a acercarse a ella hasta el momento.

Cuando alzó la cabeza y miró con más atención al tipo que se había sentado a su mesa, lo reconoció al instante. El corazón le dio un pequeño vuelco. La mueca desabrida y arisca que había esbozado Ricki Sue se desvaneció de sus labios y su expresión ceñuda se transformó en una sonrisa.

—¿Encontrasteis la calle Sunset?

—Ah, sí, gracias a ti. Pero el amigo que andábamos buscando se ha *largao*. Ya no vive aquí. —Henry Crook encogió los hombros con indiferencia—. Tanto da. Estábamos de paso y se nos ocurrió pasar a saludarlo.

—¿Dónde está tu hermano?

—Se llama Luther. Y yo, Henry.

—Yo soy Ricki Sue. Ricki Sue Robb.

—Vaya casualidad, mira que toparnos dos veces en un mismo día. Debe de ser el destino.

—Sí, será eso —repuso ella con una sonrisa de oreja a oreja.

Los ojos de Henry eran de un azul excepcional, y su pelo, de color rubio, era muy bonito también. No era ningún lumbrera, pero ¿y qué? Ese dichoso Pepperdyne era listo y era peor que un grano en el culo.

Además, los tipos superinteligentes hacían que se sintiera inferior. Prefería a hombres que estuviesen a su misma altura intelectual. En general le caían mal los tipos que no sabían hablar, pero Henry y su hermano gemelo tenían un atractivo tosco y anguloso que la excitaba.

—Casi he terminado la copa —dijo ella pestañeando.

—¿Puedo invitarte a otra?

—Me encantaría. Un whisky con soda, por favor.

Él se acercó a la barra y pidió las bebidas. Se volvió hacia ella y le dirigió una tímida sonrisa aniñada que la enterneció. Tenía debilidad por los tímidos. ¡Había tantas cosas que ella podía enseñarles!

Henry volvió con las bebidas.

—¿De dónde sois? —le preguntó Ricki Sue después de dar unos cuantos sorbos.

—Hummm, de Virginia occidental.

—Vaya, por vuestro acento diría que sois de más al sur.

—Nos criamos en Carolina del Sur, pero la familia se trasladó cuando Luther y yo estábamos en el instituto.

—¿A qué os dedicáis?

Al negocio del automóvil.

—¡Qué interesante! —exclamó—. Me fascinan los coches, los motores y todo eso.

Nada más lejos de la verdad, pero su fingida fascinación le proporcionó la oportunidad de inclinarse hacia delante y obsequiar a Henry con una vista impactante de su pronunciado escote. Llevaba un top negro y calado encima de un sujetador del mismo color.

Impresionado por semejante exhibición de sus encantos, Henry se salpicó de cerveza al llevarse la jarra a la boca.

—Mi hermano y yo volvimos después por si te veíamos, ¿sabes?

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Cuando nos enteramos de que nuestro amigo ya no vivía aquí. Nos pareció ver un montón de polis en tu casa.

Ricki Sue frunció el entrecejo.

—Es verdad. Alguien entró en mi casa.

—¡No fastidies! ¿Qué te han robado?

Ella se inclinó más hacia él.

—Henry, cielo, ¿te importaría que no habláramos de eso? Me pone de tan mal humor...

Alargó la mano y él se la aferró con fuerza.

—No me extraña. Luther y yo nos imaginamos que algo chungo pasaba cuando vimos a esos sabuesos vigilando tu casa desde el otro lado de la manzana.

Aunque los reflejos de Ricki Sue estaban un tanto aletargados a causa del alcohol que había ingerido, reaccionó de inmediato. Se soltó bruscamente de su mano.

—¿Qué sabuesos? ¿De qué estás hablando?

—Vaya. No quería cabrearte. Luther y yo nos imaginamos que tu «ex» los habría contratado.

—No tengo ningún «ex».

—Ah. —Henry frunció el entrecejo con gesto desconcertado—. Pues sea quien sea el que te quiere tener vigilada lo está haciendo muy bien. Te han seguido hasta aquí.

¡Los Burnwood! ¡Estaban allí! ¡La tenían al alcance de la vista! ¡Su nuca estaría en el punto de mira de una de esas escopetas de caza de las que Kendall le había hablado!

—¿Dónde están? —preguntó con voz temblorosa.

—Ahí, al lado de la máquina de tabaco —dijo señalando detrás de ella con un ademán de barbilla—. Puedes darte la vuelta. Ahora no miran.

Echó un vistazo rápido en dirección a la máquina expendedora. Vio a uno de los hombres de Pepperdyne. Al otro no lo conocía, pero estaba segura de que también era un agente del FBI. Tenían una pinta ridícula con aquellas gorras nuevas e impolutas que sin duda se habrían puesto para no desentonar con los lugareños.

—¡Ese capullo! —espetó—. No me lo puedo creer. ¡Ha ordenado que me vigilen, como si la criminal fuese yo!

—¿Quién? ¿Qué pasa? ¿Cómo se llama ese capullo? ¿Quieres que Luther y yo le demos una paliza?

—No, no. No es nada, de verdad. Sólo que...

—Oye, si estás metida en algún lío...

—Yo no, pero una amiga mía sí. Esos tipos son del FBI. Creen que sé algo que no quiero decirles.

—¿Es verdad?

—Si lo fuese, tampoco lo diría.

Era arriesgado dejar que un posible ligue supiera que estaba involucrada en un problema lo bastante grave para merecer la presencia de los federales. Pero en lugar de mostrarse receloso, Henry parecía impresionado.

—¡Jo! ¡Sí que llevas una vida emocionante!

Ricki Sue disimuló su sensación de alivio y le dirigió una pícaro sonrisa.

—Pues no conoces ni la mitad, cielo.

—Pero me gustaría mogollón.

—Entonces, larguémonos de aquí —dijo decidiéndolo de improviso. Si alguna vez había necesitado un poco de marcha, era precisamente esa noche—. Conozco algunos sitios mucho más apropiados para hablar en privado. —Apuró la bebida de un trago y cuando se disponía a levantarse de pronto se acordó del equipo de vigilancia de Pepperdyne—. ¡Maldita sea! No quiero que esos tipos me sigan.

Henry sopesó el problema unos momentos.

—Tengo una idea. Mi hermano está en la sala de atrás jugando al billar. Tú y yo podemos ir allí. Yo me quedaré unos minutos y luego volveré aquí, como si no nos hubiéramos entendido, ya sabes. Entonces Luther y tú podéis piraros por la puerta trasera. Dejaré pasar un rato y luego saldré por la puerta principal. Cuando les entre curiosidad y vayan a buscarte a la habitación de atrás, hará mucho que te habrás largado.

—¡Genial! —Ricki Sue se tambaleó al tratar de ponerse en pie—. ¡Uy! Ya empiezo a estar un poco borracha —dijo entre risitas.

Henry le puso el brazo en torno a la cintura para ayudarla a mantener el equilibrio.

—Qué va, no estás borracha. Lo que pasa es que sabes pasártelo bien, nada más.

—Los dos vais a ser la monda. Eso salta a la vista —farfulló apoyándose en él.

El plan de Henry para despistar a los agentes del FBI funcionó. En menos de media hora se reunió con ella y Luther en la esquina de la calle donde habían acordado. Llegó a pie y se subió de un salto al asiento delantero del Camaro en cuanto este se detuvo. Luther pisó el acelerador a fondo y se alejaron entre chirridos de neumáticos.

Luther le pareció a Ricki Sue tan mono y encantador como su hermano gemelo. Apretujados en el asiento delantero, ella tuvo que sentarse a horcajadas sobre el cambio de marchas, lo cual suscitó una serie de comentarios con doble sentido y subidos de tono. El coche traqueteaba sobre los baches, alzándola hacia el techo y produciendo carcajadas de hilaridad.

Ricki Sue empinaba una botella de Jack Damel's cuando cruzaron la vía del tren. El whisky se le derramó por el escote.

—¡Mirad lo que me habéis hecho hacer! —exclamó riendo con tanta fuerza que apenas podía respirar.

—Fíjate, Luther —dijo Henry—, por culpa de tu manera de conducir la señorita se ha empapado.

—Lo menos que podemos hacer es ayudarla a limpiarse.

—Sí, es lo menos.

Ricki Sue les dio sendas palmotadas en el muslo a ambos.

—¡Qué traviosos sois! Sé en lo que estáis pensando.

Henry se inclinó sobre ella y comenzó a lamerle el cuello.

—¿Ah, sí? ¿En qué estamos pensando?

Ella echó la cabeza hacia atrás y empezó a gemir y a revolverse.

—Eh, vosotros dos. Esto no es justo —se quejó Luther—. Yo tengo que conducir.

Pese a lo cual, logró sujetar el volante con una mano mientras plantaba la otra entre los muslos de Ricki Sue.

Después, ella no lograba recordar quién había sugerido detenerse en el motel. Quizás había sido ella. Desde luego no era la primera vez que iba a aquel motel en concreto. El recepcionista era un porrero que siempre estaba colocado y al que le importaba un comino quién firmase el libro de registro, o incluso que no lo firmasen, siempre y cuando le dejaran un billete de veinte pavos en el mostrador.

Sin embargo, sí era la primera vez que acudía allí (o a ningún sitio) acompañada de un par de gemelos. La novedad de esa circunstancia aumentó su excitación cuando entró, borracha y tambaleante, en la habitación.

Luther (o quizá fue Henry, pues cuanto más bebía menos los distinguía) dijo algo graciosísimo. Ricki Sue se dejó caer en la cama desternillándose de risa.

Luther se tendió a un lado y Henry, al otro. Uno de ellos la besó. Después el otro hizo lo mismo. Acto seguido, el primero volvió a besarla. Y así continuaron hasta que ella ya no pudo discernir una boca de la otra.

Protestando en tono afable, los apartó de un empujón.

—Parad. Escuchadme. Esperad un minuto. ¡Eh, estaos quietos los dos!

Consiguió quitárselos de encima y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para incorporarse en la cama. La habitación le daba vueltas y se llevó la mano a la sien para tratar de recuperar el equilibrio. Entonces, con el tono solemne que sólo los extremadamente ebrios son capaces de adoptar, dijo:

—Paciencia, chicos. De ahora en adelante, aquí no se hace nada sin preservativos.

Mientras los gemelos se apresuraban en abrir los envoltorios metalizados que había sacado del bolso, Ricki Sue se recostó lánguidamente contra el endeble cabezal de la cama, previendo la atención de la que sería objeto a la mañana siguiente junto a la máquina de café en el trabajo. ¡Menudas historias desenfrenadas tendría para contar!

Capítulo 41

Matt condujo hasta que Gibb le ordenó que se detuviera en un parque junto a la carretera. Sin sobrepasar el límite de velocidad y respetando todas las normas de circulación, se habían alejado de la localidad de Sheridan hasta cubrir una distancia que Gibb consideró segura.

Gibb estaba impaciente por averiguar qué podría desvelar el contenido de la caja de zapatos que habían encontrado debajo de la cama de Ricki Sue. La vació, esparció las postales y cartas sobre el asiento del coche, se las repartieron y comenzaron a leer.

Enseguida fue obvio que Ricki Sue había guardado toda la correspondencia que había recibido de cualquier varón a lo largo de su vida. La tarea se volvió tediosa. Matt se hartó.

—Aquí no hay nada.

—No podemos pasar por alto ni una sola carta —dijo su padre con terquedad—. Puede que sea justamente esa la que nos dé una pista.

Entre las escabrosas cartas de antiguos amantes había una nota, escrita con mala letra, en la que un compañero de clase de la escuela primaria llamado Jeff le preguntaba a Ricki Sue si querría enseñarle las braguitas. En una carta prolija y enmarañada firmada por su primo Joe, que había servido a la patria a bordo del *John F. Kennedy*, le prometía pasar su dirección a sus compañeros de buque que se sintieran solos. También había una tarjeta de su profesor de la escuela dominical, el señor Howard, en la que le decía que se la había echado de menos el domingo anterior.

Entonces Matt cogió una postal y reconoció de inmediato la caligrafía.

—Esta es de Kendall.

No logró sentir el menor entusiasmo por su hallazgo. Desde el asesinato de Lottie era como si funcionase con el piloto automático y parecía incapaz de retomar el control. Resultaba más fácil limitarse a hacer lo que se le decía. Su automatismo era un escudo protector contra el dolor que representaría para él sentir.

Era como si él también hubiera muerto. No podía imaginarse escribiendo otro editorial, ni publicando otro ejemplar de su periódico, ni sintiendo entusiasmo por nada. La muerte de Lottie había dejado en él un vacío inmenso que nunca podría llenar. Su padre le había asegurado que se sentiría de otro modo cuando encontrasen a su hijo, pero Matt tenía serias dudas.

Pese a la desgarradora pena que había sentido cuando Lottie y él eran unos críos y su padre le había prohibido salir con ella, siempre había acariciado la débil esperanza de que algún día llegarían a estar juntos. Eso le había ayudado a soportar el paso de los días en que creyó morir de añoranza por ella.

Ahora que la había perdido para siempre, no quedaba nada por lo que ilusionarse. En un intento de consolarlo, su padre le había recordado que la verdadera recompensa los aguardaba en el cielo, pero Matt había encontrado su propio cielo junto a Lottie. No estaba seguro de desear la vida eterna si eso significaba vivir sin ella.

Kendall era responsable de la muerte de Lottie. Su padre le había abierto los ojos al respecto. Si Kendall no se hubiera entrometido en cuestiones que estaban fuera de su alcance, si hubiera sido la esposa sumisa y obediente que debería haber sido, nada de todo aquello habría ocurrido. Lottie aún estaría viva, recibéndolo con las sonrisas, besos y abrazos que habían sido la razón de vivir de Matt.

Cada vez que pensaba en su pérdida, más odiaba a Kendall. Se las pagaría. Él mismo se encargaría de ello. Al igual que todos los que habían sido castigados por La Hermandad, era la propia Kendall quien se había buscado su condena.

Matt miró fijamente la postal.

—Reconozco su letra.

—¿Cuándo la escribió?

Matt acercó la postal a la luz del techo.

—El matasellos está emborronado, pero parece que es de hace tiempo. Los bordes están amarillentos.

—Léela de todos modos.

—«Me lo estoy pasando muy bien, salvo por el calor y los mosquitos. Casi acabaron conmigo ayer, cuando la a. y yo fuimos de excursión a nuestro lugar favorito».

—La «a» debe referirse a su abuela —dijo Gibb—. ¿Pone algo más?

—Se le acababa el espacio. Está escrito con letra muy pequeña. —Matt entrecerró los ojos para poder leer el resto—. «Ya te he hablado de ese sitio:

cañón de ECA, cascada, etc. Hasta pronto». Eso es todo. Dibujó un corazón pequeño en vez de firmar con su nombre.

—¿ECA? ¿Los Estados Confederados de América? Hay un cañón de los confederados en su lugar favorito. ¿Te habló alguna vez de ese sitio?

Matt hizo memoria, pero le costaba ver más allá de la imagen mental de los ojos sin vida de Lottie.

—Quizá. Sí, creo que sí. Me comentó que su abuela y ella solían pasar los veranos en una vieja casa de campo.

—Una vieja casa de campo situada cerca de un cañón de los confederados y de una cascada.

Con creciente euforia, Gibb abrió la guantera, sacó el mapa de carreteras de Tennessee y lo desplegó sobre su regazo con impaciencia.

—¿Qué sabes de los animales, Matthew? —le preguntó—. ¿Qué hacen cuando están heridos o asustados? ¿Adónde van?

—A su guarida.

—En otras palabras, a casa —dijo Gibb—. Kendall no regresó a su casa porque no podía. Así que quizás haya ido a su siguiente sitio predilecto. Tenemos que encontrar un monumento conmemorativo de la guerra civil que esté cerca de una cascada. —Los ojos le brillaban de la emoción—: Piénsalo, hijo. Al amanecer podrías tener a tu hijito en brazos.

Matt trató de sentir un poco de entusiasmo. Se imaginó jugando con su hijo sobre las rodillas, riendo, sintiéndose feliz y libre. ¿Libre? Entonces lo comprendió. Él jamás se había sentido libre en toda su vida, y precisamente en ese momento se sentía más encadenado que nunca.

Kendall se deshizo del abrazo de John. Él murmuró una pregunta ininteligible.

—Voy al baño —susurró ella—. Vuelvo enseguida.

Él volvió a sumirse en el sueño. Se inclinó sobre él y le dio un beso en la frente. Entonces se quedó contemplando su rostro, memorizando cada uno de sus rasgos.

Si todo iba según lo previsto, esa sería la última vez que lo vería.

Sintió deseos de llorar. Esforzándose por contener un sollozo, se levantó de la cama y se vistió silenciosa y rápidamente en la oscuridad.

Desde el momento en que Ricki Sue le había dicho que Matt y Gibb se habían fugado de la cárcel, Kendall había sabido que debía huir. No disponía

de más tiempo. Ya había esperado demasiado. Pese a que cada hora que transcurría era preciosa, había querido pasar una última noche con John.

Matt y Gibb rastrearían a su presa y la encontrarían. Sabía que lo harían. Temía mucho más la efectividad de su instinto cazador que la de los avanzados ordenadores del FBI y su red de investigadores.

Si sólo estuviese en juego su propia vida, se arriesgaría a quedarse con John. Pero debía pensar en Kevin. Si los Burnwood la encontraban, la matarían y se lo llevarían. Era una posibilidad demasiado horripilante para pensar siquiera en ella. Aunque los capturasen de nuevo, Kevin quedaría bajo tutela estatal y una comisión de perfectos desconocidos determinaría su futuro.

Tenía que proteger a su hijo, aunque eso supusiese dejar atrás al hombre al que amaba. Se marcharía sin darle explicaciones, sin despedirse. Por la mañana, cuando descubriese que se había ido, se sentiría confuso y probablemente se enojaría, pero se le pasaría.

Le escribió una nota en la que le prometía que pronto acudirían en su ayuda. Antes de irse del pueblo la tarde anterior, había enviado una tarjeta postal a las autoridades locales en la que les indicaba dónde podrían encontrar a John McGrath, el oficial de la policía judicial desaparecido.

En cuanto recibieran el correo, enviarían a alguien a la casa. Jim Pepperdyne, el amigo de John, se encargaría de que recibiera el mejor tratamiento neurológico. Con el tiempo recobraría la memoria. A Kendall le partía el corazón pensar que quizá no recordaría el idilio que habían compartido.

Pese a lo mucho que la entristecía la idea, sabía que sería mejor que él no lo recordara. Así nadie podría considerarlo responsable de lo que había sucedido entre ellos dos; ni sus superiores ni él mismo.

Kendall entró con sigilo en la habitación de Kevin y cogió la bolsa que había preparado previamente con su ropita, pañales y algunas cosas esenciales. Quería viajar lo más ligera posible de equipaje.

De momento dejó a Kevin en la cuna. Asomó la cabeza por la puerta del dormitorio y vio que John seguía profundamente dormido. Cruzó la casa y salió por la puerta trasera.

Aún faltaban horas para que amaneciera, pero cada minuto era vital. Metió la bolsa en el coche. La tarde anterior había encontrado un bote de pintura en el cobertizo y había aprovechado para retocar los treses de la placa de la matrícula y convertirlos en ochos. La alteración no resistiría un examen

minucioso, pero quizá evitaría que la detuvieran hasta que pudiera abandonar el automóvil y comprar otro.

Volvió a entrar en la casa y fue a la despensa, donde guardaba varias bolsas con productos en conserva y agua embotellada. Podría comer y beber mientras conducía. Sólo se detendría para amamantar a Kevin o ir al lavabo. Lógicamente, tendrían que parar para dormir. Escogería moteles apartados, en los que pagar en efectivo no levantaría sospechas.

Cuando necesitase dinero recurriría a la ayuda de Ricki Sue, como había hecho en ocasiones anteriores. Confiaba plenamente en ella pero, por el bien de su amiga, Kendall quería postergar el momento de llamarla hasta que fuese absolutamente imprescindible.

Tras colocar las bolsas de comida en el coche, regresó por última vez a la casa y entró en la sala de estar. Se arrodilló delante de la chimenea, introdujo el brazo en el tiro y sacó la pistola.

El arma era la única protección real que tendría contra Matt y Gibb si la encontraban, pero aun así era reacia a tocarla. La cogió con sumo cuidado, y se la metió en el bolsillo de la falda.

Entonces se le ocurrió una posibilidad inquietante. ¿Y si los Burnwood daban con la casa antes de que John fuese rescatado? Sabrían que era el oficial de la policía judicial que ella había «secuestrado» del hospital en Stephenville y lo asesinarían sin el menor reparo.

Se dirigió a la cocina, se sacó la pistola del bolsillo y la puso sobre la mesa, junto a la nota para John. De algún modo parecía adecuado que la última cosa que le devolviera a John fuese la primera que le había quitado mientras él yacía inconsciente en el suelo encharcado por la lluvia.

¡Cuánto camino habían recorrido juntos desde entonces!

Notando que las lágrimas le asomaban a los ojos, entró de puntillas en el cuarto de Kevin y lo sacó de la cuna. Este protestó con un gemido, pero volvió a dormirse en cuanto Kendall lo recostó contra su hombro.

Echó un último vistazo al dormitorio en penumbra para asegurarse de que John seguía dormido. Recorrió el pasillo a toda prisa y cruzó la cocina. Pese a su determinación de no llorar, una lágrima le resbaló por la mejilla.

Esos eran los últimos momentos que pasaría en aquella casa que albergaba tantos recuerdos felices para ella. Una vez que la descubrieran, ya nunca podría volver a utilizarla de refugio. Jamás podría regresar a aquellas habitaciones que resonaban con las risas de su abuela. Allí había conocido el amor, primero de su abuela y luego de John.

¿Siempre tendría que despedirse de todo lo que quería y de los seres a quienes amaba?

Kevin se removió entre sus brazos. «No de todos», susurró. Lo besó en la cabeza y acto seguido se dirigió con paso decidido a la puerta. Acababa de poner la mano en el picaporte cuando se encendió la luz del techo.

Giró sobre sus talones rápidamente, pero, deslumbrada por la repentina claridad, sólo pudo distinguir la silueta de un hombre que se precipitaba hacia ella y Kevin.

Capítulo 42

Los gemelos Crook se habían encerrado en el cuarto de baño del motel para discutir la estrategia que debían seguir. Necesitaban atiborrar a la pelirroja regordeta con la suficiente cantidad de alcohol para que se fuese de la lengua, pero sin dejar que bebiera hasta perder el conocimiento.

—Eh, chicos —los llamó desde la cama con voz cantarina y aguda—. ¿Qué hacéis los dos ahí dentro?

—No creo que se me empine otra vez —musitó Luther mientras contemplaba con desesperanza su pene flácido—. Nunca había visto a una tía tan insaciable. Oye, ¿no será una especie de monstruo de la naturaleza o algo así?

—Deja de quejarte. Tenemos que hacer que hable de Kendall.

Luther se masajeó los testículos con cariño.

—¿Cómo piensas conseguirlo, Henry? Ya se ha zampado casi una botella entera de Jack Daniel's y, aparte de ponerla más cachonda, está tan pancha.

Henry reflexionó. Ricki Sue volvió a llamarlos desde el dormitorio.

—Será mejor que vayamos antes de que sospeche algo. Ya se me ocurrirá alguna idea. Diga lo que diga, tú sígueme la corriente.

Ricki Sue aún estaba despatarrada en la cama. Hizo un mohín.

—Empezaba a pensar que habíais seguido la juerga sin mí.

Henry advirtió que hablaba con más torpeza que antes. Le hizo una señal subrepticia a Luther levantando el pulgar al tumbarse junto a Ricki Sue.

—¡Qué va! No podríamos pasárnoslo bien sin nuestra chica, ¿verdad, Luther?

—Y tanto. Por cierto, me parece que va siendo hora de tomar otra ronda.

Fingió echar un largo trago de la botella antes de pasársela a Ricki Sue. Ella les dirigió sendas miradas recelosas.

—¿Estáis intentando emborracharme o qué, chicos?

Antes de que pudieran responder, lanzó una estentórea carcajada y empujó la botella. Henry le guiñó un ojo a su hermano desde el otro lado de aquel voluminoso cuerpo femenino de piel pálida y pecosa.

—Juro por Dios que no he conocido a nadie que tenga tanto saque bebiendo como tú, Ricki Sue. ¿Eh, Luther?

—Y que lo digas.

—Es más, me has dejado impresionado en todos los sentidos. Por ejemplo, la manera en que engañaste a esos federales. Eso sí que estuvo bien. Les está bien empleado por andar metiendo siempre las narices donde nadie los llama.

Ella resopló con desdén.

—Ese Pepperdyne se cree muy listo. «Usted sabe dónde está la señora Burnwood —me dijo—. Usted sabe esto, usted sabe lo otro» —añadió remedándolo—. ¿Cómo sabe él lo que yo sé, si sólo yo sé lo que sé?

—Claro —intervino Luther—. ¿Cómo se atreve a hacerte preguntas personales sobre tu mejor amiga?

Henry fulminó a su hermano con una mirada asesina. ¿Por qué no podía Luther mantener la boca cerrada? Su madre tenía razón: su gemelo era tan ceporro que resultaba peligroso. Por culpa de ese simple comentario, Ricki Sue podría haberse dado cuenta de que en realidad no estaban con ella sólo para divertirse.

Pero estaba demasiado beoda como para reparar en la delatadora metedura de pata de Luther.

—Quiero *protegeer a Keeendall* —afirmó entre sollozos—. Es mi amiga. No le diría a Pepperdyne dónde está aunque lo supiera, y no lo sé. —Bebió otro trago y estuvo a punto de atragantarse al echarse a reír de repente. Entonces alzó el dedo para poner énfasis a sus palabras—. *Peero me lo i-ma-gi-no* —dijo recalcando cada sílaba con claridad.

—Venga ya, Ricki Sue. No hace falta que te marques faroles con nosotros. No somos polis, ¿verdad que no, Luther?

—Pues claro que no.

Henry comenzó a besuquearle el cuello.

—Olvídate de ese tal Pepperdyne. Vamos a pasar otro buen rato juntos.

—No estoy marcándome ningún farol —dijo Ricki Sue apartándolo de un empujón—. Sé dónde podría estar Kendall. Soy la única en el mundo entero que lo sabe.

—Claro, cariño, claro. Te creemos. ¿Verdad, Luther?

Dirigió un guiño de complicidad a su hermano, pero este no le seguía. Semejantes sutilezas psicológicas estaban fuera del alcance de su comprensión.

—Esto... pues... sí. Eso mismo, lo que ha dicho Henry.

—Es la verdad —aseguró Ricki Sue mientras se esforzaba por sentarse—. Apuesto a que está donde solía ir a pasar los veranos con su abuela.

—Vale, nena, vale —repuso Henry al tiempo que le daba una palmadita condescendiente en el muslo—. Si tú lo dices...

Ricki Sue pegó un puñetazo en el colchón.

—Sé dónde está. Bueno, no exactamente. Pero el sitio está cerca de Morton y hay una...

—¿Una qué?

—Una *cazcada*.

—Será cascada, ¿no?

Ella ladeó la cabeza con aire de superioridad y miró a Henry por encima del hombro.

—¿No es eso lo que acabo de decir?

—Claro, nena. No quería cabrearte.

—Y hay un gran... ¿Cómo se llama? Sirve para disparar y lleva ruedas. Antiguamente los usaban.

—¿Un cañón?

Ricki Sue clavó la uña del dedo índice en el pecho de Henry.

—¡Respuesta acertada! ¡Has ganado el primer premio!

Extendió los brazos en cruz, ofreciéndole su cuerpo como trofeo. Entonces puso los ojos en blanco y se desplomó sobre la cama, inconsciente.

—¡Arrea! —exclamó Henry—. Ha funcionado. Vámonos a Morton.

—¿Dónde está eso?

—No lo sé, pero tiene que salir en un mapa. Date prisa, Luther, vístete.

—¿Qué hacemos con ella?

—Ya sabes lo que dijo mamá.

Luther miró fijamente a Ricki Sue y chasqueó los labios con pesar.

—Es una pena tener que cargarse a un fenómeno como este. Nunca había probado un coño pelirrojo tan caliente.

—Perdón, ¿cómo dice? —Pepperdyne aferró el auricular con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. ¿Querría hacer el favor de repetir lo que acaba de decir?

—La hemos... ejem... perdido, señor. Entró en un bar, un antro, en realidad. Estaba sentada sola en un reservado, bebiendo un lingotazo tras otro de whisky.

—Continúe.

—Sí, señor. Entonces ese tipo...

—¿Qué tipo?

—Un hombre alto, delgado, con el cabello de color pajizo y los ojos raros. Se ha sentado con ella y la ha invitado a una copa. Han estado charlando.

—¿Ha preguntado usted a alguien cómo se llamaba ese hombre?

—Claro, señor. Nadie lo conoce.

—¿Y su coche?

—También preguntamos acerca de eso. Nadie recuerda haberlos visto llegar a él y a su hermano, así que no hemos podido obtener una descripción del coche.

—¿Ha dicho «hermano»? ¿Tiene un hermano?

—Sí, señor. Un hermano gemelo.

—Santo Dios.

Pepperdyne se echó dos aspirinas a la boca y se las tomó con un trago de antiácido estomacal. ¿Por qué tenía que ser todo tan puñeteramente complicado? No bastaba con que hubiera un hermano, lo cual ya habría sido bastante difícil, sino que encima eran gemelos.

—¿Son gemelos idénticos? —preguntó.

—Por lo que nos han dicho no se podía distinguir a uno del otro.

—Naturalmente.

—No hemos llegado a ver al segundo. Se ha quedado en la sala trasera, en los billares.

El agente le explicó cómo habían escapado Ricki Sue y sus compañeros.

—¿Cómo pagó las bebidas ese tipo?

—En metálico.

—Me lo figuraba —refunfuñó Pepperdyne—. ¿Y nadie de los que estaban allí sabía quiénes eran esos sujetos?

—No, señor. No hemos averiguado ni el nombre. Al parecer, no eran de por aquí. —El subordinado de Pepperdyne hizo una pausa, como si estuviera preparándose para el rapapolvo que sabía que recibiría. Al advertir que su superior no decía nada, se aventuró a dar su opinión—: Lo que yo creo, señor, es que ella se encontró casualmente con esos tipos y se fue con ellos.

—Eso es evidente, ¿no?

—Lo que quiero decir, señor, es que no creo que esos gemelos estén relacionados con la irrupción de esta tarde en su casa. Desde luego no eran Matt y Gibb Burnwood. A mí me ha parecido un simple ligue al azar. Los testigos han dicho que la señorita Robb enseguida se hizo muy amiga de esos tipos, ya me entiende. Es más, uno de los presentes se ha ofrecido a ponernos

al tanto de sus correrías. Nos ha dicho, y varios hombres más lo han corroborado, que es una conocida ligona de lo más desinhibido. Siempre tiene ganas de marcha. Por lo visto, no es inusual para ella salir de un bar en compañía de un desconocido.

Pepperdyne perdió los estribos.

—Escúcheme. Me importa un pito si la señorita Robb se folla a cien hombres en la plaza del pueblo a plena luz del día todos los sábados. Es una ciudadana y, aunque nos esté ocultando información valiosa, nuestro deber es protegerla. Se les ordenó que no la perdieran de vista, y la han cagado. Así que ahora ha desaparecido. No sabemos con quién ni dónde está, y hay dos maníacos que se creen el brazo derecho de Dios y que van por ahí asesinando a cualquiera que se cruce en su camino. ¡Y eso incluye a la señorita Robb, porque da la casualidad de que persiguen a su mejor amiga y confidente! —Dejó de gritar y se detuvo un instante para tomar aliento. Cuando prosiguió, su voz sosegada resultaba más amenazadora aún—. ¿Me he explicado bien?

—Sí, señor. Creo que sí, señor.

—Para que no haya ningún malentendido, se lo explicaré con más claridad. Si le ocurriese algo a Ricki Sue Robb, le clavaré a usted los huevos en el suelo y luego les prenderé fuego.

—Entendido, señor.

—En marcha.

—Si, señor.

Pepperdyne colgó el auricular con violencia. Decidió enviar más hombres a la taberna a fin de que indagaran acerca de la pista de los gemelos sin identificar.

—Los tipos a los que buscamos son altos, delgados, y tienen el pelo de color pajizo. Sus ojos poseen algo raro. Son idénticos. La mujer es una pelirroja rellenita. Nadie que la vea podría olvidarse de ella, así que hablen con todo el mundo.

Pepperdyne bebió otro sorbo directamente de la botella de antiácido estomacal mientras iba de un lado para otro del despacho, cavilando. ¿Sería mera coincidencia que el mismo día en que los Burnwood habían asaltado y registrado la casa de Ricki Sue apareciesen unos gemelos que nadie conocía y se la ligasen en un tugurio?

¿Qué relación podrían guardar entre sí ambos hechos? ¿Serían miembros de La Hermandad esos gemelos?, ¿compinches que obedecían órdenes de los Burnwood? ¿O, tal como el agente se figuraba, un incidente no tenía ninguna relación con el otro?

El instinto de Pepperdyne le decía que presupusiera lo peor. Si esos gemelos estaban confabulados con los Burnwood o relacionados de algún otro modo con el caso, ahora tenía cuatro vidas de las que preocuparse: la de John, la de la señora Burnwood y su hijo, y la de Ricki Sue Robb.

Si los Burnwood encontraban a cualquiera de ellos antes de que lo hicieran sus hombres...

No podía permitir que eso sucediera. Así de sencillo.

Llevar a Ricki Sue desde la cama de la habitación del motel hasta el coche no fue tarea fácil, pero los gemelos lograron hacerlo sin despertarla. No tuvieron tanta suerte cuando intentaron sacarla a peso del vehículo.

En cuanto recobró el conocimiento, comenzó a forcejear para que la soltasen.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí? —preguntó con voz quejumbrosa mientras miraba en derredor. El coche estaba aparcado junto a la cuneta de una carretera estrecha y oscura—. ¿Dónde demonios estamos? ¿Qué hacemos aquí? ¿Dónde está mi ropa?

Luther se la quedó mirando boquiabierto, gesto habitual en él.

—Esto... —intervino Henry—. Hemos pensado que a lo mejor te apetecía ir a nadar.

Luther miró pasmado a su hermano y acto seguido se dirigió a Ricki Sue, sacudiendo la cabeza con entusiasmo al tiempo que decía:

—Sí, bañarse en pelotas, ya sabes.

—¿Nadar? —Ella lanzó una ojeada temerosa a los alrededores—. Estamos en el quinto pino, ¿verdad?

—Sabemos perfectamente dónde estamos —alardeó Henry—. Luther y yo hemos venido aquí hoy, bueno, ayer. Hay un riachuelo precioso entre esos árboles, a unos cincuenta metros.

Ricki Sue miró hacia donde señalaba con el dedo, pero no se sintió en absoluto animada cuando vio un frondoso, oscuro y tenebroso bosque. Andar desnuda por el bosque en plena noche no era precisamente lo que ella entendía por pasárselo bien. Le encantaba embarcarse en aventuras, pero prefería disfrutar de ellas en lugares provistos de paredes y techos.

Nunca le habían gustado los grandes espacios al aire libre. El sol era un suplicio para su pálida piel, que o bien se le llenaba de pecas o se cubría de ampollas. Era alérgica a la hiedra venenosa y a las picaduras de mosquito, que

le producían unas espantosas ronchas rojizas que solían acabar en llagas que se le infectaban y sólo desaparecían con antibióticos.

Pero por otro lado, los cuerpos enjutos y larguiruchos de los gemelos habían despertado verdadera lujuria en ella. El sentirse apretujada entre ambos había sido el no va más de las experiencias excitantes. Desnudos, bajo el agua, serían tan sinuosos cómo anguilas deslizándose entre sus curvas orondas. La idea la hizo estremecerse de placer.

—Adelante —dijo.

—Vayamos en fila india —sugirió Henry—. Luther, tú ponte delante. Yo cerraré la marcha —dijo colocando las manos en las nalgas desnudas de Ricki Sue y apretándoselas.

Ricki Sue lanzó un chillido de regocijo y ocupó gustosa su sitio entre ambos. Henry la ciñó por detrás y ella abrazó a Luther por la cintura mientras se adentraban en el bosque.

Cuando llegaron al arroyo y oyó el suave murmullo del agua, ella lanzó un suspiro y dijo:

—Qué romántico va a ser esto... ¿o es que simplemente estoy borracha?

Henry había sido previsor y se había llevado otra botella de whisky.

—No estás borracha. Después de la caminata, me parece que a todos nos vendría bien un traguito.

Se pasaron la botella y echaron un trago. Pero el alcohol pareció surtir poco efecto en el ánimo de los gemelos. Ricki Sue advirtió que parecían nerviosos, sobre todo cuando los cogió de la mano y los arrastró hacia el arroyo.

—¿Qué pasa, chicos? ¿No iréis a rajaros ahora? ¿Creéis que soy demasiada mujer para vosotros?

—Es que... tuvimos un hermano pequeño que murió ahogado —farfulló Henry—. Sólo éramos unos críos, pero nos acordamos. Por eso no nos hace ninguna gracia el agua.

De haber tenido la cabeza más despejada, Ricki Sue se habría preguntado por qué habían sugerido una orgía en el agua si le tenían tanta aversión. Pero en lugar de ello, reaccionó con compasión.

—Oh, pobrecitos míos. Venid con Ricki Sue.

Sin saberlo, Henry había tocado el resorte del mayor deseo de Ricki Sue, que mantenía en secreto, básicamente porque consideraba que las posibilidades de llegar a satisfacerlo algún día eran nulas. Anhelaba cuidar, prodigar consuelo y atenciones a un esposo, a un niño o incluso a un padre o una madre que se enorgulleciera de ella en vez de tratarla con desdén.

Albergaba en su interior una inmensa capacidad de amar, pero nadie le había pedido nunca su amor. Lo tenía almacenado en su corazón.

De ahí que la mentira de Henry acerca de un hermano ahogado suscitara en Ricki Sue una respuesta profundamente emocional. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Atrajo a ambos hacia ella y les acarició la cabeza al tiempo que murmuraba palabras de condolencia.

—Dejad que yo os reconforte. No penséis en vuestro hermanito. Su alma está en el cielo.

Sin embargo, su proximidad pronto comenzó a producir los efectos esperados, o sea, eróticos. Abrazó a ambos con más fuerza.

—No os preocupéis, cariños míos —susurró—. Antes de que acabe la noche, os aseguro que tendréis una visión radicalmente nueva de los deportes acuáticos. Dejadlo todo en manos de Ricki Sue. —Se adentró en el arroyo, pero cuando los gemelos se dispusieron a seguirla, alzó la mano para que se detuvieran—. ¿Cómo es que soy la única de este trío que está desnuda?

Luther miró a Henry, quien se encogió de hombros y comenzó a desvestirse, dejando su ropa en la ribera lodosa. Luther hizo lo mismo. Henry vadeó hasta donde estaba Ricki Sue, a quien el agua le cubría hasta las rodillas.

—Vida mía —musitó ella extendiendo los brazos. Comenzó a acariciarle el sexo, aunque este no respondió al estímulo.

—Lo siento —dijo Henry—. Supongo que lo has dejado en las últimas en el motel. Pero seguro que un poco de ayuda de otro tipo haría maravillas.

Ricki Sue se rio con voz ronca y se arrodilló.

—No me digas más. Si eso es lo único que hace falta...

El cenagoso lecho del arroyo estaba resbaladizo y fresco. El contacto del agua deslizándose sobre su piel era delicioso. Alzó la mirada hacia Henry, le sonrió y frotó sus pechos contra sus muslos.

En realidad llegó a percibir el leve soplo de aire cerca de su cabeza y oyó el escalofriante sonido, como el que se produce al reventar un melón, antes de sentir dolor. Entonces pareció taladrarle el cráneo. Se quedó sin aliento. Una bocanada de whisky le subió desde el estómago y le chorreó por la barbilla al dar un grito ahogado. Se desplomó hacia un lado, salpicando en el agua al caer.

Aturdida y a punto de perder el conocimiento, levantó la vista y vio a Luther de pie frente a ella. Empuñaba un bate corto y grueso. Mientras lo miraba, él lo alzó sobre su cabeza y volvió a asestar otro golpe con todas sus fuerzas.

Ricki Sue no tuvo tiempo de sentir miedo alguno, sólo una fugaz perplejidad.

Capítulo 43

El grito se ahogó en la garganta de Kendall.

—¡John!

—Sí, John. Qué inteligente por tu parte utilizar mi verdadero nombre. Así era más fácil, ¿no?

La súbita comprensión la hizo palidecer.

—Has recuperado la memoria.

—Sí. Al despertarme.

Se quedaron mirando el uno al otro, y el espacio que los separaba les pareció a ambos mucho más grande de lo que realmente era. Hasta ese momento, Kendall había jugado con ventaja, pero ahora se habían vuelto las tornas.

—Pensaba... pensaba que dormías.

—Eso quería que pensaras.

—¿Sabías que tenía intención de irme?

—Huir es algo innato en ti, ¿verdad?

Bajo la cruda luz de la cocina, el rostro de Kendall estaba blanco como el papel. Estrechó a Kevin contra su pecho en un ademán protector. O quizá sólo utilizaba al bebé como un escudo con el que protegerse de John por si se le ocurría hacerle daño. La verdad es que estaba tan furioso que se sintió tentado.

Por el contrario, John cogió la pistola que ella había dejado sobre la mesa y se la colocó entre la cinturilla de los pantalones cortos que se había puesto a toda prisa antes de salir del dormitorio.

—¿Cómo es que finalmente decidiste dejarme el arma?

—Pensé que a lo mejor la necesitarías para protegerte.

—¡Qué amable por tu parte! —Apoyándose en una muleta, cogió con brusquedad una silla y la empujó hacia ella—. Siéntate.

—John, si al menos escucharas lo que...

—¡Siéntate! —bramó.

Sin dejar de mirarlo con expresión recelosa, Kendall se acercó a la silla y se sentó con cautela.

—¿Lo recuerdas todo?

—Todo —repuso él—. Mi vida antes de padecer amnesia y todo lo que ha ocurrido desde entonces. Me llamo John McGrath Leland, que da la casualidad que es el apellido de soltera de mi madre. Nací el 23 de mayo de 1952, en Raleigh, Carolina del Norte. Fui al colegio allí y finalicé mis estudios secundarios dieciocho años después. En 1979 obtuve el doctorado en psicología.

—¿Psicología? ¿Eres psicólogo?

Él hizo caso omiso de su pregunta y prosiguió.

—Mi tesis doctoral versaba sobre el síndrome de estrés retardado y realicé bastante trabajo clínico en Bethesda. Eso fue lo que hizo que se interesara por mí el FBI y, en concreto, el agente Jim Pepperdyne, quien me reclutó para su Equipo Especial de Rescate de Rehenes. Trabajamos juntos con mucha frecuencia. Hace dos años dejé el FBI e ingresé en la policía judicial. —Hizo una pausa significativa, y añadió—: Me secuestraron el 12 de julio de 1994. Pero tú sabes la fecha de sobra, ¿verdad?

—Puedo explicártelo, John.

—Y tanto que puedes, y lo harás. Pero será mejor que primero te ocupes de Kevin.

El niño había comenzado a lloriquear. John no quería tener distracciones durante la conversación. Pero por encima de eso, no quería que el bebé estuviera inquieto.

—Está mojado. Iré a cambiarle el pañal. —Kendall se puso en pie y trató de pasar junto a John, pero él la cogió por el brazo.

—Buen intento, pero no cuela. Cámbiaselo aquí.

—¿Sobre la mesa de la cocina?

—Ya no volveremos a comer en ella. Cámbialo aquí.

Kendall extendió la manta de Kevin en la mesa y le quitó el pañal mojado.

—Los pañales están en el coche.

—Ve a buscarlos.

—¿No tienes miedo de que me escape? —preguntó en tono malicioso.

—No te irías sin Kevin. Él se queda conmigo. Date prisa.

Ella miró al bebé y luego volvió a mirar a John.

—Una de dos: o vas a buscar los pañales al coche —dijo él—, o Kevin se queda tal como está. No creo que a él le importe y te aseguro que a mí me tiene sin cuidado.

En esta ocasión Kendall dejó que la puerta de la cocina diera un portazo al salir.

Había estado despierto desde el momento en que ella se había levantado de la cama. Había supuesto que Kendall se marcharía y llevaría a cabo la segunda fase de su plan, si bien él no tenía la más remota idea de en qué consistía.

El que Kendall tratase de escabullirse no le sorprendió. Lo que sí le extrañó fue el doloroso efecto que su intento de huida clandestina produjo en él. Estaba furioso, pero también se sentía dolido.

Naturalmente, no se dejaría ofuscar por consideraciones de índole personal. La situación requería que obrara con una profesionalidad imparcial, desapasionada y pragmática. Ese era su deber, y bien sabía Dios que había faltado a él a lo largo de las últimas semanas, en primer lugar, por desviarse sin avisar del itinerario acordado y, lo que era peor, por hacer el amor con su prisionera hacía apenas dos horas.

Kendall volvió con el paquete de pañales y le puso uno a Kevin con rapidez. Tras coger al niño en brazos, se acercó a la silla y se sentó de nuevo.

—Bien, oficial McGrath, ¿seré confinada en mis aposentos y sólo se me proporcionará pan y agua?

—No te hagas la graciosa conmigo, Kendall. Esto no tiene nada de divertido. Si no me hubieras robado las manillas, te esposaría ahora mismo a esa silla. Imagino que me las quitaste junto con el arma.

—No podía permitir que llegaras al hospital con una pistola, ¿verdad que no?

—No, supongo que no. Eso habría dado lugar a que te hicieran preguntas que no podías responder, así que optaste por inventarte una historia sencilla.

—Lo intenté.

—¿Cuándo decidiste decirles que yo era tu marido? ¿Mientras nos llevaban en la ambulancia?

—A decir verdad, no. No sabía lo que iba a decirles. Cuando el médico me preguntó quién eras, respondí sin pensar. Era creíble. Yo tenía un bebé de pocos meses, viajábamos juntos, no hay una gran disparidad de edad entre nosotros...

Lo miró y encogió los hombros, como si las ventajas de su mentira fuesen obvias.

—Y yo no podía negarlo.

—Exacto. No podías negarlo.

—Al ser mi esposa, ejercías mucho control.

—Esa era la idea.

—¿Qué les dijiste acerca de la oficial Fordham?

—Que era tu hermana.

—¿Cómo los convenciste?

—Creyeron lo que les dije, sin más.

—Ella era hispana.

—No lo sabían en aquel entonces.

—Ah, claro. No podían recuperar los restos del coche a causa de la riada.

—Lo cual también me venía bien.

—Sí, todo iba saliendo a pedir de boca. Fue una suerte que la señorita Fordham estuviese muerta, ¿eh?

—¡Eso que dices es espantoso! —gritó ella.

—¿*Estaba* muerta?

—¿Cómo?

—¿Ya estaba muerta cuando el coche se hundió en el río?

Kendall giró la cabeza y miró fijamente la pared durante unos momentos. Él advirtió que estaba furiosa. Le temblaba la mandíbula y tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Que te jodan —espetó volviéndose hacia él.

—Ya lo has hecho —replicó él en un tono igual de desdeñoso—. Muchas veces. —Ambos se lanzaron una mirada iracunda—. ¿Dejaste que Ruthie Fordham se ahogara?

Kendall guardó silencio.

—¡Contéstame, maldita sea! —gritó él—. ¿Ya estaba muerta cuando...?

—¡Sí! ¡Sí! Murió en el acto, cuando el coche se estrelló. Estoy segura de que el informe de la autopsia lo confirmará.

Quería creerla. Parecía que decía la verdad, y, personalmente, esperaba que así fuera. Pero el criminólogo que había en él desconfiaba. Era una embustera condenadamente buena.

—¿Por qué no me dejaste en el coche? —le preguntó—. Podrías haberte ido. Quizás habrían pasado días hasta que encontraran nuestros cuerpos río abajo, a kilómetros de distancia del lugar del accidente. Habrían tardado aún más en identificar los cadáveres y tú podrías haber aprovechado ese lapso de tiempo para desaparecer sin dejar ni rastro. ¿Por qué me sacaste del coche?

Ella se lamió una lágrima que se había deslizado hasta la comisura de sus labios, aunque ya no parecía enojada. Eran lágrimas de arrepentimiento.

—Has dormido conmigo, me has hecho el amor ¿y tienes que preguntarme por qué te salvé la vida? ¿La de *cualquiera*? ¿De verdad me

crees capaz de largarme y dejar que una persona herida se muera? ¿Tan poco me conoces?

Él se inclinó sobre ella.

—No te conozco en absoluto. Eres una desconocida para mí, tan desconocida como cuando entré en tu jardín en Denver y te vi por primera vez.

Ella sacudió la cabeza, negando cuanto él acababa de decir.

—Has contado tantas mentiras, Kendall, has inventado tantos cuentos, que no sé qué es verdad y qué es ficción.

—Kevin tiene hambre.

—¿Cómo? —dijo él haciendo un ademán brusco con la cabeza. Vio que el niño mordisqueaba el pecho de Kendall y le tiraba de la blusa. Eso lo desarmó por completo—. Ah. Adelante.

Escasas horas antes, él había hecho el amor con ella. Había explorado su cuerpo con las manos y los labios, pero ahora no podía mirar cómo se desabrochaba la blusa y ofrecía el pecho al hambriento bebé. Se sentía realmente culpable.

Le resultaba poco menos que imposible mantener una actitud profesional mientras la veía amamantando a Kevin. Por fortuna, no tuvo que hacerlo, pues Kendall le hizo una pregunta que lo dejó atónito.

—¿Quién es Lisa?

—¿Qué sabes tú de ella?

—Hablas en sueños. En más de una ocasión has murmurado su nombre. ¿Quién es? ¿Tu mujer? ¿Estás casado?

La inquietud de Kendall le hizo gracia, pero su risa apenas duró un instante.

—¿Has secuestrado a un oficial de la policía judicial y te preocupas por saber si has cometido adulterio?

—¿Estás casado?

—No.

—Entonces ¿quién es Lisa?

—No es más que... una mujer.

Kendall siguió mirándolo fijamente, obligándolo a explicarse. Él le contó de modo sucinto la relación que había mantenido con Lisa.

—Se largó, así —dijo chasqueando los dedos—. Y no afectó en lo más mínimo a mis sentimientos. No más que cuando la conocí.

—Sólo era un cuerpo cálido con el que dormir.

Él se puso a la defensiva de inmediato.

—Exacto. Fue una relación tan libre de complicaciones como puede serlo cualquier relación sexual. Además, a ti te ha dado igual. Yo hablaría de ella en sueños, pero eso no te impidió follar conmigo, ¿verdad?

—Tú tienes tanta culpa como yo de... de eso.

—Ni hablar. Yo no pedí verme envuelto en tu vida. Es más, puse el grito en el cielo cuando Jim me encargó que te escoltara. Si por mí hubiera sido, me habría desentendido de ti en Dallas. ¿Por qué me involucraste, Kendall?

—No tuve otra elección, ¿recuerdas? —replicó ella—. Intenté escabullirme del hospital, pero me pillaste y te empeñaste en venir conmigo.

—Tuviste infinidad de oportunidades de dejarme plantado antes de que llegáramos aquí. Cada vez que fui al lavabo, por ejemplo. ¿Por qué no aprovechaste para largarte en el coche?

—Porque cuanto más lo pensaba, más sentido tenía que te quedaras con nosotros. Aunque llevaras muletas, nos proporcionabas cierta protección a Kevin y a mí.

—No lo tocaría, ni siquiera me acercaría a él.

—Pero no me di cuenta de eso hasta que estuvimos aquí. —Lo miró con expresión pensativa—. Siento curiosidad al respecto. ¿Por qué le tomaste antipatía a Kevin desde el primer momento?

—No es a Kevin en particular, sino a todos los bebés.

—¿Por qué?

Él sacudió la cabeza con brusquedad, dando a entender que no quería hablar del tema.

—¿Dónde estamos exactamente? ¿Cómo se llama el pueblo?

—Morton. Estamos en el este de Tennessee, cerca de la línea fronteriza del estado de Carolina del Norte. —Le contó la historia de la casa—. Salvo la abuela y yo, nadie ha venido nunca aquí. Sabía que este sería un buen lugar para escondernos. —Lo miró y añadió en tono grave—: John, no podía volver a Carolina del Sur y testificar contra Gibb y Matt.

—La fiscalía necesita tu testimonio para condenarlos.

Kendall negó con un enérgico movimiento de cabeza.

—Estoy segura de que Pepperdyne ya habrá encontrado los dossieres que guardaba en mi apartamento de Denver. Dispuse de un año entero para reunir esos datos. Son muy exhaustivos. Contienen un montón de información incriminatoria sobre los miembros clave de La Hermandad. Si la justicia no puede condenarlos por asesinato, hay otros delitos graves por los que se les puede encarcelar. Igual que cuando atraparon a Al Capone por fraude fiscal.

»Presencí lo que hicieron, John, y no hay palabras para describir semejante atrocidad. Horas antes de que ejecutaran a Michael Li, estuve hablando con él. Era un joven inteligente, amable y bien educado. Cuando pienso en el terror y la agonía a que le sometieron. —Agachó la cabeza y se quedó unos instantes mirando al vacío con tristeza. Después levantó de nuevo la vista hacia él—. Ellos hicieron que yo lo perdiera todo, John. Gracias a ellos soy una fugitiva, una delincuente. Nunca podré volver a ejercer la abogacía. Y era buena —recalcó. Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Creía en lo que hacía. Quería ayudar a la gente, que mi trabajo sirviera para algo. Ellos me despojaron de esa oportunidad.

»Créeme, deseo más que nadie poner a esos monstruos entre rejas de por vida. Estoy dispuesta a colaborar como una buena ciudadana, pero no a morir por la causa. —Hizo una pausa para dar énfasis a sus palabras y estrechó a su hijo con más fuerza—. No quiero que Kevin crezca huérfano como me ocurrió a mí. Y si voy a algún lugar cerca de donde estén Matt y Gibb, sé que encontrarán la manera de matarme, y que será una muerte brutal.

John lo comprendió. Sus respuestas eran perfectamente normales.

—No pueden hacerte daño, Kendall —dijo con suavidad—. Están en la cárcel.

—Ya no. Se fugaron hace tres días.

La primera reacción de John fue de asombro, y luego, de recelo. ¿Estaría mintiéndole?

—¿Cómo lo sabes?

—Ricki Sue me lo dijo cuando la llamé por teléfono.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde.

—¿Por eso estabas tan alterada cuando regresaste del pueblo?

Ella asintió con la cabeza.

—No conozco los detalles porque colgué en cuanto me dijo que se habían escapado.

John se pasó la mano por los cabellos y dio varias vueltas por la cocina mientras trataba de analizar las posibles consecuencias de que los Burnwood estuvieran en libertad. Cuando volvió a pasar junto a Kendall, estaba abotonándose la blusa. Kevin dormía entre sus brazos.

—¿A qué distancia estamos de tu pueblo natal? Sheridan, ¿no?

—A unos ciento cuarenta kilómetros.

—¿Tan cerca?

—Y han estado allí. —Kendall le explicó la malograda emboscada del FBI en casa de su abuela—. No identificaron a los intrusos, pero lo más probable es que fuesen Matt y Gibb.

—No me extraña que quisieras irte esta noche. Si hubiera sabido que se habían fugado, os habría sacado de aquí hace días. Tal como están las cosas...

—¡Espera! ¿Qué es lo que acabas de decir? —Kendall se puso en pie lentamente—. ¿Has dicho que nos habrías sacado de aquí *hace días*?

Él observó con impotencia la expresión cambiante del rostro de Kendall al caer en la cuenta de lo que implicaban esas palabras.

—Entonces tu memoria... No la has recobrado ahora mismo. Lo recordabas todo. —Se llevó la mano a la boca y contuvo el aliento—. Lo recordabas todo y aun así... ¡Maldito seas! —exclamó propinándole una bofetada con todas sus fuerzas—. ¿Cuánto hace que has recuperado la memoria?

Él le aferró la muñeca antes de que pudiera abofetearlo de nuevo.

—¡Kendall, escúchame! No tenemos tiempo de discutir eso ahora.

—Pues yo creo que sí, doctor McGrath —dijo con sorna—. ¿Por qué no me tiendo en el diván para que puedas practicar un poquito más de psicología conmigo? Soy un caso digno de estudio, ¿verdad? Estás impaciente por hurgar en mi interior y averiguar por qué soy como soy. ¡Te encanta analizarme y haces tu trabajo mucho mejor mientras estoy tumbada!

—¡Pues *tú* no te quedas corta cuando actúas estando tumbada! —gritó él.

—¡Serás cabrón!

—Mira, fuiste tú quien quiso jugar a las casitas con un extraño al que secuestraste. Tú fuiste quien se inventó el cuento de que estábamos casados. Y fuiste muy convincente, dicho sea de paso. Así que no me culpes por comportarme como un marido. —Apoyó la muleta contra la mesa, cogió a Kendall por los hombros y después la abrazó con Kevin entre ambos—. De lo único que puedes culparme es de haber interpretado el papel que tú me asignaste, Kendall.

—Tú seguiste representándolo para conocer mis secretos y poder utilizarlos contra mí. Para contárselos a tu amigo Pepperdyne, para analizarme. Me has utilizado.

—No más de lo que tú me has utilizado —replicó él.

—¿Cuándo recuperaste la memoria? Dímelo. ¿Cuándo?

Él apretó los dedos en torno a los brazos de Kendall.

—Incluso ahora no te das cuenta de lo inapropiado que yo era para interpretar el papel de marido y padre. En cambio, tú desempeñaste el tuyo a

la perfección: la esposa abnegada que permanece junto a su esposo herido a pesar de que él ha quebrantado su promesa de fidelidad y la ha engañado con otra mujer. Agregaste el toque justo de mártir a tu interpretación mientras ofrecías el perdón y la reconciliación.

»Te mostraste distante pero a la vez accesible; pudorosa, pero no inalcanzable. La virgen erótica e irresistible para cualquier hombre. Maldita seas, Kendall, me sedujiste con toda esa farsa, y sabías que lo estabas haciendo. Hiciste que te deseara. Quería que fueses mía. Quería... quería que Kevin fuese mío. Es la primera vez en mi vida que he deseado esa clase de vínculo con alguien.

»Verás, siempre se me han dado fatal las relaciones. No dejaba que nadie se me acercara tanto. Pero creo que la amnesia me ha cambiado. Ahora que sé lo que es necesitar a alguien y que me necesiten, no quiero volver a ser el hombre que era antes. —Se le quebró la voz. Apoyó su frente en la de Kendall y añadió—: Al acostarme contigo he violado Dios sabe cuántas normas, reglamentos y leyes. Cuando todo esto haya acabado, me exigirán cuentas. Yo alegaré que cumplía con mi deber de la única manera que me parecía adecuada dadas las circunstancias, pero dudo mucho que se lo traguen. —Alzó la cabeza y la miró a los ojos—. Te engañé, sí, pero no más de lo que intenté engañarme a mí mismo. El deber no tuvo nada que ver con lo nuestro. La única razón por la que te hice el amor todas las noches fue porque quise. No porque *necesitaba* hacerlo.

John dudaba que ella captara la importancia de esa afirmación. Era lo más cerca que jamás había estado de expresar su amor a alguien. Pero Kendall sí lo comprendió, pues la hostilidad también se había desvanecido en ella. Lo contempló con los ojos llorosos, estiró la mano y le tocó la boca.

—Te utilicé descaradamente, sí. Pero te juro por la vida de Kevin que lo que sucedió entre nosotros fue sincero.

Se besaron, sus bocas se unieron con ternura y pasión. Incluso cuando se separaron, continuaron acariciándose.

—Te quiero, John —le susurró Kendall a los labios—, pero debo proteger a Kevin. Y a ti. Y aunque nunca me perdonarás por esto, tengo que hacerlo.

Antes de que él se diera cuenta de lo que ocurría, le había quitado la pistola y le había propinado un empujón. Tras tambalearse hacia atrás y darse contra el hornillo, John perdió el equilibrio y cayó al suelo, gritando de dolor y de rabia. Kendall alejó la muleta fuera de su alcance de un puntapié.

—Lo siento, John —sollozó—. Lo siento, pero no puedo dejar que me hagas volver allí.

Entonces salió corriendo por la puerta de celosía, que se cerró a sus espaldas con un portazo.

La punzada de dolor que John sintió en la espinilla le subió por el muslo, la ingle y el estómago y ahora parecía estallarle en la cabeza con el ímpetu de una erupción volcánica. Cruzó los brazos en torno a la pierna y se la apretó contra el pecho.

—Kendall —la llamó con un grito ahogado por el dolor. Entonces gritó más fuerte—: ¡Kendall!

No pensó ni por un momento que ella volvería corriendo. De ahí que no diera crédito a sus oídos cuando oyó el chirrido de la puerta al abrirse.

Abrió los ojos y parpadeó para verla con claridad.

Kendall había vuelto. Pero no venía sola. Ni por su voluntad.

Capítulo 44

Elmo Carney se levantaba todas las mañanas a las cuatro y media, tomaba una taza de café y luego, lloviera o tronara, hiciera frío o calor, iba al establo a ordeñar sus vacas. A las seis menos cinco en punto, subía a su camioneta y conducía los tres kilómetros que le separaban del pueblo para desayunar en la cafetería, que abría a las seis.

Esa era la rutina que Elmo seguía invariablemente los días de entre semana desde la muerte de su esposa. Le desagradaban los sábados, pues la cafetería no abría hasta las siete, pero especialmente detestaba los domingos, cuando nada más acabar de ordeñar las vacas debía cambiarse el mono y ponerse traje y corbata para acudir a la iglesia. Siempre le gruñían las tripas durante el oficio.

Aquella mañana comenzó igual que cualquier otra. Ordeñó las vacas y luego se dirigió al pueblo, ajeno por completo a lo que le aguardaba en el camino. Conducía abstraído, soñando con galletas saladas y unas succulentas salchichas con salsa, cuando de pronto una aparición se materializó ante el parachoques de su camioneta.

Tras surgir de improviso entre los matorrales polvorientos que bordeaban la cuneta, el espectro se plantó justo en el centro de la carretera y le hizo señas agitando los brazos sobre la cabeza.

Elmo se puso prácticamente en pie al pisar a fondo el pedal del freno y del embrague. Los neumáticos chirriaron al patinar y los viejos frenos gimieron como articulaciones artríticas. La camioneta derrapó los últimos metros y se detuvo a unos centímetros de distancia del fantasma. Con el corazón en un puño, Elmo miró pasmado cómo se acercaba corriendo al asiento del copiloto y abría la puerta de la camioneta.

—Gracias a Dios que ha aparecido, señor —dijo subiéndose y cerrando de un portazo—. Llevo horas esperando que pase alguien —se quejó—. ¿Es que no vive nadie por aquí? A todo esto, ¿dónde demonios estamos? He vivido en Sheridan toda mi vida, pero no recuerdo haber venido nunca por aquí. ¡No

pienso volver por nada del mundo a este maldito sitio, eso se lo puedo asegurar!

El espectro hizo una pausa y lo miró, señalando la palanca de cambio.

—Bien, ¿a qué espera? En marcha, abuelo. Tengo que llegar al pueblo volando.

Estupefacto, Elmo la miraba boquiabierto, con las manos pegadas al volante. La aparición andaba, hablaba... Incluso podía olerla. Pero aun así no podía creer que fuese real.

—Lo que me faltaba —refunfuñó exasperada—. Como si no las hubiera pasado ya bastante canutas, resulta que el tipo al que he parado es imbécil. Menuda semanita de mierda que llevo.

Agitó la mano frente a la mirada atónita de Elmo.

—¡Yujú! ¿Abueeelo? ¿Hay alguien en casa? Parpadee. Haga algo, por el amor de Dios. ¿Qué le pasa? ¿Nunca ha visto a una mujer desnuda? ¿O es que nunca ha visto a una auténtica pelirroja?

El alboroto que se armó en la sala de oficiales despertó a Pepperdyne. Una hora antes se había dejado vencer por el cansancio y se había tendido en el catre que el Departamento de Policía de Sheridan había instalado para él en el despacho que utilizaba.

No pensaba que lograría conciliar el sueño. Sólo tenía intención de descansar la vista un rato, pero debió de dormir profundamente, pues aunque se despertó con brusquedad, se sentía como nuevo.

Se incorporó y cuando estaba poniéndose de pie un policía entró a toda prisa en el despacho.

—Señor Pepperdyne, será mejor que venga enseguida.

—¿Qué ocurre? ¿Los han encontrado?

Al decir «los» podría referirse a un número indeterminado de personas, pero Pepperdyne no especificó y siguió al agente a la sala de oficiales contigua, donde un policía hablaba con un granjero escuálido vestido con un mono, mientras que los demás agentes de servicio se agolpaban en torno a las ventanas que daban a la zona ajardinada frente al ayuntamiento.

—¿Qué demonios ocurre aquí?

Su grito furibundo atrajo la atención de todos los presentes, incluida la del granjero, que se le acercó y se quitó la gorra con un ademán obsequioso.

—¿Es usted el señor Pepperdyne?

—Sí. ¿Quién es usted?

—Me llamo Elmo Carney. Ella me ha dicho que entre aquí y busque al señor Pepperdyne. Sólo él, ha dicho. Pero le juro sobre la tumba de mi santa esposa que yo no he hecho nada malo ni ilegal. Venía tranquilamente a desayunar y de pronto, allí estaba ella, plantada en medio de la carretera, desnuda y moviendo los brazos de arriba abajo. Por poco me da un ataque de corazón. Subió sin más a mi camioneta.

—Disculpe. ¿Quién?

—Una señorita pelirroja, más bien rellenita. Dijo que usted...

Pepperdyne no aguardó a oír más.

—¿Está herida? —preguntó al tiempo que se precipitaba hacia la puerta.

—Sí, señor, pero como ya le he dicho, yo no le he hecho nada.

—Que alguien me dé un abrigo, una chaqueta... ¡algo!

Un agente se le acercó y le tendió un chubasquero amarillo. Pepperdyne lo cogió al vuelo y salió disparado. Arrancó a correr por el pasillo, cruzó la puerta de la entrada, bajó la escalera y no se detuvo hasta llegar a la camioneta de color azul desvaído que estaba estacionada frente a un parquímetro.

—¿Por qué ha tardado tanto? —Refunfuñando, Ricki Sue abrió la puerta del copiloto y le arrebató el chubasquero—. Esos tipos están disfrutando de la vista.

Lanzó una mirada despectiva hacia las ventanas donde varios rostros la seguían contemplando con expresión lasciva.

Pepperdyne levantó la vista y miró en la misma dirección. Bastó una mirada torva del agente para que los rostros desaparecieran de inmediato. Al volverse hacia Ricki Sue, no pudo culpar a sus hombres por haberse quedado embobados. Desnuda era un espectáculo realmente digno de verse.

En cuanto se sobrepuso a la reacción puramente masculina al ver aquel despliegue de carnes portentosas, su profesionalidad se impuso de nuevo. Advirtió varias cosas a la vez: tenía los pies y las piernas cubiertos de lodo, y estaba llena de rasguños y cardenales. Su peinado, alto y ahuecado, se había deshecho y el cabello le caía en cascada sobre los hombros desnudos y los bamboleantes pechos, que eran difíciles de ignorar incluso cuando los escrutaba con mirada profesional. El pelo, en la parte posterior de su cabeza, estaba apelmazado con lo que parecía sangre seca.

—Necesita un médico —dijo él.

—Eso puede esperar. Tenemos que hablar.

—Pero se ha hecho daño.

—Pepperdyne, es usted un puñetero genio —afirmó con sarcasmo. Extendió los brazos en cruz, ofreciéndole otra vista completa de su amplio cuerpo—. Para empezar, no soy una belleza despampanante, y nunca estoy en mi mejor momento a primera hora de la mañana, pero jamás tengo una pinta tan desastrosa. ¡Claro que me he hecho daño, memo! —bramó—. Han intentado matarme.

—¿Los gemelos?

—Ya veo que sus hombres se lo contaron.

—Sí, me lo contaron.

—¿Es que seguir a la gente hace que se le empine, Pepperdyne? ¿Es su manera particular de ponerse cachondo?

—Ordené que la siguieran para protegerla.

—Pues no dio resultado, ¿verdad?

—Lo habría dado si no hubiera ligado con dos desconocidos en un bar. Conociendo la situación en la que nos encontramos, ¿cómo puede llegar a ser tan estúpida?

—No sabía que... —De repente su agresividad se esfumó, el rostro se le contrajo y rompió a llorar—. No sabía que me harían daño.

Pepperdyne rebuscó torpemente en el bolsillo y sacó un pañuelo arrugado.

—¿Está limpio? —preguntó ella al tiempo que lo cogía.

—¡Vaya usted a saber!

A ella no pareció importarle. Se secó las lágrimas y se sonó la nariz. Tras dejar de llorar, pero aún angustiada, se mordió el labio inferior. Pepperdyne observó que su boca era mucho más bonita sin el pintalabios de color escarlata.

—Podría estar muerta —dijo con voz temblorosa—. Han intentado matarme, y no iban en broma.

—¿Quiénes eran, Ricki Sue?

—Henry y Luther. Es lo único que sé. —Le contó lo del motel y la borrachera—. Recobré el sentido cuando me sacaban a rastras del coche. Debería haberme dado cuenta entonces, pero había bebido tanto... El caso es que nos metimos en el arroyo. Lo siguiente que recuerdo es que Luther, creo que fue él, me golpeó en la cabeza con un bate.

»Esquivé el segundo golpe, le cogí por el tobillo y lo tiré al suelo. No esperaban que me defendiese, y le aseguro que me costó lo mío, porque la cabeza me dolía a rabiar. Estuve a punto de perder el conocimiento varias veces mientras forcejeaba con ellos. Al final conseguí evitar que me rompieran la crisma.

—¿Adónde se fueron?

—¿Adónde? —Se carcajeó burlona—. A ninguna parte. Siguen allí, o al menos lo estaban cuando me largué. Dejé a los dos sin sentido y los até a un árbol con sus pantalones.

Pepperdyne se echó a reír. Era una reacción poco apropiada, lo sabía, pero no pudo evitarlo.

—Al FBI le vendría de maravilla contar con mujeres como usted, señorita Robb.

Ella no compartió su alborozo. Volvió a mordisquearse el labio, con expresión desdichada.

—No crea, Pepperdyne. Me temo que no guardé el secreto mejor que mi virginidad.

A Pepperdyne se le demudó el semblante.

—¿Qué secreto?

—Creo que esos dos imbéciles, que son como gotas de agua, tienen algo que ver con los Burnwood.

—¿Por qué?

—Estaban frente a mi casa y me preguntaron cómo llegar a una calle momentos antes de que yo entrara y descubriera que alguien la había registrado.

—¿Y no me habló de ellos?

—No relacioné una cosa con la otra. Y deje de gritarme. Me duele la cabeza.

—¿Le preguntaron anoche por el paradero de la señora Burnwood?

—Aún estoy un poco atontada y no recuerdo los detalles con claridad, pero creo que me emborracharon para sonsacarme información. A lo mejor usted debería haber probado a hacer lo mismo, Pepperdyne, en vez de confiar estrictamente en el atractivo de su encanto personal —añadió Ricky Sue con mordacidad.

—¿Hablaron con alguien más? ¿Hicieron alguna llamada?

—No. Al menos que yo viera, no.

—¿Qué les dijo, Ricki Sue? Tengo que saberlo.

—No tan rápido. Si la encuentra, ¿piensa encarcelarla?

—Eso no dependerá de mí.

Ricki Sue cruzó los brazos sobre el pecho con aire testarudo. Pepperdyne se mordisqueó la cara interior de la mejilla mientras reflexionaba.

—Haré lo que pueda por ella —dijo al fin.

—Eso no es suficiente, Pepperdyne. No quiero que encierren a mi amiga por intentar salvar el pellejo.

—De acuerdo, haré *todo* lo que pueda por conseguir un trato favorable para ella. Es todo cuanto puedo prometerle, y eso siempre que John esté bien cuando le encontremos.

Ricki Sue lo observó unos instantes.

—Si ella sufre algún daño, o el bebé resulta herido...

—Eso es precisamente lo que intento evitar. Sus vidas son mi preocupación primordial en estos momentos. Por favor, hable de una vez, Ricki Sue.

—Le costará algo a cambio.

—Lo que quiera.

—Ir a cenar y a bailar.

—¿Usted y yo?

—No, Fred y Ginger —replicó lanzándole una mirada fulminante.

Él asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Ahora dígame lo que sepa.

Capítulo 45

Dos hombres hicieron entrar a Kendall en la cocina de la que había huido segundos antes.

Matt le arrebató a Kevin de los brazos y Gibb le propinó un empujón tan fuerte en la espalda que la tiró al suelo. Prácticamente cayó encima de John.

—Ella no va a ningún sitio, oficial McGrath. Tienen ustedes compañía. — Gibb Burnwood les dirigió una agradable sonrisa, como si esa fuese una de aquellas mañanas en las que se presentaba en casa sin ser invitado para hacerles el desayuno—. Kendall, ¿por qué no preparas un poco de café? Ha sido una noche larga y tediosa. Me vendría bien tomar una taza, y estoy seguro de que a Matt también.

Gibb desprendía un penetrante efluvio de perversidad. ¿Lo había emitido siempre y ella no lo había notado porque no se le había ocurrido pensar en ello? ¿O la corrupción de su alma se habría manifestado recientemente?

El destello de sus ojos era escalofriante. Al recordar la pesadilla de la ejecución de Michael Li, Kendall sintió deseos de abalanzarse sobre él, de arañar aquellos ojos de mirada glacial. Pero mientras Matt sostuviera a Kevin, no podía arriesgarse a hacer nada parecido. De hecho, sabía que tenía que limitarse a obedecer al pie de la letra cuanto le dijeran.

Le temblaban las piernas de miedo, pero se obligó a ponerse en pie y comenzó a preparar la cafetera como una autómatas. Mientras tanto Gibb tomó asiento en una de las sillas de la cocina y se puso el rifle de caza de calibre 30,06 sobre el regazo. Entonces se dirigió a John, que seguía sentado en el suelo.

—Me llamo Gibb Burnwood. No nos han presentado, pero últimamente ha aparecido usted tanto en las noticias que ya es como si le conociera. Mucho gusto.

John lo fulminó con la mirada, ignorando que su silenciosa negativa a responder al saludo educado de Gibb suponía una afrenta de gran envergadura para este.

—Supongo que no se alegra mucho de vernos —afirmó con voz tensa el exsuegro de Kendall—. Aunque no comprendo por qué. En realidad le hemos rescatado de las garras de mi desequilibrada nuera. Pero la verdad es que me tiene sin cuidado que nos lo agradezca o no. Cuanto más hostil se muestre usted, más fácil resultará matarlo cuando llegue el momento. —Se dio una palmada en los muslos, como si hubiera zanjado un asunto importante de modo satisfactorio, y preguntó—: ¿Ya está listo el café, Kendall?

El tono distendido y los modales afables de Gibb la aterraban mucho más que si vociferase encolerizado, fuera de sí. Los asesinos con más dominio de sí mismos solían ser los que mataban a sangre fría y sin el menor remordimiento.

Gibb parecía estar en su sano juicio, pero había perdido todo contacto con la realidad. Tal vez sus correligionarios habían abrazado las creencias espirituales de La Hermandad sólo para acallar el remordimiento por cometer asesinatos y crímenes impulsados por el odio. En cambio, Gibb creía ciegamente en su credo. Se había imbuido de sus propias ideas fanáticas. Se consideraba a sí mismo un ser aparte, superior al resto de la humanidad.

Era mortífero.

Kendall se le acercó con la taza de café humeante, preguntándose que ocurriría si se la derramaba encima. Reaccionaría instintivamente y saltaría de la silla. En la confusión, ella podría arrebatarse el niño a Matt, y John podría arremeter contra Gibb. Dirigió una mirada de soslayo a John. Él la observaba, sabía lo que estaba pensando.

Pero Gibb también. Sin girarse siquiera para mirarla, le dijo:

—Kendall, confío en que no hagas ninguna tontería. —Entonces se volvió y clavó sus ojos en ella—. Has sido una decepción en todos los sentidos salvo en uno: eres increíblemente lista. Demasiado lista, a decir verdad. Te habría ido mucho mejor si no hubieras tenido una mente tan curiosa. No me decepciones ahora cometiendo una estupidez, porque si lo haces, me veré obligado a disparar a tu amigo.

—Adelante, dispárale —replicó ella dejando la taza de café sobre la mesa con un ademán desafiante—. No es amigo mío. Si hubiera tenido una pistola, yo misma le habría matado. —Lanzó una mirada despectiva a John—. Me engañó. El accidente de coche le produjo amnesia, pero cuando recuperó la memoria no me lo dijo. Ha estado intentando engañarme todo este tiempo.

John seguía teniendo la muleta fuera de su alcance, así que se apoyó en una silla para levantarse.

—¡Papá!

Matt dio un paso adelante, sin apartar los ojos de John. Gibb alzó la mano.

—Déjalo, hijo. No puede hacer nada.

Entonces John habló por primera vez.

—Es cierto, Burnwood. No puedo hacer nada. No he podido hacer nada para defenderme desde que ella me secuestró —dijo con sorna—. Me trajo aquí y fingió. —Dirigió una mirada a Matt y adoptó un tono de disculpa al proseguir—. Me hizo creer que yo era su marido. No sé por qué lo hizo, ya que podría haberme dejado aquí y huir sin mí.

—Esperaba que las autoridades se cansaran de buscarla y centraran su atención en otro caso —conjeturó Gibb.

—Probablemente tenga razón —admitió John—. De todos modos, yo no podía poner en entredicho nada de lo que me decía porque había perdido la memoria por completo. Así que he convivido con ella como si fuese su marido, en todos los sentidos de la palabra.

Indignado, Matt hizo ademán de precipitarse hacia él, pero Gibb alzó la mano de nuevo indicándole que se detuviera.

—La culpa no es del oficial McGrath, Matthew, sino de ella.

—Es verdad, Matt —dijo John—. Yo sólo obré así porque creí las mentiras que ella me contó. ¿Cómo iba yo a saber que no estábamos casados?

—Lo sabías —gritó Kendall—. Lo sabes desde hace tiempo. Recobraste la memoria, pero...

—Pero para entonces yo le había cogido el gusto —la interrumpió John, que siguió dirigiéndose a Matt—. No hace falta que te diga lo buena que es en la cama, tío. Al menos conmigo lo ha sido. A lo mejor la maternidad la puso cachonda. Ya sabes, las hormonas o algo parecido. Con decirte que ella nunca tenía suficiente...

—¡Serás puta! —exclamó Matt volviéndose de repente hacia Kendall—. ¿Follaste con él delante de mi hijo?

—Estaba en la cama con nosotros la mayor parte del tiempo —repuso John.

Un sonido furibundo brotó desde lo más profundo del pecho de Matt. Kendall había estado escuchando en silencio los comentarios provocativos de John, preguntándose cómo acabaría la cosa, pero ninguno de los dos se esperaba la violenta reacción de Matt.

La abofeteó con el dorso de la mano con todas sus fuerzas. La cogió desprevenida y recibió de lleno el golpe. Dejó escapar un grito, se tambaleó y tuvo que apoyarse en la mesa para no caerse. Matt levantó el brazo para

golpearla de nuevo, pero John se abalanzó hacia él y lo aferró con ambas manos por el cuello.

—¡Maníaco! —bramó—. Si vuelves a ponerle la mano encima, te mato.

John sacó fuerzas de flaqueza para pelear, pero estaba en clara desventaja. Gibb cogió la muleta del suelo y le asestó un golpe tremendo en los riñones. Kendall oyó el gruñido de dolor y vio cómo se le doblaban las rodillas. Cayó al suelo a gatas, con la cabeza caída entre los hombros.

Asustado por el escándalo y las voces, Kevin había empezado a llorar. Gibb lo cogió de los brazos de Matt, lo sostuvo contra su hombro y le habló con suavidad. Pero Kevin no se dejó engañar por sus arrumacos, y siguió berreando.

Kendall no podía hacer nada por su hijo. Gibb no dejaría que ella lo cogiera, de modo que se arrodilló junto a John y lo abrazó.

—Lo siento —le susurró al oído—. Lo siento.

De no ser por ella y sus mentiras, él no estaría allí. Iba a morir por su culpa. Gibb lo había dicho. Sus vidas acabarían en aquella habitación, y no podían hacer nada para evitarlo.

Pero no estaba dispuesta a que los Burnwood la vieran acobardada.

Un hilo de sangre se deslizaba por su barbilla cuando alzó la cabeza y fulminó a Matt con una mirada desdeñosa. Lo había llamado su esposo y había llevado su apellido, pero para ella era mucho más desconocido que John. Antes de morir, quería que supiera que había fracasado como marido y como amante.

—A lo largo de estas últimas semanas he sentido más satisfacción y amor junto a este hombre que la que jamás experimenté mientras estuve casada contigo.

—A los ojos de Dios, sigues siendo mi esposa.

—¡Hipócrita! —replicó ella con desprecio—. Te divorciaste de mí.

—Porque me abandonaste.

—Huí para protegernos a mi hijo y a mí.

—Es *mi* hijo.

—¡Menudo padre serías, repartiendo tu tiempo entre él, La Hermandad y tu querida!

Matt aspiró y sus hombros se sacudieron con un movimiento convulsivo que parecía un sollozo.

—Lottie ha muerto.

Ante la mirada atónita de Kendall, se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar. John hizo una mueca de dolor al incorporarse y se apoyó

en un armario. Kendall y él intercambiaron una mirada subrepticia. Advirtió que estaba tan desconcertado como ella por el estallido emocional de Matt.

—¡Hijo, basta ya!

En un primer momento, Matt no obedeció la orden tajante de Gibb, así que su padre la repitió. Cuando Matt bajó las manos, su rostro estaba congestionado y bañado en lágrimas.

—¿Por qué tuviste que matarla?

Kendall contuvo el aliento. ¿Gibb había matado a Lottie Lynam? ¿Cuándo? ¿En qué circunstancias?

—Estás lloriqueando como una mujer —le reprendió Gibb—. Eso es impropio de un hombre. Cállate ahora mismo.

—No tenías por qué matarla.

—Ya hablamos de eso, hijo, ¿recuerdas? Ella era un instrumento del diablo. Hicimos lo que debimos. Servir a Dios no está exento de sacrificios.

—Pero yo la quería —dijo Matt con la voz ronca por el llanto—. Ella era... era...

—Era una puta.

—¡No hables así de ella! —gritó Matt.

Durante los últimos momentos se había venido abajo emocional y físicamente. Temblaba de pies a cabeza, estaba pálido, escupía al hablar, continuaba llorando y no parecía darse cuenta de que moqueaba. Su desmoronamiento era repugnante de contemplar, pero a la vez demasiado fascinante para ignorarlo.

—Yo la amaba —gimió afligido—. Quería a Lottie, y ella me quería a mí. Y ahora se ha ido. Era la única persona que me comprendía.

—Eso no es verdad, hijo —musitó Gibb—. Yo te comprendo.

Acto seguido apuntó con el rifle al pecho de Matt y apretó el gatillo. La bala le reventó el corazón. Murió antes de que su rostro pudiera siquiera mostrar sorpresa. Gibb miró cómo se desplomaba el cuerpo de su hijo y luego volvió a sostener con calma el rifle contra el brazo. Kevin lloraba desafortadamente en su regazo. Gibb se dirigió con absoluta tranquilidad a sus horrorizados espectadores.

—Yo sí comprendía a Matt. Esa mujer había causado una enfermedad a mi hijo. Había hecho de él un ser débil, y la debilidad es intolerable, incluso en aquellos a quienes amamos. —Sin mostrar la menor emoción, contempló el cadáver de Matt—. En todos los demás sentidos, era un hijo perfecto. Era obediente y se había convertido en un miembro modélico de La Hermandad.

Escribía lo que yo le decía que escribiera, y lo hacía bien. Poseía excelentes habilidades de cazador. Era un buen luchador para la causa.

—Sí, un auténtico príncipe —se mofó John—. Se le daba muy bien golpear a una mujer.

Gibb le dirigió una mirada glacial.

—No gaste usted saliva tratando de provocarme, oficial McGrath. Sus pullas dieron resultado con mi hijo, pero no tendrán efecto alguno en mí. Matthew no se daba cuenta de cuándo lo manipulaban. Yo sí. —Sonrió y añadió—: Pero le admiro por intentarlo. —A continuación miró fijamente a Kendall—. En cuanto a ti, me importa un bledo con quién te hayas juntado. Lo único que me interesa es este pequeño muchachito —dijo sosteniendo en alto a Kevin.

Durante los últimos minutos había estado llorando sin cesar con tanta fuerza que habían tenido que levantar la voz para poder oírse por encima del barullo.

—Es un chaval fortachón. Cuanto más fuerte sea el llanto, más lo será el niño. Fíjate en sus puños —dijo Gibb riendo con orgullo—. Haré de él todo un hombre.

—Eso nunca —juró Kendall.

De repente ya no le tenía miedo. Su coraje estaba condenado a ser efímero, pues surgía de su resignación a morir. Pero aun así se dejó llevar por él, porque era la única defensa que le quedaba ante el inevitable castigo que sufriría.

—No tendrás oportunidad de hacer de Kevin más que un huérfano —afirmó Kendall con una sonrisa—, porque cuando nos mates, te encontrarán, Gibb. Un agente del FBI llamado Jim Pepperdyne te buscará hasta que te atrape. En el caso de que sobrevivas cuando te capturen, te quitarán a Kevin y jamás volverás a verlo. Me entristece pensar que mi hijo no llegará a conocerme, pero doy gracias a Dios de que no te conocerá a ti. No tendrás posibilidad de inculcarle tu fanatismo. No estarás cerca de él para retorcer su mente, adoctrinarlo en el odio y convertirlo en un monstruo despiadado como tú.

»Fracasaste con Matt, ¿sabes? Porque al final no fue el autómeta obediente, sin escrúpulos y cruel que tú deseabas que fuese. Era un ser humano con todas las flaquezas y emociones, igual que el resto de nosotros. Amaba a Lottie, quizás aún más de lo que te quería a ti, y eso no lo podías tolerar.

»Y también fracasarías con Kevin, sólo que ni siquiera tendrás esa oportunidad con él. Kevin no llevará tu apellido. Gracias a Dios, ni tan sólo lo conocerá.

—Hablas exactamente igual que mi difunta esposa —dijo Gibb—. Al igual que tú, Laurelann sintió curiosidad por nuestras salidas nocturnas al bosque y acabó descubriendo la existencia de La Hermandad. Por desgracia, no estaba bendecida con el don de la comprensión. Me advirtió que me apresarían. Juró que se llevaría a Matthew y que yo no volvería a verlo, pero sus amenazas eran tan vanas como las tuyas. —Señaló una de las sillas de la cocina—. Siéntate. Mi nieto necesita a su madre.

Kendall vaciló, debatiéndose entre el deseo apremiante de coger a su hijo y la duda de si Gibb le estaría tendiendo una trampa. Se resistía a alejarse de John, pues desconocía cuál sería el próximo movimiento de Gibb.

Sin embargo, el instinto maternal se impuso. Kendall se levantó y cogió a Kevin de los brazos de Gibb. Lo aferró contra su pecho y le acarició el cuerpo entero, tratando de tocarlo cuanto pudiera en el escaso tiempo que le quedaba. Kevin dejó de llorar de inmediato. El cambio que se produjo en el niño no le pasó inadvertido a Gibb.

—Voy a darte la posibilidad de elegir, Kendall —le dijo—. Dadas las circunstancias, creo que estoy siendo mucho más generoso de lo que mereces. Sólo sería cuestión de días destetar al niño. Al cabo de ese tiempo, tu recuerdo se habría borrado de su memoria para siempre. Él se acostumbraría a mí y dependería de mí en todo. Yo podría hacerle completamente mío, y así lo haré.

»Pero, desgraciadamente, en esta fase de su desarrollo necesita una madre. Así que te dejo elegir: puedes morir ahora, junto a tu amante ilícito, o puedes venir conmigo y cuidar a tu hijo durante un tiempo. De una u otra manera, pagarás con la vida tus pecados de traición y fornicación; pero si optas por la segunda alternativa, podrás estar un poco más de tiempo con el niño. No te hago este ofrecimiento porque te lo merezcas, sino porque quiero lo mejor para mi nieto.

—¿Esas son mis opciones?

—Necesito que lo decidas enseguida. Pese a lo torpes que son los del FBI, es posible que ellos también averigüen que estás aquí.

—Iré contigo, Gibb, y cooperaré —le prometió—. Incluso podría serte de gran ayuda. Ya sabes que se me da muy bien desaparecer. Pero deja que John viva.

Gibb frunció el entrecejo.

—Me temo que su vida no es negociable. Cometió adulterio con la esposa de mi hijo, por lo tanto debe morir.

—Yo ya no estaba casada con Matt. Se divorció de mí.

—Tal como dijo Matt, ante los ojos de Dios...

Gibb apuntó con el rifle a John.

—¡No! ¡Espera! —exclamó Kendall.

—No supliques por mi vida a este hijo de perra —bramó John—. Prefiero que el muy cabrón me dispare antes que tener que implorarlo.

—John no sabía que estaba casada, ni que lo había estado. ¿Te acuerdas, Gibb? —dijo Kendall en tono apremiante—. Tenía amnesia. Le mentí y le dije que era mi marido. La culpa es mía.

—Pero recobró la memoria —arguyó Gibb—. Tú misma lo has dicho antes.

—Mentía para defenderme de Matt. John no ha recuperado la memoria hasta esta mañana.

—Eso no es verdad, Burnwood —aseguró John—. Hace más de una semana que sé quién soy y quién es ella. He seguido acostándome con ella porque me gustaba.

—Está mintiendo, Gibb.

—¿Por qué habría de mentir? —le preguntó Gibb.

—Para distraerte y tratar de protegernos a Kevin y a mí. Ese era su deber, y cumplirá con él, sin importarle los riesgos que ello supone.

—Ya sabe lo embustera que es, Burnwood —dijo John—. Sería usted imbécil si la creyera.

—No estoy mintiendo, Gibb. Ha recuperado la memoria *esta mañana* al despertarse. Cuando se ha dado cuenta de que le había engañado, se ha puesto furioso. Tenía intención de entregarme a las autoridades por haberle secuestrado. Yo me escapaba cuando habéis llegado. —Su voz adoptó un tono suplicante—: Si lo matas, asesinarás a un hombre que sólo cumplía con su deber. Tú puedes entenderlo, ¿verdad? John se rige por un código de honor similar al tuyo. Cree en lo que hace y no permite que nada le impida llevar a cabo lo que considera correcto. Por favor, Gibb. Te juro que estoy diciéndote la verdad. Él no sabía que a los ojos de Dios yo seguía siendo la esposa de Matt.

Gibb reflexionó, observando a John con una mirada dura y penetrante. Finalmente exhaló un profundo suspiro.

—Kendall, ya no eres buena mintiendo. No creo una palabra de lo que has dicho. El hombre que ha hecho de mi hijo un cornudo debe morir.

Ciñó el dedo en torno al gatillo, pero de repente un sonido inesperado le impidió apretarlo. Si había un sonido que Gibb reconocía al instante, ese era el clic de una pistola al ser amartillada. Se quedó petrificado y volvió los ojos hacia Kendall.

—Si lo matas, apretaré el gatillo —dijo ella con la voz firme, grave y resuelta.

—Dios mío —susurró Gibb, cuyo rostro rubicundo palideció.

—Sí, Gibb. Protegeré a Kevin de ti, aunque esta sea la única manera en que pueda hacerlo. Prefiero verlo muerto a que pase un solo minuto contigo.

Agotado por el llanto, Kevin se había dormido sobre el pecho de Kendall. Sus párpados casi traslúcidos estaban cerrados, aunque una lágrima brillante aún se le aferraba a las pestañas. Tenía los labios curvados y entreabiertos.

Kendall le encañonaba la sien con la pistola de John. Cuando había salido a toda prisa por la puerta de la cocina, prácticamente topándose de bruces con los Burnwood, ellos se habían quedado tan sorprendidos como ella. Mientras la obligaban a volver adentro, había logrado deslizar la pistola en el bolsillo de la falda, sin saber cómo iba a utilizarla hasta ese momento.

Gibb había recobrado la sangre fría. Es más, sonreía con desdén ante lo que consideraba otra de las escenitas de Kendall.

—Nunca lo harías.

—Sí que lo haría.

—Lo quieres demasiado, Kendall. Todo lo que has hecho hasta ahora... huir a Denver, escapar de la policía, ocultarte aquí, ha sido para proteger a ese niño.

—Así es. Para protegerlo de *ti*. Si disparas a John...

El estruendo la sobresaltó. Pegó un brinco y se levantó de la silla con tanta rapidez que la volcó hacia atrás y cayó al suelo con estrépito.

—Si disparo a John, ¿qué? —se mofó Gibb en tono provocador.

Horrorizada, Kendall retrocedió tambaleándose hasta que se dio contra el aparador. Miró con incredulidad el cuerpo encogido de John. Se había desplomado sobre un costado, con la mejilla contra el suelo. Un charco de sangre se extendía debajo de él.

—¿Y bien? —Gibb estaba ahora de pie frente a ella. Dio un paso adelante —. Dame a mi nieto.

Kevin se había despertado de nuevo y lloraba. Kendall lo miró. La pistola pendía inerte en su mano con el brazo caído.

«John no se ha movido. El suelo está encharcado con su sangre. John ha muerto. Ha matado a John».

Con su agudo instinto de cazador, Gibb percibió la inminente rendición de su presa. Se acercó a ella.

Kendall levantó el brazo y le apuntó con la pistola. La mano le temblaba con violencia.

—No me obligues a hacerlo, Gibb. Por favor.

—Nunca matarías a tu hijo, Kendall.

—Es verdad, nunca mataría a mi hijo.

Volvió el arma hacia Gibb y en la pequeña casa resonó un tercer disparo.

Capítulo 46

—¡John!

Kendall saltó por encima del cuerpo de Gibb y se arrodilló junto a John.

—¿John? ¿John?

Lo puso boca arriba con suavidad.

—¿Ha muerto ese hijo de perra? —dijo él.

—Gracias a Dios que estás vivo. —Se inclinó sobre él y lo abrazó con fuerza, apretujando a Kevin entre ambos—. ¡Gracias a Dios! Creí que te había matado.

—¿Está *muerto*?

Ella miró el cuerpo. Gibbons Burnwood estaba muerto, no cabía duda.

—Sí.

—Bien.

Kendall experimentó una gran sensación de alivio al oírlo hablar.

—Oh, John, mírate. Estás malherido —dijo llorando a lágrima viva.

—Estoy bien. —Pero no lo estaba. Pronunciaba cada palabra con un débil gemido—. ¿Y el niño? ¿Se encuentra bien? ¿Se ha hecho daño?

Kevin berreaba con más fuerza que nunca.

—Ha tenido una mañana movida.

—¿No la hemos tenido todos? —murmuró John esbozando una sonrisa pese al dolor.

Para entonces ya había un enjambre de agentes del FBI en la casa. Pepperdyne, vestido con ropa de asalto al igual que el resto, entró precipitadamente. En cuanto miró a John, soltó varias palabrotas contundentes y acto seguido se llevó los dedos a la boca y silbó.

—Que venga un médico enseguida. ¡Rápido! —gritó.

—¿Por qué demonios habéis tardado tanto? —preguntó John en tono quejumbroso cuando su amigo se agachó junto a él—. Pensaba que moriría desangrado antes de que os decidierais a entrar en acción. Primero os habéis acercado con el mismo sigilo que una estampida de búfalos y luego os habéis

quedado plantados ahí fuera sobre vuestros traseros, tocándoos las pelotas, y habéis dejado que ese cabrón me disparara.

Pepperdyne se echó el casco hacia atrás y se rio.

—No hace falta que nos des las gracias, John. Sabemos que nos lo agradeces.

Kendall estaba desconcertada.

—¿Sabías que estaban ahí fuera, John?

Él asintió con la cabeza.

—Entreví movimientos a través de la celosía y supuse que eran ellos, al menos eso esperaba. Por eso hice cuanto pude para mantener a los Burnwood distraídos.

—No debiste haber atacado a Matt. Podrían haberte matado en ese mismo instante.

—Ni lo pensé. Cuando te golpeó... ojalá lo hubiera matado yo mismo, por muchas razones.

Él y Kendall intercambiaron una prolongada y significativa mirada que se interrumpió cuando un médico le pinchó en el brazo y le puso una inyección intravenosa.

—¡Ay! ¡Mierda! Eso duele.

—¿Quién de los dos va a explicarme todo lo que no sé? —preguntó Pepperdyne—. Quiero saber exactamente qué ocurrió.

Kendall observó cómo el personal médico examinaba el cuerpo de Matt buscando en vano alguna señal de vida. No podía sentir aflicción por la muerte de su exesposo, pero sí sintió pesar por aquella vida malgastada.

—Gibb disparó a Matt —dijo.

—Eso lo vimos —repuso Pepperdyne—. ¿Discutían por la señora Lynam?

—Sí. Matt dijo que Gibb la había matado.

—La encontraron degollada en la habitación de un motel —les aclaró Pepperdyne.

—Matt realmente la quería —afirmó Kendall con tristeza—. Nunca tuvo oportunidad de tener una vida feliz. No con un padre como Gibb.

—Uno de nuestros tiradores de precisión podría haber liquidado al viejo cuando disparó a Matt —explicó Pepperdyne—, pero sostenía al niño en brazos. Era demasiado arriesgado.

—¿Estuvieron apuntándole todo ese rato? —preguntó Kendall.

—Sí. Pero cuando usted se sentó en esa silla con el niño —dijo señalándola—, se cruzó en la línea de fuego. Después de que él disparó a John...

—Menuda gracia —refunfuñó John mientras lo levantaban y lo colocaban en una camilla.

Pepperdyne le replicó que dejara ya de quejarse, pero para Kendall era obvio que los dos viejos amigos estaban contentos de poder intercambiar insultos y pullas. El agente continuó con su explicación.

—Después de que Burnwood disparó a John, usted se acercó al aparador —le dijo a Kendall—. Cuando la vimos apuntar con la pistola a la cabeza de su hijo, esperamos que fuese un farol.

—Claro que lo era, y Gibb lo sabía. Pero de pronto me di cuenta de que tras disparar a John, había dejado el rifle sobre la mesa. Ya no estaba armado. Entonces fue cuando le apunté con la pistola de John, y le habría disparado...

—Sólo que nuestro tirador disparó antes. Un tiro certero en la cabeza.

La imagen de la cabeza de Gibb estallando al recibir el impacto era un recuerdo espantoso del que Kendall no lograría desprenderse durante mucho tiempo. Se estremeció y abrazó a Kevin con más fuerza.

—¿Cómo es que tenía usted el arma de John? —preguntó Pepperdyne.

Ella dirigió una mirada fugaz a John.

—Yo se la di —mintió él.

—Sí —corroboró ella a toda prisa—. Me la dio para que se la guardase en un lugar seguro.

—¿A santo de qué le entregaste tu arma para que te la guardase? —inquirió el agente—. Ahora que lo pienso, ¡se supone que tienes amnesia! Con todo este lío, se me había olvidado. Perdona, no he querido ser ingenioso con ese juego de palabras. ¿Cuándo has recuperado la memoria?

—Danos un respiro, Jim —gruñó John—. Kendall puede explicártelo después, cuando preste declaración. Ahora mismo tiene que ocuparse del niño, y supongo que yo necesitaré unos cuantos puntos.

Pepperdyne les abrió paso y se apartó mientras se llevaban a John a una de las ambulancias que aguardaban fuera.

—¿Estarás bien? —le preguntó Kendall con inquietud.

—Claro —le aseguró. Le dio una palmadita a Kevin en el trasero—. ¿Él lo estará?

—No lo recordará.

—Pues yo nunca lo olvidaré —dijo con suavidad—. Nada de lo que ha ocurrido.

Los enfermeros plegaron las patas de la camilla y la introdujeron en la ambulancia. Kendall y John no dejaron de mirarse incluso mientras se

cerraban las puertas. Ella contempló el vehículo hasta que se alejó por el camino y tomó la carretera.

—Señora Burnwood —dijo Pepperdyne tocándole el brazo—. Tengo el coche aquí. La llevaré de vuelta al pueblo.

—Gracias.

Se sentó con ella en el asiento trasero y otro agente se puso al volante.

—John es fuerte. Saldrá de esta.

—Lo sé —repuso ella esbozando una leve sonrisa.

—¿Sabe que es fuerte o que saldrá de esta?

—Ambas cosas.

—Hummm. Parece haberle tomado mucha simpatía a su hijo. —Cabeceó señalando a Kevin—. Nunca pensé que vería a John sentirse tan cómodo en compañía de un bebé.

—¿Por qué?

Pepperdyne le explicó lo que había ocurrido en Nuevo México.

—Aún se culpa por ello.

—Sí. No me extraña —comentó Kendall pensativa—. Se toma sus responsabilidades muy en serio.

—Tiene un sentido desmedido de la responsabilidad. Cuando haya tenido tiempo para pensar en ello, estoy convencido de que también se culpará de la muerte de Ruthie Fordham.

—Espero que no. Eso sería espantoso para él.

Pepperdyne no dijo nada, aunque la observaba con curiosidad.

—Me temo que es mi deber recordarle que sigue siendo usted una testigo de cargo bajo la custodia del Departamento de justicia.

—Testificaré acerca de lo que vi aquella noche en el bosque cerca de Prosper, señor Pepperdyne.

—Los dossiers que guardaba usted en su casa de Denver ya nos han sido de una ayuda inestimable para fundamentar las acusaciones.

—Me alegro. La Hermandad debe ser exterminada con la misma falta de clemencia que ella tuvo con sus víctimas. Haré todo lo que esté en mi mano para que todos sus miembros sean capturados y procesados. No me importa el coste personal que me pueda suponer.

Pepperdyne asintió con la cabeza y miró por la ventanilla un momento.

—También está ese otro asunto de haber secuestrado a un oficial de la policía judicial.

—Es verdad. Lo hice.

—Hummm. Pues a las autoridades no les parece nada bien.

Kendall le miró directamente a los ojos.

—Tenía pánico a mi exesposo y a su padre y, como han podido comprobar, mi miedo estaba justificado. Pensé que el único modo de protegernos a Kevin y a mí era desaparecer y permanecer ocultos durante el resto de nuestras vidas. No me arrepiento de haber hecho lo que hice. Si fuese necesario, volvería a hacerlo, sólo que no involucraría a John. Puse su vida en peligro y nunca me perdonaré por ello.

—Él cumplía con su deber.

—Sí. Su deber.

—Dígame, señora Burnwood, ¿en qué momento recobró John la memoria?

—Ojalá pudiera decírselo, pero no lo sé —repuso con sinceridad.

—Señora Burnwood...

—Odio ese apellido. Por favor, no vuelva a llamarme señora Burnwood. Pepperdyne le dirigió una mirada severa.

—Entonces, ¿cómo debería llamarla?

—Son los Crook.

—Ya lo creo —dijo Ricki Sue. Sostenía en el regazo a Kevin, que mordía las cuentas moradas de su collar—. Esos cabrones intentaron matarme. Llamarlos sinvergüenzas es quedarse corto.

—No, es que se apellidan así —le explicó Kendall.

Levantó la mirada de las fotos del archivo policial y la dirigió a Pepperdyne, quien le había preguntado si podía identificar a los dos jóvenes que ahora estaban en los calabozos de la comisaría de Sheridan. Los habían encontrado en el lugar que Ricki Sue les había indicado, atados a sendos árboles, desnudos y acribillados a picaduras de mosquitos.

—Henry y Luther —añadió Kendall. Les contó el fiasco de Billy Joe Crook—. Su familia no me perdonó lo ocurrido, así que supongo que decidieron sumarse a la persecución para tratar de encontrarme antes de que lo hicieran Matt y Gibb.

—Gracias a mí, casi lo consiguen. —Los ojos de Ricki Sue se llenaron de lágrimas—. Cada vez que pienso lo que podría haber ocurrido... Y todo por emborracharme y ser una bocazas.

Kendall alargó la mano por encima de la mesa cubierta de papeles de Pepperdyne y le dio un apretón cariñoso en el brazo.

—Al contrario —le dijo—. De no haber sido por ti, el agente Pepperdyne y sus hombres no habrían llegado a tiempo. Hasta que llegaron, John... —se interrumpió— el doctor McGrath los manejó a la perfección.

John, quien se había negado a permanecer más de una noche en el hospital, estaba de pie apoyado en la muleta, fantasmalmente pálido. Tenía una herida en la sien, la pierna derecha aún escayolada y el brazo izquierdo en cabestrillo. La bala que le había disparado Gibb le había entrado por el hombro y salido por la espalda. El impacto había pasado rozando una de las arterias principales. A Kendall se le formaba un nudo en la garganta cada vez que pensaba en lo poco que había faltado para que muriera.

Pepperdyne carraspeó ruidosamente para romper el tenso silencio que se había producido a causa de la emoción.

—Las autoridades están dispuestas a no presentar ningún cargo contra usted a cambio de que testifique contra los miembros de La Hermandad.

—Eso es extremadamente generoso —comentó Kendall.

—Bueno, la acusación de secuestro sería difícil de fundamentar teniendo en cuenta que el propio secuestrado se niega a decir en qué momento exactamente recobró la memoria y decidió participar de buen grado.

Pepperdyne lanzó una mirada furtiva en dirección a John.

—No lo recuerdo —afirmó este con voz neutra.

—Muy gracioso. —Pepperdyne cerró la carpeta y se puso en pie, dando por finalizada la reunión—. Gracias por su ayuda, señorita Robb.

—No crea que se deshará de mí tan fácilmente, Pepperdyne —dijo ella—. Estará en Carolina del Sur para asistir a los juicios, ¿verdad?

—Iré y vendré.

—Yo también estaré por allí. —Le dirigió una gran sonrisa—. Kendall me ha invitado a ir para cuidar de Kevin mientras ella acude al tribunal.

—Ya.

—Bueno, no hace falta que ponga esa cara. Además, no se olvide de que me debe una cita.

—¿Cómo podría olvidarlo si me lo recuerda cada quince minutos?

De repente se abrió la puerta del despacho y entró un joven con aire resuelto. Kendall palideció.

Ricki Sue dejó escapar un gemido.

—Oh, no. Ahora sí que va a armarse una buena —murmuró.

El joven miró a ambas mujeres.

—Hola a todos.

—Hola.

—Hola.

—¿Cómo estáis?

—Bien.

—Bien.

—¿Quién es este? —preguntó John.

—¿Quién manda aquí? —inquirió el recién llegado.

—Yo —dijo Pepperdyne dando un paso adelante.

—¿Qué demonios ocurre? No lo entiendo. ¿Por qué estoy aquí? Pensaba que ya estaba todo olvidado.

—Cálmese —le dijo Pepperdyne.

—¡Y una mierda voy a calmarme! Estaba tan tranquilo, sin meterme con nadie, disfrutando del sol de Roma y comiéndome un plato de pasta en mi apartamento, y de pronto aparecen estos dos matones y se identifican como oficiales de la policía judicial de mi país. Antes de que pudiera darme cuenta estaba en un avión, con destino a Estados Unidos por cortesía del tío Sam. — Puso los brazos en jarras con ostensible indignación y, sin dirigirse a nadie en particular, preguntó—: ¿Se puede saber qué pasa?

—Creo que todos ustedes se conocen, a excepción de John —dijo Pepperdyne y, volviéndose hacia su amigo, añadió—: Doctor John McGrath, le presento a Kendall Deaton.

Capítulo 47

—Resulta algo difícil de explicar.

—Inténtalo.

Ella y John estaban a solas en el despacho. Ricki Sue había cogido de la mano al verdadero Kendall Deaton y se lo había llevado prácticamente a rastras. Él seguía exigiendo una explicación, y Ricki Sue prometió dársela con la condición de que cerrase el pico y la dejase hablar. Pepperdyne y los dos oficiales de la policía judicial habían salido detrás de ellos.

—Kendall era un abogado que trabajaba en Bristol y Mathers —dijo ella—. Tuvo graves problemas con los socios del bufete cuando la oficina del fiscal le acusó de manipular pruebas. Aunque no pudieron probar nada, la opinión generalizada era que probablemente había faltado a la ética profesional. No llegaron a procesarle, pero la empresa lo despidió.

»Durante los meses siguientes envió un sinfín de currículos, pero ningún bufete estaba interesado en contratar a alguien con esa mancha en su historial profesional. Kendall acabó desanimándose y decidió ir a Europa a pasar una temporada. Me pidió que le remitiera su correspondencia.

»Al cabo de unos meses llegó una carta para él del condado de Prosper, en Carolina del Sur. Se la envié de inmediato porque supuse que estaría relacionada con algún empleo. Telefoné para darle las gracias y me dijo que, en efecto, era una oferta de empleo, pero que no le interesaba. En Roma llevaba una vida de soltero estupenda, trabajaba como asesor de una empresa de marketing y estaba encantado. Entonces fue cuando decidí presentarme yo.

Miró a John, esperando ver una mirada comprensiva en sus ojos, pero él se mantuvo impasible.

—Fui la tercera de mi promoción cuando me licencié en Derecho, John. Era la más prometedora de los abogados nuevos en Bristol y Mathers, pero el trabajo que se me encomendaba era el más anodino. No sentía el menor interés, ni motivación profesional hasta que se me presentó el caso del que te hablé, el de aquella mujer enferma de sida que necesitaba desesperadamente mi ayuda.

»Entonces comprendí que mi lugar no estaba en un gran bufete en el que los ingresos eran lo más importante. Yo quería ayudar a la gente. Quería justicia para los más desvalidos. Así que comencé a enviar solicitudes de empleo a los estados en los que funciona el sistema de defensa de oficio, pero no recibí ninguna respuesta alentadora. Cuando Kendall rehusó la oportunidad de aquel empleo en Prosper, me pareció una... una señal.

»La abuela y Ricki Sue pensaron que estaba loca, claro, pero contesté la carta y me hice pasar por Kendall. Es increíblemente fácil suplantar a alguien y utilizar su nombre, aunque ahora entiendo por qué el condado de Prosper contrató a Kendall Deaton sin comprobar más a fondo su trayectoria profesional —comentó con ironía.

—Querían a un abogado de oficio corruptible —dijo John.

—Exacto. Aquella mancha en su historial los atrajo. *Él* era el tipo de persona que buscaban. Su reacción inicial al ver que yo era una mujer fue negativa. Pero supongo que, tras considerarlo con detenimiento, llegaron a la conclusión de que una mujer sería aún más maleable. O quizá más vulnerable. —Se quedó pensativa un momento y luego prosiguió—: Tal vez los motivos que me impulsaron a ser abogada defensora de oficio no fueron tan altruistas como me gustaría que todos creyeran, ni como *a mí misma* me gustaría creer. Puede que mi afán de bondad naciera del orgullo. Quería lucirme, demostrar a todos lo lista que era. Deseaba complacer a mis padres, pero tus sagaces observaciones me ayudaron a comprender que eso era imposible.

»De todos modos, quizá perdí la oportunidad porque mis motivos no eran tan desinteresados como yo afirmaba. La abuela me advirtió que no podía salir nada bueno de una mentira, y tenía razón.

Se sentó en el filo de la mesa de Pepperdyne. Kevin dormía en el cochecito. Oyó el sonido ya familiar de los pasos de John acercándose al niño, con el suave golpeteo que producía la contera de goma de la muleta. Estiró el brazo y meció suavemente el cochecito mientras acariciaba a Kevin en la mejilla. Ella se enterneció al ver aquel dedo bronceado y masculino rozando la suave piel del niño, no sólo porque demostraba el afecto que sentía por Kevin, sino porque significaba que había logrado acabar con sus fantasmas interiores.

—Sabías que, cuando se descubriese lo de tu identidad falsa no tendrías credibilidad alguna ante las autoridades ni muchos menos ante un jurado —dijo él.

—Claro. ¿Quién creería una historia tan rocambolesca viniendo de alguien cuya vida era una mentira? No me quedaba otra alternativa que huir y

encontrar un lugar donde ocultarme. Primero en Denver y luego... —giró la cabeza para mirarlo y susurró—: contigo.

John la hizo ponerse de pie frente a él. Le pasó lentamente la mano por el cabello. Paseó la mirada por sus facciones y entonces, en un ademán casi violento, la atrajo hacia él y la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—Podrían haberte matado —exclamó con brusquedad—. Creí que te vería morir.

Ella se abrazó a él, y hundió el rostro en su cuello.

—¿Y si tú hubieras muerto por mi culpa, John? ¿Y si hubieras muerto tú?

Permanecieron aferrados el uno al otro largo rato. Finalmente, él la separó.

—No te culpes por lo que me ocurrió.

—De acuerdo, si tú no te culpas por la muerte de la oficial Fordham.

—Me será difícil —dijo él frunciendo el entrecejo—. Lo intentaremos juntos.

—¿Juntos?

—Creo que los tres podríamos probar a ver qué tal se nos da ser una familia. ¿Qué te parece?

—Me parece que Kevin y yo te necesitamos. Y tú, a nosotros. —Ella le acarició la cara y le tocó suavemente la cicatriz de la que le había quitado los puntos—. No tengo absolutamente nada que ganar mintiendo, así que sabes que te digo la verdad. Te quiero, John.

—Yo también te quiero. —Tras carraspear para librarse de su inusitada emoción, afirmó—: Me gustaría saber cómo te llamas.

—Te lo diré si tú me dices en qué momento recobraste la memoria.

Una sonrisa se dibujó lentamente en el rostro de John. Su boca se inclinó buscando los labios de ella para besarla, con un beso largo, sensual. A ella no le habría costado nada abandonarse a él, sin embargo echó la cabeza hacia atrás y le miró.

—¿No me contestas, John?

Él volvió a besarla sin perder su sonrisa.

Notas

[1] En inglés, sinvergüenza. (*N. de la T.*) <<